

Tony Anatrella

El sexo olvidado

Sal Terrae

Presencia

Colección «PRESENCIA SOCIAL»

8

Tony Anatrella

EL SEXO OLVIDADO

Editorial SAL TERRAE
Santander

Índice

Título del original francés:
Le sexe oublié
© 1990 by Éd. Flammarion, Paris

Traducción:
Milagros Amado Mier y Denise Garnier
© 1994 by Editorial Sal Terrae
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria)

Con las debidas licencias
Impreso en España. Printed in Spain
ISBN: 84-293-1117-3
Dep. Legal: BI-46-94

Fotocomposición:
Didot, S.A. - Bilbao
Impresión y encuadernación:
Grafo, S.A. - Bilbao

<i>Introducción:</i> <i>del sexo rebelado al sexo olvidado</i>	9
1. El cuerpo eliminado	17
El desprecio del cuerpo	21
Las palabras y las cosas	27
Las emociones limitan el sexo	33
Vivir con un cuerpo fragmentado	44
El deporte contra el cuerpo	51
La música olvida el cuerpo	59
La desnudez del «buen salvaje»	69
El erotismo invade a la pareja	74
2. El sexo confiscado	85
La magia de los sondeos	86
Los límites de las encuestas sobre la sexualidad	97
El sexo excluido de la sexualidad	105
El sexo «contraceptado»	122
3. El desarrollo del vínculo sexual y los problemas actuales	137
La sexualidad como hambre del otro	139
La sexualidad como poder sobre sí y sobre el otro ..	143
El sexo aceptado como confianza en uno mismo	149
Para ser uno, hay que ser tres	167
Cuando la sexualidad se hace relacional	176

4. De sexo y de amor	203
La ley y el deseo	204
La desconfianza del otro	209
El vacío subjetivo	212
¿El retorno del amor?	216
El sexo inseguro	218
La pulsión está ligada al individuo	225
El desarrollo del sentimiento amoroso	229
5. El amor en los tiempos del sida	247
El sexo aislado	247
El miedo a la impotencia	251
Las enfermedades de la promiscuidad sexual	253
Las exigencias subjetivas de la sexualidad	257
El sida como revelador	
de las sexualidades contemporáneas	258
El sexo de la prevención contra el sida	259
El «impasse» de un modelo sexual	271
Las parejas de bebés	273
Tener un «rollo»	277
De la pareja a lo conyugal	280
¿Vuelve el matrimonio?	282
De los amores deprimentes a la reconquista amorosa	294
La sexualidad amorosa	299
La dichosa educación sexual	301
<i>Conclusión</i>	309

Agradecimientos

Quiero agradecer sus observaciones a los profesores Michel Rouche y André Ruffiot; y a Monique Nemer, su lectura atenta de este manuscrito.

Expreso también mi agradecimiento a Solveig Wendeling y a Marielle Boutonnat por la ayuda documental que me han prestado en el marco del Consejo Superior de Información Sexual.

Finalmente, gracias a Philippe Buvron por su valiosa colaboración.

Introducción

Del sexo rebelado al sexo olvidado

«En una época en que ya nada se adhiere a la vida, hemos de reconsiderar todas nuestras ideas sobre la misma. Y esta penosa escisión hace que las cosas se venguen, y la poesía —que ya no está en nosotros y que no logramos reencontrar en las cosas— resurge de repente por el lado malo de las mismas; y nunca habremos visto tantos crímenes cuya gratuita extravagancia sólo se explica por nuestra incapacidad para poseer la vida».

Antonin ARTAUD,
Le Théâtre et son double

El sexo olvidado es un título paradójico para un libro que intenta establecer un diagnóstico del estado de las sexualidades después de lo que se ha denominado «la liberación sexual». Como consecuencia de este movimiento de liberación de las costumbres, el sexo ha llegado a estar tan presente, tan banalizado y tan reivindicado por sí mismo que fácilmente se podría concluir que por fin alegraba el cuerpo y el corazón del hombre y de la mujer. Entonces, ¿por qué «el sexo olvidado»? Antes de contestar a esta pregunta, es necesario plantear, por lo menos, otras dos que volveremos a analizar en esta obra: ¿ha tenido lugar la liberación sexual para todas las generaciones? y ¿qué se ha liberado exactamente?

En los años sesenta, la moda de la revolución sexual fue el resultado de la historia de los comportamientos sexuales que se había desarrollado durante los dos siglos anteriores. Esta corriente de pensamiento, que integraba los descubrimientos científicos de la biología, va a influir en los comportamientos a lo largo del siglo xx y a manifestarse a través de la liberación sexual.

Múltiples razones justificaron la necesidad de una liberación sexual y, en particular, la voluntad de salir del silencio en el que el sexo estaba encerrado. El siglo xix ha sido injustamente

acusado de haber sido pudibundo y represivo cuando, en realidad, en esa época se vivían todas las aventuras pero «a escondidas»: la reprobación social sólo se abatía sobre los individuos cuando se descubría su conducta. Por tanto, el silencio no era expresión de una inhibición sexual, sino del rechazo o la dificultad de hablar del sexo y de la sexualidad en el momento en que tenían lugar importantes cambios en la comprensión de una sexualidad humana que se volvía más subjetiva. Michel Foucault, en su *Histoire de la sexualité*, nos ha inducido a error en gran medida al ver en ella sólo la maquinación de una influencia social, eludiendo lo relativo a la originalidad de la sexualidad de un individuo con sus fantasmas y su imaginario.

La historia humana ha conocido períodos de promiscuidad sexual mucho más importantes que la que hoy se vive. Por tanto, la novedad no radica ahí. Lo nuevo es que en el curso de estos últimos años se ha querido negar el ideal de la relación amorosa colocándola en el mismo plano que todas las relaciones efímeras, pasajeras, incluso precarias. Más adelante veremos que todas estas conductas afectivas no tienen, sin embargo, el mismo sentido.

La liberación sexual se desarrolló fundamentalmente a partir de los jóvenes, cuyo discurso reivindicativo se imponía cada vez más, y que se oponían a la excesiva vigilancia de los educadores y de la familia sobre la sexualidad de los niños y de los adolescentes. Pero con este cambio de perspectiva comienza una adolescencia vivida cada vez más en solitario y sin puntos de referencia: a partir de los años sesenta, los adultos van a desatender la relación con los adolescentes, porque les asustan o, más bien, porque ya no saben cómo comunicarse con ellos.

A partir del siglo XVIII, la sexualidad de los adolescentes era uno de los objetos de desconfianza y preocupación de los educadores, en particular en cuanto a la masturbación y la homosexualidad. Idealmente, las relaciones sexuales estaban situadas en el marco de la relación conyugal. Durante el siglo XIX, y sobre todo en el curso del XX, asistimos a un lento replanteamiento de estas actitudes, cuando las sucesivas generaciones se fueron sintiendo desvinculadas de esas influencias sociales que ellas habían sufrido y transmitieron cada vez menos sus imposiciones. El cine, el teatro y la novela van a respaldar este

rechazo de los jóvenes, y en mayo del 68 la protesta será también, y sobre todo, una revolución sexual. Los adolescentes, la generación de los «ye-yés», quieren vivir sin tapujos su vida sexual. En una de las paredes de la Sorbona escribieron: «Cuanto más hago el amor, más ganas tengo de hacer la revolución; cuanto más hago la revolución, más ganas tengo de hacer el amor». Igualmente, en el Instituto Condorcet de París se podía leer: «Los jóvenes hacen el amor; los viejos, gestos obscenos»; en la facultad de Medicina: «Gozad aquí y ahora»; y, por fin, en Nanterre: «Las reservas impuestas al placer excitan al placer de vivir sin reservas». Los adolescentes de la época deseaban liberar su sexualidad controlada desde hacía casi dos siglos, comenzando por Rousseau, que fue uno de los primeros en manifestar desconfianza —por otra parte, muy ambigua— hacia el sexo juvenil.

Con esta revolución adolescente se produce una evolución y una inversión. Los antiguos jóvenes se han hecho adultos, y del mismo modo que sus predecesores desconfiaban de los adolescentes porque desconfiaban de la sexualidad, ellos han provocado el fenómeno opuesto, afirmando su adolescencia contra los adultos e imponiendo su sexualidad. En las paredes de la universidad de Nanterre en 1968 se podía leer: «Violad vuestra *Alma Mater*» y «Mis deseos son la realidad». La sexualidad adolescente no sólo ha sido liberada, sino también valorizada hasta llegar a ser el modelo de referencia. Lo «chic» es seguir siendo joven e instalarse en los movimientos sexuales de la adolescencia.

Por eso es más clara la respuesta a la pregunta: «¿Qué sexualidad ha sido liberada en realidad?» Después de haber estado sometida a vigilancia, la que ha sido liberada es la sexualidad infantil, de la que cuesta desprenderse en el momento de la adolescencia. ¿Somos conscientes, cuando hablamos de liberación sexual, de estar hablando sobre todo de la sexualidad infantil, es decir, de estar valorizando prácticas que dependen esencialmente de los gestos y de las vacilaciones de la infancia: la masturbación, la pedofilia y la homosexualidad? Síntomas claros son las tendencias afectivas actuales —que ponen de manifiesto relaciones «maternantes» a través de una pareja fusional protectora y andrógina— y las frustraciones de una ternura

jamás satisfecha (piénsese en los comics de Claire Bretécher). ¡Curiosa revolución! Si afortunadamente ha terminado con una limitación educativa, en contrapartida, también ha instalado a las personalidades en una sexualidad que se niega a desarrollarse más allá de la adolescencia.

Por tanto, ésta es la primera constatación: la sexualidad de los adolescentes se ha convertido en un modelo que inspira las representaciones sexuales a las que cada cual quiere más o menos referirse en función de sus necesidades y de su evolución.

Desde los años sesenta, el sexo se ha anunciado, exhibido y asociado continuamente por los publicistas a los productos que quieren presentar al consumo de los ciudadanos. Los programas de radio y de televisión, así como las revistas de la prensa escrita, no pierden ocasión de aludir a las dificultades y las prácticas de la vida sexual. La literatura informativa y educativa no había producido nunca tantas obras para describir la anatomía, los gestos y las conductas eróticas y el proceso de la reproducción. En el espacio de veinte años, la educación sexual se ha convertido, en las representaciones sociales, en una exigencia para favorecer el buen desarrollo del niño y del adolescente. Los progresos de las técnicas contraceptivas y contraceptivas han ayudado a confirmar un sexo liberado de las presiones de una fecundidad no deseada. Paralelamente, en el ámbito médico-psicológico, la observación clínica ha favorecido un mejor conocimiento de la vida sexual para encontrar soluciones terapéuticas a ciertos problemas fisiológicos o psicológicos. Estas informaciones han pasado al gran público, y la mayoría de la gente sabe que, si tiene problemas, puede consultar a determinados especialistas.

Se ha desvelado la desnudez. Ha abandonado los lugares apartados o la prensa especializada; ahora está en el teatro, en el cine y en la televisión. En cuanto a la sexualidad, a veces solamente sugerida, a menudo exhibida, llega hasta su expresión más cruda en las películas pornográficas. Por supuesto, todo el mundo es libre de rechazar estos espectáculos, pero, frecuentemente, el deseo de verlos es más fuerte. El despliegue de imágenes estimula en algunas personas deseos insospechados; en otras, los de masturbarse viviendo una sexualidad más imaginaria que real; por último, otros lamentan lo que no hacen.

bien sea a causa de sus inhibiciones psíquicas, bien por la negativa de su pareja...

El *Minitel* no ha escapado a la ola de erotización de la mayor parte de los instrumentos de comunicación, aunque los carteles que realzan sus encantos son una muestra de publicidad falaz, ya que explota y alimenta unas pulsiones incapaces de situarse en lo sexual. El *Minitel* erótico es claro síntoma de la sexualidad subjetiva que viven en sus reflejos más arcaicos quienes no logran llevarla a la práctica en su vida relacional.

La banalización del sexo, así como el sexo-proeza, el cambio frecuente de pareja, el sexo solitario de la masturbación o el sexo indiferenciado de la homosexualidad ya no son signo de originalidad, sino prueba de un profundo desencanto: a través de todas estas prácticas, el individuo sólo llega a la soledad y a la búsqueda de su inencontrable ser.

El sexo así exhibido ha conducido a lo contrario de lo esperado: provoca saturación y rechazo, algunos de cuyos síntomas aparecen ya en los más jóvenes. La idea de que hay que satisfacer siempre los deseos inmediatamente, tal como se presentan, es una distorsión de la liberación a la que hemos asistido durante treinta años. La incitación a sobreconsumir sexo y a ser siempre el mismo, es decir, igual de potente de los quince a los setenta años, nos prepara, según lo expresa Jacques Ruffié, «generaciones de impotentes desprovistos de ambición».

Por tanto, el sexo ha abandonado la sexualidad, y hay algunos conceptos teóricos que han justificado esta separación, en particular afirmando que la sexualidad del placer y la de la procreación eran esencialmente diferentes. Si por razones metodológicas se puede admitir la utilidad de estas distinciones, ¿es oportuno imponer la escisión en el interior del individuo que debe ser el sujeto de su propia vida sexual? Habremos de volver sobre este tema, como sobre el que ha consistido en confundir el fantasma con el imaginario, sobre todo cuando, en nombre de la espontaneidad, ha habido una moda que invitaba a realizar todos los fantasmas. El fantasma es un argumento inconsciente cuya vocación es inspirar las necesidades, pero no realizarse como tal. No debemos dejarnos llevar a actuar en la realidad del mundo exterior tal como nos podemos abandonar en el diván de un psicoanalista. Al querer hacer realidad el

fantasma, el individuo termina por vivir a cielo abierto, provocando en sí mismo una hemorragia psíquica que le desvitaliza como sujeto, ya que su vida interna depende de una actividad «fantasmática» de la que no tiene ni conocimiento ni conciencia inmediata. Evidentemente, es preferible, en interés del individuo y de la sociedad, que no se pongan en práctica todas las representaciones que surjan en la mente, sino que deben trabajarse por medio de la reflexión y la palabra.

Afortunadamente, estas representaciones que existen en el inconsciente sólo pasan la barrera del consciente después de haber sido transformadas y metabolizadas, sin que ni siquiera sea siempre necesario pensarlo explícitamente. Esta elaboración está tan integrada que forma parte de los reflejos intelectuales. Sin embargo, conviene recordarlo cuando parece que se está perdiendo el elemental sentido común al respecto...

En realidad, nos encontramos en un clima cultural que niega continuamente el sexo, a la vez que lo exhibe y lo magnifica. Las imágenes y los discursos sobre el sexo, como mostraremos más adelante, son mortales y antisociales: con la sexualidad ya no hacemos sociabilidad. Los epígonos de algunos filósofos contemporáneos han contribuido a justificar esta tendencia: así, el sentido de la libertad —según Sartre— habría servido de coartada al narcisismo más egoísta, y la idea de un sexo únicamente fabricado por la sociedad —según Foucault— de pretexto para eliminar a la sociedad y al individuo. Finalmente, después de haber querido liberar el sexo (en realidad el sexo adolescente), hemos perdido el interés y ya no está donde debería estar.

Por lo tanto, se ha olvidado el sexo adulto en beneficio del sexo adolescente, y lo mismo ha ocurrido con el sexo de la sexualidad, que se ha perdido en una disociación incoherente entre la eficacia de los gestos y de las técnicas y la ignorancia de su finalidad. Esta actitud sin duda reflejaba una dificultad muy actual, vinculada a la riqueza del desarrollo de una sexualidad más subjetiva que se centra en la pareja; ése será, por otra parte, el resultado de ocho siglos de historia del sentimiento amoroso, con sus desbordamientos en la mayoría de las actividades humanas.

Así pues, progresivamente, el sexo, en lugar de estar asociado a la sexualidad, se ha ido separando de ella. Un individuo podría sentirse satisfecho del resultado de sus técnicas sexuales sin por ello vivir plenamente su sexualidad, pero aparentando no darle importancia y mostrando indiferencia. Ahora bien, el sexo sólo es un aspecto de la sexualidad humana que va mucho más allá de la actividad genital. Las relaciones sexuales no agotan la sexualidad; si así fuera, podría extinguirse el deseo e incluso conducir a la muerte, como en la película *El imperio de los sentidos*. Muchas personas, por diversas razones, no tienen relaciones sexuales y, sin embargo, pueden vivir una sexualidad positiva y gratificante en unas relaciones sexuales, intercambios y producciones en los que expresan sus afectos sin que por ello esté inhibida su genitalidad. El equilibrio, la salud, la fuerza de una personalidad no los genera una vida genital intensa, sino el desarrollo de una sexualidad fuente de vida relacional. Sin dejar de reconocer el papel vital que tanto para el individuo como para la sociedad desempeñan las relaciones sexuales y el gozo que originan, es necesario resituarse el sexo respecto a la sexualidad.

Ante estas carencias, se producen cambios en nuestros modelos sexuales. El sexo con múltiples compañeros, el sexo competitivo y el sexo del placer se encuentran en un «impasse», y resulta que ahora se habla del sexo «new age» que nos viene de los Estados Unidos. Ya no se buscan las sensaciones, sino una sublime comunión en la pareja a través de técnicas tomadas prestadas del tantrismo, es decir, de un modo de espiritualidad hinduista que consiste en superar la condición humana en la comunión y el éxtasis con la pareja. Esta disciplina es exigente y difícil, y su marco de referencia no tiene nada que ver con la cultura occidental. Es una nueva moda que debe ser considerada un síntoma de la pérdida del sentido del cuerpo, y no la solución a los problemas o a la rutina sexual de la pareja. Se trata de un síntoma de la falta de relación con el otro, y también de lo que no se puede encontrar en el sexo, pero que el sexo necesita: la búsqueda del sentido de esa relación con el otro.

El sexo «new age», el sexo-comunión, es también típico de una nueva necesidad de vivir una vida sexual en la que los sentimientos, la fuerza del vínculo y la dimensión de sentido

correspondan a la exigencia de construir una historia de amor entre dos seres. Es evidente que la relación amorosa da intensidad a la vida sexual: entonces todos los gestos son posibles para expresar el afecto y el vínculo con el otro. Hablar de la sexualidad humana sin hablar de amor es igual que describirla como un veterinario, lo que sin duda le implica a uno menos, pero, paradójicamente, contribuye a que, una vez más, se olvide el sexo.

El sexo se ha utilizado en todos los sentidos a través de diferentes comportamientos. La «sexualidad», al constatar los «impasses» de esta dispersión, parece volverse hacia una práctica impregnada de más autenticidad. No es —como demostraremos— consecuencia de un virus ni búsqueda del nuevo orden moral que a algunos les gustaría instaurar, sino que más bien expresa la necesidad de volver a encontrar el sentido de los valores que califican nuestra relación con los demás.

¿Podrán aún decir la poesía, la espiritualidad y la música lo que ya no se consigue expresar cuando el sexo olvida unirse a la afectividad, cuando el sexo se olvida a sí mismo? El sexo que elude el amor, el amor que niega el sexo, no pueden hacer vivir a un ser humano. Es más, lo inclinan hacia la muerte simbólica en presencia de los demás.

1

El cuerpo eliminado

«Ya no me reconozco en mi cuerpo».

René CREVEL,
Mon corps et moi

Estamos en una época en que por fin el cuerpo ha sido valorizado y liberado y ha alcanzado su plenitud gracias a los progresos de la nutrición, al abandono de las constricciones morales y a la evolución en el vestir. Hacemos cualquier cosa —con mucha razón— para mantenernos en forma, guardar la línea y conservar nuestro caudal de juventud. Se trata de atravesar el tiempo evitando el envejecimiento corporal. Por tanto, saltamos, corramos, consumamos productos descremados, practiquemos la relajación, transpiremos, eliminemos y estaremos frescos como los productos lácteos cuyos méritos «bio» nos ponderan. Esta ecología corporal da importancia a la salud del cuerpo, y haríamos mal no poniéndola en práctica, ya que ayuda a estar mejor y a dar vida a espacios hasta ahora negados o mantenidos en la oscuridad.

Pero ¿qué pasa con esta nueva perfección cuya imagen, socialmente, nos es continuamente reflejada? Las imágenes a partir de las cuales nos vivimos a veces son más fuertes que la realidad. Y la imagen que se nos impone de un cuerpo espon-táneo y libre, deseoso de expresar su energía vital, recurre a menudo al modelo del cuerpo del niño y del adolescente —por otro lado, la publicidad da en el clavo al remitirse al cuerpo juvenil—. De ese modo, nuestra referencia se encuentra más hacia atrás, en los primeros movimientos de la vida, que en las posibilidades del cuerpo del adulto. Por tanto, ¿es el futuro del cuerpo su pasado? ¿Está el lactante tan libre en su cuerpo?

Hemos conquistado la libertad. Esta creencia se aplica también al sexo y nos invita a pensar que gozamos más fácilmente que las generaciones anteriores. Se han superado las coacciones sociales y morales, y el *homo eroticus* no cabe en sí de gozo

por sus proezas. Al menos, así tendría que ser, ya que las imágenes mediáticas no dejan de imponernos este estereotipo de una obligación de gozar en la que el sexo se confunde con el deseo amoroso. Es verdad que la sexualidad puede ser la expresión de una auténtica relación con el otro, pero el placer sexual pasajero, el cambio constante de pareja, es más una búsqueda emocional primitiva que la búsqueda del otro: hace evocar sobre todo la falta de sentimiento amoroso.

Nos hemos persuadido de que, a la inversa de nuestros antepasados, sabemos experimentar el placer sexual y casarnos por amor: idea simplista que determina las mentalidades desde hace más de treinta años. Atenerse a esta constatación lírica significaría que antes de nosotros no era agradable vivir. Pues bien, históricamente es un error pensar que a nuestros antecesores el orgasmo les resultaba indiferente y que sólo se casaban por conveniencia. El interés por el sexo no ha nacido con el siglo xx. Si así se afirma, es para anunciar el fin de una determinada representación de la sexualidad: el sexo por el sexo, el placer por el placer, es una ilusión; el reposo del guerrero se impone hoy en día de modo muy distinto al de las imágenes nacidas de los años cincuenta. El imperio de los sentidos en todos los aspectos ha dejado paso a una disminución de la libido y a la restricción sexual; descansamos de una sexualidad cuyos modelos han nacido con la aparición del concepto de adolescencia. Como trataremos a lo largo de ese libro, no es una casualidad que nuestros modelos sexuales sean juveniles, y el hecho de que actualmente se esté extendiendo la necesidad de inscribir el sexo en el sentimiento amoroso parte del «impasse» y del desencanto de estos ideales en los que todo está erotizado, hasta la relación con el niño.

Para comprender estos cambios, haremos continuas idas y venidas entre las primeras manifestaciones de la sexualidad infantil y las que luego se desarrollan en la personalidad juvenil y después en la del adulto, bien entendido que, según los períodos de la historia sexual contemporánea, algunas fijaciones se ven más favorecidas que otras.

En el período reciente, han predominado sobre todo los temas de la liberación sexual. Sin embargo, no son prueba del bienestar del sexo individual, sino que, por el contrario, suelen

encubrir sus dificultades, y algunos no dejan de imputar a la sociedad, a la moral o a su religión, su propia incapacidad para salir de las intrigas emocionales de su infancia —delicada operación que depende del trabajo psíquico de cada uno—. Al rechazar la castración, se niegan a renunciar al sentimiento infantil de omnipotencia.

En realidad, los temas de la liberación sexual se refieren más a la sexualidad de la pubertad que a la libertad interior del sentimiento amoroso. Es sintomático que se haya presentado la película *Il gèle en enfer* de J.-P. Mocky mediante una imagen donde figuraban dos angelotes (símbolos de la infancia) exhibiendo sexos adultos... Es preocupante, por no decir perverso, que se quiera anunciar la historia amorosa entre un hombre y una mujer ilustrándola mediante el mito de la sexualidad infantil. Esta imagen, sobre la que volveremos, resume por sí sola el estado de algunos modelos sexuales dominantes: la sexualidad infantil ha tomado el poder.

Ahora bien, el sexo por el sexo, tal como se lo imagina el púber, no es viable. El niño, como el joven adolescente, busca el placer por el placer, pero, al vivir así, se hastía y se queda solo en la masturbación que también le protege del otro. La masturbación no puede ser su futuro sexual, ya que en cada ocasión se encuentra más solitario aún; la masturbación sella su fracaso relacional y su confinamiento en su imaginario sexual, pues le invadirá la culpabilidad y desarrollará un resentimiento por no haber encontrado a nadie. Supone el fracaso en la relación con el otro al quedar ligado a los primeros interlocutores afectivos, que son los padres. En el momento de la adolescencia se produce una evolución psíquica que modifica la economía sexual. El adolescente ya no siente la necesidad de volver su sexualidad hacia sí mismo por medio de personajes imaginarios, hombres o mujeres de papel hojeados en las revistas. Va a aparecer el otro en la realidad. Él es el objeto, la relación a partir de la cual el sentimiento amoroso va a desarrollarse. Entonces ya no se buscará el placer por sí mismo, sino como consecuencia de una relación satisfactoria y será aún más intenso. Por el contrario, los temas sexuales impregnados de imágenes de la infancia no incitan a llegar a ser sexualmente adulto.

El cuerpo por el cuerpo. El sexo por el sexo. A algunos esto les preocupa y piensan que estamos en una sociedad hedonista

prisionera de sus sensaciones narcisistas. A otros les alegra y reivindican el placer como fuente de plenitud de la personalidad. El sexo mostrado, anunciado, exhibido, sería signo de una libertad que nada podría prohibir.

¿El orden moral contra la libertad sexual? Tal disyuntiva, que se plantea con frecuencia, es ingenua. La moral contra el sexo o el sexo contra la moral es un falso debate que, prescindiendo de los que se encierran en él, sólo refleja el modo en que ellos dan salida a su Super-yo parental. Unos lo encuentran insoportable y rechazan la moral, y otros, prisioneros de ella, no hacen sino protegerla. Los segundos terminan por olvidar las necesidades y las exigencias de su sexo, y los primeros, el trabajo de reflexión a partir de los valores que dan sentido a la vida. En el imaginario todo es posible; pero, si el sexo se hace real, no puede ignorar al otro, sus deseos y sus valores de respeto y de amor a partir de los cuales va a realizarse. El sexo no es ni amoral ni asocial, a no ser que se le mantenga en la economía del inconsciente, y entonces se revelará agresivo, sin fe ni ley.

¿Y si la valorización del cuerpo y la liberación del sexo anunciasen lo contrario de lo que afirman? Las imágenes de un cuerpo joven, en forma y dinámico, son más bien el antídoto de un malestar físico. Tanto el cuerpo sexuado como la diferencia sexual no son fácilmente aceptados —y menos aún que el cuerpo envejezca—, y las modas del «look» intentan falsear esta decadencia corporal exhibiendo otro cuerpo. Este proceso de eliminación afecta también al sexo, que se desexualiza y pierde sus capacidades eróticas. La pornografía más primitiva que se desarrolla en nuestras sociedades, lejos de excitar, a un plazo más o menos largo va a incitar a volver la espalda a ese tipo de sexo. Al final, aparece como un absurdo y obliga a reflexionar: ¿en qué sentido es el sexo fuente de vida y a partir de qué valores es humana la sexualidad? Finalmente, este sexo expuesto por todas partes nos hace olvidarlo, pero, paradójicamente, va a estimularnos a redescubrir de nuevo su sentido.

El exhibicionista pierde siempre en interioridad lo que intenta mostrar y manifiesta su incapacidad de vivir una relación sexual auténtica. Pues bien, el modelo de un sexo que se exhibe permanentemente significa que no se vive. Cuanto más se le enseña y más se habla de él, más se manifiesta la incapacidad

de vivirlo. Muchas personas que no dejan de bromea con el sexo, dando a entender que su facilidad de palabra es un signo de realización sexual, con frecuencia sólo son unos mediocres participantes en una relación fracasada carente de sexo.

El desprecio del cuerpo

El debate sobre la contracepción y el aborto muy a menudo ha eludido y suprimido la reflexión sobre la sexualidad humana; la preocupación por el control de las hormonas, la obsesión técnica por el control de la natalidad, han reducido el sexo a una simple máquina, descuidando al individuo que vive sexualmente. Ha desaparecido la psicología sexual. Se pensaba que los medios médicos proporcionados por la Seguridad Social iban a favorecer por fin la libertad y la práctica de la sexualidad, hubiera o no vínculo con el sentimiento amoroso, considerado como una cuestión subsidiaria. En numerosos casos se trataba de poder vivir la genitalidad sin la angustia del embarazo. Ello era omitir la originalidad del sexo humano, que se manifiesta ahora con el retorno de lo reprimido de un sexo fragmentado, incestuoso, agresivo y pedófilo por no haber encontrado al otro.

Si los métodos contraceptivos y abortivos son progresos científicos innegables, ¿qué sucede con el estado de las conciencias? Hay una especie de prohibición, un conformismo social, en no querer preguntarse sobre las consecuencias de estos métodos sobre las personalidades y los comportamientos. Ahora bien, el sexo está en el origen de la vida, permite luchar contra la muerte. A partir del momento en que todas las manipulaciones del embrión humano se hacen posibles, hay un serio peligro de anular la dimensión relacional de la sexualidad. Si la relación con el otro ya no está presente para dar sentido a la muerte, no se respetará ni al vivo ni al muerto. Por tanto, se trata de un problema filosófico y moral que no compete a los científicos. Con frecuencia, se desvirtúa el carácter de las reflexiones cuando se pide a científicos eminentes justificaciones psicológicas y éticas en aspectos en que ellos sólo pueden presentar sus descubrimientos médicos o sus utilizaciones prácticas.

La militancia contraceptiva creyó que poseía el medio de liberación sexual, pero esos militantes se encuentran muy solos con su píldora frente a los problemas afectivos y a las dificultades

sexuales. Al banalizar la contracepción, y a veces el aborto, no quisieron reconocer que detrás del pretexto de un placer sin miedos se ocultaban sufrimientos y serios problemas psicológicos que no se habían ni asumido ni tratado. Ni la contracepción ni el aborto, bajo la forma que sea, son gestos anodinos. Sus repercusiones psicológicas y sociales no son siempre evidentes, sobre todo para los que no quieren verlas. Reducir el sexo a una banal función higiénica produce una angustia depresiva compensada a veces por comportamientos agresivos.

Las representaciones de moda quieren hacernos creer que la sexualidad se ha liberado y que el cuerpo ha alcanzado su plenitud, lo que está lejos de ser evidente. La publicidad nos presenta un cuerpo que hay imperiosamente que limpiar, perfumar, mantener en forma y conservar joven, y tantas intimaciones son signo más de su negación que de su reconocimiento. Es verdad que es importante cuidar la salud, llevar una vida sana y saber utilizar productos apropiados. ¿Quién diría lo contrario? Sin embargo, el verdadero problema es otro, pues estas imágenes suscitan ansiedad e inducen a una relación de mortificación con el cuerpo. En la Edad Media, bajo la influencia de una filosofía más estoica y mesopotámica que cristiana, se flagelaban para llamar al cuerpo al orden. Hoy se le hace saltar y correr para darle otra apariencia: simplemente se han modificado los instrumentos de la mortificación.

El cuerpo sigue molestando, es el elemento del que hay que deshacerse. Siguiendo los consejos de un agua mineral, «hay que eliminar». Eliminar el cuerpo para por fin estar bien con uno mismo... De este modo, lejos de ser amado, el cuerpo es despreciado. La motocicleta, la moto, el coche, sustituyen al cuerpo, al sexo: hay que tener algo que vibre y se lance entre las piernas o en las manos. El sexo del cuerpo que molesta se olvida en beneficio de objetos fulgurantes. En estas condiciones, la seguridad importa poco, pues, en una especie de alquimia mágica, este cuerpo auxiliar que mata y sustituye al cuerpo físico da la impresión de vivir deprisa y bien, pero se encuentra en una espiral suicida.

Este desprecio por el cuerpo que se deduce de las representaciones contemporáneas está vinculado también al concepto que se tenía en los años sesenta y setenta: el del acto sexual fácil

en unas relaciones sexuales con cualquiera. Se ha producido un desplazamiento del ideal: hemos pasado, de una imagen de la sexualidad que cobra valor en la relación amorosa, al ideal de un erotismo que puede expresarse con el primero que llega. Al incitar la moda a expresarse sexualmente con cambios de pareja, el sexo empezó a perder su dimensión social para quedarse más cerca de sus resonancias imaginarias. Es la época de la película *Emmanuelle*: se quería que la relación fuese en primer lugar erótica, independientemente de la dimensión afectiva. El sexo ya no participaba en la construcción de la relación, y, simétricamente, la sexualidad quedaba eliminada de la relación con el otro, de la misma manera que se separaba del cuerpo para existir por sí misma en la autonomía de la pulsión. Ahora bien, el sexo por el sexo descalifica al individuo, y la sexualidad, banalizada y desvalorizada, se ha quedado inmovilizada en los estrepitosos placeres de la adolescencia: un cuerpo fragmentado, compartido solamente con partes del cuerpo del otro, no constituye una relación.

Esta moda de la promiscuidad sexual ¿es una experiencia vivida por una amplia mayoría de la población o es simplemente una representación colectiva que no supone una práctica tan generalizada? Si nos atenemos a algunas estimaciones aproximativas, del 15% al 20% de los individuos vive conforme a este modelo. Según una encuesta realizada por B.V.A. en noviembre de 1988, por encargo de la Agencia de Lucha contra el Sida, sobre una muestra nacional representativa de 593 personas de edades comprendidas entre los dieciocho y los cuarenta y nueve años, el 20,6% de los entrevistados declaró haber tenido relaciones sexuales con múltiples compañeros durante los seis meses anteriores a la encuesta. Se trata, por supuesto, de un número relativamente importante de personas, cuya situación debe tenerse en cuenta para reflexionar sobre la prevención de las enfermedades de transmisión sexual (E.T.S.) y del sida; sin embargo, estos comportamientos no conciernen a la mayoría de la población francesa, pues algunas personas no tienen ninguna actividad sexual, y otras tienen relaciones estables y mutuamente exclusivas. Por lo tanto, puede presentarse un claro desfase entre una representación dominante de la sexualidad y lo que se vive en realidad. Además, nos encontramos en un universo socio-cultural en que el interés se dirige hacia las minorías más que

hacia las mayorías. Estas psicologías minoritarias activas llegan a dar a entender que representan una referencia, incluso un modelo, y que necesitan la adhesión del conjunto de los miembros de la sociedad. Es un nuevo conformismo que pesa mucho y, a largo plazo, puede ser origen de violencias.

Sin embargo, cuando se habla con personas que practican el sexo con múltiples compañeros, a pesar de todo, aparece la necesidad de encontrar la pareja ideal y de darle un sentido al deseo. A través del cambio frecuente de pareja, hay una búsqueda de amor y de absoluto nunca satisfecha. La fuerza del deseo, en esos instantes, también puede reactualizar la búsqueda del amor parental o la dificultad de orientar la afectividad. Algunos lo padecen, otros hacen de ello una filosofía, pero el problema sigue existiendo. Cyril Collard, en *Les nuits fauves*, su última novela, hace decir a su protagonista, que multiplica todas las formas de experiencias sexuales: «No sé amar». Detrás de estas relaciones infructuosas, el sexo es un síntoma de separación, de alejamiento y de incomunicabilidad. El sexo separado del cuerpo, separado del sentimiento amoroso, separado del otro, que fracasa en lo real, se refugia en un imaginario afectivamente pobre. Las modas y las imágenes sociales no dejan de hacer hincapié en la importancia de la proximidad relacional, en la necesidad de suprimir las diferencias y de favorecer un amor mágico. Pero estos temas superexplotados manifiestan en realidad una profunda carencia provocada por una falta de vínculo entre la afectividad y el sexo. El sexo pornográfico o el amor platónico están en un universo imaginario estrecho, ignorándose el uno al otro. Las afectividades contemporáneas son paradójicas, ya que en el momento que se quiere presentar como el más liberado sexualmente, y el más pleno amorosamente, comparándolo con el de anteriores generaciones, hay un constante incremento de las rupturas y los divorcios.

¿Cómo explicar estos desajustes? Volveremos sobre ello más adelante. En el inconsciente, la pulsión sexual no está unificada. Sigue estando relativamente sometida al régimen de las primeras pulsiones; pero, para existir en la realidad exterior, debe ser transformada por el Yo que, alrededor del núcleo afectivo de la personalidad, va a darle toda su eficacia. Querer separar los diferentes aspectos de la sexualidad humana (placer amoroso,

juego recreativo y reproductivo) es limitarse a la pulsión en detrimento del individuo. Negar que el Yo pueda coordinar, en el conjunto de la sexualidad, el sexo del placer y el sexo de la reproducción crea necesariamente una división, una fractura, una fragmentación. ¿Cómo reunir lo que se ha dividido?

Las representaciones contemporáneas han conseguido provocar precisamente en el interior mismo de la sexualidad del consciente una separación que no es realista y que va en contra del proceso de integración del Yo. Se han desarrollado personalidades estratificadas que aíslan en su propio interior partes que no siempre consiguen comunicar. Así son posibles todas las combinaciones, ya que una parte de la persona ignora lo que hace la otra. Este desajuste esquizoide limita el imaginario —y aún más el erotismo—. Georges Bataille, Henry Miller y, en un género muy distinto, Albert Cohen no tienen sucesores. Milan Kundera, como otros autores contemporáneos, describe seres que corren tras su libertad sexual, sensual, con una seriedad y una desenvoltura que anuncian la muerte de las afectividades y quizá de los proyectos sociales. Pues todo está relacionado: la sexualidad disociada del cuerpo, del sexo, de la afectividad, de la reproducción, es narcisista y no es capaz de inscribirse en la Historia. Finalmente, como dice J.-D. Vincent en su *Biologie des passions*: «El otro no puede escapar al sexo, principio de unidad en el seno de la alteridad. Por tanto, se considera que el sexo debe regular toda la vida social».

Este sexo dividido consigo mismo ya no da fuerza ni coherencia a la personalidad y a las relaciones. El miedo al otro y, sobre todo, el miedo a la propia fragmentación mantienen en el auto-erotismo e impiden llegar al compromiso relacional. Si «el principio de unidad» ya no funciona, hay una amenaza de explosión auto-erótica: la incapacidad de mantener el control en el propio interior va a alimentar inhibiciones y conductas impulsivas. Al pensar que el sexo no era constitutivo de la vida de la pareja, sino que —sin cuestionar su relación «privilegiada»— podía también estar a disposición de otros compañeros sexuales, se ha querido banalizar la sexualidad y vivirla como la expresión de una relación de buena vecindad. Pero, al actuar así, se perdía el sentido del estado amoroso, tan deseado, sin embargo.

La preocupación por el cuerpo ha supuesto una mejora en la salud; pero, en lugar de favorecer una aceptación y una in-

tegración de un cuerpo que evoluciona a lo largo de la historia individual, las representaciones de un cuerpo que ante todo debe mantenerse joven han favorecido una nueva mortificación. Anteriormente, había que domeñar y reprimir unas fuerzas malignas; ahora hay que eliminar lo que no concuerda con un cuerpo imaginario. Sigue existiendo el desprecio por el cuerpo, aun cuando las formas hayan cambiado.

Esta relación malintencionada con el cuerpo ha invadido también la sexualidad. Ésta, a la vez que preconizaba su liberación del vínculo con el otro y de la procreación, también se liberó de su papel relacional para convertirse únicamente en lugar de placer sin límite, al menos en las representaciones. Las consecuencias de la valorización y de la legitimación de la contracepción, del aborto y de la promiscuidad sexual no son psicológicamente neutras. De estos progresos técnicos y de las leyes que autorizan su utilización se desprende una imagen, un concepto de sexualidad. Una vez liberados de numerosas coerciones biológicas, hemos creído que podíamos vivir la sexualidad a través del sentimiento infantil de omnipotencia (se puede vivir todo) y de la idea de que el sexo es amor, asocial, es decir, que las reglas morales no le conciernen y que no le atañe la sociedad, que forma un «todo» que encuentra en sí mismo sus propias justificaciones. En este aspecto también, como respecto al cuerpo despreciado, se olvida el sexo en su devenir para volver a la casilla de salida de la pulsión. Pero este sexo en estado primitivo es agresivo y no construye nada; por tanto, no es extraño que asuste. Los jóvenes, frente al fracaso de sus mayores, sintiendo el peligro, ya no se lanzan como los de los años setenta gritando «¡A por las inglesitas...!» Después de haber conocido el «amor-sexo», ahora llega el «amor-amistad»: hablan, se hacen confidencias, pero no se tocan. Este cambio es el resultado de modelos ahora insoportables y antirrelacionales (y, como veremos más adelante, ni el sida ni las E.T.S. pueden explicar esta transformación). Ahora va a ser posible iniciar una reflexión sobre la sexualidad humana, sobre el sentido del amor humano, sobre la procreación, sobre la educación afectiva de los niños; va a replantearse la educación sexual tal como se practica.

Pues, lo queramos o no, sobre las sexualidades contemporáneas se cierne más una idea de muerte que de vida.

El amor-sexo o el amor-amistad son ambivalentes. En el primer caso, el sexo toma el poder sin que la afectividad lo defina; y, en el otro caso, la afectividad se olvida del sexo, que está prohibido en esta relación. Sin embargo, la novedad que supone hablarse, desarrollar la relación por medio del lenguaje, sin duda es un buen augurio para el futuro. El amor-sexo no favorece el desarrollo de la interioridad y menos aún la duración de la relación, ya que no hay lenguaje. Casi siempre se trata de una historia sin palabras auténticas, y la relación de un momento, si bien corresponde siempre a la búsqueda del otro, también es la expresión de un conflicto emocional que no se consigue resolver.

Las palabras y las cosas

Las emociones se producen en el interior de la vida psíquica y, en principio, tienen que ver con un régimen de cambios en el seno de la personalidad. Su existencia precede al desarrollo en el niño del lenguaje hablado y forma parte de los primeros modos de comunicación, regulados por la presencia de los padres que proporcionan un límite y un sentido tanto al placer como al sufrimiento. El niño que se excita para expresar su placer o que grita su dolor no sabe hasta dónde le van a llevar sus emociones, ya que la zona cortical del cerebro no ha llegado a la madurez de la conciencia que favorece los razonamientos y el dominio de las cosas. El niño descubre los límites y el sentido de sus emociones apoyándose en el cerebro de sus padres, que le sirve de sistema de control: ante un niño que llora porque se ha hecho daño y no sabe cómo va a cesar el dolor, los padres reaccionan espontáneamente para limitar su explosión emocional; le frotan la zona afectada, le dan un beso y le tranquilizan diciéndole que le van a curar o que su dolor es simplemente pasajero.

Es importante que la vida emocional tenga libre curso en la personalidad. En algunos puede acrecentarse y en otros inhibirse. En el momento de la adolescencia, la aparición de emociones inéditas turba al chico y a la chica que aún no saben reconocerse a través de estas nuevas facultades. La vida emocional está en la base de la vida psíquica, y experimentar emociones es la prueba de que se está vivo, ya que se siente. Percibirse de manera parcial o en la totalidad de la personalidad

es una experiencia sensorial que prepara o garantiza la unidad primera.

La vida contemporánea favorece la necesidad de estar lo más cerca posible de las emociones por dos razones. Por una parte, las psicologías son más complejas y, por otra, el interés se orienta cada vez más hacia la subjetividad humana, dejando de lado las realidades del mundo exterior. Lo primero es el interés por uno mismo. El narcisismo ambiente puede ser una forma de regresión útil para redescubrirse como un individuo cuya vida emocional habrá sido enriquecida por una cultura real, o bien es un sistema de defensa contra sí mismo cuando el individuo no logra organizar su vida emocional y no encuentra en su entorno lo necesario para desarrollarse y valorizarse. La famosa expresión «Para qué» traduce una cierta resignación y limita las posibilidades de arreglárselas por sí mismo ante un mundo demasiado complicado.

La mayoría de los medios de comunicación contemporáneos incitan también a utilizar más las emociones que la razón. Las funciones sensoriales se movilizan mediante la imagen, el sonido, las formas y los colores. Los niños espabilan más rápidamente. El teléfono, la televisión y el vídeo, el ordenador y el *Minitel*, y también el cine y la música, son estimulantes que favorecen más su desarrollo sensorial que el de su racionalidad. En el niño es necesaria la apertura de los sentidos, pero el trabajo educativo debe igualmente favorecer el ejercicio de la inteligencia. La televisión, por ejemplo, es un instrumento de comunicación muy estimable, pero en ningún caso puede reemplazar a los aprendizajes básicos indispensables para el funcionamiento de la inteligencia. Estimula sobre todo las sensaciones sin informar la inteligencia: la memoria y el sentido crítico se quedan en suspenso en el niño, que se muestra pasivo y no siempre sabe distinguir entre la realidad y el imaginario.

Se han hecho algunas experiencias con jóvenes a propósito de los programas científicos dirigidos a ellos. Se les pidió que vieran una serie de programas sobre animales, lo que todos hicieron. El resultado dejó perplejos a los profesores y a los observadores. Sólo recordaban el contexto; el contenido se había evaporado. Son las palabras y las ideas las capaces de realizar esta tarea; si se las sustituye por la imagen, se corre el peligro

de mantener a las psicologías en lo sensorial, impidiéndoles acceder a lo racional. Pues, para pensar, memorizar y utilizar un conocimiento, hay que ser capaz de reemplazar la cosa por la palabra y de asociar las palabras en una construcción lógica sin tener que tocar el objeto: para hablar de una manzana no es necesario tener delante el fruto.

De la misma manera, se puede constatar que cada vez más niños y adolescentes se quejan de que tienen dificultades para concentrarse y mantener un esfuerzo intelectual constante. Muchos exámenes parecen videoclips literarios o un «zapping» de ideas que se preocupa poco por la verosimilitud o la coherencia. De este modo, se fragmentan las inteligencias. Si el nivel escolar aumenta —lo que no está demostrado— en virtud del contenido de los programas, las inteligencias no dan tan buen resultado al realizar operaciones largas o al acceder a la simbólica del lenguaje. La utilización de los superlativos de modo desproporcionado para nombrar las realidades cotidianas traduce una preocupante afasia ante la cual sería ingenuo tranquilizarse interpretándola como una evolución normal del lenguaje. Así, el más mínimo hecho o sentimiento que no se sabe analizar ni reflejar se convierte en «super», «extra», «demasiado», «colosal» o «mega». Paralelamente, no es conveniente dar a entender que lo audiovisual no tiene impacto sobre la formación de las psicologías. El exceso de imágenes sobrecarga la inteligencia y no favorece el desarrollo del imaginario; por el contrario, el imaginario se queda encerrado en imágenes conformistas. Con la palabra no sucede lo mismo. Sin ninguna duda, una historia contada o leída es más rica y más creativa de imaginario individual que el cómic o la televisión.

Tenemos con los niños y los adolescentes la misma actitud mental que con los niños de cero a cinco años para quienes, en efecto, la imagen y los juegos sensoriales son necesarios para el desarrollo de los sentidos. El despertar de los sentidos del niño, proporcionado a sus capacidades de asumirlo, va a servir de base al desarrollo de su inteligencia. La integración progresiva de su imagen corporal, que le permite moverse en el espacio y en el tiempo, va a ayudarlo después a utilizar en su espacio psíquico palabras y cifras. Si su relación afectiva con sus padres, o respecto a lo que vive, no le proporciona seguridad, se inhibirá

y tendrá dificultades para aventurarse en otro universo cuyos movimientos él no puede todavía controlar.

Esta actitud educativa de la primera infancia debe irse abandonando progresivamente, a medida que vayan entrando en juego las funciones de la inteligencia. Si éstas no se alimentan desde el exterior y si las defensas psicológicas son demasiado fuertes, la mayoría de estas funciones tendrá dificultades para ejercer sus competencias al asimilar las informaciones del mundo exterior. Este proceso exige una determinada disponibilidad interior, vinculada a la necesidad de pasar a otro estadio. Cuando el niño comienza a hablar, debe aprender a reemplazar la cosa por la palabra. Tendrá tendencia a pedirla señalándola con el dedo sin decir nada. La reacción espontánea del adulto es insistir, con toda razón, en que verbalice lo que pide.

Es determinante que de este modo el niño pueda llegar al sentido de las cosas y elaborarlo. Operación que puede verse entorpecida si se niega, por ejemplo, a inscribirse en la filiación, situándose en el mismo plano que sus padres como interlocutor conyugal, o si la relación parental no le resulta muy clara. Cuando un niño ve desfilar varios suplentes del padre o de la madre, le es muy difícil vivir un sentido parental que necesariamente debe superarle. Con todo, el sentido de las cosas se adquiere a partir de esta experiencia primordial. Si la relación parental no tiene sentido más allá de sus deseos de posesión inmediatos, el niño no tendrá medio de integrar el sentido de las reglas de la vida y del lenguaje y se desocializará en parte o totalmente. En este caso, puede querer determinar a su antojo quiénes son sus padres. Él será quien designará o rechazará a un padre o una madre potenciales. Sus aprendizajes escolares dependerán también de esta experiencia relacional: él va a aceptar o a oponerse al aprendizaje de los instrumentos culturales que necesariamente le superan. Pero no le corresponde a él decidir lo que hay que aprender (o no), como tampoco le corresponde a él decidir las reglas gramaticales, ortográficas, matemáticas y los resultados de las ciencias, aun cuando su deseo de omnipotencia narcisista pueda hacerle creer que lo sabe todo porque no ha aprendido nada. No le incumbe al niño decidir quiénes son sus padres ni lo que se debe aprender. A partir del momento en que lo reconoce, sale de la impotencia, desarrolla

sus posibilidades y es capaz de tener en cuenta el sentido de las cosas. Ahora bien, la psicología sensorial, al contrario que la psicología relacional, no reconoce la importancia de la significación, pues para ella se trata ante todo de sentir, de experimentar y de reafirmarse. En este ambiente se desarrollarán serias consecuencias para el comportamiento sexual, pues la pulsión no podrá ser trabajada y enriquecida afectivamente, y permanecerá demasiado sometida a las vicisitudes de las emociones efímeras y contradictorias.

Hemos presentado un modelo que da a entender que el niño tiene en sí mismo, desde su nacimiento, todo lo necesario para desarrollarse correctamente: modelo inspirado, por una parte, en un cierto primitivismo expuesto por Jean-Jacques Rousseau y, por otra, en una idea deformada del psicoanálisis. La sociedad, con sus nefastas influencias, podría echar a perder sus recursos; por tanto, habría que dejar al niño crecer solo para no transmitirle malas costumbres o traumatizarlo.

Esta visión nostálgica no tiene en cuenta la psicología humana, que es más el resultado de lo adquirido que de lo innato. Al nacer, la psicología del niño está desprovista, no está formada, y sólo puede contar para enriquecerse con las aportaciones de sus padres y del entorno. La personalidad se inscribe en una historia individual y se construye muy pronto a partir de un juego de identificaciones del que extrae aspectos psíquicos que le servirán de materiales para moldearse. Mediante estos preséntos idealizados, el niño, y después el adolescente, introduce en sí mismo tendencias que provienen de otros, pero que él transformará de manera original haciéndolas parte de sí mismo.

El psiquismo no puede trabajar en el vacío. En el momento en que se despierta una función, él se apodera en el entorno de lo necesario para alimentarla y, sin ello, no progresa y, pasado un límite irreversible, se paraliza para siempre. Un niño que no ha aprendido a hablar antes de los ocho años, debido a carencias del medio o a sus incertidumbres afectivas, se expone a no poder cambiar y a quedarse estancado si alguien no establece con él una comunicación oral. La calidad de la relación humana es determinante en el desarrollo de la personalidad del niño. A continuación le tocará poner en práctica sus adquisiciones, después de haberlas trabajado y organizado en sí mismo.

Por tanto, el primer modo de comunicación es el oral (el niño asimila lo que recibe del exterior como un alimento), y la mayoría de los aprendizajes se harán aceptando introducir en sí nuevos datos del mundo exterior para empezar a luchar o rechazándolos para protegerse ante los peligros del conocimiento. Algunas inhibiciones intelectuales, y también sexuales, pueden provenir del peligro que representa el otro: algunos adolescentes fracasan escolarmente debido más a angustias sexuales que a limitaciones intelectuales. Otros viven compitiendo con uno u otro de los padres, según su sexo, o con uno de los hermanos, y para evitar la impotencia procuran afirmarse en otro terreno, abandonando el colegio por las diversiones o por un trabajo profesional. Evidentemente, dado que por ello el problema no ha quedado resuelto, la mayoría de las veces resurge bajo otras formas algunos años después.

El miedo al otro no es únicamente el miedo a una imagen parental, sino quizá también a todo lo que representa el conocimiento. El niño, el adolescente o el adulto pueden vivir este acceso al conocimiento como una realidad que les está prohibida, con la que no son lo bastante fuertes para medirse y con cuyo contacto corren el peligro de verse reducidos a la impotencia. Muchos niños y adolescentes no experimentan una castración simbólica en su vida familiar o social, porque los adultos no siempre saben formular una prohibición estructurante. Esta ausencia de castración hace vivir al niño en una realidad ilimitada en la que no hay nada por conquistar. Si los adultos —y en particular los padres— no están situados frente al niño, éste no puede afirmar su identidad y sus capacidades. Demasiados niños se encuentran solos consigo mismos por no poder vivir una castración simbólica respecto a sus padres, lo que les liberaría de los vínculos infantiles, y pasan por períodos de castración al entrar en conflicto con la realidad. Este desplazamiento es peligroso y origen de agresividad y violencia, pues el individuo vivirá la impotencia en que se encuentra como una injusticia. Al no ser reconocido por los adultos como un ser en devenir —y, por tanto, marcado por esta carencia—, se situará como ellos, pensando que todo puede obtenerse cuando se quiere, ya que son los adultos los que le dan todo cuanto necesita sin que él trate de comprender cómo lo obtienen. Ejemplo típico: un niño que acompañaba a su madre en un gran almacén quería

que le comprara un juguete. Ella se negó diciéndole que en ese momento no tenía bastante dinero, que más tarde ya vería; su hijo le respondió de una manera que indicaba claramente la idea que él se hacía del origen del dinero: «No tienes más que hacer un cheque». El niño debe experimentar que no puede obtener todo de sus padres y que no es todo para ellos. A partir de esta necesaria frustración, descubrirá la carencia, que es inherente a la vida psíquica, y habrá sitio para otras cosas aparte de la simple relación parental vivida como susceptible de llenarlo todo.

La pareja con frecuencia está impregnada por esa ilusión del sentimiento amoroso en que los seres en simbiosis son el uno y el otro, pero sin relación. Así, la vida afectiva infantil se prolonga sin transformarse. Se mantiene en las efusiones de lo sensorial, que desembocan en estos amores en que uno se ama a sí mismo a través del otro, como hace el niño con sus padres mientras no se ha diferenciado de ellos.

Si la importancia que se reconoce a la vida sensorial como modo de comunicación inmediato entre los seres y las cosas es consecuencia de los requerimientos que el entorno hace a nuestros sentidos, también proviene de la naturaleza de la relación que existe entre los niños y los adultos, o, más precisamente, de la relación con la propia infancia de los adultos que aún vive en ellos. La sensibilidad infantil fascina a los adultos y mantiene los intereses de su afectividad bastante cerca de los movimientos que nacen de la relación humana. Esto no ha sido siempre así en la historia, y veremos que este estado afectivo tiene consecuencias en la sexualidad.

Las emociones limitan el sexo

La literatura, el cine, la canción, la publicidad o algunos programas de televisión ¿son reveladores de la experiencia de la sexualidad contemporánea o son más bien la traducción de las imágenes-guía a partir de las cuales se la representa?

La promiscuidad sexual, la infidelidad, la violación, el incesto, siempre han existido. ¿Por qué hoy se habla de ellos con más insistencia? Por supuesto, pueden tener que ver con sucesos de actualidad, como los crímenes sexuales contra los niños; pero, dado que su porcentaje permanece relativamente constante, ¿qué

ocurre para que súbitamente se conviertan en «sucesos sociales» y se señalen chivos expiatorios? No se trata de negar la importancia de estas realidades, percibidas, con mucha razón, como asociabilidad criminal, sino de atraer la atención sobre un mecanismo en que la sensación, la emoción suscitada por la violación o el incesto, en realidad no son proporcionales a un incremento de estas agresiones. De hecho, los casos de incesto se han duplicado en quince años, y se constata un aumento de los actos sexuales con niños, pero también hay que señalar, para explicar en parte estas cifras, que las víctimas hablan más de estas acciones. Hay algunas asociaciones y asistentes sociales que los apoyan, entablan procesos y protegen a las personas que lo desean.

Una sociedad no puede ser laxista respecto a estas agresiones. Su deber es hacer que se respeten las reglas y las leyes relacionales por la seguridad de los individuos y la coherencia del grupo social. Sin embargo, debemos preguntarnos sobre el tono pasional que rodea a la mayoría de las reacciones cuando los medios de comunicación presentan un asunto (con preferencia sobre otro) y dan a entender que se trata de un fenómeno que se extiende ampliamente por la sociedad. La prensa y los políticos se apoderan del suceso con tal inflación verbal que se acaba por no saber muy bien de qué hablan. Después de esa subida de angustia, los días siguientes todo se desinfla como un «soufflé» mal hecho. Entonces se cree obrar bien programando sesiones de información o de prevención en los colegios... Estas iniciativas, cuya eficacia dista mucho de ser evidente, sirven sobre todo para calmar la angustia de los adultos sin que se planteen los verdaderos problemas. Entonces, ¿por qué primero tanto eco y después tanto silencio? El problema de esa alarma no está sólo en el simple suceso que desempeña el papel de causa desencadenante.

Primera constatación: vivimos en una sociedad «incestuosa»¹, es decir, en una sociedad cuyas representaciones dominantes niegan las diferencias e inducen a una visión fusional

1. Tony ANATRELLA, *Interminables adolescences*, Cerf / Cujas, Paris 1988, cf. el capítulo «La société adolescentique».

para la que todos seríamos semejantes o iguales, sin distinción, en particular, entre niños y adultos; de ello resulta que los niños pueden ser objetos sexuales como los adultos, dado que se nos incita a permanecer en los movimientos sexuales de la infancia. En este mismo contexto, los adultos se implican demasiado en la vida sexual de los niños y de los adolescentes. Sin duda, esto es lo que explica el sobresalto con que se recibe la noticia de un abuso sexual: revela lo que está latente. En las representaciones actuales hay tal transgresión sexual con los niños que la culpabilidad inherente a los fantasmas subyacentes provoca una denuncia, a veces curiosa, de culpables y sirve al mismo tiempo de exutorio a una mentalidad incestuosa. Estos fenómenos se manifiestan en un universo en que las psicologías privilegian los modos de comunicación sensorial. No se excluye la racionalidad, pero no siempre representa un papel de coordinación flexible, papel en el que la palabra es el instrumento indispensable para expresar las emociones y sacar partido de ellas. Así, estas últimas pueden aparecer por sí mismas, sin ser trabajadas y antes de que se les dé una expresión satisfactoria. Entonces se oirá: «¡No lo puedo remediar!».

Las psicologías contemporáneas experimentan algunas dificultades para poner en práctica la riqueza de la vida emocional de los individuos. Por ello, en muchos casos se quedan lo más cerca posible de las manifestaciones primitivas. «¡Cada uno se expresa como puede!» No siempre hay un trabajo de elaboración y de sublimación. No tardan en recordarse los aspectos arcaicos que vienen a modelar la relación con uno mismo y con los demás. Prevalecen los miedos más primitivos y las actitudes más irracionales. Algunas películas o cómics en que se escenifican el sadismo y el masoquismo mediante imágenes terroríficas no parecen asustar a unos niños, adolescentes y adultos jóvenes que se pasean por un imaginario primitivo cuyas fronteras con lo real son imprecisas. No por ello están preparados para afrontar las realidades de la vida. Algunos de ellos, muy a gusto con horrores del imaginario que espantarían a los más valientes, serán presa del pánico a la menor dificultad en la vida cotidiana y pedirán la ayuda de sus mayores.

Sin embargo, haríamos mal en pensar o dar a entender que las imágenes de agresiones y de violencias sociales o sexuales

vistas en una pantalla o en un cómic servirán de exutorio según el principio de la catarsis. Para unas psicologías con predominio de lo sensorial, este sistema no sólo no puede funcionar, sino que además va a seguir manteniendo la economía de esas primeras imágenes. Hemos comprobado que, en ciertos casos, incluso sirven de justificación para realizar esos actos. El mimetismo social es una realidad que determina las libertades individuales cuando no son psicológicamente autónomas. Desde este punto de vista, los medios de comunicación actúan como amplificadores e incitan a la repetición.

El éxito de la película *El gran azul* es un buen ejemplo de la preeminencia de la psicología sensorial: corresponde al estado de algunas mentalidades actuales para las que la relación se ha quedado en lo emocional primitivo. El agua, el mar y la madre son temas evocadores de un imaginario del que no se sale, con riesgo incluso de morir o de darse muerte por no tener padre. Esta película ha sido vista una y otra vez, casi religiosamente, por miles de jóvenes cuya psicología depende de imágenes maternas. El padre, deliberadamente o no, está ausente de ella. Ahora bien, sin él es difícil para el niño salir del imaginario excesivo que lo une a su madre. El padre, que viene a separar al uno de la otra, representa la realidad exterior opuesta a la relación fusional maternal. Sin el padre no hay tiempo, ni realidad exterior, ni ley humana, ni identidad sexual. El riesgo está en la confusión. ¿Se han reconocido los jóvenes en la psicología sensorial de una generación sin imagen paterna vigorosa? Están huérfanos de adultos, que ya no saben despertarlos a la vida.

Jacques, el protagonista de la película, se mueve y juega físicamente con los delfines en una vida acuática sin límites; pero, una vez en la superficie, surgen la afasia y la inhibición. En la realidad terrestre no consigue vivir normalmente. No habla, no se comunica; siente y espera, después de cada inmersión, el momento de reencuentro con su agua original. Cuando Johanna aparece, él siente la confusión del niño que no quiere dejar a su madre y no la del amor que abre el futuro de la relación hombre-mujer. Será su compañero quien, en una relación de simbología homosexual dominante, le explicará la diferencia entre una mujer y un delfín. Él no puede entender este mensaje. Su padre murió en una inmersión, y el huérfano,

cuando ya es adulto, afronta la muerte rivalizando con su amigo para conquistar el título de campeón del mundo de inmersión en apnea. Su amigo muere, y Jacques preferirá de nuevo el agua, «la madre», a la mujer. Johanna habla, pregunta, reacciona, exige, pero él está en otra parte, no la oye. Ella está embarazada. Jacques no conoce la relación entre tres (padre, madre e hijo) y huye a las aguas matriciales cortando todos los vínculos con el mundo exterior. Por carecer de padre, no ha crecido; permanece en sus estados primitivos. Peor aún, se niega a nacer. Piensa que la vida auténtica está en el agua, con la madre omnipotente, lo que le impide entrar en la vida adulta.

Al instalarse en una psicología sensorial, no se sale de la relación con la madre arcaica, omnipotente y colmante. La personalidad tiene dificultades para construir un imaginario rico y muy simbolizado, ya que éste se niega a recibir las informaciones culturales que le desarrollarían y simplemente perpetúa sus comienzos sin desprenderse del ambiente materno. La subjetividad corre el peligro de ser pobre y superficial; sólo evolucionará el cuerpo.

La valorización del cuerpo es otra característica de esta psicología sensorial. Es el único lugar de la sensación, en detrimento del placer. El cuerpo, devuelto a su estado primitivo, abdica de su sexo y es incapaz de vivir el placer. Así, la liberación corporal, aunque sin ninguna duda ha favorecido un nuevo bienestar, ha minimizado e incluso reprimido la vida afectiva, los sentimientos y la reflexión sobre las relaciones. Bastaba con lograr el orgasmo para resolver los problemas y sentirse realizado: es una visión simplista cuando se sabe que algunos no llegan a esta solución idílica a pesar del éxito técnico de sus orgasmos. Se ha impuesto el narcisismo sexual, y para algunos ir al ginecólogo (redefinido como sexólogo) es tan frecuente como ir a la peluquería. La relación sexual se vive como un placer alimentado, cuidado y estimulado por técnicas, y no como una modalidad de la relación humana que depende de numerosas variables. Tanto es así que, en caso de fallo, viene el drama, sobre todo cuando después de cierta edad se quiere conservar la intensidad fisiológica de los orgasmos de la juventud. El orgasmo es un instante de placer en que la pérdida de consciencia durante unos segundos proporciona una sensación

de eternidad que refuerza la relación con el ser amado para vivir y continuar con él, a lo largo del tiempo, lo que está inacabado.

Alcanzar el orgasmo está bien, pero algunos problemas particulares pueden hacerlo difícil. Tales problemas tienen un significado y no carecen de solución. Sin embargo, el orgasmo no basta para alcanzar la plenitud de la personalidad ni para resolver los problemas internos, aun cuando se haya impuesto una tendencia (que ha hecho numerosas víctimas) que presenta la mayoría de las dificultades personales como trastornos o necesidades sexuales. El sexo, sobreestimado de este modo, se ha convertido en un tema preocupante que sirve para encubrir otros problemas. El sexo-síntoma, noción alimentada por determinadas revistas que se han inspirado en informaciones más o menos médicas, ha eludido los verdaderos problemas: el sentido de la relación, las mutaciones afectivas de las diferentes edades de la vida y el trabajo del sentimiento amoroso. En esta perspectiva, el sexo todo lo resuelve, justificando el sexo por el sexo. Entonces, el peligro está en reducirse a una sexualidad mecánica y narcisista en que simplemente se procura afirmarse sin que importe la relación con el otro.

Volvamos a los que se quejan de insuficiencias sexuales. En la mayoría de los casos, cuando no se ha advertido una patología física, las disfunciones pueden ser síntomas debidos a la edad, a acontecimientos que dejan huella o a problemas psíquicos y relacionales. La gran mayoría de estos casos deben ser considerados como efectos. Los y las que aceptan hablar de ello con especialistas competentes descubren que se trata de algo más que de una simple cuestión de fontanería sexológica. Es verdad que desplazando el problema hacia otro ámbito y a fuerza de creer en tal o cual técnica podrá observarse alguna mejoría: por ejemplo, una mujer será menos frígida, pero su relación con los demás será cada vez más agresiva... Considerando sólo el cuerpo y los órganos, el debate sobre la afectividad se escamotea completamente. Muchas personas, al no saber —o no querer— hablar de sus problemas psicológicos, concentran su preocupación sobre fenómenos secundarios o adoptan comportamientos que no resuelven nada.

Frecuentemente, el concepto de placer se desvirtúa al buscarlo obsesivamente. En el inconsciente, el principio de placer

es infinito. En el consciente, el placer no se presenta de la misma manera: para ser viable, debe sufrir un trabajo de transformación. Si aparece en sí mismo, reclamando una recompensa imposible, desestabiliza la personalidad que se agota buscando únicamente satisfacciones. Es importante que el individuo encuentre su parte de gratificación respecto a los desgastes neuro-bio-psicológicos que realiza y, a veces, a las frustraciones que padece. Estas últimas son soportables si se asumen o si el resultado del esfuerzo se ve gratificado más tarde, pero el déficit entre las frustraciones y el placer que se mantiene mucho tiempo es neurotizante. No obstante, cuando se quiere evitar a toda costa la frustración y sustituirla por el placer reduciéndolo a la satisfacción inmediata, los resultados también son nefastos. Si el niño se queda con este concepto de placer, sin aprender a diferirlo de acuerdo con las circunstancias o a obtenerlo como uno de los fines de su acción, tendrá serias dificultades para crear después en su vida psíquica las condiciones del placer. Así, se puede elaborar desde la infancia una psicología de toxicómano si se le ha dejado creer que se puede buscar el placer por el placer.

La frustración y el placer, cuando se aíslan, se convierten en entidades buscadas como un fin. El sadomasoquista pensará que sólo el sufrimiento es fuente de mérito y de progreso. En cuanto al egocéntrico, no soportará que se le oponga resistencia o que se le nieguen sus placeres. Ambos se someten a la dictadura caprichosa de una pulsión de la que no consiguen ser sujeto. En esta cuestión nos vemos confrontados con uno de los problemas psicológicos del hombre contemporáneo, que se vive como un universo fragmentado. Las pulsiones buscan, cada una por su cuenta, sus gratificaciones, a veces en detrimento del propio individuo.

Una visión ingenua de la liberación sexual ha dado a entender que ya no había sujeto de pulsiones, sino simplemente pulsiones a satisfacer. Es la mejor manera de no llegar a una sexualidad genital y de favorecer la falta de deseo sexual. El primer estado de la vida sexual, durante la infancia, es pregenital, porque las pulsiones se presentan en orden disperso. El conjunto del desarrollo psíquico, hasta el fin de la adolescencia, va a contribuir a formar el Yo para que pueda hacer vivir sus pulsiones en

beneficio del individuo y de su relación con los demás. La pulsión, desconectada de este sistema, ya no es fuente de inspiración ni de creación, sino que limita al individuo para imponerse como propósito y fin de su actividad. Por eso, las emociones primitivas, cuando se valorizan, limitan o anulan el sexo: no puede existir según este régimen. Una pulsión no puede ser su propia finalidad, y, sin embargo, la ideología del placer sexual por sí mismo se ha afirmado a partir de esta reducción: la satisfacción de la pulsión era más importante que la relación con el otro. Esta economía fabricaba su propia frustración y sólo podía desembocar en el fracaso relacional. La vida emocional del niño, si bien anuncia el principio de la vida, no puede ser el modelo de la plenitud de la afectividad del adulto, a no ser que se instale en una vida sensorial sin sexo, como la del protagonista de *El gran azul*.

Tendremos que examinarnos para saber por qué, progresivamente, se ha ido imponiendo como modelo una sexualidad sin relación con el otro. Volveremos repetidamente sobre esta cuestión, pero querríamos desarrollar ya una hipótesis y dar un intento de respuesta. Con frecuencia, la manera de vivir la sexualidad es reveladora del estado de ánimo de una personalidad o de una sociedad. Si interesa más la pulsión sexual que la calidad y la naturaleza de la relación con el otro, se debe, en parte, al predominio de la psicología sensorial primitiva en la mayoría de los comportamientos. En efecto, principalmente se recurre a la vida sensorial como medio privilegiado de comunicación, a veces en detrimento de la inteligencia, del sentido de las cosas y de la palabra. En este contexto, el cuerpo se utiliza cada vez más de manera arcaica, es decir, en sus modos de expresión primitivos. Se prefiere moverse, vibrar, pues no se sabe o no se quiere ocuparse de la subjetividad. El cuerpo, considerado así, liquida la subjetividad y la interioridad; sólo cuentan las apariencias.

Es verdad que la vida sensorial y emocional es la base de la vida psíquica, ya que empieza con esta indispensable doble capacidad: percibir el entorno y expresar las necesidades. Sin embargo, las sensaciones y las emociones no pueden sustituir ni a la reflexión ni a la palabra. El cuerpo expresa muchas emociones, pero no las «dice». Pues bien, el contexto actual

incita a permanecer en estos estados iniciales. De este modo, no se corre el riesgo de hablar y se impide acceder al orden del lenguaje. Las dificultades escolares vividas por muchos niños comienzan por estas inducciones del medio que no fomenta la utilización de operaciones más conceptuales. ¡Qué paradoja en el momento del progreso tecnológico! Al hacer uso con acierto de nuestra inteligencia para ampliar nuestros campos de lo posible, nos hemos convertido en excelentes técnicos en muchos ámbitos. Pero los modelos corporales dominantes parecen negarse a extenderse a la inteligencia humana, a inscribirse en el orden del lenguaje hablado, en beneficio, la mayoría de las veces, de sensaciones próximas a las del niño que no ha integrado su propia imagen corporal y que alterna entre relaciones fusionales, animistas y mágicas antes de poner palabras a las cosas.

Al privilegiar en la comunicación las sensaciones corporales, las representaciones del hombre contemporáneo le niegan un cuerpo evolutivo, ya que debe permanecer en el estado inicial. Este estancamiento es mortal, pero la mayoría de las campañas de prevención contra los accidentes automovilísticos, el tabaco, el alcohol y el sida no tienen en cuenta esta dimensión. En lugar de interesarse por el individuo cuya conducta es mortífera —y, por tanto, por el sentido mismo de sus comportamientos—, en principio se fija la atención sobre el producto o el virus y, si es necesario, se aumenta el precio del producto o se asusta con el virus. También en esto sólo se ve el cuerpo, olvidando al individuo.

El paso de una inteligencia mágica a una inteligencia formal, es decir, racional, es una etapa del desarrollo psicológico del niño, como lo ha descrito Piaget. El acceso a la racionalidad implica haber aceptado e integrado la imagen corporal; si no, el pensamiento seguirá siendo emocional, y será difícil utilizar los conceptos. Así, a veces es necesario hacer ejercicios corporales con niños que no logran leer o escribir, con gran sorpresa de sus padres, que esperan más bien cursos intensivos de lectura y escritura. Mientras un individuo está adherido a la imagen primitiva de su cuerpo, no logra pensar tomando distancia gracias a las palabras y a las ideas: cuando uno se confunde con todas las realidades, evidentemente es imposible adquirir un buen distanciamiento para pensarlas. El individuo se instala en

la afasia, lo que implica que las palabras ya no tienen que sustituir a las cosas ni simbolizarlas, pues se cree unido mágicamente con ellas. Se está «conectado», como el niño en la relación fusional con su madre. En estas condiciones, es comprensible que se dé al cuerpo la mayor relevancia y que las funciones psíquicas se reduzcan a las emociones. Por tanto, no es útil reflexionar demasiado ni buscar demasiado en uno mismo para resolver un problema; basta con modelarse físicamente y actuar corporalmente.

En los años setenta podíamos utilizar ciertas dinámicas corporales de tipo *Gestalt*, pues las personalidades estaban más interiorizadas y simbolizadas que las de los jóvenes y los adultos actuales. Disponían de un patrimonio cultural y de referencias sociales, morales y religiosas con las que se podía reflexionar, discutir y actuar sobre la realidad. No se había liquidado el trabajo del pensamiento; la efervescencia de la inteligencia social, política, filosófica y religiosa producía un material de ideas y símbolos muy ricos. Los movimientos intelectuales iniciados por novelistas y escritores han servido de base para comunicar los interrogantes contemporáneos. La explosión emocional que siguió provocó la marginación del pensamiento, de la transmisión cultural y de la reflexión filosófica y religiosa. Progresivamente, el pensamiento se ha ido empobreciendo en beneficio de lo sensorial y de las emociones; la emoción fuerte ha llegado a ser el equivalente de un pensamiento justo y auténtico. Se ha producido una fractura que mantiene aún a la mayoría de las representaciones en la regresión sensorial, sin ser capaz de impulsar al individuo a un trabajo de reflexión. Estamos muy cerca de los modos de comunicación corporal.

Cuando se desarrollaron estas técnicas corporales, la mayoría de las personalidades se inscribían en el orden del lenguaje hablado. Para algunos, una forma de racionalización política, filosófica o religiosa servía de defensa contra sus pulsiones y, en muchos casos, debían sacudirse el caparazón ideológico para reencontrarse con ellos mismos.

Es verdad que siempre tenemos tendencia a recurrir a los ideales para ocultar o expresar conflictos psíquicos. Por ejemplo, creer en Dios puede ser también síntoma de una dependencia de las imágenes parentales; y, por otra parte, el rechazo de la

creencia puede ser otra manera de manifestar el conflicto parental a través de la angustia inconsciente que representa la autoridad. El compromiso y la lucha política pueden traducir la vergüenza por los propios orígenes... Frente a todas estas defensas, el interés de un trabajo corporal sobre uno mismo está en reencontrar todas las sensaciones primeras para reorganizarlas en una perspectiva más plena. Se trata de una «regresión» pasajera necesaria: el objetivo no es instalarse en ella. La verbalización y el análisis de las percepciones deben en cada ocasión devolver al individuo la primacía de su palabra sobre sus emociones. A partir del momento en que se olvide esta interacción necesaria entre las percepciones iniciales y el trabajo del pensamiento por medio de la palabra, se han valorizado las conductas emocionales. La psicología sensorial ha tomado el poder pasando sobre la psicología racional, y la mayoría de estas dinámicas corporales han perdido interés para hacer progresar a la personalidad. Los estereotipos de moda para justificar este completo cambio eran: «El imaginario toma el poder» y «Cambiamos la vida». El primer eslogan se perdió en una carencia de imaginario —no os creáis nada, se repetía en los años cincuenta y sesenta—, y el segundo ha estrellado sus ilusiones contra el hombre real.

Las estructuras psíquicas han cambiado. Las personalidades son más impulsivas, están menos dispuestas a analizar y a reflexionar que a actuar de manera casi maníaca. Son más superficiales, sin referencias internas, de juicio incierto. Si en los años sesenta estaban dispuestas a rechazar las referencias culturales y éticas, los años noventa se ven marcados por la búsqueda de puntos de referencia. Pero, de momento, los modos de comunicación y de gratificación son relativamente infantiles y soportan mal las esperas y las mediaciones. Hay que «conectar», es decir, estar en línea directa, sin saber realmente comunicar: cuando se ha perdido el sentido del intercambio de las ideas y de la palabra, cuando se ha aprendido a hacer trampas con las propias verdades, ha conocido el éxito la palabra «conectar». Ya no hay ningún intermediario entre uno mismo y los demás, sino un simple cuerpo a cuerpo, como el cordón umbilical que une al niño con su madre.

Al «conectar» así con los otros y con la realidad, aún no puede haber relación. No llegamos a la relación y tampoco a lo

genital: lo sexual sólo es posible en la separación, en la distancia con relación al otro. La «liberación sexual», al afirmar que todo era sexual, ha anulado la sexualidad, ya que quería hacer de ella una actividad autosuficiente que concluyera en su mera expresión autoritaria. En el espacio de treinta años, esta ilusión ha contribuido a la pérdida del deseo y de la atracción sexuales. Como ya hemos dicho, el sexo no puede ser una actividad autónoma; es una de las modalidades de la relación. Sin embargo, para vivirlo así, al menos hay que haber salido de las intrigas del cordón umbilical e incluirse en una dimensión relacional. En caso contrario, el sexo, tomado como único fin, llevará de uno a otro en la promiscuidad, signo de la ausencia de una verdadera relación. «Conectar» también anuncia el fin de la relación con el otro, pues desconectarse es tan fácil como conectarse. No se valora al otro por sí mismo, y, ante esta carencia de alteridad, es muy difícil aceptar la diferencia sexual, condición primera de la relación. El que «conecta» está inmerso en la confusión de los sexos, anclado en la actitud infantil de la creencia en un sexo único. La confusión de sexos ha introducido la confusión de ideas, hasta llegar a considerar la homosexualidad como equivalente a la heterosexualidad.

Por tanto, el modelo de hombre sensorial es el del conectado con las redes telemáticas: ya no tiene relaciones y sus emociones han sustituido a su palabra y a su pensamiento. Es difícil inscribirse en el tiempo e iniciar un trabajo de reflexión únicamente con este bagaje; incluso es difícil ser sexuado con un cuerpo fragmentado de tal modo.

Vivir con un cuerpo fragmentado

La imagen contemporánea del cuerpo es la de un cuerpo dividido y que amenaza con desplomarse en cualquier momento. «Voy a desmoronarme», «voy a estallar», a pesar de su aparente sentido opuesto, son dos manifestaciones depresivas de un cuerpo que está perdiendo su principio unificador y que afronta las realidades con dificultad, y esta representación corporal depende de una vida emocional que no consigue transformar sus primeras emociones y se queda en las de la infancia.

Durante mucho tiempo, el niño vive su cuerpo en dependencia del de sus padres. Necesita esta relación hasta que pueda

afianzar su propia unidad. Al principio de su existencia, vive su cuerpo como fragmentos relativamente aislados unos de otros: unas veces va a vivirse como una boca, otras como una mano o un pie, antes de poder captarse como un todo. Este reto de la unificación toma forma en el momento de la adolescencia, cuando lo que está en juego es la aceptación o el rechazo de la transformación del cuerpo sexuado. Ahora bien, el clima cultural actual no contribuye a que se acepte el cuerpo sexuado en la diferencia sexual. Se rechaza en parte esta diferencia de los sexos, lo que no permite al adolescente encontrar en el ámbito social lo que vive en su interior. La necesidad de encontrar puntos de referencia comienza con este problema, cuyas coartadas ideológicas impiden medir los nefastos efectos sobre las personalidades juveniles.

Los modelos dominantes invitan más a vivir con un cuerpo fragmentado, a la identidad compuesta, que a una identidad unificante. La publicidad, el cine y la canción reflejan a su manera la dificultad de los individuos para personalizarse corporalmente. Esta visión contemporánea de un cuerpo fragmentado obliga a mantenerse en los modos de comunicación más antiguos y va en contra de la necesaria unificación de la imagen corporal en la vida psíquica.

En efecto, el niño crece tratando de unificarse gracias, en parte, a la coherencia de sus padres. Los necesita para construirse. El niño los idealiza desde el principio, sean cuales sean sus cualidades personales, y el ideal con el que él intenta relacionarse con ellos es tanto más fuerte cuanto que es un paso obligado para llegar a ser persona. Si los padres o el entorno no saben responder a este ideal, surge la inseguridad; la duda se volverá contra la personalidad del niño. Un niño agresivo, como un adolescente o un adulto, es alguien muy inseguro. Esta inseguridad no depende únicamente de la actitud de los padres, sino también de cómo los vive el niño. Está en los reflejos del niño el vivirse con el temor de ser abandonado y maltratado corporalmente, incluso aunque los padres se preocupen por él y sean buenos educadores. Los cuentos y las leyendas están repletos de estos angustiosos temas, de estos fantasmas universales que pertenecen a la psicología infantil y que aparecen en la mayoría de las construcciones culturales. Pero cuentos y le-

yendas ayudan también a su tratamiento, al permitir transformar estos fantasmas en la vida subjetiva del niño.

Por tanto, el niño vive su relación consigo mismo a imagen de la que mantienen sus padres. Va a unificarse inspirándose en esta relación o a quedarse con fragmentos de cuerpo sin vínculo entre sí. Puede sentirse satisfecho de este estado limitando su desarrollo; sin embargo, el deseo de sus padres de verle conquistar su espacio corporal será un estímulo, y, para construirse, el niño se apoyará en ese deseo. Por esta razón, una moda reciente ha tenido consecuencias negativas sobre la formación de la personalidad de los niños y de los adolescentes: so pretexto de no influenciar al niño, se ha inventado la no-directividad, dejándole a merced de los deseos del momento. Una vez adolescentes, muchos jóvenes sometidos a este método se quejan de la falta de presencia de los adultos en sus vidas, de no saber desear y de no poder asumir su propia responsabilidad. Porque el deseo del niño sólo puede despertarse al contacto con el deseo de sus padres con respecto a él. Lo que ellos desean para él va a enseñarle a desearlo también para no perder su afecto. Cuando sepa ejercer su completa autonomía expresando sus propios deseos, lo hará con unos recursos interiores heredados de su relación parental, pues el niño construye su autonomía siendo en principio dependiente. Gracias a esta relación de apoyo, despierta sus posibilidades con una relativa protección de la realidad, ya que aún no dispone de medios internos para asumirla. Los padres, y los demás adultos, van a servirle de mediadores. Así, por ejemplo, son sus padres quienes garantizan su sentimiento de continuidad consigo mismo; más tarde vendrá el momento en que, gracias a su presencia, él podrá ocupar su propio espacio interior. Esta tarea preliminar de la autonomía psíquica tendrá que realizar otros progresos durante la infancia, la adolescencia y la postadolescencia; si no, la angustia y la incertidumbre de ser uno mismo dominarán la personalidad y favorecerán conductas dependientes. Con demasiada frecuencia, los adultos viven a los niños como adultos reducidos y les hacen partícipes de problemas que no pueden asumir. Estos niños dan la impresión de una autonomía precoz, pues se desenvuelven bien ante las realidades de la vida cotidiana con que deben enfrentarse, a veces en lugar de los adultos; pero estas personalidades, una vez llegadas a la adolescencia, se derrumban

y buscan conductas dependientes a través de la droga, de las relaciones afectivas y de prácticas sexuales sin intervención de lo subjetivo.

Los «originales», o quienes se las dan de anticonformistas, suelen enmascarar un notable sentido de dependencia respecto de sus imágenes parentales. Pretenden liberar a los demás de algo a lo que ellos mismos siguen estando encadenados, sin tratar siquiera de preguntarse por su actitud ni de modificarla. El paso psicológico del niño y del adolescente, gracias a la presencia de sus padres, de una auto-presencia a un sentimiento de continuidad que luego se apoye en su personalidad, es uno de los retos de la madurez. Esta labor psíquica suele resultar un tanto ardua, bien por la influencia de los adultos, bien por las fijaciones afectivas del niño con respecto a sus padres. En estas condiciones, le resulta difícil estar presente a sí mismo. Ciertas expresiones de uso corriente, como, por ejemplo, «¿Me lo aseguras?» o «¿Te lo aseguro!», indican, *a contrario*, el bajo grado de fiabilidad de las psicologías.

La falta de auto-presencia es una de las carencias contemporáneas. Ciertas inhibiciones sexuales, así como la necesidad compulsiva de cambiar de pareja, tienen su origen en el miedo a perderse o en la necesidad de cerciorarse de las propias capacidades, sin poder comprometerse relacionalmente. El otro no cuenta mientras no se haya integrado en la personalidad el sentimiento de continuidad. El compromiso se vive como una restricción angustiante de la propia libertad, y su rechazo encubre el miedo al otro. En esta atmósfera encuentran un estúpido caldo de cultivo la burla, el desprecio, la agresión y las exclusiones recíprocas. Esta falta de auto-presencia es tanto más paradójica cuanto que la preocupación por uno mismo parece dominar las representaciones sociales, pero no va acompañada de una capacidad de interiorización y de riqueza subjetiva, cuya manifestación es hoy bastante primitiva, pues se refiere a aspectos fragmentados de la vida psíquica —como el autoerotismo— y no tiene la dimensión del narcisismo que toma como finalidad el conjunto de la personalidad. Ni se accede al narcisismo ni a la sexualidad genital. El otro no cuenta. Sólo cuenta el eco del placer que él provoca o que provoca un aspecto de su cuerpo percibido como un fetiche estimulante: la boca, los

pechos, las piernas, el pene, los pelos, el culo. Hay que observar que en los modelos publicitarios o mediáticos son estos temas próximos a la sexualidad infantil los que se destacan: se valorizan mucho los fragmentos y las partes del cuerpo, lo que nos remite de nuevo a la psicología sensorial, la de los primeros contactos.

La representaciones colectivas tienen tendencia a valorar las pulsiones por sí mismas y a no favorecer su evolución. Esta concepción procede de un malentendido respecto al nexo entre el inconsciente y el consciente. Hay una moda y una presión cultural que tienden a eliminar, a suprimir el inconsciente para equipararlo al consciente. Ahora bien, el consciente no es el heredero de un inconsciente difunto. Tiene como función esencial percibir tanto todas las informaciones provenientes del mundo exterior como las del mundo interior de la vida psíquica. Con el consciente y el inconsciente nos encontramos ante dos lógicas que el Yo va a enlazar en una tentativa de necesaria adaptación del uno al otro. El Yo es el resultado de una historia. Al contacto con las realidades exteriores se desarrollan las pulsiones, a la vez que la estructura psicológica del Yo se distingue de ellas. El Yo va a formarse desprendiéndose de las pulsiones para establecer un vínculo con el mundo exterior.

Por tanto, no se trata de que el aspecto consciente del psiquismo agote el inconsciente y lo exprese como tal. Los fantasmas inconscientes implicados en todas las conductas humanas siempre se revelan a través de síntomas —sueños, lapsus, actos fallidos, conductas reaccionales, angustias, temores, producciones del imaginario—. Pero como el fantasma es por definición irreconocible y relativo al individuo de manera singular, solo es deducible después del análisis de sus asociaciones.

Con frecuencia, el fantasma se confunde con el imaginario, mientras que el acto de imaginar no es directamente una producción inconsciente. Cuando imaginamos una situación, un encuentro, un proyecto, estamos conscientes y hay diversos mecanismos que participan en esta elaboración; tanto los de la inteligencia como los de la memoria y la sublimación —que no son procesos del inconsciente—. Aquí no se trata de un fantasma, que sí es una actividad inconsciente y que de entrada no conocemos. El interés de la cura analítica es descubrir la na-

turalidad de estos fantasmas en una relación de transferencia. Los significados van a expresarse, vivirse y modificarse en el interior de esta relación oral. Para la mayoría de las personas (excepto para algunas personalidades excepcionales) es muy difícil, incluso imposible, conseguir comprender sus fantasmas, excepto en una experiencia psicoanalítica; pero, para vivir bien y realizarse, no es indispensable conocer los propios fantasmas. Afortunadamente, no es patrimonio obligado de todo el mundo la tendencia a organizarlo todo alrededor de una psicología sensorial y a confundir el imaginario y el fantasma. Se trata de una representación colectiva, de una influencia dominante en la que cada uno participa en mayor o menor grado. Pero se entra más o menos en esta lógica, en función de las propias características individuales.

Es fácil identificar la organización, muy narcisista, de las personalidades contemporáneas, que limitan su evolución y no pueden acceder a una relación objetal en la que el otro sería aceptado y estimado por sí mismo y no como la auto-prolongación. En realidad, estas psicologías narcisistas ceden rápidamente el paso a formas más regresivas, menos construidas, menos interactivas y dialogantes con la vida subjetiva. En tal caso, van a privilegiarse los movimientos del autoerotismo, que orientan a las personalidades hacia conductas sensoriales inmediatas y expresan la necesidad de ser estimuladas constantemente por acontecimientos o productos exteriores a ellas. Tal inclinación es evidente en los adolescentes —y aún más en los postadolescentes de más de veinticinco años—, a los que resulta difícil unificarse en una identidad. También se observan consecuencias en el plano sexual: se destacarán sobre todo las pulsiones parciales y la sexualidad preliminar, más que la sexualidad genital. Recientemente, una mujer joven se quejaba porque tenía relaciones sexuales completas con su marido cada vez con menos frecuencia. Y él reconoció delante de ella, durante la consulta, que experimentaba un placer mayor masturbándose solo a su lado que penetrándola y teniendo un orgasmo con ella. Manifestaba así su dificultad para salir de los intereses imaginarios de la sexualidad infantil.

La misma subjetividad se malinterpreta. No siempre se entiende como el lugar de un debate, de una reflexión con uno

mismo en la que puedan tener libre curso los afectos y los pensamientos para encontrar su modo de realización. Fundamentalmente se la reduce a un espacio en que las pulsiones se desechan en función de las circunstancias, o se inhiben porque asusta su reivindicación primera. Cada una de estas actitudes provocará una gama de disfunciones sexuales que irá desde la búsqueda incesante de compañeros sexuales hasta la impotencia. Como reacción, las necesidades sentimentales, en lugar de expresar un cambio en la economía sexual, podrán aparecer como signo de desconcierto. Detrás de estas carencias hay también un capital de sentimientos que no siempre pueden manifestarse y acceder al lenguaje verbal. Dicho de otro modo: la subjetividad sensorial o reflexiva, ya sea rica, cultivada, superficial o impulsiva, sigue siendo una referencia para todas las categorías sociales, referencia a partir de la cual cada uno va a intentar vivir y expresarse.

La mejora de las condiciones materiales de vida ha favorecido la liberación física del hombre contemporáneo, aun cuando las nuevas presiones tecnológicas hayan modificado la vida cotidiana. Se han desplazado los centros de interés: han pasado, de las realidades sobre las que es preciso actuar para vivir, al individuo mismo. No hace todavía mucho tiempo convenía sobre todo hacer bien el trabajo, tener buenas relaciones y sentir por ello un cierto orgullo. Hoy también es así, con la preocupación añadida de realizarse y estar a gusto con uno mismo. Las personalidades contemporáneas son cada vez más exigentes y requieren cada vez más afecto y amor a su alrededor. Numerosos conflictos sociales reflejan frustraciones o demandas afectivas imposibles de satisfacer. En función de la cara del jefe de servicio por la mañana, el día se orientará hacia el optimismo o hacia el pesimismo. En el espacio de algunos años, nuestras sociedades, muy sensibles a los aspectos afectivos, han engendrado personalidades más frágiles y más vacilantes. Tanto los hombres como las mujeres lloran fácilmente; los alumnos, ante una mala calificación, se vienen abiertamente abajo; las angustias por la incertidumbre relacional y existencial vienen a oscurecer el campo de la consciencia.

Hoy se confunden con frecuencia amor y vida emocional. El amor no es en primer lugar un sentimiento, una emoción; es

el resultado de una lenta asociación de varios ingredientes de la vida afectiva que van a cobrar sentido con relación a un objeto determinado. La emoción sólo es uno de los primeros elementos de lo que se siente en una situación o respecto a alguien; puede ser intensa y feliz sin ser necesariamente signo de un vínculo amoroso.

La experiencia emocional saca sus recursos de lo más irracional. Cada vez somos más sensibles a ello, hasta el punto de buscar las emociones por sí mismas. Los cambios de nuestras condiciones de vida nos han hecho más permeables a esta riqueza de la subjetividad humana. «Le non-dit des émotions»² busca modos de abrirse paso en la vida psíquica y, al no encontrarlos, puede volverse contra el individuo y agredirlo. La represión emocional con frecuencia conduce a gestos impulsivos, peligrosos para uno mismo y para los demás; se quiere «actuar» a toda costa, en lugar de reflexionar para discernir lo que conviene o no realizar.

El deporte contra el cuerpo

La práctica de un deporte, tan valorizada actualmente, no forzosamente sirve para resolver los problemas psíquicos. Si así fuera, bastaría con correr, saltar y moverse para estar en forma. La actividad deportiva se utiliza con frecuencia para luchar contra las tendencias depresivas, pero no las resuelve. Es verdad que uno puede sentirse en forma después de un esfuerzo deportivo, pero se debe simplemente a que la actividad muscular favorece la secreción de endomorfinas, muy estimulantes para el organismo, y no a un bienestar psíquico real. Claros ejemplos de ello son algunos jóvenes deportistas de alto nivel, tenistas o futbolistas que han llegado rápidamente a la fama y después han sido abatidos por un fracaso con el que, paradójicamente, muchos se identifican. Por ello sirven de modelo. Pueden perfeccionar sus músculos y precisar su técnica deportiva; sin embargo, el trabajo de maduración del esquema corporal, los efectos del cuerpo imaginario y la integración del cuerpo sexuado son de otra índole.

2. C. OLIVENSTEIN, *Le Non-dit des émotions*, Ed. Odile Jacob, Paris 1988.

El deporte no tiene el poder de modificar la economía infantil en la que se instalan algunas personalidades juveniles. Al contrario, puede favorecer la inmadurez afectiva, pues induce a una relación narcisista con el cuerpo. El éxito actual de ciertos deportes es más resultado de un desajuste entre el cuerpo y la afectividad que del afán de competir, de la sublimación de la agresividad o de la sociabilidad «convivial».

La mortal violencia que se desencadena en numerosos estadios también puede ser signo de conductas arcaicas. Este síndrome es síntoma de una alteración del sentido mismo de los deportes, en los que la agresividad sexual habitualmente se transforma y sublima por medio del espíritu competitivo. Cuando los hinchas creen ser lo que está en juego en un partido, sellan el fracaso de su sublimación deportiva. Al querer «cargarse» a compañeros convertidos en adversarios, su sexualidad se vuelve homicida, y el espíritu de competición regresa a la eliminación del otro.

La pulsión sexual, cuando ya no se inscribe en la dimensión relacional, no siempre consigue hacer cultura deportiva. Al separar la pulsión sexual de la dimensión relacional para considerarla una función autónoma, es de esperar que reaparezca la violencia homosexual. En efecto, la vida social se basa en la transformación de la tendencia homosexual en sociabilidad, situación relacional que permite conocer a quienes se idealiza y aprecia y rivalizar con ellos. La rivalidad es una forma de la estima que se siente por el otro; pero si el otro ya no tiene valor, ya no hay nada que conquistar, y la pulsión se queda sin objetivo, en su estado primitivo, es decir, agresiva y totalitaria. Los homicidios que ocurrieron en el estadio de Heysel en Bélgica y los de Sheffield en Gran Bretaña, por nombrar sólo los más recientes entre un sinnúmero de incidentes en todo el mundo, si bien no son nuevos, sí indican la permanente dificultad de construir civilización cuando las pulsiones ya no se trabajan en nombre de una ética cultural.

Una vez más, se piensa muy ingenuamente que basta con reunir gente e interesarla en distintos deportes para obtener personalidades íntegras. Si no se tiene un proyecto social, cultural y espiritual que ofrecer, por ejemplo, a los jóvenes, no se les ayudará a trabajar con las funciones superiores del psiquismo

(como, por ejemplo, la sublimación) para evolucionar; simplemente se fomentará el desarrollo de personalidades contradictorias, pasivas y violentas a la vez. Lo que ocurre es que la imagen del cuerpo está demasiado dispersa y no proporciona confianza en uno mismo. Esta falta de seguridad es fuente de agresividad cuando no se es capaz de unificarse.

Ya no estamos en la época de la gimnasia en la que se decía: «Habla a mi cuerpo, mi mente está enferma». Ahora más bien se dice: «Habla a fragmentos de mi cuerpo, porque no quiero la totalidad de este cuerpo mío». La valorización del deporte, como si se tratara de una forma de música —volveremos sobre ello—, se inscribe dentro de esta psicología sensorial fragmentada y sin palabra. Liquidada la palabra, ahora es el cuerpo el que sigue el mismo destino. Se trata de otra paradoja, ya que todo el mundo parece hacer todo lo posible para estar guapo y sentirse bien en su propia piel. Por supuesto, no vivimos en un mundo de mudos ni en un movimiento cultural en que los individuos vivan sin cuerpo; pero las representaciones colectivas tienden a eliminarlo. En Occidente, el interés por corrientes filosóficas como el budismo y el zen va en el sentido de una desencarnación. Se trata de hacer abstracción del cuerpo. Meditar viene a ser querer salir de uno mismo, ser transparente, más que profundizar en la propia existencia relacionándose con la palabra de un Dios personal. Desde este punto de vista, el cristianismo es una religión carnal —encarnada—, muy molesta para una mentalidad que quiere olvidar el cuerpo o censurarlo.

De este modo, el deporte se ha convertido en el escenario de la desconsideración del cuerpo por falta de significado. Como ejemplo tenemos el «puenting», nuevo juego de moda. En su origen es parte de un rito iniciático de una tribu de las islas del Pacífico. Los jóvenes, para que se reconozca su virilidad por una comunidad de hombres, deben probar sus capacidades después de haber sido entrenados y formados con este propósito. En los países desarrollados, se ha sacado este gesto de su contexto para hacer de él un simple deporte disociado de su dimensión cultural y social. Lo mismo hemos hecho con el judo, el yoga o el karate, separando así cuerpo y espíritu. El deporte ya no tiene la dimensión humanizadora y social que tenía en la sociedad griega y romana. Se ha convertido en un asunto de

músculos. Se nos ha escamoteado el cuerpo como sentido; por eso, durante la infancia y la adolescencia no participa directamente en la integración de la imagen corporal. Ha llegado a ser el único modelo de una marca que lograr. Hay que subrayar que la búsqueda de un cuerpo muy eficiente forma parte de la psicología de la pubertad. La insistencia de nuestros modelos sociales en proponer al «adolescente» como ideal con el que identificarse ha producido una imagen estancada del cuerpo: la del período de transformación física. El cuerpo juvenil es la imagen corporal propia que se quiere conservar. En esta perspectiva, el cuerpo ya no tiene futuro, y el sexo se encasilla en sus primeras manifestaciones: por eso se valorizan las prácticas de la sexualidad infantil (masturbación, homosexualidad, pedofilia y «voyeurismo»).

Este cuerpo en transformación durante la pubertad y la adolescencia tiene efectos sobre los comportamientos. Aparecen nuevas capacidades físicas y fisiológicas que modifican progresivamente la manera en que el adolescente se representa su cuerpo. Surge un cuerpo nuevo, inédito y en ruptura con respecto al del niño, y estas nuevas sensaciones provocan inhibiciones o conductas impulsivas al tratar de salvarse de la angustia causada por posibilidades y límites difícilmente controlables. La necesidad de experimentar en todos los aspectos estas nacientes capacidades, al mismo tiempo que se tienen reticencias, lleva a buscar numerosas actividades en las que el adolescente podrá poner en juego su cuerpo. Pero, si éste es lo único que ve y oye, no lo reconoce en realidad, sino que fundamentalmente quiere experimentar la imagen corporal que ha cultivado en sí.

Entonces pueden presentarse dos peligros. El primero en la mutación física: la presión física es tan fuerte que el adolescente, que teme perder su control y su unidad interior, se refugia en la inhibición intelectual y la impotencia física. Con frecuencia es en esta época cuando empiezan los problemas escolares, o también actitudes opuestas que igualmente participan de este estado de ánimo: el rechazo del deporte, la huida a la racionalización de las ideas o la práctica intensiva de las matemáticas. Puede tratarse de la agresividad del que quiere imitar a Rambo, o se muestra violento a la manera de los «cabezas rapadas», o

adopta el tipo del rebelde afable al estilo del cantante Renaud. En cualquier caso, se trata de la huida del cuerpo, cuyos cambios no soporta. El segundo peligro, que también conduce a un «impasse», se produce cuando se vive el cuerpo por sí mismo, sin relación con la vida psíquica. No está «mentalizado», en el sentido de que los hechos y los gestos ya no son objeto de reflexión. Se suceden las experiencias sin interiorizarlas y no participan en la formación de la unidad de la personalidad. Al situarse en este registro, puede contentarse con fórmulas mágicas que no quieren decir nada, del tipo: «Dejemos hablar al cuerpo». Si el cuerpo puede expresar algo, no por ello es la palabra. Esta visión es histérica, como lo es la que nos refleja la publicidad. En este caso, el cuerpo sustituye y neutraliza a la palabra, cuando es ella la que tendría que coordinar el conjunto de los medios de expresión: es el cuerpo por el cuerpo.

El miedo o el aislamiento del cuerpo, tal como lo viven los adolescentes en el clima cultural de negación corporal, va a favorecer conductas desafiantes. Convendría tenerlas en cuenta, sobre todo cuando se quiere pensar en su prevención. Hemos sabido de muchos jóvenes que, después de haber visto *El gran azul*, querían sumergirse en apnea en la piscina y a veces en el mar; por ello, varios tuvieron mareos o murieron. Esta inmersión libre está prohibida en Francia desde 1970, y ningún club puede enseñarla, porque exigiría una asistencia técnica y una vigilancia médica permanentes, rigurosas y muy caras. Los dos únicos especialistas en este deporte en el mundo no lo practican de cualquier manera. Estos argumentos reales y razonables parece que no son comprensibles para los jóvenes que sólo tienen en cuenta su impulsividad para actuar, sin ninguna exigencia de preparación; lo primero es lanzarse al agua; luego, ya veremos... Hemos comentado anteriormente que tanto la televisión como el cine inciden en los comportamientos. Las imágenes sirven de referencias a las psicologías sensoriales que no saben utilizar la razón en sus experiencias. Podríamos establecer una lista de estos nuevos juegos suicidas: tanto la moto acuática como el «puenting» no necesitan ninguna formación ni preparación y fomentan la sensación de tener un cuerpo omnipotente y sin limitaciones, imagen incorpórea que se desarrolla en las psicologías juveniles.

Al lanzarse al vacío y jugar al yo-yo con el cuerpo colgando de un cable elástico, ¿buscará el joven el orgasmo de los im-potentes? «A los veinte años, yo pensaba encontrar algo grandioso en el sexo. No estaba descontento de mis orgasmos, pero esperaba más. A los veintiocho, es más difícil. No lo consigo, y entonces quemo mis energías en otra cosa: antes, en el rugby; ahora, en el parapente». Esta constatación es una de las percepciones de las sexualidades contemporáneas, y no el intento de llevar a la práctica el sueño de Ícaro. En estos nuevos juegos, ni siquiera se calcula el riesgo. Con frecuencia, se ha asociado la juventud con la afición al riesgo, pero el problema se plantea en otros términos. No hay que confundir la consecuencia con la causa. Algunos jóvenes —y otros que lo son menos— básicamente no tienen conciencia de su cuerpo, al contrario que los profesionales, como los trapeceistas, acróbatas, dobles o navegantes. Algunos conducen la moto, el coche o la motora como si no tuviesen cuerpo. ¿Dónde está la afición al riesgo? En todas esas experiencias no existe. El adolescente asume riesgos, porque no tiene sentido de sus límites corporales ni conciencia de los peligros que supone afrontar los elementos. Y menos aún sentido de la muerte, porque se cree inmortal. Por tanto, no sabe que riesgos asume. En la valorización de ciertos deportes, sólo trata de imponerse una imagen corporal que no es el cuerpo.

La utilización del deporte o de los nuevos juegos corporales mantiene el conflicto de unas representaciones en las que, al aspirar a un cuerpo ligero, flexible y fresco, el cuerpo real se elimina. El cuerpo imaginario se opone al cuerpo histórico. Pero, simultáneamente, de esta lucha de imágenes se deduce el concepto de un cuerpo frágil del que hay que protegerse. La necesidad que hombres y mujeres sienten de resaltar sus músculos mediante ejercicios físicos intenta restablecer una apariencia de fuerza.

A comienzos de los años ochenta se democratiza el culturismo. Este deporte, primero privado, se convierte en una moda que favorece el auge de los gimnasios a los que se va a desarrollar los músculos y a forjarse una figura masculina y viril. Los músculos del vientre, del torso, de los brazos y de las piernas adquieren consistencia, se destacan, se modelan y se controlan en el espejo de la mirada de los demás. Sin duda, la intención

es gustar a las mujeres. Es verdad que a algunas les gustan los hombres vigorosos, que hoy en día parecen escasear. Pero el aspecto musculoso no implica forzosamente seguridad y fuerza psicológica; para lograr esto hay que practicar otro «deporte». Detrás del propósito confesado de impresionar a las mujeres, se manifiesta otro deseo, que es de naturaleza homosexual. ¿No hay acaso en estos gimnasios oportunidad de encontrarse entre hombres, de compararse, de provocar admiración y envidia por las formas corporales, influidos por intereses psíquicos aún de la pubertad? También en los vestuarios y en la ducha, se van los ojos detrás de otro objeto musculoso. En un juego de miradas, contactos y a veces de disfrute compartido, se reúnen dos cuerpos análogos para experimentar lo masculino.

Como es cuestión de musculatura, se trata de un asunto de hombres, incluso cuando lo practican las mujeres. Algunas, entrenadas en negar la diferencia sexual, se identifican en sus cuerpos con los hombres y practican actividades masculinas. Ante el auge del culturismo, hay dos posibles interpretaciones. La primera es clásica y corresponde a una idea inconsciente que sería la de transformar el cuerpo en un inmenso pene en permanente erección. Para ilustrar esta representación musculosa, hay un dibujo muy sugerente: representa a un hombre de generosa musculatura que se dispone visiblemente a la relación sexual con una mujer, la cual, seducida por los músculos de su pareja, aparta la goma del calzoncillo. Ante la expresión de su cara, se adivina por qué, todo avergonzado, don músculo le ofrece una lupa.

A esta búsqueda de potencia fálica puede añadirse otro significado que, por otra parte, puede relacionarse con el tema de las psicologías fragmentadas en el que ya hemos insistido. Esta relación con el cuerpo musculoso con frecuencia pone de manifiesto personalidades de carácter psicótico. Al sentirse inseguros en cuanto a su identidad y sus relaciones con los demás y con el mundo, deben parecer fuertes y estar a la defensiva. En este perfil se puede identificar tanto a heterosexuales como a homosexuales, teniendo en cuenta que los primeros pueden vivir su heterosexualidad a través de una simbólica homosexual. Por otra parte, entre numerosos homosexuales se detecta frecuentemente un aspecto psicótico. Los textos sobre el cuerpo

de Crevel reflejan bien esta perspectiva³. Una vez más, estamos lejos de la estética corporal de los griegos. Para ellos se trataba de un arte y una cultura que expresaban una filosofía de la vida, y no de una cuestión de relleno o de ligue. Debemos distinguir bien ambos aspectos, pues con mucha frecuencia se usan estos argumentos culturales fundadores, sin conocerlos bien, para justificar el juego corporal actual que no tiene el mismo significado: a través del culturismo, se procura sobre todo ocultar o disimular la debilidad del individuo.

Las modas de la gimnasia y del culturismo han contribuido a la valorización del cuidado de uno mismo propia de la psicología sensorial — y, al mismo tiempo, a la eliminación del cuerpo—. En las representaciones contemporáneas, la reivindicación sexual de una mayor liberación de las pulsiones sólo podía ir acompañada de la voluntad de suprimir un cuerpo real enajenado en beneficio de un futuro cuerpo imaginario. De este modo, se ha establecido una relación morbosa con el cuerpo, en la medida que se ha querido transgredir el imaginario para que se convierta en real. El transexual, por ejemplo, incluso después de una intervención quirúrgica, nunca será ni un hombre ni una mujer: trata de responder a una representación que no se ajusta al cuerpo real.

Actualmente, esta falta de autenticidad corporal está en el núcleo de las grandes mentiras respecto a uno mismo: el hombre y la mujer se rehúyen corporalmente. El mal trato corporal fabrica modas del vestir y corrientes de pensamiento que permiten mantener la «forma» a los ojos de los demás y tener «marcha», como lo expresa un lenguaje que se pretende sea estimulante y que, de hecho, indica un ambiente depresivo. El mundo de los medios de comunicación y del espectáculo mantiene y refuerza ese sistema al presentarlo como la «modernidad». Los niños y adolescentes que se desarrollan identificándose con las realidades dominantes no podrán sino entrar en esta neurosis social que les parecerá normal, ya que los demás la expresan y la viven. Y como la integración de su esquema corporal, para acceder a la racionalidad, depende de su economía

3. René CREVEL, *Mon corps et moi*, J.-J. Pauvert, Paris 1974.

afectiva, pero también de la de sus padres y de las imágenes corporales que les reflejan los demás y la sociedad, muchos niños van a crecer «corporalmente desfasados», incluso aunque practiquen mucho deporte. Como se trata de deportes parcelarios y del orden del juego muscular y competitivo, no serán útiles para la elaboración del esquema corporal ni para la interiorización afectiva de su propio cuerpo. Tenemos una práctica del deporte que no es humanizadora y que no favorece una estética corporal. Si tuviésemos en cuenta al individuo en su globalidad, no tendríamos una concepción del deporte meramente muscular, que, propiamente hablando, es un absurdo.

La música olvida el cuerpo

La evolución de la música desde los años cincuenta hasta nuestros días refleja también la historia del cambio en la relación con el cuerpo. La experiencia corporal se ha ido diferenciando progresivamente de la palabra en tanto que racionalidad, pero, asimismo, de la relación con el otro: el baile ha perdido su dimensión social convirtiéndose a menudo en un acto solitario en medio de los demás. La rapidez de los ritmos, la intensidad del sonido y el juego de luces y colores facilitan el estado de trance: no se trata tanto de bailar cuanto de moverse hasta el punto de llegar a la pérdida de la consciencia y del contacto con el mundo exterior. En algunas discotecas del sábado noche, para ir todavía más lejos en la fragmentación psíquica, se vende la famosa píldora «Éxtasis», con el fin de alcanzar —como su propio nombre indica— el éxtasis. También se han probado otros productos con la ilusión de una experiencia transc corporal, como si, más allá de uno mismo, en una explosión del cuerpo y de los sentidos, se pudiera conseguir mayor bienestar. Hay varias clases de música que se han asociado con la toxicomanía: «viajar» proporcionaba la sensación de salir del cuerpo al negarlo. Los Pink Floyd y los Rolling Stones, entre otros, han contribuido a banalizar el uso de productos tóxicos considerados, equivocadamente, como favorecedores de la creatividad musical, cuando fundamentalmente ponían de manifiesto el deseo de pasar del cuerpo.

En las modas musicales se ha acentuado un movimiento que ha conducido al oscurecimiento de la imagen corporal. El rock

and roll (de *to rock*, «balancearse» y *to roll*, «rodar») es una música que proviene del jazz, que, a su vez, nació de los espirituales negros, mediante los cuales los negros expresaban su fe cristiana, su esperanza de ser liberados de la esclavitud y el sentido religioso de los actos fundamentales de su vida. Eran cantos de lamentación, de reivindicación, de tristeza y de alegría, cuyos ritmos característicos eran coherentes con la mentalidad de los africanos trasladados al nuevo continente. Más tarde, nació el jazz con el estilo propio de los negros americanos y con ritmo más sincopado. Por fin, el rock and roll, música de los adolescentes de los años cincuenta y sesenta, que quería expresar los inconformismos juveniles, ha ido utilizando cada vez más ritmos disociados, participando así de la necesidad de afirmar las rupturas físicas y corporales y el deseo de huir a un lugar ideal donde la música de las violencias adolescentes expresara fundamentalmente, en y a través del cuerpo, una serie de desajustes.

Este comentario es aplicable tanto a las modas musicales como a las estrellas de la canción. A estos últimos se los adula y se los percibe a través de representaciones sensoriales que no los reflejan directamente. Su público se los imagina a través de sus propios centros de interés y, en particular, de los que conciernen al cuerpo. Su presentación corporal atrae la atención de los fans en busca de un ideal que se corresponde con la necesidad de travestirse con otro cuerpo. Sin embargo, las estrellas no son como se las imagina el público. La mayoría de las veces basta con oírlos hablar y verlos vivir para convencerse, si ello fuera necesario, de la diferencia que existe entre la realidad de su personalidad y la imagen prefabricada que de ellos se ha proyectado y el papel que se quiere que desempeñen. Cuando los jóvenes o los adultos los imitan, el resultado es decepcionante, pues en ningún caso pueden servir de modelo para construir la personalidad.

Como ya se ha dicho, el individuo necesita tomar prestado material psicológico ajeno para edificar su propia psicología; los padres y muchos de los adultos con los que el joven está en contacto sirven para alimentar el proceso de identificación. Cuando la identificación es sustancial, el individuo progresa y se independiza de quienes le han servido de modelo. La imi-

tación o la proyección de uno mismo en las estrellas del espectáculo son más que nada actitudes defensivas y arcaicas que reflejan la negativa a crecer. Si se realza el cuerpo, es para sentir mejor su anulación a través del de la estrella que, al destacar su propio cuerpo, paradójicamente anuncia su anulación a favor de un cuerpo mítico que sólo existe cuando resplandecen las luces y bajo la presión de los decibelios sincopados.

A un rockero famoso, porque tiene un juego corporal escénico de los más vigorosos y de los más «sexys», su público lo percibirá como el «macho» de quien se podrán obtener gratificaciones intensamente sexuales. ¿Qué expresa la construcción de esta imagen a partir de un cuerpo sudoroso, de unos músculos prominentes y de una voz carnalmente profunda: el triunfo de la plenitud corporal o la victoria contra el cuerpo? Si, según nuestra hipótesis, el cuerpo es implícitamente el enemigo, habrá que quedarse con la idea de una victoria sobre este cuerpo del que se desea liberarse, como en *El gran azul* o en ciertos juegos corporales de moda. El «sex-appeal» hace imposible la relación erótica con la estrella; simplemente sirve para recalcar la fuerza y la energía con las que se quiere librarse del cuerpo. En efecto, la fascinación hetero u homosexual por el físico del cantante envuelto en cuero y respaldado por una moto de gran cilindrada es realmente expresión de su debilidad, pues manifiesta un deseo inconsciente contrario a las apariencias: por fin ha logrado eliminar su cuerpo al desplazar el interés hacia los objetos que lleva asociados. Por otra parte, la aptitud de esta personalidad para expresar una imagen social en la que se reconocen muchas personas concuerda con su propia falta de armonía personal: un líder es siempre el reflejo de un grupo social —y, en particular, de sus trastornos psíquicos—; por eso la imagen funciona bien. El rockero, promovido al rango de ídolo, aparece en realidad como un personaje anodino en la vida cotidiana y un triste compañero en la vida amorosa, y no cambia nada la sucesión de compañeros sexuales. Su incapacidad sexual se compensa mediante una agresividad brutal y un alcoholismo triste y depresivo.

Esta voluntad de no vivir el cuerpo real por vivir un cuerpo imaginario provoca, evidentemente, la incapacidad de asumir realmente el propio cuerpo. Algún otro debe encargarse de ello.

El desajuste corporal es otra dificultad psíquica de las mentalidades contemporáneas. La publicidad es el testigo, sobre pantalla gigante, de esta tendencia. Una reciente campaña publicitaria de ropa interior masculina insistía en el cuerpo adolescente que se conservaba bajo el traje del joven empresario dinámico que, llevando «slips» o calzoncillos, recordaba el instituto o la universidad. Bajo el traje se ocultaría la juventud de un cuerpo que no envejece y que anula al de la realidad presente. Esta divergencia corporal manifiesta una disfunción: el individuo se valora a través de un cuerpo que no es el suyo. También puede verificarse esta constatación a través de las modas y de las compras de ropa interior masculina, que dependen de una imagen materna. La ropa interior la compran más las mujeres que los hombres, a los que normalmente no les gusta hacerlo. Es frecuente observar en los grandes almacenes, en la sección de lencería masculina, la pasividad del hombre mientras su mujer y la vendedora intercambian sus puntos de vista sobre el interés, la forma y el color de los «slips» o de los calzoncillos. Él, detrás del carrito, espera que elijan, aun cuando interiormente no se identifique con la elección. Recientemente, la madre de un joven de veintitrés años tomó la decisión de ir progresivamente sustituyendo los «slips» de su hijo por calzoncillos sin pedirle opinión. Él acepta llevarlos, aunque sigue prefiriendo los «slips». Pero no se le ha ocurrido reprochárselo a su madre o, mejor aún, ir él mismo a comprarlos.

La apropiación del cuerpo es una de las tareas psicológicas de la pubertad y de la adolescencia. Las chicas pueden vivirla más fácilmente que los chicos, porque tienen una relación con su cuerpo más global, menos parcial que los chicos. Y, al contrario, las chicas anoréxicas y bulímicas expresan a través de la comida su dificultad para separarse del cuerpo materno. El rechazo del cuerpo sigue siendo un problema de la psicología de la pubertad. También se encuentran indicios de este conflicto en las representaciones sociales de la anulación del cuerpo. Debido a esta borrosa imagen que tenemos del cuerpo, tiene tal auge la toxicomanía y se presenta a veces el sexo como solución a los problemas.

Nuestros modelos sociales intentan cada vez con más fuerza presentar la identificación con el cuerpo juvenil como un rechazo

del tiempo y del cuerpo real. En la sociedad griega o romana la relación con el cuerpo era diferente. Si bien se buscaba el cuerpo joven y bello, no se confundía con el del adulto. Esta corriente era esencialmente estética y no puede ser la nuestra, ya que nosotros nos empeñamos en suprimir la simbólica corporal. Por eso se puede decir que el cuerpo está en peligro y que el rock ha servido de vector para poner de manifiesto este peligro. El rock es el síntoma de la fragmentación corporal: su música puede acentuar esta tendencia como un verdadero disolvente de cuerpos. «¡Me lo paso bomba!» ¿Cómo no se dan cuenta de su carga mortífera quienes dicen esta frase queriendo expresar su júbilo?

Más allá de la simple atracción por los nuevos ritmos, el rock expresa una angustia: la de la pérdida del cuerpo (que anuncia la toxicomanía, los suicidios juveniles y la sexualidad depresiva). Y el cuerpo se exaltará por sí mismo y se realizará tanto más cuanto que está en peligro. Esta ruptura corporal ha preparado igualmente la ruptura con las grandes ideologías, y también la incapacidad de inscribirse en las grandes corrientes de pensamiento —sean filosóficas o religiosas—, debido a la pérdida del sentimiento de continuidad con uno mismo y del sentido de la temporalidad. Por ello, una vez más, resurgen las sectas, el esoterismo, la magia y la brujería, como sucede en la historia en cada período de crisis del sentido de la vida. También en este terreno, hay que haber perdido verdaderamente el sentido del cuerpo para dejarse manipular por tales ilusiones.

El rock and roll nació con la adolescencia contemporánea y desempeña el papel de catalizador de los movimientos del cuerpo juvenil. Podríamos pensar que esta música realza, expresa y libera el cuerpo, pero ocurre lo contrario. Abrió la era del cuerpo juvenil, un cuerpo imaginado al que la ropa y los «pins» proporcionan su auténtica piel, en posible contradicción con la diferenciación sexual, como muestra la moda del vaquero unisex.

El vaquero ceñido, lanzado por James Dean y Elvis Presley, a la vez que resaltaba las formas corporales, pretendía negarlas: había que limitarse a sugerirlas, pues se suponía que no debían ser vistas precisamente allí donde, sin embargo, el tejido estaba raído y descolorido. El vaquero se ha erotizado en el mismo momento en que el cuerpo perdía su carácter global en beneficio

de la fragmentación. La moda de la ropa ceñida aprisionaba el cuerpo justamente cuando se hablaba de «liberación». Se comprimía el cuerpo con las ropas, sobre todo la parte inferior, a partir de la cintura, ceñiendo los genitales, los muslos y las piernas, lo que recuerda extraña y forzosamente el corpiño envarado del siglo XIX. Es bastante sorprendente que cuando se hablaba de liberación sexual, se liberase la parte superior para comprimir la parte inferior... ¿No era un discurso desfasado con respecto a la experiencia de un cuerpo relativamente negado y al aprisionamiento o la castración infligidos al cuerpo (al menos en las representaciones colectivas)? Por otro lado, ahora hemos sustituido la moda de la ropa ceñida por la de una ropa más amplia, con una desmesura de tejido que envuelve sin hacer resaltar nada.

La erotización del vaquero ha hecho desaparecer el cuerpo, hasta el punto, en algunos casos, de ser castrante. Se ha convertido en un uniforme, un signo de identificación. El vaquero no ha pasado de moda, y probablemente nunca pasará. Sin embargo, aparte de por algunos puros y duros, nostálgicos de los años sesenta o «cow boys» de Texas, el vaquero hoy ya ni se vive ni se lleva de la misma manera. Esta diferencia está muy clara en el núcleo de nuestra sociedad «adolescéntrica». El vaquero, como la camiseta, ahora se llevan rotos, en jirones, símbolos de un cuerpo herido, cortado y remendado, como estigmas de una sexualidad perdida. El vaquero ya no tiene sexo. Por tanto, ha alcanzado su objetivo. Primero, prenda masculina; después, unisex y, por fin, asexuado por la cuchilla o la navaja; el vaquero raído anula el cuerpo real a cambio de un cuerpo imaginario, como si el individuo debiera existir sin su sexo y sin su cuerpo.

La aceptación de su cuerpo sexuado es uno de los retos del adolescente. El entorno puede favorecer o impedir esta evolución, complicando una situación que no siempre es fácil de vivir por el mutante juvenil. La integración de un nuevo cuerpo a partir de la pubertad puede fracasar en la adolescencia y generar trastornos psíquicos y dificultades relacionales. En algunos casos se impone la imagen de un cuerpo «fracturado», con relación al de la infancia, y ello desarrolla una inseguridad cuyos temas agresivos se identifican en las modas musicales y en los com-

portamientos asociales o dependientes. Esta ruptura corporal hace difícil la adaptación a la realidad. El adolescente no siempre es consciente de que, al rechazar la sociedad, fundamentalmente manifiesta su malestar corporal. Cuando no logra resolver esta tensión, corre el peligro de volverla contra él a través de conductas de fracaso o del suicidio, o de dirigirla contra los demás.

No siempre es fácil interiorizar el propio cuerpo en la adolescencia. Puede uno hacerse la ilusión buscando alocadamente placeres jamás satisfechos. Son comportamientos paradójicos que a menudo se interpretan a través del tema del hedonismo. ¿Realmente tenemos tal relación con el cuerpo? ¿No parece que más bien predomina el desprecio por el cuerpo maltratado?

El rockero ni se ama ni ama su cuerpo. Con frecuencia, al afirmarse contra todo o al no vivir más que del rock, su psicología adopta fundamentalmente las actitudes primitivas sádico-anales de la negación. El rock no favorece el narcisismo (el interés por uno mismo), sino el autoerotismo (que toma en cuenta un solo aspecto).

Es verdad que le puede a uno gustar el rock y sus numerosos derivados sin que, evidentemente, la personalidad esté tan determinada. La psicología humana tiene tal capacidad de resistencia y de adaptación que evita a muchos individuos estar condicionados únicamente por los efectos sociales de un momento, pues, recordémoslo, estamos examinando «modelos sociales». Algunos se adhieren totalmente a ellos, usándolos como Yo auxiliar que compensa las carencias de su propio Yo, mientras que otros consiguen conservar su autonomía.

Esta negación que el rock hace del cuerpo ha avanzado un paso más con los punkis. Sus personalidades están más estructuradas alrededor de un carácter psicótico (fragmentado), en un esquema corporal sin límites, que deja el campo abierto a un delirio corporal que va de los cabellos a los pies. La identidad sexual de estos grupos es muy diversa. En estas personalidades indiferenciadas domina una homosexualidad agresiva, tanto entre los hombres como entre las mujeres, dándose cada vez más entre estas últimas una reivindicación viril. En su presentación corporal todo es agudo y puntiagudo; los cabellos erizados se parecen a picas que hacen intocable el resto del cuerpo. Se ha consumado la negación del cuerpo.

El rock es contemporáneo de la mayoría de las grandes rupturas y está vinculado a ellas. Estas rupturas se han introducido en la vida psíquica suprimiendo las relaciones y conservando sólo los procesos de aislamiento. De este modo, la sexualidad se ha aislado de la afectividad y después de la fecundidad. Estas personalidades divididas se han acostumbrado a vivir compartimentadas. La crisis depresiva del 68 contribuyó a dar legitimidad a este funcionamiento psíquico, al mismo tiempo que se desmoronaban las representaciones sociales unificantes. Progresivamente, movimientos más emocionales han ido sucediendo a los precedentes, más racionales, y han terminado por privilegiar la desunión de los modos de comunicación sensorial. Ya no hay principio unificante: «Nos hundimos» (depresión); «lo vamos a pasar pipa» (placer); o «esto es el delirio» (reducir el inconsciente al consciente). La emoción por la emoción. Es bastante sintomático observar el cambio de actitud de algunos de los que vivieron el 68 que, partiendo de una posición ideológicamente paranoica, en nombre de la cual había que destruir la sociedad corrupta, se han orientado hacia grupos religiosos carismáticos, hacia la parapsicología o, incluso, hacia las sectas. Sumergidos en el sentimentalismo religioso o espiritual, dan rienda suelta a sus sensaciones bajo la supuesta influencia del espíritu divino o de lo irracional.

Por tanto, se ha consumado la ruptura ideológica y, desde ese momento, no ha dejado de ampliarse. En la película *La última mujer*, el protagonista se corta el pene con un cuchillo eléctrico. En *La Grande Bouffe*, los límites corporales se rebasan hasta llegar a la muerte —como en *El imperio de los sentidos*—. Varias creaciones cinematográficas han insistido sobre la mutilación y el desgarrar del cuerpo. El miedo a la relación con el otro y la necesidad de que el cuerpo no envejezca han permitido representar la sexualidad en ruptura con su dimensión afectiva corporal. Decir que se podía joder cuando y con quien se quisiera permitía no comprometerse afectivamente y olvidar el cuerpo, que desaparecía en beneficio del mero órgano sexual. Al hablar de conseguir «una buena mamada», «echar un buen polvo» o «tener una sesión de mete saca», se negaban la relación con el otro, la sexualidad y el cuerpo, y sólo quedaba un trozo de cuerpo, como en el autoerotismo, en el que el conjunto corporal no existe. Actualmente, la pulsión sexual, valorizada por sí

misma, sanciona su decadencia, como mostraba la película *El declive del imperio americano*, en la que varios hombres y mujeres cuentan sus diferentes experiencias sexuales en un clima dramáticamente humorístico en el que destaca el desencanto de las esperanzas eróticas de los años sesenta. La pulsión ha superado a los héroes después de haber querido controlar nuestro cerebro y reducir el inconsciente al consciente.

Si no se acepta la realidad del inconsciente (actuando según sus deseos), se le transforma en psicología del Yo, lo que no es. Como ya hemos dicho, el deseo no tiene por función realizarse, sino que el inconsciente, al no encontrar accesos simbólicos, elimina las instituciones del consciente. Faltan las representaciones simbólicas, lo que posibilita todo tipo de agresividad, porque la realidad exterior no puede mediatizar la pulsión. Reflejo de esto son —más adelante volveremos sobre ello— los abusos sexuales o las violaciones a niños, así como los comportamientos asociales en los espacios colectivos (transportes, calles, estadios, grandes almacenes...). Se rechaza al otro en todas las agresiones de la vida cotidiana consideradas menores, pero que socialmente son muy desestabilizadoras.

La relación con el mundo es importante para el individuo: aun cuando todo no le convenga, encontrará medios para adaptarse y vivir según su propia originalidad. En cuanto a la personalidad de carácter psicótico, reprocha permanentemente a los demás y a la sociedad el estado del entorno, a fin de quedarse apartada y vivir relaciones pasajeras y fragmentadas. Estos reproches inducen a la duda sobre la relación con el mundo y con el ser amado, sobre todo cuando implican un compromiso en el tiempo: se ha relativizado el compromiso duradero en beneficio del instante y de los deseos del momento. El sexo tiene el poder de inscribirse en el tiempo; pero, una vez suprimido éste, el futuro declina y solo quedan las sensaciones del instante.

Una vez más, recordémoslo, algunos han entrado directamente en esos modelos para «actuarlos», y otros, al encontrarlos en los medios de comunicación, la publicidad y las diversas producciones llamadas «culturales», los utilizan, en mayor o menor grado, como referencia para expresar, en parte, su propia vida pulsional.

Por tanto, hemos asistido a la progresiva construcción del rechazo del cuerpo que prefigura su desexualización. Algunas nuevas características han acentuado esa imagen del cuerpo que se quería eliminar. Lo demuestra el examen de la evolución de las diversas corrientes musicales contemporáneas. Hemos pasado del rock que niega el cuerpo a un cuerpo primitivo enajenado que se mece al ritmo de la música caribeña, como hemos pasado del vaquero, que lo muestra todo, a la desnudez, que no muestra nada. De hecho, el cuerpo se deshace de sus representaciones y de sus afectos al querer escapar a sus contingencias sexuales e históricas. Después del rock, se han desarrollado otros movimientos musicales inspirados en ritmos africanos y ahora en la música caribeña. Al revestir el cuerpo y entrar en el modo de vida del otro, se produce una identificación corporal recíproca y paralela. Fenómeno que no es nuevo en la historia, pero que, cuando se presenta, desencadena crisis de identidad étnica en las que se sumen las personas menos seguras de su identidad individual y social, ya sea para denunciar la invasión, ya, por el contrario, para anunciar líricamente una nueva humanidad. Esta inter-identificación influye sobre las modas. Los blancos intentan ponerse morenos para mostrar un cuerpo bronceado y se rizan el pelo, mientras que los negros se aclaran la piel y se alisan la cabellera. Michael Jackson ha pasado por todas las fases de la cirugía estética para conseguir modificar su fisonomía. Es el prototipo mismo del conflicto de las imágenes corporales del mundo contemporáneo.

En los bailes se puede detectar la búsqueda de una imagen corporal común. Los bailes de los años setenta estaban muy inspirados en los ritmos de los negros asociados al movimiento de la sociedad tecnológica. La gente bailaba como máquinas u ordenadores, sin moverse del sitio, con gestos acompasados, combinando formas geométricas de pie, agachados o en el suelo. El baile-competición contra el baile-relación aportaba al cuerpo un apoyo existencial a través de la identificación con la máquina. Los gestos en ángulo recto, que eran más duros, más agresivos y más solitarios, sustituyeron a los de formas curvas. El baile de las máquinas-herramientas o de las cadenas de montaje estaba en su apogeo y salvaba mecánicamente al cuerpo dándole una existencia puramente utilitaria, ya que el verdadero cuerpo estaba en otro lugar. El cuerpo-máquina debía continuar sin car-

garse demasiado de emociones y sentimientos; sólo desempeñaban un papel los aspectos primeros del contacto sensorial. La idea del cuerpo operativo aún permanece, pero estos bailes ya no están de moda.

El cuerpo prótesis estaba cada vez más enajenado cuando, a finales de los años ochenta, los bailes inspirados principalmente en la tradición étnica africana, como la de los zulúes, o en la de las islas del Pacífico, le han dado otro estilo. Los jóvenes se vestían como zulúes y pensaban, vivían, se expresaban y bailaban como ellos. Lo mismo sucedió con los indios amazónicos o con las tribus de las islas del Pacífico. Sin duda, a partir de estas músicas o de estos modos de vida va a ponerse de manifiesto en las sociedades occidentales la necesidad de invertir al cuerpo de la desnudez primitiva sin otros contenidos «fantasmáticos».

La toxicomanía, junto con el rock, era parte de la negación y del desprecio del cuerpo. El gusto por el exotismo, perfumes, colores, paisajes lejanos, mantiene al cuerpo en su economía auto-erótica sensorial; pero se presenta una novedad: se intenta existir corporalmente por intermedio de corrientes de pensamiento, musicales o culinarias, *que tengan un origen y una tradición*. Esta nueva actitud no significa que se acepte mejor el cuerpo, sobre todo en el universo contemporáneo en que el cuerpo del niño está demasiado unido al de la madre, por falta de una simbología paterna fuerte que le permita existir por sí mismo. Para reanudar el trabajo psíquico con el cuerpo se precisa una mediación: ¿provenirá de la imagen ancestral y utópica del «buen salvaje»?

La desnudez del «buen salvaje»

Todavía hace unos años, la desnudez estaba confinada en determinados lugares privilegiados. Ahora, raras son las playas que no cuentan, desde que aparecen los primeros rayos de sol, con los cuerpos desnudos de los urbanitas ávidos de bronceado integral. El traje de baño se ha caído sobre la arena, y con él el sueño erótico ha nacido muerto. Esta desnudez invasora, a menudo fea y sin poesía, forma parte de una psicología auto-erótica que valoriza las pulsiones parciales como el exhibicionismo. Enseñarlo todo, como decirlo todo con la excusa de la

transparencia, es signo de una falta de interiorización del cuerpo. Es un trabajo que el niño hace entre los seis y los ocho años, al negarse a que su madre o su padre se ocupen de su aseo y ocultando su desnudez. Esta tarea psíquica continúa durante la pubertad y la adolescencia, cuando se integra el cuerpo sexuado. El pudor que resulta de estos dos períodos expresa esta feliz apropiación corporal. Los jóvenes no se sentirán estimulados si se atienen a los modelos del entorno.

¿Es verdaderamente la desnudez signo de comodidad, de liberación corporal, de la necesidad de liberarse de las presiones cotidianas de las sociedades tecnológicas? Para responder a esta pregunta, hay que establecer una distinción entre los naturistas, que pertenecen a una tradición filosófica y casi siempre disponen de sus propios lugares para reunirse, y quienes apenas llegados de las ciudades abandonan su ropa sobre un trozo de tierra o de arena. En este segundo caso nos encontramos en plena negación corporal (no saben lo que muestran) teñida de exhibicionismo, pues realmente se trata de enseñar lo que habitualmente es erótico, es decir, los senos y los órganos sexuales. Si hay algunos adolescentes que se sublevaron contra este espectáculo, es justamente porque son eróticamente muy sensibles a esas partes corporales que quieren ocultar. De este modo, quieren preservar su intimidad, que no se puede ofrecer a todo el mundo sin correr el riesgo de que pierda toda su capacidad erótica.

Porque este desnudo de las playas o de las ciudades no tiene nada de erótico, sino que es muestra del estado de las representaciones de la sexualidad: la de una población sin sexo. Es otro modo de negar el cuerpo: exponer el sexo cada vez más, en lugar de incitar a comportamientos hedonistas, ocasiona indiferencia sexual. Muy a menudo, para justificar tal actitud, algunos recurren a otras referencias culturales y utilizan el argumento de las sociedades tribales que viven en completa desnudez. Este razonamiento es uno de los efectos de la confusión de culturas en que nos encontramos. Es una postura que no se fundamenta en una reflexión seria y, aún menos, en conocimientos exactos de esas otras culturas. Todo el mundo recuerda el paso por Europa de Raoni, jefe de una tribu amazónica que vino a alertarnos sobre los peligros de la progresiva desaparición de la selva «más grande» del mundo. En sus diversas interven-

ciones, se presentó vestido y engalanado con sus símbolos, aunque normalmente, en su medio natural, utiliza una vestimenta más ligera. Sin renegar culturalmente de sí mismo, sabía utilizar las ropas en su relación social con otras etnias, porque no le estorba su cuerpo.

En las representaciones actuales, la desnudez se utiliza como una prótesis para hacer vivir un cuerpo enajenado en el universo tecnológico o para permitir a los desarraigados y fragmentados encontrar una corriente cultural, una pertenencia étnica. El hombre tecnológico es narcisista; piensa que se ha hecho solo, sin la aportación de las generaciones anteriores. Como está seguro de su suficiencia, ha querido hacer tabla rasa de las experiencias de la historia y ahora, desnudo, con su cubo y su pala, se pregunta si existen puntos de referencia... Algunos pueblos africanos, los indios de América del Sur, así como los habitantes de algunas islas del Pacífico, a través de sus tradiciones siguen cultivando sus raíces más remotas. Querer imitar su comportamiento es, de hecho, mostrar la necesidad de apropiarse gratuitamente de sus raíces, tomando de ellas sólo los aspectos exteriores. Después de haber negado nuestra propia herencia cultural, nos comportamos como huérfanos de la historia, y las conductas sexuales y corporales actuales manifiestan una gran necesidad de conjurar esta soledad.

Sobre el cuerpo moderno se cierne una idea de muerte. La toxicomanía y otras enfermedades de la dependencia como la anorexia, la bulimia y muchos estados depresivos toman el cuerpo como blanco. Estas modernas enfermedades son propias de un cuerpo rechazado. ¿Hay que ver en ellas conductas suicidas o el deseo de recobrar las sensaciones más primitivas, a falta de ideal corporal desde el que construirse? La identificación con cuerpos que supuestamente representan el estado corporal primitivo sólo puede durar un momento, pues no es posible recobrar el cuerpo original, aun cuando uno se persuade de lo contrario, manteniéndose en lo sensorial. El mito del eterno retorno, tan caro a Nietzsche, es una idea obsesiva y atrayente: recuperar un cuerpo que ya no existe y cuya ausencia sería el origen de todas las impotencias. En efecto, si los gestos de la vida cotidiana pueden repetirse en un mismo ritual sin que sea tedioso, no pasa lo mismo con los comportamientos obsesivos que, al

repetirse sistemáticamente, se prohíben el deseo: lo obsesivo teme morir si se atreve a desear. Detrás de todas las actitudes obsesivas hay temor, miedo a estar en peligro. Para protegerse, el individuo que está en esa tesitura se forja ideas, mitos y gestos que, al repetirse, enmascararán el sentido real del conflicto de un cuerpo abocado a la perdición. La identificación con el cuerpo primitivo por intermedio de las sociedades más arcaicas puede considerarse como una regresión para mantenerse en los primeros estadios de la humanidad. Idea simplista que querría que el hombre de las cavernas, de las cabañas, de los bosques y de los ríos fuera más auténtico que el hombre moderno.

También se puede deducir otro significado de esta fascinación identificativa con el pasado más o menos remoto. Se corresponde con la necesidad de inscribir el cuerpo en una tradición, en una historia con sus ritos y costumbres. En un espacio de cincuenta años, el hombre tecnológico ha cortado los vínculos con su herencia étnica, cultural, educativa y religiosa, y también ha despreciado las reglas sociales y las transmisiones indispensables entre las generaciones. El hombre tecnológico quiso partir de cero, como en una generación espontánea, sin progenitores y, por tanto, sin historia. En una singular y extraña partenogénesis, se habría hecho completamente solo. Este acto creador narcisista e ilusorio es la expresión de un sentimiento de omnipotencia que se ve relativizado por las realidades actuales. La omnipotencia de las ciencias y de las ideologías puede volverse contra el hombre: ¡cuántas vidas desperdiciadas y destruidas en su nombre! Hay una especie de sensación de vergüenza al reconocerse en los propios orígenes; sin embargo, es difícil evolucionar sin reconciliarse con ellos. Cada generación pone en práctica de una manera diferente su capital hereditario, aun cuando parezca ignorarlo. Se prefiere relatar una novela familiar distinta, sin tradiciones, sin costumbres ni creencias y, quizá, sin padres. Sin embargo, basta con que una película, una canción o un libro evoque esa parte perdida del país y de sus miembros para que su éxito sea seguro.

Vincularse con el pasado parece necesario para dotarse de futuro. Rechazarlo para darse una historia fabricada por poderes, copiada de otra etnia, y utilizar como prótesis cultural préstamos de otros pueblos, es, a la larga, terminar por no ser «de ninguna

parte», por vivir como desarraigados cuando tenemos detrás siglos de cultura. Al contrario de los intereses narcisistas contemporáneos, limitados a la realización del momento, todas las generaciones que nos han precedido vivían el presente asegurando el futuro de su descendencia. Se tenía conciencia de las generaciones venideras. Construir una casa, plantar árboles, no se hacía con una óptica miope: en las representaciones colectivas, esa voluntad estaba acompañada por la necesidad de tener descendencia. La frase de moda no era «Después de mí el diluvio». ¿Qué percibimos hoy como amenaza? Con frecuencia se dice: «La vida es demasiado corta». ¡Qué paradoja cuando no deja de aumentar su duración! Actualmente nos obsesiona el temor a perder; por tanto, nos apresuramos a vivir.

En realidad, no hay nada que perder que no esté ya perdido. Las modas y las corrientes de pensamiento de la vida cotidiana hacen evidente el fracaso, vivido por la ruptura de la imagen corporal que ya no permite coincidir con uno mismo. La búsqueda de un cuerpo que ya no es el propio, cuyo ideal es controlar la fecundidad, sólo puede desembocar en la necesidad de resultados —y en la droga que, con frecuencia, va asociada—. La ruptura entre cuerpo y sexo es fuente de angustia. No es ni justo ni sano afirmar que la sexualidad ha alcanzado mayor libertad so pretexto de haber logrado diferenciar el acto sexual placentero del acto sexual reproductivo. Freud ha demostrado que tanto uno como otro están íntimamente asociados en el momento de la formación del vínculo sexual. Para las necesidades del estudio de la sexualidad es útil diferenciarlos a fin de analizar sus diversos procesos, pero sin olvidar que se inscriben en un conjunto, el núcleo central de la afectividad de la personalidad.

En definitiva, ¿no sería indicio de culpabilidad esa desnudez del cuerpo exhibido inocentemente y sin deseo? La necesidad de ver y ser visto es una manera de ser reconocido y aceptado. Al hombre tecnológico le cuesta construir un lazo corporal de vinculación a los demás y a quienes le han precedido, y físicamente está muy indefenso. Después de haber rechazado a los demás y al pasado, se encuentra con un cuerpo sin referencias. Los toxicómanos y los anoréxicos simplemente expresan con su sensibilidad esta representación ambiente.

Por tanto, el sexo, despojado de sus sublimaciones, recobra su agresividad primera. Se multiplican los gestos de violencia precisamente donde la civilización había conseguido instituir una prohibición estructurante, es decir, un tabú indispensable para favorecer la vida: la prohibición del incesto, la pedofilia y la violación. La imagen de un cuerpo liberado de toda prohibición remite a la ilusión de libertad del hombre primitivo. Es una manera de legitimar por sí misma la pulsión, pues el entorno social no ofrece valores y símbolos desde los cuales el individuo pueda elaborar su interioridad. Por esto, el inconsciente no puede integrar la representación de un cuerpo sexuado ni aceptar la complementariedad de los sexos. No se intenta construir una relación, sino afirmarse, rivalizar y protegerse del otro. Este clima no es favorable a la heterosexualidad; es más, es propicio al desarrollo de los aspectos homosexuales.

La desnudez reivindicada en nombre de la liberación corporal ha sido la expresión de la necesidad de encontrar un nuevo bienestar corporal. Simultáneamente, ha participado en la erotización masiva de todas las actividades humanas y, de manera paradójica, en la deserotización del cuerpo cuando el erotismo empezaba a invadir a la pareja. Pues la desnudez significa esto: «Estoy desnudo, no soy deseable, no deseo nada, sólo me exhibo».

El erotismo invade a la pareja

Cuando el hogar conyugal se organizaba en torno a la procreación y a la vida económica familiar, la psicología sexual era menos sensible a la calidad del orgasmo en el seno de la pareja. Pero hacia 1750⁴, el sentimiento amoroso empieza a realizarse cada vez más en la vida de los hombres y mujeres casados. La sexualidad del placer o «de la diversión» es parte de la relación amorosa de la pareja, y cualquier desliz se considerará una infidelidad ofensiva. La psicología sexual se modifica progresivamente y, para vivir de acuerdo al sentimiento amoroso, la sexualidad del placer y la de la reproducción deben asociarse;

si no, por supuesto, surge el drama. Toda la evolución psicológica y social ha tendido a hacer del sentimiento amoroso la riqueza de la pareja. En esta perspectiva, que comienza a ser una aspiración desde el siglo XVIII, casarse no responde prioritariamente a necesidades económicas, sociales y jurídicas, sino amorosas. Desde hace casi tres siglos, esta novedad se instituye en nombre de la búsqueda de la felicidad afectiva. Lo propio del amor es hacer convivir «los impulsos del alma y las emociones de la carne»⁵.

A cada uno le corresponderá encontrar el objeto de su deseo, es decir, la persona susceptible de corresponder lo mejor posible a sus ansias afectivas. Ya no se trata de soñar con la pareja ideal, sino de aprender a conocer al otro en una relación inagotable. Tremenda tarea que exige capacidades interiores, armonía de los deseos y riqueza afectiva para reinventar la relación amorosa en el curso del tiempo.

El sexo y el placer no son el amor. Sin embargo, el conjunto amor, sexo y placer da todo su sentido a la expresión «hacer el amor» y a la necesidad de ver unificarse en uno mismo eros (placer) y agape (comunidad), que es lo que el Yo intenta realizar en la vida afectiva de la personalidad. Ahora bien, es bastante sintomático constatar que en las mentalidades contemporáneas el sentimiento amoroso se cultiva al mismo tiempo que la disociación sexual y la imagen del rechazo corporal. Por supuesto, se trata de un juego de representaciones que influyen sobre los comportamientos en mayor o menor grado y que a veces se expresan como tales. Como ya hemos dicho, estas psicologías están escindidas y racionalizan su conducta partiendo de una sexualidad con funciones separadas, mientras que, simultáneamente, se busca la unidad.

El amor cristiano ha sido, para una gran mayoría, origen del sentimiento amoroso. Casarse y unirse por amor son palabra bíblica. Durante casi veinte siglos, la cultura de la relación amorosa y conyugal se ha desarrollado bajo la influencia de la Iglesia para que el matrimonio sea en primer lugar un acto de

4. E. SHORTER, *Naissance de la famille moderne*, Seuil, Paris 1977.

5. Citado por J.-D. VINCENT, *Biologie des passions*, Ed. Odile Jacob, Paris 1986.

amor y de libertad entre los contrayentes y no una decisión de las familias.

A pesar de las representaciones, la pareja contemporánea intenta integrar en la unión sexual el amor y la fecundidad, modificando progresivamente la sexualidad conyugal. Este cambio se ha producido tras un mejor conocimiento, muy reciente, de la sexualidad humana en su realidad biológica y psicológica, pero sin duda se han ignorado las consecuencias sociales de la sexualidad, sobre todo en una época en que predomina la idea de que pertenece a la esfera de lo privado. La dimensión subjetiva de la sexualidad, que procede del sentimiento amoroso y de la elección personal, se opone a las libertades públicas, que proceden del derecho público. Sin embargo, desde el momento en que dos individuos se asocian, atañe a la sociedad, aunque el sentimiento amoroso difícilmente lo admita, muy preocupado por su mera realidad afectiva. Hay una dimensión social implicada necesariamente en la sexualidad: ninguna sociedad, ninguna civilización, deja de tener en cuenta esta realidad; y, sin embargo, actualmente esta idea esencial se acepta peor, pues la sexualidad se ha vuelto asocial.

Desde los años sesenta, la sexualidad conyugal ha intentado conjugarse con el erotismo. Estudiar la vida íntima de las parejas es muy difícil. Disponemos de poco material para saber cómo se desarrollaba en el pasado la vida sexual y cuáles eran las prácticas de las parejas. Sin embargo, muchos autores han demostrado que los hombres y las mujeres de ayer sabían vivir y que, aunque la procreación fuese el primer valor de la sexualidad de las parejas, éstas sabían disfrutar en sus relaciones sexuales. En el siglo XVI⁶ hubo toda una literatura médica que llegaba a afirmar que la mujer, para poder concebir, debía alcanzar el orgasmo. El mismo autor subrayaba que la mayoría de las parejas «dejaban de hacer el amor cuando ya no querían hijos». Los observadores de la vida popular dan a entender que las infidelidades, en el sentido actual del término, eran raras, aunque podía ocurrir que algunos esposos, con el fin de restringir los nacimientos, evitasen a su esposa y se «aliviasen» con una de

las sirvientas. El modelo moderno de adúltero ha introducido otra representación cuando hombres o mujeres casados se han puesto a buscar compañeros, en una búsqueda de un «alma gemela» y no sólo para encontrar un alivio físico. Shorter señala que entre 1850 y 1914 la mayoría de las parejas «se erotizan». Se sexualizan las parejas conyugales y, en las representaciones, se afirma el derecho de las mujeres al placer. Un fenómeno que —como ya hemos visto— no es nuevo, sino fundamentalmente síntoma de otro concepto de la sexualidad de la pareja, que se convierte en «lugar» del placer. Hasta 1960 no se advierten grandes cambios. A continuación, en los años sesenta y setenta, va a producirse una aceleración en la actividad y en los estilos sexuales. La frecuencia de las relaciones sexuales matrimoniales aumenta un 21% entre 1965 y 1970. También la duración de los preliminares aumentó durante este período. Las caricias y los gestos bucogenitales son parte importante de las prácticas sexuales. Pero, según el informe Simon (1970), a diferencia de los americanos, los franceses no eran partidarios de la sodomía en la relación heterosexual.

Si, en este mismo período, la pareja conyugal ganaba en erotismo, también perdía a veces en calidad e intensidad afectiva. Un poco como si, al haberse agotado sexualmente, los miembros de la pareja ya no tuvieran nada que decirse ni que hacer juntos. Es la época de las películas que describían los tormentos de la vida de las parejas: Duras, Lelouch, Truffaut, Godard, cuyas discusiones siempre terminaban en un punto muerto. Frente a estas parejas que no paraban de manifestarse su amor y después su odio y de nuevo su amor, en playas, trenes o en las terrazas de las cervecerías elegantes, los jóvenes de los años setenta prefieren amores bucólicos y cambiantes. Después de los hirientes fracasos de esos amores en flor muy idealizados, en los setenta se preferirá limitarse al amor efímero. Ni siquiera se perdía el tiempo en la seducción amorosa. La pregunta era brutal: «¿Te acuestas o no?», «¿quieres o no quieres?», como cantaba Zanini. Este amor depresivo llegó a las puertas de los años ochenta. La pareja de enamorados tomó el relevo, dividida entre el sentimiento amoroso y la voluntad de inscribirse en una historia común, y a veces preocupándose por sus capacidades eróticas.

6. Citado por SHORTER, *op. cit.*

Entre tanto, de 1969 a 1975 se desarrolla el período de los hippies, que deliberadamente se orientan hacia la búsqueda de la variedad de estados de conciencia. Sin negar la dimensión espiritual que Maurice Clavel consideraba la causa principal de la crisis de los años sesenta, en el examen de esta situación nos quedaremos sobre todo con las modalidades psíquicas: parece producirse una irrupción masiva del inconsciente en el consciente y, para protegerse de ella, se recurre al principio de nirvana. Al hacer el vacío, ya no hay nada que experimentar o sentir⁷. Se quieren presentar ante los demás disponibles, despojados y desnudos. Como hemos visto anteriormente, la desnudez total, que quiere ser un signo de libertad, anuncia, de hecho, la extinción del deseo y del erotismo. El sexo ya no está erotizado, sino que lo están los procesos primarios de la vida psíquica, a través de la forma de alimentarse, vestirse, vivir y poseer oralmente la naturaleza por medio de la marihuana.

La personalidad de los hippies, flemática, pacífica y generosa, luchaba contra las pulsiones invasoras sin disponer de un sistema regulador. Para ellos, la experiencia sexual no implicaba solidaridad con la pareja, pues ésta podía cambiar a capricho de los estados de conciencia y de los encuentros. Sin embargo, cuántos sufrimientos y celos no manifestados han envejecido afectivamente a más de uno. Se excluían los vínculos relacionales, así como la interdependencia, en beneficio de una relación intencionadamente colectiva. Se trataba de estar con todo el mundo para asegurarse de no pertenecer a nadie. La sexualidad grupal se percibía como un acto social y generoso que ocultaba una difusa homosexualidad. Algunos aprovechaban la ocasión de una relación heterosexual, dentro de una sesión de sexo grupal, para probar un contacto homosexual. Otros adoptaban conductas bisexuales. El orgasmo, comparado a una unión mística, dio otro status a una sexualidad que se había hecho más subjetiva y que se percibía como un medio de conocerse mejor

7. Las espiritualidades orientales (budismo, zen) tratan de vaciar al individuo de sus sensaciones para que se incorpore al «gran todo», mientras que, por el contrario, la tradición cristiana incita a la encarnación sin eliminar el cuerpo humano. Cf. el libro del doctor François-Bernard MICHEL, *La Chair de Dieu*, Flammarion, Paris 1990.

a sí mismo y al otro, de ir más allá de los propios límites y de realizar los fantasmas: la relación sexual se valoraba sobre todo como experiencia interior de regresión.

Más que contentarse con el placer presente del orgasmo, las parejas intentaban recobrar los estados de conciencia sensoriales primitivos. A través de esta búsqueda, lo que se ponía en práctica era la sexualidad infantil, pero sin permitirle elaborarse ni liberarse de sus intrigas.

El eslogan de moda era «Haced el amor, no la guerra», que invitaba a utilizar el sexo como fuerza de resistencia frente a una sociedad que no parecía tener en cuenta el valor de la vida individual. Esta fraternidad sexual abolía los papeles y las funciones: ni padre, ni madre; todos hermanos. Desaparecían los lazos de parentesco a favor de una indiferenciación de los géneros en una inmensa comunidad. Este nuevo régimen social preparaba también la era de los gurús, de las sectas y de los líderes carismáticos que se instalarán en la falla de las angustias de estas personalidades disociadas que, luchando entre sus pulsiones y su cuerpo, dejaban que tomara forma un espacio para las más incoherentes y delirantes teorías sociales, religiosas y estéticas.

La simbología paterna no podía funcionar en este autoerotismo relacional. Y tomó el poder el mito del hermano mayor o del elegido mágicamente iniciado (por no se sabe quién) que se convertía en el primero entre los miembros de la comunidad. En general, su ley era más intransigente y más radical que la del padre, pues dependía de su mero capricho, aun cuando se utilizase el pretexto de discutirla juntos para que se aceptase mejor. La ley del hermano, en este contexto idolátrico del líder, no era democrática y menos aún ética, ya que ante todo se trataba de complacer a quien terminaba por ser considerado la razón de existir del grupo. Al contrario de la ley representada mediante la simbólica paterna, que, al no ser de origen narcisista, sino trascendente, es la medida de todos y de cada uno.

La comedia musical *Hair* fue la síntesis del momento culminante de los hippies. Al mismo tiempo, se proyectaba *Teorema*, la película de Pasolini. Por un lado, la masturbación, la felación y la marihuana, como desafío de una juventud que ponía de manifiesto su individualidad y su negativa a entrar en la

sociedad; por el otro, el paso a las relaciones bisexuales, que revelan la propia soledad. Estas dos creaciones artísticas marcan una fecha. La sexualidad se convierte en una aventura subjetiva, y tanto las realidades externas como la ley no pueden limitar su experiencia introspectiva. El inconsciente está a flor de piel y, en fragmentos, aparece casi por sí mismo, suspendiendo el trabajo de sublimación. Esta introspección abre la puerta a las regresiones y, en particular, a las de la sexualidad infantil. El amor-fusión y el cuerpo-naturaleza interpretan los bien conocidos argumentos de la relación maternal y «maternante». Aun cuando esta moda pase, dejará temas portadores que influirán en las representaciones y en las conductas sexuales.

Al llamarse por el nombre de pila y tutearse en nombre de la fraternidad, se prescinde de establecer mediaciones entre las relaciones. Estas actitudes dieron origen a una moda, muy actual, cuya consecuencia es anular cualquier realidad social e instalarse en una relación simbiótica formando un gran todo con los demás individuos. Se quiere estar en conexión directa con los demás. En las empresas, bajo la influencia de los asesores de formación, se fomentan las relaciones en el plano afectivo. Así se crean nuevas alienaciones temibles para el equilibrio personal.

Los mismos problemas vive la relación educativa: cuando los padres quieren presentarse como amigos, lo que no son, niegan su función y complican la evolución afectiva de sus hijos. A través de estas modas relacionales o educativas, no se intenta desarrollar relaciones y socializarse, sino permanecer en la intimidad, donde dominan las sensaciones y las emociones primeras. En nombre de esta intimidad —asociada a la igualdad—, hay que decirse todo, estar al mismo nivel, abolir los papeles y las funciones. El deseo de estar lo más cerca posible del otro hace confusas las relaciones, favoreciendo el individualismo, única puerta de salvación para ser uno mismo «de algún modo», como se dice hoy, expresando así elocuentemente que no se sabe exactamente dónde se está ni por dónde se va. Esta proximidad puede anular las subjetividades en el sentido de que ya no se sabe reflexionar sobre uno mismo ni llenar la propia vida interior. En estas condiciones, no puede haber relaciones, son demasiado peligrosas: para que existieran, sería preciso aceptar

al otro con sus diferencias, a distancia y en su sitio. No es de extrañar que, a la larga, esta confusa proximidad entre las personas, en la incoherencia de los códigos de conducta, sea fuente de agresividad. La sexualidad se ve arrastrada en este comportamiento. No aparece como un vínculo de encuentro y de placer, sino como el riesgo de perder una parte de sí. Las personalidades, a fuerza de querer «conectar» permanentemente, en seguida se sienten agredidas en su integridad. El único instante en que realmente se está en línea directa con alguien, y aun eso sólo durante unos segundos, es el momento del orgasmo. Casi se consigue la unión y, sin embargo, será preciso empezar de nuevo con la esperanza de volver a alcanzar ese imposible.

El período actual es paradójico. En el momento en que se valorizan las actitudes de proximidad, se asiste a la negación del otro. La paradoja se reduce si se admite la relación de consecuencia de estos dos comportamientos: la confusión de las relaciones que actualmente nos fabricamos provoca desconfianza hacia el otro e incluso rechazo. Un ejemplo: los transportes públicos que tomamos a hora temprana o tardía del día no incitan a la generosidad cuando, apretujados unos contra otros, cada cual intenta salvaguardar algunos centímetros cuadrados para existir en ese magma humano...

Después de haber vivido un tiempo de liberación respecto a los códigos de referencia necesitando hacer resaltar nuestra individualidad, vamos o a entrar en una existencia de mayor calidad, o a instalarnos en una nivelación relacional y emocionalmente primaria. En los años setenta se lanzó un desafío para desarrollar y expresar el capital subjetivo. Al haber sido mal utilizado, puede volverse contra los individuos de forma alienante en las empresas, en los colegios, en las familias y en la ciudad: es el chantaje a los sentimientos.

La eliminación del cuerpo va a producir mala conciencia. Por eso, como reacción, suben las acciones de una virtud de moda: la transparencia, que va del exhibicionismo más banal, y también más vulgar, hasta la arquitectura que privilegia el vidrio y el espejo como principales materiales. De este modo, se piensa ajustar cuentas a la culpabilidad en que languidece la sociedad occidental. La imagen corporal que se presenta es bonita; sin embargo, su interioridad está vacía. «Me siento va-

cío, paso páginas vacías», canta Mylène Farmer. Vacío como el cristal que deja que todo pase a su través y no retiene nada.

El cuerpo tampoco retiene nada: ya no es erótico. Tal vez lo sean fragmentos de cuerpo, pues el erotismo está en todas partes, se exhibe, se telefona o se teclea en el *Minitel*, porque está menos presente en la experiencia amorosa. Se puede cantar como Guesh Pattit: «Étienne, Étienne, sujétalo bien», cuando en realidad no hay nadie, apenas un deseo. «Toca mi *Minitel*, pero no mi cuerpo» es una manera de decir anónimamente lo inconfesable en la relación amorosa y no una prudencia circunstancial para evitar molestos encuentros con el virus del sida, como demasiado simplemente se ha dado a entender. Si se queda con alguien, luego podrá tener lugar una relación, como la realización de un sueño en una pareja sin futuro. El *Minitel* crea relaciones fluctuantes, y aun cuando cobren forma en la realidad, se toparán con un erotismo imposible de mantener de modo duradero.

La pareja conyugal no ha dejado de introducir el erotismo en su vida sexual, pero, al mismo tiempo, cuanto más se exhibe el sexo, más carencias de amor sexual se producen.

Algunos, bajo la influencia de modas, de modelos, o queriendo reproducir escenas cinematográficas, se quejan en la consulta de no conseguir «hacer lo mismo en casa», lo que a veces siembra el desconcierto en la mente de las parejas. Así vino a la consulta una pareja, por iniciativa del marido, que consideraba a su mujer anormal porque se negaba a ser sodomizada. Ella misma no sabía muy bien qué pensar: ¿estaba inhibida?, ¿era demasiado moral?, ¿no era lo bastante sexual? En suma, aceptaba que la tratasen para complacer a su marido. Él, por su parte, no se planteaba preguntas. Había visto la escena repetidamente en películas pornográficas y deseaba hacer lo mismo sin interrogarse, sin preguntarse si en realidad su deseo no ocultaba otra cosa, una tendencia homosexual, por ejemplo. Las películas X del sábado noche provocan a veces tantas consultas a los sexólogos los días siguientes como hace algunos años las sesiones televisivas de gimnasia del domingo por la mañana a los masajistas.

Muchos viven sus relaciones sexuales sin saber muy bien qué hacer con todas estas imágenes eróticas que les llegan del

exterior. Entre éstos, una primera categoría sigue viviendo con la única preocupación de poner en práctica su sexualidad subjetiva en su relación amorosa. Han encontrado sus estilos y sus ritmos, que pueden variar según las circunstancias y las épocas de la vida, pero hay una especie de barrera hermética entre su sexualidad y la representada en el entorno. Una segunda categoría no es indiferente a la pornografía ambiente. El sábado por la noche, los vídeos X, alquilados o comprados al mismo tiempo que las compras de la semana en el supermercado, se verán en pareja, solos o con amigos o incluso en familia, con los hijos mayores, una vez que los pequeños estén acostados⁸. Se ven diciendo que es una cochinada, que es asqueroso, vergonzoso, o bien riéndose de lo ridículo de las posturas, de los primeros planos, a la vez que se sueña con lo que se podría hacer y se sabe perfectamente que no se hará.

La interpretación de esta reacción es clásica. En efecto, quienes han inhibido su genitalidad por un complejo de culpabilidad siempre tienden a hacerse los virtuosos ofendidos. Experimentan esas imágenes como peligrosas para su unidad psíquica, que se ha construido como reacción a una sexualidad infantil por definición imaginaria y fragmentada. Sin embargo, las imágenes sexuales deben tener libre curso en el psiquismo a fin de elaborar la sexualidad y jerarquizar las pulsiones, y el erotismo artístico es una actividad lúdica de la mente que aguza las sensaciones, sin por ello implicar una acción en la dirección de las imágenes mentales producidas. No obstante, con los vídeos X estamos lejos de esta perspectiva, pues la mayoría de las veces sirven para alimentar pobremente un imaginario escasamente erótico. En este caso, la película pornográfica representa un papel estimulante⁹. El inconveniente de las imágenes

8. Puede ocurrir que los padres alquilen esos vídeos para sus hijos como una forma de educación sexual. A veces los dejan ver solos esas películas con la idea de que, como su propia vida sexual está decayendo, debe ceder el sitio a las manifestaciones de la de los adolescentes.

9. En 1989, la pornografía supuso el 40% del mercado del vídeo. En Francia, el 20% de los abonados a Canal + ven la película porno mensual, pese a lo tardío de la hora de emisión. Muchos telespectadores la siguen sin descodificador. La imagen borrosa no perjudica a la visión, y pasan sin demasiados inconvenientes de la comprensión del argumento y de los diálogos.

pornográficas¹⁰ es el mismo que el de los comics: inmovilizan e impiden la producción de las propias imágenes a partir de los fantasmas individuales. Se puede ser feliz y estar satisfecho de la propia sexualidad sin recurrir a prótesis pornográficas. Es importante saber producir el propio arte, es decir, el erotismo personal.

La introducción del erotismo en la relación amorosa polariza la atención en la relación de pareja y la privilegia cada vez más. Pero a veces el erotismo implica tal regresión que hace temer una fragmentación de la vida psíquica. Si, en las representaciones contemporáneas, hemos asistido a la construcción de la imagen de un cuerpo a eliminar, ¿no corremos el peligro de ver desarrollarse una imagen que deserotice el cuerpo? Esta desexualización del cuerpo sería una puerta abierta a numerosas perversiones.

10. La Comisión de control coloca en el mismo plano obras cuyas palabras tienen una fuerza que perturba las sensibilidades y tonterías pensadas a medida de los que se pasan ante la pantalla. Se somete al mismo régimen *El último tango en París* de Bertolucci que *Madame Claude*. J.-L. ANDRÉ, «Les Limites de l'indécence»: *Le Monde* (13 y 14-8-1989).

2

El sexo confiscado

«Es un lugar común el que la civilización occidental es tan irracional en materia de sexualidad que hasta se niega a discutir su irracionalidad e incluso llega a sancionar la objetividad en este aspecto. Mi propósito es afirmar, —lo cual es, sin duda, bastante menos banal— que las otras civilizaciones, aunque de distinta manera, son igualmente irracionales en este terreno y que no podría ser de otro modo».

Georges DEVEREUX,
De l'angoisse à la méthode

Las prácticas sexuales son muchas, variadas y opuestas, y lo que se quiere actualmente es que todas se acepten como equivalentes. Por tanto, su examen obliga a hablar de sexualidad en plural. El objetivo de las ideologías ya no es la vida social, sino la vida subjetiva, que depende de corrientes de opinión individuales o colectivas a través de las modas. En este momento, la moda cultural invita a realizar la mayoría de las imágenes mentales sexuales, viendo en ello un medio de alcanzar la plenitud. Lo que forma parte de los argumentos subjetivos, y que debería alimentar un imaginario erótico, no ha tardado en banalizarse y se intenta vivirlo como tal. Ahora bien, al querer hacer realidad los fantasmas, se mata el imaginario. Sin embargo, el problema es saber qué es lo que pone en práctica cada conducta sexual y cuál es su valor en la sexualidad consciente, al contrario de la sexualidad inconsciente, que no establece diferencia alguna. El igualitarismo sexual que prevalece actualmente no es nuevo; tiene equivalentes en la historia en función de las crisis y las épocas.

Por tanto, examinemos las imágenes plurales de la sexualidad que nos proporcionan los sondeos publicados en la prensa y las encuestas que pretenden ser científicas, pero se quedan en un pseudo-saber. Veremos que muestran un sexo cada vez menos

relacional y menos creador. Esta constatación nos permitirá comprender más adelante la transformación de las representaciones que está teniendo lugar desde hace algunos años.

La magia de los sondeos

Las sexualidades contemporáneas son objeto de frecuentes sondeos publicados regularmente en la prensa. Los resultados se interpretan como normativos, es decir, que instauran la norma, lo que equivale a decir que ahora la nueva moral vendría definida por los sondeos. Sin embargo, un comportamiento, o incluso una idea, aunque se comparta mayoritariamente, no por ello tiene autenticidad psíquica ni, en un plano distinto, valor ético.

Por otra parte, ¿es posible hacer un sondeo exacto sobre los comportamientos sexuales? Cabe dudarlo. Un sondeo no es un estudio, que sí podría disponer de otros instrumentos de investigación aparte de un simple juego de preguntas y respuestas: no es obvio que la gente responda la verdad y, por tanto, hay que esperar un número elevado de respuestas falsas; en cuanto a los comentarios a que dan lugar estos sondeos, son poco seguros, pues la mayoría de las veces no los hacen especialistas; consecuentemente, a la dificultad de interpretación de las cifras hay que añadir el peso de opiniones o intereses personales. Si no se utilizan métodos rigurosos de análisis de la subjetividad, los resultados no son convincentes —suponiendo que estos sondeos tengan un auténtico interés en conocer la sexualidad humana.

Por ejemplo, un sondeo sobre la sexualidad de los 15 a los 25 años no es fácil de utilizar, pues este grupo de edad es demasiado amplio, y en todo él no se percibe la sexualidad de la misma manera: existen diferencias entre la psicología propia de la pubertad de los 15 a los 17 años, la de los adolescentes de 18 a 23 años y la de los postadolescentes, y, sin embargo, deben contestar las mismas preguntas. Las informaciones que así se reciben no tienen en cuenta imágenes y quizás experiencias sexuales en función de las edades. Entre los 15 y los 18 años, la sexualidad depende sobre todo de problemas de imagen corporal. A continuación, hasta los 23 ó 24 años, se plantean preguntas en torno al tema de la autoaceptación y, más tarde, sobre la identidad sexual y social. Si no se tienen en cuenta

estos diversos factores, entre muchos otros, los sondeos se transforman en informaciones ideologizantes que no dicen nada significativo. Sin duda alguna, los sondeos son utilizables en muchos ámbitos, pero, en lo que concierne a la sexualidad, son muy aproximativos.

También debe ponerse en duda el tratamiento del sondeo. En uno de los realizados sobre la infidelidad¹, cabe preguntarse si el analista no ha manipulado las respuestas de los encuestados. Al examinar los dos primeros resultados del sondeo, se observa que la primera cuestión, que se refiere a la fidelidad, pone de relieve la respuesta a una sola de las dos preguntas planteadas. En efecto, el título es: «La fidelidad es indispensable para un 69%». Se ha quedado con la primera respuesta: «Absolutamente indispensable: 69%» y ha dejado la segunda, «Más bien indispensable: 22%» (o sea, en total a favor de la fidelidad: 91%). Y a la inversa, en cuanto a la pregunta respecto a la infidelidad, el título presenta el resultado total de las dos preguntas positivas: «Infieles o dispuestos a serlo: 36%», resultado obtenido sumando: «Sí, me ha ocurrido: 15%» y «No, pero podría ocurrirme: 21%». Se trata de un método curioso: en un caso, se omite la suma, y en el otro se suman los resultados.

Este informe deja traslucir un prejuicio a favor de la infidelidad y lo expresa en términos sarcásticos, con una pizca de amargura, como si lamentase comprobar que la infidelidad no es una conducta mayoritaria. Además, corre el peligro de confundir representación y práctica. El hecho de imaginar una situación no implica hacerla realidad: sin duda, hay más infidelidad de pensamiento que de hecho... Es bastante sintomático observar que el conjunto del comentario analiza estas cifras partiendo del mito de la liberación sexual (mito sobre el que tendremos que volver) y del modelo de la relación con múltiples compañeros que se impuso en los años sesenta. Se trata de dos modas que no significan lo mismo. La primera intentaba corresponder a una sexualidad subjetiva, adoptando prácticas sexuales centradas sobre uno mismo y sobre la pareja, fuera de las normas y de las conveniencias: se trataba de introducir el

1. «L'infidélité»: *Le Nouvel Observateur* (del 17 al 23-11-1988).

erotismo en la relación de pareja. La otra, más clásica entre los solteros y los adúlteros, representa una imagen y una realidad en la sexualidad de grupo buscada en los clubs turísticos, discotecas, durante viajes profesionales o cursillos de formación permanente e incluso con compañeros/as de trabajo. Esta segunda forma de sexualidad es decepcionante y deja herido a más de uno. Si un sondeo se interpreta en función de las ideas de moda, es difícil obtener un perfil preciso de las tendencias. Tanto más cuanto que sus resultados se utilizan sin compararlos con los conocimientos psicológicos y los hechos históricos. Se seleccionan de manera narcisista, como si la sexualidad empezase con el hombre actual.

En otro sondeo² sobre «El amor y los franceses», también podemos hacer observaciones sobre el método: el 65% de las personas consultadas no tienen relaciones fuera de su pareja; el 18% las tienen a veces; y el 11%, frecuentemente. Estas cifras se aproximan a algunas evaluaciones de los investigadores del I.N.E.D., que sitúan entre el 15% y el 20% las relaciones extraconyugales hacia los 35 años. En el sondeo sobre la infidelidad³, el 29% piensa que se puede amar a dos personas a la vez (un 64% piensa lo contrario), mientras que en el del amor y los franceses, el 42% opina que es posible estar enamorado a la vez de dos personas. ¿Cómo trabajar con resultados tan contradictorios en un intervalo de seis meses?

También se pregunta a las personas entrevistadas si han modificado su comportamiento después de la extensión del sida: el 63% no han modificado nada, y un 17% siguen siendo fieles a su pareja. Tendríamos que disponer de informaciones cualitativas sobre el 63% para delimitar mejor qué es lo que no se ha modificado y si tenían razones para cambiar de conducta: es evidente que esta pregunta en muchos casos no se plantea. Al leer el análisis, uno se pregunta por qué el autor afirma: «Sólo un 17% de románticos rezagados confunde todavía la fidelidad conyugal y la monogamia sexual». Esta observación es bastante sorprendente cuando se sabe que desde hace más de dos siglos la vida sexual se ha centrado cada vez más en la relación amorosa

2. «L'Amour et les Français»: *L'Express* (27-5- 1988).

3. Sondeo del *Nouvel Observateur*, op. cit.

de la pareja. El discurso amoroso ha erotizado la relación conyugal, y los miembros de la pareja, aun cuando reconozcan que puede presentarse la infidelidad, no desean vivir según este modelo. Por eso, los celos aquí no tienen nada de patológico, incluso son constitutivos de la relación amorosa.

A la pregunta: «¿Ya ha engañado a su mujer?», el comentario del sondeo empezaba con la respuesta del cantante Jean-Luc Lahaye: «Jamás a nivel de sentimientos». Esta duplicidad nos hace retroceder hasta el siglo xvii, en que comienza a entablarse el debate sobre la fidelidad sexual en el amor. Desde esta época, el sentimiento amoroso invade la relación conyugal, en la que se reivindica la necesidad de asociar la relación amorosa a una sexualidad más subjetiva. Ahora bien, a partir del momento en que se reintroduce en la pareja moderna un principio que disocia su vida íntima, se corre el peligro de que se fragmente y conduzca a la separación de sus miembros. El comentario del sondeo olvida que la fidelidad es una conquista del sentimiento amoroso y no una solidaridad asociativa.

Hay otra respuesta que deja perplejo en este sondeo sobre el amor y los franceses realizado entre 800 personas de 15 a 65 años. En la pregunta sobre la frecuencia de las relaciones sexuales, un 43% dice tenerlas dos o tres veces por semana. ¿Se puede considerar válida esta cifra cuando se sabe que, con el ritmo de vida actual y las diversas preocupaciones cotidianas, las relaciones sexuales no son tan sistemáticamente regulares? ¿Las respuestas son el reflejo de lo que se vive, de lo que se ha vivido o de lo que se espera vivir? Recientemente, una encuesta americana ha demostrado que la gente exageraba en sus respuestas cuando se les preguntaba sobre su vida sexual. En este terreno es difícil decir la verdad, aunque las respuestas sean confidenciales: la experiencia psicoterapéutica cotidiana lo confirma.

Si seguimos señalando los desfases que existen entre las respuestas y lo que realmente se vive, observamos que el 59% declara que no es importante ser del mismo ambiente para casarse⁴. En la práctica se comprueba lo contrario: la elección del cónyuge siempre se hace, con amplia mayoría, en función

4. En 1959 lo pensaba el 24%; en 1968, el 42%.

de la homogamia, es decir, en un mismo medio social y cultural. Puede responderse según las ideas dominantes del momento, por ejemplo, la de la igualdad, en nombre de la cual se querría prescindir de un cierto número de realidades sociales, culturales, religiosas y étnicas. Para que sea posible una relación amorosa entre dos personas, es indispensable que tengan idénticas referencias, aun cuando estas referencias se lleven a la práctica de forma distinta o aunque los individuos progresen intelectual y socialmente hasta el punto de modificar sus raíces de origen. Por supuesto, hay excepciones: las relaciones logradas gracias a la riqueza y a la capacidad de adaptación de individuos que eligen un sistema de referencias común, adoptando en parte o en su totalidad los valores y las creencias de sus diferentes medios de origen. Pero también hay fracasos en parejas mixtas, sobre todo cuando el sistema cultural y religioso del otro es cerrado, totalitario y rígido, mientras que las motivaciones afectivas de la vida común cambian con el paso de los años.

Las ideas igualitarias que están en el ambiente sirven de ideales para darse respuestas aceptables, pero poco basadas en la realidad, que intentan más obedecer a una virtud que corresponder a una experiencia vivida. La primera reacción de una persona consultada por un encuestador es encontrar la respuesta que más se aproxime a su ideal, a las representaciones de su entorno y a las ideas dominantes del momento, ideas a las que se adhiere sin espíritu crítico para asegurarse de la aceptación del grupo. Las personalidades contemporáneas, muy extra-determinadas, es decir, influidas por el exterior, no siempre llegan a la madurez del *self* (ser uno mismo). Al ser un calco de una idea dominante, algunos tienen la impresión de ser alguien precisamente porque son como todo el mundo. Este conformismo es especialmente evidente en las personalidades marginales que adoptan el mismo perfil físico, el mismo uniforme y la misma manera de hablar por necesidad de estar en grupo, que llega a ser el verdadero sustitutivo de un Yo casi inexistente.

Estos comentarios muestran que dirigir una encuesta cuantitativa sobre los comportamientos sexuales es muy complejo. Las respuestas proporcionadas no corresponden exactamente a la experiencia vivida por los encuestados, y este hecho se transparenta en los sondeos, ya que se trata de explicar una realidad tan íntima, imaginaria y simbólica como la sexualidad.

Finalmente, también es instructivo comparar sondeos respecto a la edad de la primera relación sexual: el resultado de las cifras de ambas encuestas es a la vez coherente y contradictorio.

Encuesta sobre la edad de la primera relación sexual	Chicos edad	Chicas edad
IFOP-SIMON 1970	19,2	21,5
CATADERE 1978	17	18
IFOP 1982	17,9	18,5
SOFRES 1984	17	18
SOFRES 1985	16,9	18

Estas cifras son relativamente coherentes. Destaquemos que la edad en que los encuestados responden que han tenido su primera relación sexual corresponde en cada ocasión, sobre poco más o menos, a la de la mayoría de edad: entre los 19 y los 21 años antes de los años setenta, y entre los 17 y los 18 años después. ¿Se inspiran las respuestas en la representación de la imagen que se debe dar de uno mismo en la mayoría de edad para ser reconocido como adulto? ¿Está inducida la experiencia por el interés por «realizar el acto» independientemente de la madurez afectiva real que es necesaria para asumir la propia vida sexual en una relación? El examen de lo que pueden decir al respecto algunos jóvenes confirma esta actitud. La primera relación sexual no tiene realmente el valor de un rito iniciático mediante el cual el joven podría realmente reconocerse en su masculinidad o feminidad, sino que más bien revela el deseo de corresponder a la presión del entorno: «hay que hacerlo». Después de estas conductas relacionales son frecuentes las decepciones, sobre todo cuando no se incluyen vínculos amorosos en la vida sexual.

Más perplejo dejan las cifras siguientes:

Encuesta sobre la edad de la primera relación sexual	Chicos edad	Chicas edad
ESTUDIANTE 1984	16: el 83,6%	16: el 47,5%

Es posible compararlas con otros resultados, con un intervalo de casi diez años, según encuestas efectuadas por Sofres en septiembre de 1978 y después en marzo de 1987. De los 13 al los 17 años, un 19% en 1978 y un 24% en 1987 habían tenido relaciones sexuales. A la inversa, en este grupo de edad, un 76% en 1978 y un 72% en 1987 no las habían tenido. Si nos atenemos al sondeo de la revista *L'Étudiant* (1984), la desviación es considerable entre el 83% de chicos y el 47,5% de chicas de 16 años que ya habrían tenido relaciones sexuales, mientras que, tres años después, el sondeo (Sofres, *Nouvel Observateur*, marzo 1987) da un resultado de un 24% que ha tenido relaciones sexuales. Otro sondeo del mismo año (Sofres, *Le Point*, enero 1987) relativo también a la edad de la primera relación sexual, nos proporciona otras cifras: 40% entre 15 y 18 años y 33% después de los 21 años; y no respondió el 25% de los encuestados. Esta cifra de sin-respuesta es considerable e indica la reserva con que se responde a las preguntas sobre la vida sexual. Esta restricción, como las respuestas falsas, muestra que es difícil revelar este aspecto íntimo, porque están en juego numerosos intereses.

La desviación es demasiado importante como para que se pueda trabajar seriamente con tales datos. Sólo podemos extraer como conclusión operativa de algunas encuestas la disminución de la edad media de las primeras relaciones sexuales durante el denominado período de liberación sexual; actualmente se está produciendo una modificación en la conducta sexual de los adolescentes. «La edad mediana de las primeras relaciones (edad en la que el 50% de los individuos ya han tenido relaciones) ha disminuido desde las generaciones nacidas a principios de siglo hasta las generaciones de 1960 a 1964: la disminución es de más de tres años para las mujeres y podría ser del orden de dos años para los hombres (aunque, curiosamente, la encuesta Ifop-Simon de 1970 no indicaba ninguna evolución para los hombres). Parece que la tendencia se ha invertido en las siguientes generaciones, por tanto, a principios de los años ochenta, y la edad mediana parece ahora próxima a los 18 años tanto para los hombres como para las mujeres»⁵.

5. H. LERIDON, documento multicopiado, I.N.E.D., marzo 1989.

Para sorpresa de los adultos, que a veces querrían incitarlos a lo contrario, la observación clínica muestra que una mayoría de jóvenes cada vez pospone más sus relaciones sexuales: no les preocupan en absoluto, y muchos no tienen ganas de copiar el modelo de la liberación sexual de los años setenta, que era el de sus padres, entonces adolescentes. Pero, repitémoslo, la presión social es tan fuerte que algunos jóvenes quieren tener relaciones sexuales para sentirse normales y no para responder a un deseo real. Así pueden decir a sus padres y a sus amigos: «Lo he hecho», pero no sacan de ello ni un auténtico beneficio afectivo ni mayor madurez.

Las primeras relaciones sexuales raramente son satisfactorias, la relación es transitoria, y la sexualidad sobre todo mecánica. Se necesitará más tiempo y madurez psíquica para que llegue a ser relacional. Por otra parte, hay que señalar, en las encuestas cualitativas, la confusión de muchos jóvenes respecto a lo que entienden por su primera relación completa: para algunos se asocia al beso o a la caricia, y otros, tanto chicos como chicas, no saben distinguir la erección de la eyaculación o relacionarla con la penetración completa.

Recientemente, se me presentó en la consulta una joven pareja de estudiantes de veinticinco y veintiséis años que estaban terminando sus carreras y querían tener un hijo. Pese a su infecundidad, el ginecólogo no había detectado anomalías fisiológicas y les aconsejó que se hicieran un examen psicológico. Al oírles contar su experiencia sexual, resultó que hacían el amor de una curiosa manera; podrá parecer asombroso, pero, no obstante, es frecuente: ni una ni otro eran conscientes de la necesidad de que el pene penetrara completamente en la vagina. Él se quedaba ligeramente bloqueado a la entrada de la vagina sin ir más lejos. Evidentemente, la mayor parte de la eyaculación se derramaba fuera, y no era fecundante. Después de algunas sesiones de reflexión sobre esta singular experiencia, volvieron a consultar al ginecólogo. Y varios meses más tarde me llegó una tarjeta que me comunicaba el nacimiento de un niño con esta sencilla palabra: «Gracias». Para imaginarse la relación genital habían sido más fuertes las representaciones que ambos tenían que las informaciones y la educación sexual que, sin embargo, sí habían recibido en su momento. Con este tipo

de sondeo, se corre el riesgo de cometer algunos errores, especialmente si en el momento de la adolescencia se concibe un gesto sexual como una relación genital completa, cuando no lo es.

La mayoría de las veces, estas observaciones asombran, aunque son habituales en los miles de consultas que se hacen a los médicos. Sorprenden porque vivimos según un doble modelo mental: el de la precocidad sexual —pero, ya lo hemos visto, ¿se trata de relaciones completas o de los juegos sexuales que siempre han existido?— y el de la información proporcionada, que forzosamente habría de transformar las representaciones mentales. Si bien cada sociedad, como cada generación, tiene una manera singular de organizar su deseo sexual, las etapas de la maduración psíquica y los fantasmas individuales son siempre muestra de una misma problemática. Por eso es importante conocer la historia de las actitudes sexuales de una sociedad y la psicología individual de sus miembros; si no, nos exponemos a interpretar erróneamente los datos observados.

En otra encuesta⁶, se pueden señalar de nuevo al menos dos errores que apoyan los estereotipos de moda. El primero consiste en malinterpretar el sentido de la sexualidad infantil. Freud demostró que, desde su nacimiento, cada individuo vive su sexualidad. El comentario del artículo insiste en que «la intimidad facilita una mejor comprensión de la sexualidad infantil»; el ejemplo es la desnudez de padres e hijos en el cuarto de baño: «a la japonesa». De este modo, tendríamos que acabar «admitiendo que las primeras emociones sexuales se manifiestan a partir de los dos años de edad». Ahora bien, si no se especifica de qué emociones sexuales se trata, nos exponemos a compararlas con las de la sexualidad de los adultos. Sin embargo, hay una diferencia de naturaleza entre la sexualidad del niño —que empieza al nacer, y no a los dos años— y la del adulto. Una intimidad física demasiado grande en la desnudez no es una garantía de un futuro éxito afectivo, y hay demasiados padres que tienen tendencia a erotizar la relación con el niño, exponiéndose a provocar inhibiciones y falta de interiorización de la

imagen corporal. Finalmente, el cuarto de baño de los japoneses no es un modelo valorizable al mismo nivel que sus aparatos electrónicos. Esta práctica se comprende en relación con la mentalidad nipona, en la que el individuo está sometido a una colectivización de su personalidad en que todo se hace en dependencia del grupo social al que pertenecen tanto el cuerpo como la persona. En nombre de argumentos pseudo-científicos, se sostiene un discurso sobre la sexualidad infantil que no tiene en cuenta ni lo que el psicoanálisis dice al respecto ni los problemas que hoy se plantean: simplemente se abunda en una teoría. Por eso, al leer este tipo de encuesta, uno siempre espera descubrir nuevas informaciones y, de hecho, se siente decepcionado por la cantidad de imprecisiones e inexactitudes.

El segundo estereotipo que aparece en el artículo mencionado es la confusión entre el imaginario, los fantasmas y lo que es realizable. Por ejemplo, dice: «Los imaginarios eróticos siempre se muestran reprimidos. Incluso basta con evocar la existencia de una zona erógena psíquica para sembrar la confusión. O bien los encuestados se callan, o bien dicen mentiras que se pueden descubrir atando cabos. Así, una gran mayoría no encuentra excitante la imagen de la violación en el cine, pero, para sus retozos, el 35% elegiría muy a gusto un bosque, es decir, un lugar en el que merodea la idea de la violación». Como hemos mostrado en el capítulo anterior, los «imaginarios eróticos» no están «reprimidos», sino más bien empobrecidos. Cuanto más se quiere realizar un imaginario y de menos recursos para hacerlo se dispone, más se multiplicarán las realizaciones decepcionantes.

No nos encontramos en un período ni de expansión ni de creación de imaginario. So pretexto de que se ven brotar imágenes, sensaciones y sonidos, estas producciones se reciben como fruto de un imaginario. Pero no se trata de eso. Según la expresión de moda, más bien nos sentimos «transportados», es decir, que las imágenes y las sensaciones más primitivas se expresan como se presentan, sin ninguna elaboración. Ahora los imaginarios funcionan como la televisión (que sirve de imaginario auxiliar), con una relación tiempo / imagen extremadamente rápida. En nuestro contexto socio-cultural, el imaginario erótico no está inhibido, está relativamente subdesarrollado o

6. «Sexualité des Français: fantasmes et réalités»: *Le Point* (26-1-1987).

no existe, exactamente igual que el discurso amoroso. El sucedáneo de los vídeos pornográficos le sirve de prótesis, pero no de estimulante creativo.

Continuando con este artículo, convendría dilucidar una de las más oscuras formulaciones. ¿Qué se entiende por «zona erógena psíquica»? Las zonas erógenas son lugares cutáneo-mucosos susceptibles de ser centro de excitación de tipo sexual. En principio, son puntos corporales de intercambios recíprocos con la madre; el niño puede fijarse sobre alguno de ellos por razones afectivas. Después, en el adulto, se concretarán en los órganos genitales, integrando el conjunto de las zonas erógenas del cuerpo. Entonces, estas «zonas erógenas psíquicas»...

Finalmente, ¿por qué extrañarse de que «la mayoría no encuentre excitante la imagen de la violación en el cine» cuando, implícitamente, algunas imágenes de violación pueden servir de apoyo para sus relaciones sexuales? Ver en la pantalla del cine una escena ya presente pero reprimida o sublimada en el inconsciente provoca el hastío o el desinterés. Por el contrario, si la idea está muy activa en las zonas preconcientes, puede producir efectos secundarios. Un espectador que estaba viendo la película de Bergman *Gritos y susurros* (1972) se desmayó en el cine cuando la protagonista se mutiló la vagina con los trozos de un cristal roto: para privarse de este modo de la consciencia de las cosas, sin ninguna duda debía estar reviviendo angustias de castración. Puede pensarse que la gente que no encuentra excitantes las escenas de violación en el cine goza de buena salud psíquica. Por otra parte, pueden, en una actividad lúdica puramente psíquica, reconstruir un argumento en el que puedan jugar al violador o al violado. Este tipo de historia se construye a partir de la sexualidad infantil, que la considera como un acto agresivo en forma activa (el violador) o pasiva (el violado), sea cual sea el sexo. Introducirse con violencia en el cuerpo del otro es un fantasma del comienzo de la vida psíquica. La necesidad de incorporarse el cuerpo del otro es el acto caníbal mediante el cual el niño entra en comunicación con sus padres. Después piensa que los demás hacen lo mismo, pues aún no tiene experiencia de formas más evolucionadas de relación humana y, sobre todo, de sexualidad. Por eso la sexualidad infantil es muy diferente de la del adulto. Se pervierte cuando, en el adulto, los

elementos preliminares quieren imponerse como actitudes permanentes en la sexualidad llegada a la madurez de la vida consciente: la sexualidad que ha quedado así reducida es prueba de que no ha evolucionado hasta su plenitud.

La mayoría de los sondeos no tiene la capacidad necesaria para captar la sutileza de la sexualidad subjetiva, que, además, puede variar de una generación a otra. Pasan por alto la irracionalidad de la sexualidad.

Los límites de las encuestas sobre la sexualidad

Las encuestas son un tipo de conocimiento de los comportamientos sexuales diferente de los sondeos. Varias han sido publicadas en los Estados Unidos, como el informe Kinsey, y algunas en Francia. Las primeras no son siempre válidas para otros ámbitos socio-culturales, y la única que puede servir de referencia en Francia es el informe Simon (1970) de hace veinte años. Desde entonces, las conductas se han modificado. Si, por ejemplo, en esa época se observaba una edad más temprana para la primera relación sexual, bajo la influencia de la libertad sexual, a partir de los años ochenta un movimiento inverso modifica esa tendencia. A pesar de su carácter riguroso y bien documentado sobre las prácticas sexuales, en él no aparece ninguna interpretación de la orientación psicológica de la sexualidad de los años sesenta y setenta.

Dicho de otro modo, se pueden registrar las actitudes, los gestos y la frecuencia de las relaciones sexuales, pero ello no dice nada sobre su novedad o su significado. ¿Para qué nos sirve saber cómo son las relaciones sexuales de la gente, su frecuencia, las posturas o los instrumentos utilizados, las imágenes sugestivas, el cambio o no de pareja, los lugares físicos del placer solitario o compartido, si en un estudio detallado no se tiene en cuenta lo que ya conocemos histórica y psicológicamente de la sexualidad? ¿A qué fin acumular estas informaciones que ni siquiera podrán constituir un saber? ¿Verdaderamente queremos saber?

Una vez más, reconozcamos que no es fácil iniciar una encuesta sobre este tema, y que sería preciso plantearse previamente cuestiones metodológicas, dada la singular originalidad

de la sexualidad. La mayoría de las informaciones que recibimos de las personas que aceptan dar su testimonio son más un discurso a propósito de su sexualidad que la auténtica realidad de su experiencia. No dicen la verdad, sino lo que más se aproxima a su ideal, a lo que, en su opinión, conviene decir. La misma personalidad del encuestador no es neutra: si bien puede abstenerse de hacer cualquier inducción consciente, sin embargo, no podrá evitar que la otra persona responda pensando en él de una u otra manera. Si el responsable de la encuesta tiene una personalidad marcada por compromisos militantes, tales compromisos pueden modificar los resultados. Con las ciencias sociales, como con algunas religiones, se puede probar cualquier cosa si no se respetan ciertas reglas metodológicas⁷.

La primera y más exhaustiva encuesta sobre la sexualidad humana fue dirigida por un célebre entomólogo, Alfred C. Kinsey, especialista en avispa. Los informes Kinsey (1948, 1953, 1958) querían describir «objetivamente» los comportamientos sexuales humanos. El único instrumento de medida para asegurarse de «la normalidad» de las prácticas era la media estadística: cuanto más se reproduce la práctica, más normal es. Pero la evaluación de las conductas humanas que se limita a contar sus repeticiones es inadecuada, pues no tiene en cuenta sus particulares estructuras psicológicas. Los insectos, como los demás animales, están regulados y determinados únicamente por sus instintos: basta con observar sus conductas repetitivas para deducir sus estructuras psicológicas y sociales. Con los seres humanos es totalmente distinto: son pobres en instintos, y su vida psíquica es esencialmente resultado de la experiencia. La vida afectiva y sexual es resultado de la historia personal, y la «normalidad» subjetiva de uno no es forzosamente la de otro, pese a que algunos comportamientos sean idénticos.

Tanto el método como el contenido de los informes Kinsey son de lo más discutible, aun cuando, durante años, hayan sido

7. Georges DEVEREUX, *Ethnopsychanalyse complémentaire*, Flammarion, Paris 1972. Este libro recoge los grandes artículos científicos del autor desde 1940, en los que formaliza su método. Sus primeros trabajos se sitúan entre 1926 y 1930, como continuador de Géza Róheim y Marcel Mauss.

base de numerosas afirmaciones definitivas. Por supuesto, estos informes están repletos de hechos e informaciones de lo más diverso respecto a las prácticas sexuales, que nunca, hasta mediados de este siglo, se habían referido de manera tan masiva. Pero en su época fueron objeto de serias críticas por parte de especialistas en psicología humana como Reich y Lorand.

Georges Devereux, uno de los principales fundadores de la etnopsiquiatría, en sus críticas al método Kinsey no dejó de insistir en los aspectos defectuosos y deformantes de los resultados. «Los datos proporcionados por los informadores se utilizan casi sin tener en cuenta que la cultura modela las respuestas, que hay deformaciones inconscientes, olvidos (inhibiciones) y recuerdos-pantalla; las auto-evaluaciones se tratan a menudo como diagnósticos válidos. [...] Naturalmente, admitimos que los informes Kinsey han aliviado provisionalmente las angustias y los sentimientos de culpabilidad de aquellos lectores que se creían anormales por simple ignorancia del hecho de que la mayoría de sus semejantes se comportaban más o menos como ellos. Sin embargo, esta constatación no es un resultado científico en sentido estricto. Es simplemente un dato referente al impacto sobre el público de la tesis implícita de Kinsey, según la cual la media estadística necesariamente constituye lo “normal”. Error desastroso, ya que gran parte del comportamiento sexual del hombre, comparado con algunas normas objetivamente válidas que poseemos, es manifiestamente anormal. [...] Los datos brutos de los informes Kinsey podrían utilizarse como muestras ilustrativas del abanico y la gama del comportamiento sexual americano... Esta gama de observaciones podría transformarse en datos que respondan en profundidad a la psicología. Las modalidades de comportamiento sexual estadísticamente más frecuentes representarían quizás el estrato más próximo a la consciencia, mientras que las menos frecuentes podrían corresponder a los impulsos y a los fantasmas sexuales normalmente menos conscientes, como la envidia masculina de las funciones reproductoras de la mujer»⁸.

8. Georges DEVEREUX, *De l'angoisse à la méthode*, Flammarion, Paris 1980.

Una vez más, en el centro de estas encuestas encontramos un problema que se intenta marginar: el del significado psicológico de los comportamientos. Al utilizar métodos de observación y modelos de comprensión inadecuados para estudiar la sexualidad humana, simplemente se evita esta cuestión. Por tanto, recurrir al modelo psicológico animal para explicar la psicología humana es una huida irracional para no afrontar las representaciones sexuales. El manejo de la sexualidad biológica puede ser igualmente otro modelo que englobe la sexualidad en un funcionamiento fisiológico, separándola de sus vínculos con la vida psíquica. Al considerar el intercambio químico como la única causa de las pulsiones, el estudio de la química, de la biología y de la fisiología permitiría explicar toda la vida sexual. No cabe ninguna duda de que hay una bioquímica de la vida amorosa⁹ en interacción con la vida psíquica. Pero las representaciones actuales se empeñan en suprimir la dimensión psíquica de la sexualidad para hacer de ella una realidad que no dependa del individuo, sino de los movimientos de la «naturaleza». Resulta tranquilizador decirse que estamos a merced de nuestra «naturaleza animal» o de los necesarios equilibrios de nuestra biología. Otros pensarán que estamos bajo el dominio de la mente. Si sólo es cuestión de influencia, entonces es verdad que nada proviene de nosotros. Como el hombre contemporáneo ya no sabe trabajar sus grandes angustias, las proyecta al exterior, haciendo de ellas zonas de influjo. La búsqueda filosófica, la reflexión religiosa y la evaluación ética son experiencias indispensables para conocer y asumir la existencia humana; el abandono del estudio de estos ámbitos, desde que comienza la vida escolar, y la aceptación de ser únicamente el resultado de un medio social han contribuido a que muchos individuos hayan perdido conciencia de su condición de personas.

El hombre actual se desprende de su interior, se deshace de todo su universo y de sus representaciones más íntimas para encontrar en el mundo las únicas razones de sus tormentos. Quiere que sus angustias y sus inhibiciones sexuales provengan de otra parte y no de él mismo. Por tanto, tiene que encontrar

9. J.-D. VINCENT, *Biologie des passions*, Ed. Odile Jacob, Paris 1986.

una causa o un culpable que le sea ajeno. Esta pérdida de vida interior, que se puede observar en muchas personas, se compensa por la necesidad de recurrir a redes de asistencia mágica.

Detrás de estas actitudes se pone de manifiesto una negación, un rechazo de la sexualidad humana y aún más de su comprensión. Coincidimos con Georges Devereux cuando escribe: «La humanidad se niega a comprender su sexualidad; a pesar de su insaciable curiosidad por ella, tanto el niño como el adulto rechazan rápidamente cualquier información válida»¹⁰. Tiene razón al subrayar, siguiendo a Freud, la contradictoria actitud que falsea la búsqueda; la obsesión por saber lo que hacen los demás informa la mente, que, al mismo tiempo, se niega a conocer el porqué y el significado de ese «hacer». Éste es con frecuencia el caso cuando, por ejemplo, se trata de un crimen sexual. Por tanto, nos limitamos a describir comportamientos, al mismo tiempo que expresamos una indignación extrañamente selectiva¹¹.

No se quiere saber, pero se quiere ver: ése es el núcleo de esta constatación. Los programas de televisión, las revistas o los libros que tratan directamente de sexualidad favorecen más la necesidad de ver a los demás que la comprensión de la propia vida sexual. Igualmente, la educación sexual se ha instalado en el exhibicionismo y el «voyeurismo»: cada vez se quiere ver más para saber cada vez menos.

El sexo da miedo. Y ese miedo se desplazará hacia otros ámbitos y podrá fabricar fobias, enfermedades psicosomáticas nuevas y las más irresponsables conductas al volante (en carretera, mar o aire). Siempre será posible encontrar un «Orígenes castrado» para decir que el sexo no existe, un «homosexual esquizoide como Platón»¹² para afirmar que un solo sexo basta, o un adulto impotente que eche de menos el tiempo de la ju-

10. Georges DEVEREUX, *De l'angoisse à la méthode*, op. cit.

11. La prensa pone gran énfasis en algunos crímenes sexuales contra niños, mientras que a otros igual de innobles sólo les dedicarán algunos sueltos al final de las páginas de los diarios, como, por ejemplo, el crimen de una enfermera contra una anciana de ochenta y dos años. Las escasas menciones en la prensa del 23 de agosto de 1989 son bien significativas.

12. Expresiones de Georges DEVEREUX, op. cit.

ventud en el que, según parece, todo es posible. Todos estos modelos eluden la realidad humana. La negación sexual puede hacerse más sutil exhibiendo más la sexualidad. «Por eso, la literatura supuestamente erótica se ocupa sobre todo de las perversiones, mientras que más de un rebelde de la ciencia sostiene que la perversión en realidad es normal»¹³.

Presentar todos los comportamientos sexuales en el mismo plano e insinuar que son «normales», puesto que se viven, es negarse a comprender y a extraer el significado de lo que representan. Parte del «bagaje» contemporáneo son las informaciones superficiales, envueltas en lenguajes psicoanalíticos o psicológicos igual de superficiales. Las simplificaciones excesivas dan la impresión de haber comprendido, aun cuando se estén confundiendo los movimientos del inconsciente y la lógica del consciente. Se bascula del uno al otro. Existe una interacción entre el consciente y el inconsciente; restringirla o destruirla —a lo que contribuyen el entorno social actual y la educación de los niños— es contrario a la realidad psíquica humana. Los datos psicoanalíticos, manipulados y sacados del campo del inconsciente —del que dependen principalmente—, se reducirán a una psicología del consciente para justificar las conductas sexuales. Se olvidará rápidamente el método psicoanalítico y los conocimientos adquiridos sobre el funcionamiento del psiquismo humano para evitar preguntarse sobre el sentido de las experiencias sexuales: el recurso y la referencia, bastante primaria, al deseo no explican, como tampoco justifican, un comportamiento sexual.

No pasa un verano sin que los semanarios presenten a sus lectores un informe sobre la sexualidad, como una especie de invitación a los viajes sexuales durante las vacaciones, cuyo estereotipo dominante es la promiscuidad sexual, pero también las conductas sexuales solitarias, como la masturbación, o perversidades, como el «voyeurismo». ¿Es este comportamiento una práctica que predomina en la población actual o es un modelo neoconformista a partir del cual se reflexiona sobre la sexualidad? Para saber de qué se habla habría que contestar a esta

pregunta, en lugar de considerar evidente este modelo. Cada revista imagina comportamientos, ofrece consejos o proporciona puntos de referencia, como, por ejemplo, aunque sea en forma de «gags», pseudo-tests psicológicos para calcular las capacidades eróticas, la orientación sexual o el poder de seducción. La doctrina repetida insistentemente en esos artículos es la de seguir y poner en práctica las inspiraciones del inconsciente. Ahora bien, el inconsciente sólo es una parte de la vida psíquica humana, y su vocación en ningún caso es realizarse como tal, a no ser que uno se hunda en un «impasse» esquizoide. La idea de que debemos «actuar» nuestro inconsciente es absurda. Como ya hemos señalado, si se actúa de ese modo, o bien se suprime el inconsciente como fuente de inspiración y se vive con un Yo impulsivo que intenta realizar la primera idea que se le presenta so pretexto de una supuesta autenticidad, o bien se trabajan psicológicamente las producciones del inconsciente y las pulsiones antes de que encuentren una salida viable en el mundo exterior.

Estos informes expuestos en las revistas están muy alejados de la realidad y simplemente sirven para mantener un sistema de pensamiento que está de moda y que elude las interpelaciones sexuales.

Poner como ejemplo a algunas estrellas —masculinas o femeninas— a las que se exhibe como modelos sexy, evidentemente no prueba nada, y con frecuencia su testimonio es muy pobre para alimentar un imaginario afectivo. Los dioses griegos, los personajes de las grandes leyendas amorosas occidentales y también los discursos erótico-amorosos de algunos textos bíblicos son mil veces más ricos y más estructurantes que los reflejos de espejo roto de una psicología contemporánea inestable y cambiante. Las naturalezas espontáneas e instintivas de Isabelle Adjani, Béatrice Dalle o Yannick Noah, que fascinan (en sus interpretaciones) por la fuerza de sus personajes, muy a menudo ocultan, de hecho, la fragilidad de sus psicologías: basta con observar, bajo las máscaras de sus profesiones, cómo se derrumban después de una dificultad profesional o de un fracaso afectivo, pues, con toda razón, ellos mismos reivindican su derecho a ser seres humanos. Si los medios de comunicación se hacen eco de ellos tantas veces, sin duda es porque, sin

13. Georges DEVEREUX, *op. cit.*

saberlo, sirven de reflejo del estado depresivo en que se encuentra la sociedad, y no de modelos a imitar. Los hijos de las estrellas que se insertan en la historia de la relación de sus padres con el público sirven, asimismo, de lugar de proyección de una tendencia erótico-juvenil. La relación con los jóvenes está particularmente erotizada, como se ve en un David Halliday, el triunfo del sueño de amor destrozado de dos adolescentes (Johnny y Sylvie), o también en Paul Belmondo, la intrepidez perspicaz del valor honesto, identificado positivamente con su padre. Hacen soñar, pues hay quienes, en algunos aspectos, se ven reflejados en ellos. Pero estos modelos no son capaces de favorecer la construcción de auténticas personalidades interiorizadas. Esta actitud narcisista da la espalda a la relación con los grandes mitos amorosos para refugiarse simplemente en las conflictivas intrigas familiares de amor y odio explotadas con gran cantidad de situaciones dramáticas para gran júbilo de los productores y espectadores de las series televisivas como *Dallas*, *Dinastía* o *Santa Bárbara*. El «star system» produce relaciones totalmente anodinas, y los personajes que les sirven de soporte no pueden ser valores enriquecedores para el trabajo de interiorización, ya que no son más que reflejos de la psicología contemporánea.

A fin de cuentas, las encuestas sobre la sexualidad intentan más legitimar, dar validez a lo que se hace, que comprender la realidad y la historia de los comportamientos. Y cuando lo que se quiere es apoderarse de los grandes temas sociales —los fracasos conyugales, los hijos del divorcio, el aborto o el sida— y se utiliza como vectores de estos problemas a los personajes del espectáculo, también es para verse mejor en ellos.

Las encuestas sobre los comportamientos sexuales se nos presentan en el contexto afectivo-sexual de las relaciones cambiantes. Por otro lado, no son de gran utilidad, y la mayoría de las veces sus resultados se han falseado: perfecta ilustración de ello son, como ya hemos visto, los informes Kinsey. Sin embargo, en algunos países se disponen a efectuar encuestas similares, so pretexto de recoger información para la prevención del sida. Estos estudios ocasionan muy elevados gastos, y después no se sabe muy bien cómo aprovecharlos, pues, paradójicamente, se querría conocer «algo distinto» de la sexualidad.

Ahora bien, no hay «algo distinto» que conocer; como el hombre no ha aparecido sobre el planeta ayer, conocemos sus prácticas sexuales, que varían según las épocas, las sociedades y los individuos. La verdadera cuestión es otra. Y tiene que ver con la psicología sexual humana y los diversos significados que se desprenden de los comportamientos observables en la experiencia clínica y también de las representaciones que se consideran de moda. Ahí es donde está en juego la verdadera comprensión de la sexualidad. Estas nuevas encuestas solamente nos van a proporcionar información sobre conductas llevadas a la práctica o imaginadas por los entrevistados, y multiplicar el número de personas consultadas no será ninguna garantía de originalidad del sexo contemporáneo respecto a las prácticas seculares. Una vez efectuadas las encuestas, ¿cómo asegurarse de la autenticidad de las respuestas cuando el profesor Knox, tras supervisar una encuesta efectuada en Gran Bretaña, afirma que del 50% al 60% de las personas consultadas dan respuestas falsas?¹⁴, afirmación también discutible, ya que sólo se han podido comprobar exageraciones en el 15% de los casos. Como se ve, es un rompecabezas, pero, aunque se resolviese, aún quedaría por saber a partir de qué datos interpretar este material y para qué...

El sexo excluido de la sexualidad

La sexualidad no se reduce al sexo, sino que, en sentido amplio, define la economía afectiva de la personalidad en su identidad masculina o femenina. La sexualidad no se reduce a lo genital, ya que esto último no es más que una de sus modalidades relacionales; por tanto, la sexualidad no se agota en las relaciones sexuales; es mucho más, está en la base de la mayoría de las actividades humanas. Freud, al descubrir el funcionamiento de la pulsión sexual, no privilegió el sexo porque éste exigiera satisfacciones a las que no era conveniente oponerse, sino porque quería demostrar que la sexualidad está en el origen de todo. Dado que depende de ella, no es el sexo el que define la sexualidad, a no ser que se aísle y rompa con ella. Ahora bien, en las representaciones colectivas, el sexo parece netamente

14. *Le Quotidien du Médecin* (27-4-1990).

excluido de la sexualidad, como si debiese vivir por sí mismo y en sí mismo.

Consecuentemente, la disociación entre el sexo y la sexualidad es una de las causas psíquicas de la dependencia toxicomaniaca en el momento de la pubertad o en la adolescencia. La toxicomanía con frecuencia aparece en correlación con el despertar de una pulsión sexual que no consigue ocupar su lugar en la psicología del joven: son muchos los que fracasan en esta empresa y se convierten en enfermos de la interioridad. Esta dislocación interior no es «culpa» de sus padres ni de una falta de amor durante su infancia ni, menos aún, de una sociedad nociva. Parte de estas razones pueden encontrarse en las dificultades personales de los jóvenes, pero reducirlas a estos únicos motivos sería simplista e irreal.

Por sí solas, las influencias sociales no pueden explicar la construcción —o la destrucción— de una personalidad; si así fuera, todos seríamos toxicómanos e impotentes sexuales. Porque lo que está en la base de esta construcción no son los acontecimientos, las situaciones, las crisis sociales que a cada uno le toca vivir en función de las circunstancias de la vida, sino la manera de interpretarlas y de asumirlas —o de no hacerlo—. La personalidad elabora interiormente esos acontecimientos, asociándolos en mayor o menor medida a sus debates y, eventualmente, a sus conflictos psíquicos. Cada uno vive en un diálogo interior cuyo secreto sólo él posee. A través de los acontecimientos, la personalidad integrará los significados que de ellos se desprendan, y estos significados dejarán huellas o influencias. Sólo memorizamos, sólo nos dejamos influir por lo que ya tiene sentido en nuestra vida psíquica. De este modo es como se puede instalar a los individuos en su psicología aún en formación sin hacerles evolucionar. Si se estimula a la sexualidad a separarse del sexo valorizado por sí mismo, se está ofreciendo como ideal un principio divisor. El niño se expone a no poder trabajar la unificación de su personalidad, lo que le hará vulnerable a toda clase de dependencia sensorial. Finalmente, si no se ofrecen a los jóvenes razones para vivir a partir de las cuales pueda realizarse el ideal del Yo del adolescente, se contribuye a instalarlos en el narcisismo. A falta de alimentos simbólicos, fagocitan su interior.

La naturaleza de la relación inducida por el entorno es la que en parte puede influir en el desarrollo personal, y las inducciones actuales favorecen sobre todo las separaciones, los aislamientos, dando a entender que todo es válido. El sexo en sí, separado de una relación intersubjetiva, rápidamente pierde significación y se vuelve deprimente, ya que permanece en su encarcelamiento imaginario tal como corresponde, por otra parte, a su deseo primero. Ahora bien, calificar y enriquecer la intensidad del placer de la relación unida al sexo incumbe a la sexualidad. A partir del momento en que esta función se suprime, no hay que extrañarse de que la píldora «Éxtasis», erróneamente denominada «píldora del amor», se solicite en las discotecas o en los bailes del sábado noche: lo que el individuo no tiene en su interior confía en adquirirlo gracias a una mágica sustancia exterior a él. Como consecuencia, la subjetividad no puede desarrollarse y da origen a personalidades vacías, dispuestas a toda clase de manipulación.

El sexo no puede existir por sí mismo; si lo hace, puede destruir el deseo: sólo es una de las modalidades de la sexualidad que define la economía interna de la personalidad. La sexualidad no sólo concierne al sexo, ya que de ella va a depender la naturaleza de la relación del individuo con los demás y con su entorno; por tanto, su campo es mucho más amplio que el de las actividades sexuales. Y se puede vivir una sexualidad satisfactoria y beneficiosa sin tener muchas actividades sexuales —incluso no teniendo ninguna—. La experiencia de las relaciones sexuales frecuentes —o la promiscuidad sexual— no transforma una sexualidad desastrosa. La búsqueda del sexo por el sexo alejada de la sexualidad; lejos de ser muestra de una auténtica libertad, manifiesta más bien malestar y dificultades relacionales que se quieren compensar con el sexo, como otros lo hacen con el alcohol.

En el concepto de sexualidad humana hay un malentendido fundamental, en la medida en que se la concibe, equivocadamente, como un instinto, cuando antes que nada es una pulsión, lo que no es lo mismo en absoluto. Por ello, la pulsión sexual (o la sexualidad) está potencialmente en transformación, a diferencia del instinto en los animales.

¿Cómo definir la pulsión? No existe al principio de la vida, sino que se adquiere y desarrolla cuando el niño comienza a

experimentar carencias. La falta del pecho materno se transforma después en pulsión oral, con la esperanza de recuperar lo perdido, y cualquier objeto puede sustituirlo, por ejemplo, un pañuelo que se aprieta en la mano y se lleva a la boca. Por tanto, una pulsión es el fruto de una privación que va a ocasionar un intenso trabajo psíquico; corresponde a un impulso energético que generalmente tiene su origen en un estado de tensión corporal y cuyo propósito es solucionar ese estado de tensión. Las personalidades inmaduras tienen tendencia a *actuar* la pulsión de manera primaria mediante actos violentos —contra sí mismos o contra los demás—, conductas erotizadas y actividades puramente «fantasmáticas» que movilizan la mente con acciones imaginarias en las que el individuo intenta encontrar satisfacciones. Evidentemente, los sueños son la vía real por la que transitan las representaciones nacidas de la presión pulsional. A la personalidad no le interesa dejar que las manifestaciones primeras de la pulsión y, en particular, las pulsiones parciales se expresen en la realidad exterior, pues las pulsiones van a experimentar un trabajo de transformación gracias a la sublimación que va a orientarlas hacia un nuevo objetivo, ofreciéndoles objetos valorizados socialmente. Así, el niño, en vez de jugar con la valiosa producción que representa su bolo fecal, va a volverse, bajo la influencia de su entorno, hacia los juegos de agua y arena, antes de descubrir las alegrías del aprendizaje de los conocimientos y de la creación. Las actividades escolares, sociales, políticas, intelectuales, artísticas y espirituales son sublimaciones. Corresponde a la sociedad ofrecer tales sublimaciones al ideal del Yo del niño. Cuando una sociedad ya no presenta ideales culturales, sociales y religiosos, el ideal del Yo del adolescente tiene dificultades para reorganizarse. Ésa es sin duda, en parte, una de las causas de la toxicomanía y de la valorización primaria del sexo, en el que no se encuentra a nadie si no es el eco de algún fantasma.

Por tanto, la pulsión sexual tiene su origen en un estado de tensión que incita a buscar lo que falta. El objeto de la pulsión sexual no está predeterminado biológicamente. Corresponderá a cada individuo, en el marco de su historia psico-afectiva, elegir un trabajo, una relación amorosa y un sistema de pensamiento y avanzar con ellos. Esto también quiere decir que ni la heterosexualidad ni la homosexualidad están preformadas. La per-

sonalidad se adquiere; es resultado de una historia, e incluso aunque intervengan factores hereditarios y genéticos, éstos predisponen al individuo, pero no le obligan necesariamente a llevarlos a la práctica. La orientación de la personalidad va a depender del individuo y, sobre todo, de su trabajo psíquico en la adolescencia: todo se decide en ese período.

Freud distinguió la pulsión sexual de los instintos, agrupando los principales en lo que él designó mediante la noción de «instinto de autoconservación». Este descubrimiento psicoanalítico, descrito en *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (1905), muestra que no existe el «instinto sexual», sino la pulsión sexual. Esta dualidad de instinto y pulsión en el individuo es importante, pues permite que aparezca la originalidad de la sexualidad humana de la que es solidario el sexo.

Los instintos de autoconservación están preformados, a diferencia de la pulsión sexual, que no lo está. La pulsión sexual puede variar en cuanto a sus objetivos y diferenciarse según los objetos. Por el contrario, el instinto de autoconservación está determinado con relación a un objeto a obtener. El hambre, por ejemplo, es un instinto, y el lactante sabe que necesita alimento. Es difícil, incluso imposible, compensar o sublimar los instintos de autoconservación, como la falta de alimento. Otro ejemplo es el instinto de supervivencia: el miedo al peligro movilizará todas las fuerzas del individuo para no perecer. Finalmente, el instinto gregario, que se desarrolla en cuanto un individuo se ve atrapado entre la multitud, puede hacerle perder todos sus modos de control y referencias habituales y hacerle seguir dócilmente las presiones del grupo, por muy arcaicas e incivilizadas que sean. Si en los animales el recurso al instinto les indica la vía a seguir para vivir, en el hombre la precariedad de este instinto puede volverse contra él y contra los demás.

Esta distinción entre instintos y pulsiones no los divide en dos lógicas completamente diferentes. Hay intercambios entre unos y otras que frecuentemente son conflictivos. En efecto, las pulsiones sexuales se apoyan en los instintos de autoconservación; se desarrollan partiendo de ellos, aunque sin corresponder a los mismos objetivos, y tanto unas como otros buscan el placer. Pero ¿qué placer? El niño, en su contacto corporal con su madre, es alimentado y, por tanto, ve satisfecho su instinto de conser-

vacación vital gracias a los alimentos que le dan. Pero, al mismo tiempo, esta relación maternal estimula la pulsión sexual, contribuyendo al desarrollo de la sexualidad situada en primer lugar en ciertas zonas corporales. El niño no tiene aún una visión global de su cuerpo. Sucesivamente va encontrando placer en fragmentos de él hasta que llega a apropiarse de su campo corporal, utilizando, hacia los tres años —refiriéndose a cualquier cosa—, la expresión: «Es mío». Este estado fragmentado de la sexualidad infantil está presente en el inconsciente del niño (y también del adulto) y se apodera sobre todo de sus representaciones imaginarias, de sus reacciones sensoriales y de su insaciable necesidad de poseer al otro y de adaptarle a sus deseos. El progresivo descubrimiento de la realidad de su madre y de su padre le llevará, mal que bien, a poner fronteras a su megalomanía y, sobre todo, a transformarla en una función relacional superior que tendrá en cuenta el límite que suponen los otros. Antes de acceder a la realidad de las cosas, el niño está dominado sobre todo por los primeros movimientos de la sexualidad inconsciente, escindida en los diferentes fragmentos de su cuerpo: la boca, los ojos, las manos, el ano, el pie, el sexo. Puede erotizarse cada aspecto y encontrarse, en el adulto, aislado y valorizado por sí mismo, favoreciendo conductas perversas.

Dado que las pulsiones no están preformadas, como los instintos, con una orientación y en relación a objetos precisos que alcanzar, deberán encontrar mediante qué (o quién) realizarse y cómo hacerlo. El hambre física se simbolizará en el hambre del otro como objeto de la pulsión sexual. Pero puede confundirse la una con la otra, como en la película *La Grande Bouffe*, verdadero equivalente de «la gran jodienda»: la pulsión, vivida como un instinto, conduce a la muerte.

Tanto los instintos como las pulsiones sexuales están sometidos al principio de placer antes de obedecer al principio de realidad: ése es su destino común. Sin embargo, dado que pretenden objetivos diferentes, entrarán pronto en conflicto. Los instintos sólo pueden satisfacerse con un objeto real (el hambre necesita alimentos); pasarán bastante rápidamente del principio de placer al principio de realidad y entrarán en conflicto con las pulsiones sexuales que no tienen el mismo interés en marcarse

límites en la realidad. En efecto, las pulsiones sexuales pueden satisfacerse de modo «fantasmático» mediante múltiples actividades mentales sin tener en cuenta las realidades. Por ello, están más tiempo bajo el dominio del principio de placer. Freud¹⁵ afirma que «una parte esencial de la predisposición psíquica a la neurosis proviene del retraso de la pulsión sexual en tener en cuenta la realidad». Además, la pulsión sexual es el blanco privilegiado de la represión, debido a que las implicaciones afectivas entre el niño y sus padres pueden ser demasiado grandes, pero también porque el individuo teme las excitaciones internas de la pulsión sexual: el miedo al sexo le incita a olvidar las presiones y las representaciones que experimenta.

El despertar de la sexualidad está en el origen de muchos temores. Este miedo ha sido fuente de inspiración de creaciones muy diversas, tanto en cuentos y leyendas como a través de la historia: en «Caperucita roja» el miedo se transforma en la angustia de ser devorada. Bruno Bettelheim¹⁶ tenía razón al decir: «El peligro que amenaza a la niña es su naciente sexualidad, pues aún no está suficientemente madura en el plano afectivo. El individuo que está psicológicamente dispuesto a vivir experiencias sexuales puede dominarlas y enriquecerse gracias a ellas. Pero una sexualidad prematura es una experiencia regresiva que despierta en nosotros todo lo que aún es primitivo y amenaza con desbordarnos. La persona inmadura —que aún no está preparada para la vida sexual, pero que se encuentra ante una experiencia que despierta fuertes emociones sexuales— adopta procedimientos edípicos para afrontar tales experiencias. Cree que sólo puede triunfar en materia sexual librándose de sus rivales más experimentados, como hace Caperucita al dar al lobo indicaciones precisas que le permitirán ir a casa de la abuelita. Pero, al actuar así, también muestra su ambivalencia. Es como si ella dijese al lobo: “Déjame tranquila; vete a casa de mi abuela, que es una mujer madura y capaz de afrontar lo que tú representas, y yo no”». Entre otros muchos significados, también se pueden ver en este cuento los abusos y los riesgos,

15. S. FREUD, *op. cit.*

16. BRUNO BETTELHEIM, *Psychanalyse des contes de fées*, Ed. Robert Laffont, Paris 1976.

tanto propios como del mundo, frente a los que debe protegerse el niño. Caperucita pierde su inocencia infantil al afrontar las realidades de la vida, al ser consciente de sus deseos, al aprender a liberarse de la seducción edípica y de los intereses meramente narcisistas, tan activos durante la pubertad y la adolescencia.

El miedo al sexo está ligado a la idea agresiva a partir de la cual el niño se imagina la relación. Él percibe el acto sexual como un acto violento que puede provocar la destrucción de uno de los participantes. Como si en el curso del acto sexual se corriera el riesgo de morir. A algunos, muy condicionados por estas representaciones inconscientes, les angustiará afrontar imágenes sexuales o ser sometidos a deseos de esta índole. Por tanto, intentarán acallarlos, lo que, como consecuencia, favorecerá muchas inhibiciones, que se expresarán a través de una disminución del ritmo vital o se compensarán mediante actitudes desafiantes destinadas a probarse a uno mismo que no se tienen problemas con el sexo. Pero, en general, observa Freud: «Las pulsiones parciales de la sexualidad son las que pueden desempeñar un papel patógeno» cuando intentan expresarse por sí mismas. El Yo lucha en contra con ayuda de la represión, pero pueden expresarse abiertamente al margen de la genitalidad como, por ejemplo, en el exhibicionismo, el «voyeurismo», el fetichismo o la masturbación, en las que el órgano sexual adquiere la condición de objeto. Con frecuencia, los impotentes intentan expresarse mediante conductas desafiantes.

Por otra parte, otros se encuentran a gusto en la actitud del *looser*, del «perdedor». Al menos quieren parecerlo, lo que no significa que en la vida lo sean. Se presentan con un aspecto físico característico, barba de dos días, aspecto desaliñado, dando la impresión de haber sufrido y hablando de forma sarcástica. Con ellos nunca se sabe si se está ante un vagabundo o ante un genio descuidado.

Otros, que denominaremos «marginales», usan contrastes de atuendo que les permiten tener una cierta imagen «clásica». Vaquero siempre limpio y rara vez descolorido, dejando entrever calcetines ingleses destacados por los consabidos «Sebago», camisa de cuello abierto con «foulard» de seda, todo rematado por una chaqueta de buen corte o por la tradicional, ¡pero intemporal!, «blazer».

Estos últimos, que podrían parecer (si nos atuviéramos a la impresión que dan de sí mismos a primera vista, impresión que ellos cultivan) unos «fantasmones incultos», se ríen de todo; sin gran cultura, fabrican amalgamas intelectuales y hacen reinar la confusión y los errores burdos en los debates que animan o en las veladas que frecuentan. A sus ojos, sólo parece contar la excitación que provocan en el momento: nada escapa a sus sarcasmos; un día son adulados y al siguiente detestados y, con frecuencia, por las mismas personas.

Las representaciones actuales se inspiran en estos modelos de rechazo a convertirse en adulto y a renunciar a la actitud de omnipotencia infantil. Son «falsos jóvenes». Estos herederos de la liberación sexual se creen liberados y, por encima de todo, tratan de mantener una sexualidad infantil, la de las pulsiones parciales.

La publicidad es uno de los principales soportes de estos temas. Recordemos el cartel de la película *Il gèle en enfer* (que empezamos a analizar brevemente en el capítulo anterior), en el que se representan dos angelotes, uno de los cuales exhibe el pene en erección: un sexo adulto en un cuerpo de niño. La película en sí no tiene gran interés, pero el cartel es una muestra representativa de una mentalidad afectiva incapaz de acceder al sexo adulto. Esta necesidad de exhibir o de ver penes es un reflejo homosexual. Expresa la angustia de la impotencia tal como puede vivirla un joven en la pubertad. Cultivando esta intriga es muy difícil acceder al sentido de la relación amorosa. Estamos en un conflicto de imágenes corporales que obliga a regresar al cuerpo primitivo. El cuerpo valorizado es un cuerpo heterogéneo, vivido en fragmentos, ya que su modelo es el de un niño dotado de una vigorosa virilidad y, extrañamente, remite a la pedofilia: el diseñador del cartel utiliza por lo menos curiosamente el exhibicionismo y la pederastia para promocionar una película que cuenta la historia amorosa de un hombre y una mujer. De hecho, el autor anula su mensaje al afirmarlo con su contrario. Era previsible que esta película no tuviera ningún éxito: la mera visión del cartel, que alude ostensiblemente a la pedofilia —por otra parte, ausente de la película—, no podía por menos de suscitar el rechazo. Refleja la valorización de la sexualidad de la pubertad y la dificultad de transformar el ré-

gimen de las pulsiones primarias en una sexualidad genital. Nos encontramos en lo presexual, es decir, en una sexualidad que no ha accedido al sentido de la identidad y al sentido de la relación. Los temas de este cartel explotan una sexualidad infantil que, como instinto, debería expresarse por sí misma, sin pasar por el trabajo mental de la pulsión sexual.

Las conductas desafiantes y provocativas son una de las constantes de las psicologías contemporáneas. Con frecuencia se expresan por medio de prácticas sexuales puramente mecánicas, en las que todo es posible. Algunos, estimulados por el alcohol, participan en violaciones colectivas o intentan llevar a la realidad argumentos eróticos sin tener en cuenta al otro. Sólo cuenta la «actuación» de sus deseos y de sus tendencias sin ninguna elaboración mental. La persona, preocupada fundamentalmente por sus locuras eróticas, no reflexiona sobre lo que vive y no se pregunta por el sentido de sus relaciones. Esta falta de interioridad resuelve el debate pulsional en la acción, poniendo de manifiesto la carencia de vida «fantasmática»: del interior de este tipo de personalidad no surge nada; los adolescentes y los jóvenes implicados en esta situación solamente se viven a través de los movimientos de su cuerpo. Su comportamiento en primer lugar es reflejo de una depresión profunda que provoca una defecación de la vida mental. No logran activar su vida psíquica, sino que simplemente responden a las excitaciones o frustraciones actuando con su cuerpo, en detrimento de éste y del funcionamiento mental.

La psicología de la pubertad es desafiante a causa de la angustia de la transformación corporal. Esta angustia, fuente de depresión, no es siempre evidente, sino que se descubre a través de los rechazos y las reacciones físicas de esta edad. Algunos conservan una imagen de un cuerpo infantil cuando se está desarrollando un cuerpo de hombre o de mujer: se sienten como un cuerpo infantil con un sexo de adulto. Esta insoportable contradicción expulsa a más de uno de su interioridad para desembarazarse de la imagen de un cuerpo que perturba. El carácter impulsivo de estas personalidades superficiales a menudo se ve reforzado por el entorno, que no les ofrece otro ideal que actuar con el cuerpo. Esta impulsividad, por el contrario, está reafirmada en su posición, valorizada y marcada por el sello

de la originalidad. Las modas del vestir, de la música y del comportamiento intentan validar así un concepto inauténtico de personalidad, reducida a la espontaneidad instintiva: se acepta la idea de que hay que expresarse únicamente «como te sale», sin tomarse el tiempo necesario para elaborar el deseo auténtico. Este rechazo y esta reducción del trabajo mental de la pulsión para comodidad de un instinto de simple autoconservación no favorecen la maduración de la vida psíquica.

Por tanto, es especialmente importante comprender esta dualidad entre los instintos y la pulsión sexual, pues, en las representaciones contemporáneas, con demasiada frecuencia se interpreta la pulsión sexual como un instinto que debe manifestarse como tal. Al reducir el sexo a un instinto (es decir, a un sistema cerrado), se le aísla de la pulsión sexual (es decir, de un sistema evolutivo) y se le pierde como sexo de la sexualidad. De este modo, tendríamos, en nuestras representaciones colectivas, una sexualidad sin sexo. Además, al animar a los niños y a los adolescentes a tener actividades sexuales, con el pretexto de que el sexo es parte de los instintos naturales a los que no hay que oponerse, se crea una confusión importante entre los juegos sexuales, que pueden existir (que siempre han existido) durante la infancia o la adolescencia y que van unidos a la curiosidad y al descubrimiento de las emociones sensoriales, y las relaciones sexuales de los adultos, que no son de la misma naturaleza que estas actividades sexuales infantiles. En el caso del niño, se trata de unificarse con las pulsiones parciales para organizarlas en la sexualidad del consciente; y en el caso del adulto, se trata de una relación sexual que conduzca al orgasmo. Si hay que vivir el sexo como se presenta, ya no habrá deseo. Al dar a entender que la sexualidad es instintiva, se fabricarán disléxicos sexuales. Es otra manera de perder el sexo escindiéndolo de la sexualidad.

Repitémoslo: como la pulsión y los instintos no pueden permanecer en el aprisionamiento del placer absoluto del inconsciente, hay que encontrarles en la realidad vías de acceso gratificantes. El placer sin fin es la muerte de la vida psíquica, y una personalidad que no encuentra sus placeres en la realidad muere de frustración y de tristeza. Freud, en sus precisas y rigurosas investigaciones sobre esta cuestión —a menudo re-

visada en el curso de sus trabajos—, piensa que a nivel biológico hay oposición entre los instintos de autoconservación, que tienden a la conservación del individuo (*Selbsterhaltung*), y las pulsiones, que conducen a servir a los fines de la especie (*Arterhaltung*). A este respecto, escribe: «Efectivamente, el individuo lleva una doble existencia: como su propio fin y como eslabón de una cadena a la que está sujeto contra su voluntad o al menos sin que ésta intervenga... La distinción entre las pulsiones sexuales y las pulsiones del Yo (autoconservación) no haría sino reflejar esta doble función del individuo»¹⁷.

Esta dualidad es inherente a la sexualidad humana. El hombre necesita probarse que está vivo encontrando al otro en el placer sexual; probarse que puede dar vida a los demás, no sólo en la reproducción, sino también en todas las formas de relación que puede tener con su entorno. Por eso, cuando atraviesa una crisis, la sexualidad se ve afectada, y el sexo puede convertirse en un simple medio de exorcizar la crisis neurotizando la relación. El hombre de cuarenta y cinco años o la mujer de cincuenta años, que en ese momento de la vida están en plena transformación de su sexualidad, podrán, bajo la influencia de una angustia inconsciente, intentar vivir aventuras «amorosas» muy juveniles o tener un idilio con jóvenes de la edad de sus hijos adolescentes. Las inhibiciones y los violentos deseos sexuales con frecuencia son reflejo de un problema afectivo.

Pero volvamos a esta doble existencia en el psiquismo humano de una tendencia hacia el bien del individuo y de otra hacia el beneficio de los demás. En el inconsciente no hay relación entre ambos. Uno puede neutralizar al otro e impedir que la sexualidad consciente haga su trabajo de nexo entre las dos corrientes que, en el inconsciente, se ignoran. Es el Yo quien, para vivir en el mundo exterior, va a intentar adaptar el placer para sí mismo a la relación con el otro.

La orientación de los modelos actuales muestra que también se esfuerzan por rechazar la sexualidad inconsciente para quedarse en una concepción de la sexualidad controlada por el Yo

en el sentido de la autoconservación de una sexualidad que protege y sostiene. Esta sexualidad obsesiva, hiperrealista (promiscuidad sexual, técnicas eróticas, fijaciones en ciertas partes del cuerpo o situaciones imaginarias proyectadas sobre la pareja) y considerada higiénica se adopta para protegerse de las angustias depresivas y de la sexualidad inconsciente. La negación de la sexualidad inconsciente evidentemente sólo es visible en la medida en que las pulsiones primarias tienen tendencia a expresarse por sí mismas, sin ser transformadas por el aparato mental, es decir, sin que lo experimentado se trabaje y reflexione interiormente. Las personalidades, cuando son incapaces de realizar esta operación, se debilitan: responden a deseos sin saber lo que desean. El inconsciente ya no ocupa su lugar de instancia que inspira las actividades conscientes, y el Yo no puede favorecer el desarrollo relacional. Ya no se consiguen las condiciones para la creación; sólo pueden agotarse los recursos de las sucesivas conductas impulsivas que después harán decir: «¡Estoy vacío!» Esta sexualidad del Yo y del consciente puede ser muy anecdótica y simplemente mecánica: se corresponde con una anulación del vínculo con el inconsciente. Una sexualidad entregada a las meras manifestaciones del inconsciente no resultaría menos tristemente esquizoide.

Los estudios de Masters y Johnson responden, en parte, a este sistema. La sexualidad inconsciente no tiene sitio en ellos, aun cuando se utilicen, para intentar hacer un diagnóstico, nociones psicoanalíticas como las de rechazo, inhibición, inconsciente y fantasma. Estos conceptos se entienden como si representarían realidades de la vida relacional sobre las que se puede actuar únicamente con ideas. Así, en otro ámbito de intervención, bastaría con describir el sexo a los niños para que estuviesen preparados cuando llegase el momento: peligrosa ilusión, incluso represiva, por exceso de racionalización.

De acuerdo con esta perspectiva, frente a un problema sexual, bastaría para resolverlo con dar algunas explicaciones, proponer ejercicios corporales y reeducar la voluntad deseante. Cuando uno se encuentra ante problemas puntuales, por definición provisionales, estos consejos parecen, es verdad, eficaces, y la terapia da buenos resultados inmediatos, pues aparentemente no hay problemas de personalidad. Los problemas de

17. S. FREUD, «Pour introduire le narcissisme» (1894), en *La Vie sexuelle*. PUF, Paris 1976.

la vida cotidiana, las preocupaciones profesionales, la fatiga de los transportes, la vuelta tarde a casa después de jornadas agotadoras y la atención que hay que prestar a los niños son realidades que hay que ser capaz de asumir y que no siempre permiten a las parejas tener relaciones sexuales frecuentes. Pero estas razones pueden ocultar también inhibiciones sexuales que no necesariamente hacen desgraciadas a las personas: se trata de los famosos dolores de cabeza o el cansancio o el «no tengo ganas» que agradecen cortésmente al otro sus generosas insinuaciones.

No hay que pensar que la sobreerotización que los *Minitel* eróticos pregonan por ciudades y campos incita a las parejas al desenfreno. Se produce lo contrario. La erotización masiva desexualiza el sexo, pues lo que es «bueno» en la imaginación resultaría gravemente peligroso si se llevase a la práctica efectiva. Esta inflación erótica, cuyos intereses económicos no son despreciables, suprime toda relación con el otro para erotizar un universo puramente imaginario en que están ausentes primero el rostro (teléfono erótico) y después el rostro y la voz (*Minitel*). Si la relación con el otro se desexualiza, se erotizan cada vez más las representaciones imaginarias, encerrando al individuo en la soledad del sexo obsesivo. Esta sobreerotización provoca inhibiciones y nuevas patologías sexuales que inducen a consultar al sexólogo. El trastorno puede ser menor y depender de las circunstancias de la vida; sin embargo, exigirá algunas consultas regulares con un médico para que quede resuelto. Pero si, con motivo de una crisis sexual, se pone de manifiesto una problemática profunda de la personalidad que necesite tratamiento psicoterapéutico, no bastaría con la simple consulta sexológica. El problema sexual es un síntoma, sobre todo cuando no se ha constatado ninguna disfunción fisiológica y orgánica¹⁸; no es una causa a tratar en sí misma, y centrarse únicamente en «el sexo» en nombre de una psicología del Yo con frecuencia conduce a un callejón sin salida.

18. G. ZWANG / A. ROMIEN, *Précis de thérapeutique sexologique*, Maloine, Paris 1989. G. ZWANG, *Pathologie sexuelle*, Maloine, Paris 1990. J. WAYNBERG, *Les Idées reçues sur la sexualité*, Hachette, Paris 1988.

Por tanto, esta sexología de Masters y Johnson está demasiado desfasada en relación al conjunto de los problemas de la personalidad como para resultar a largo plazo una terapia eficaz frente a los problemas subjetivos y afectivos con los que actualmente nos enfrentamos. Es bastante curioso observar que la mayoría de los clientes que van a consultarlos personalmente son sobre todo psiquiatras y psicoanalistas. Este trámite halaga a las psicologías sensoriales actuales, que quieren «experimentar» y «sentir» para poder luchar contra las agresiones de las sociedades tecnológicas.

La bioenergía es parte de esta misma corriente, que reduce el inconsciente al consciente en una mística de la energía a la que se recurre sin saber muy bien lo que esta misteriosa noción encubre. Se introduce a las personas en estados de conciencia que, según se afirma, les permiten recuperar sus primeros movimientos, que serían más auténticos que los de su psicología actual: el caso del «grito primario». De hecho, se trata de otro de tantos enfoques que alimentan la escisión en la personalidad al mantenerla en la regresión a lo preverbal, en la imagen del niño de meses que carece de palabras. Estas dos técnicas (bioenergía y grito primario) se utilizaron frecuentemente en cursillos sobre relaciones humanas en los años setenta. Ante su fracaso, ha sido preciso encontrar algo diferente; por ello, a principios de los años noventa, hemos asistido al desarrollo de las prácticas de supervivencia, al recurso a la astrología e incluso a la brujería. No se trata de un fenómeno reciente: cada vez que las sociedades se han encontrado en una crisis de conciencia filosófica y religiosa, se ha asistido a la multiplicación de grupos que utilizan la magia y lo irracional. En cuanto a la sexualidad, tampoco permanece ajena a estos extravíos.

El miedo a reencontrarse con el estado de confusión y la indiferenciación sexual del inconsciente impulsa al individuo a la acción bien visible para confirmar un dominio que es claramente ficticio. La necesidad de multiplicar las experiencias sexuales o de cambiar de pareja con frecuencia, al ritmo de los encuentros, no tiene nada de voluptuoso o de afectuoso: la relación sexual funciona según el principio de la descarga total (sexo síntoma) y no según el de la relación afectiva (afecto por el otro). Se trata de sentirse vivo, de tranquilizarse jugando con una sexualidad mortífera.

El Yo igualmente puede hacer fracasar el trabajo de asociación de la sexualidad si, en una identificación introyectiva —que integre un concepto de la sexualidad de moda en su ambiente—, se apodera de un elemento disociador que, por ejemplo, desvaloriza, o bien la relación sexual, o bien la fecundidad en cualquiera de sus formas. Paradójicamente, a las mentalidades actuales no las atrae el éxito, es decir, ser fecundas, aun cuando se grite por todas partes que se quiere ganar. Por el contrario, el modelo de los «nulos», de los «impotentes», de los «zoquetes», de los «guarros», cuando no el de los «tramposos» o el de los «vagos», parece dominar unas sociedades invadidas por el individualismo.

En el universo de las sociedades narcisistas, la sexualidad se ha alejado en gran medida de la fecundidad en beneficio de la búsqueda de la felicidad de los individuos. Se quiere ser feliz, realizarse y conservar una vitalidad juvenil. La sexualidad subjetiva funciona de acuerdo con el modelo del instinto de conservación y provoca reacciones defensivas en quienes no soportan que se pueda reflexionar psicológica, social, filosófica y moralmente sobre sus riquezas, pero también sobre sus dificultades, sus fracasos y sus errores. No toleran ver cómo se demuestra que hay verdades en materia de sexualidad¹⁹ y que no atañen simplemente a la experiencia de los individuos. Sin embargo, ninguna experiencia, ni siquiera una vida, puede constituir una verdad. Se puede estar sinceramente equivocado, pero no basta con ser sincero para estar en la verdad, y el espíritu de tolerancia, por sí solo, no es una virtud moral: con frecuencia oculta la mala fe y la adaptación de las ideas con la moda. De ese modo se liquida la reflexión científica sobre los comportamientos humanos, con el pretexto de que cada uno quiere gobernarse a sí mismo, lo que por supuesto es un bien en la medida en que expresa una capacidad real de juicio para discernir, informarse, elegir y asumir; pero entonces la verdad sólo se define con relación a lo que es bueno o malo para uno mismo. Estos razonamientos sobre la omnipotencia del pensamiento individual son infantiles y tienen un componente mágico. Cualquiera puede

decir cualquier cosa en un programa de radio o de televisión, y sus palabras se tomarán como una verdad entre otras. La valorización del ágora mediática de los soliloquios, de los monólogos interiores, no proporciona ni más elementos enriquecedores ni conocimiento renovado: tal es el caso especialmente en lo que atañe a la sexualidad.

Las sexualidades contemporáneas se orientan sobre todo hacia la propia conservación del individuo, excluyendo su dimensión más relacional. Si se quedan en el aspecto que las asimila al instinto de conservación, no serán sensibles a la reflexión sobre sí mismas ni a la presencia de los demás. Al estar demasiado sometidas al principio de placer, se exponen a amenazar el equilibrio de la vida psicológica, provocando una dislocación permanente entre la sexualidad y el sexo. En cambio, si la sexualidad consigue asociar tanto «la conservación del individuo» como el objetivo de «servir a los fines de la especie», podrá representar su papel de nexo cuando, en las representaciones colectivas, se suprime el uno por el otro, restringiendo la actividad de la sexualidad, cuya principal función es mantener esos equilibrios.

Una sexualidad orientada únicamente a la reproducción elimina el polo de la preocupación por uno mismo a través de la relación amorosa; en cambio, cuando sólo está determinada por el sexo y su orgasmo, suprime la fecundidad, no sólo respecto al niño potencial, sino también respecto a sí misma y al cónyuge. El hecho de que la mayoría de las relaciones sexuales se vivan como ajenas a la reproducción alimenta en los jóvenes la ilusión de que los niños se hacen de un modo distinto del sexual. «Yo no era consciente de que en estas condiciones se pudiera tener un hijo», decía una joven estudiante de veintiún años que, embarazada después de una relación con un amigo, quería abortar porque llevaba muy mal la situación. Hay muchas relaciones afectivas así, hechas infecundas en el seno de la relación amorosa. Son relaciones «fraternales», que se desmoronan cuando los miembros de la pareja se fijan un objetivo en la realidad, como casarse o tener un hijo. O se separan después del nacimiento del niño, o, como se puede ver cada vez más frecuentemente, se anula todo unas semanas antes de la boda. La infecundidad reproductiva interviene evidentemente en el plano

19. Nicole JEAMMET, *La Haine nécessaire*, PUF, Paris 1989. Véase también Gérard POMMIER, *L'Ordre sexuel*, Aubier, Paris 1989.

simbólico en cuanto a la relación con el otro. La relación está marcada por una impotencia cualitativa, ya que parece imposible reconciliar la división sexual que está en el mismo individuo.

Esta oposición entre los instintos de autoconservación y la pulsión sexual no se puede tratar neutralizando uno de los dos términos. Por ejemplo, es indispensable dejar la contracepción en su lugar y no sacar —a partir de la utilización de un medicamento como la píldora contraceptiva— la conclusión, psicológicamente errónea, de que en lo sucesivo la vida sexual es totalmente distinta de la procreación. Tal afirmación es una pirueta intelectual que simplemente viene a justificar artificialmente una separación que existe en las representaciones colectivas actuales. Pero, en estas condiciones, no es fácil reunir lo que ha sido dividido.

El sexo «contraceptado»

Si son muchas las consecuencias de la «desnatalidad», no son menos sus causas. Desde hace varios años, los demógrafos han demostrado —las cifras lo prueban— las consecuencias sociales y económicas de la no renovación de las generaciones. Al no haber reemplazo generacional, una población que va envejeciendo no podrá contar con las mismas ventajas sociales que las generaciones anteriores. Será difícil asegurar la protección social, que estará a cargo de una población activa minoritaria. Pero el mensaje de los demógrafos es difícil de aceptar tanto por los individuos como por los poderes públicos. Falta una verdadera voluntad para responder a la necesidad del tercer hijo en cada familia, hacia el que nuestras sociedades desarrollan una alergia que procede de la imagen que tienen del niño y de la sexualidad.

No se concibe al niño dentro de una perspectiva comunitaria, es decir, como quien asegura el destino del grupo humano al que pertenece. El sentimiento amoroso ha eliminado esta realidad para hacer del niño un objeto que únicamente adquiere sentido en relación con la historia amorosa de la pareja. Se considera al niño como uno de los elementos constitutivos del sentimiento amoroso que, gracias a él, verifica su aptitud para que los miembros de la pareja —y sólo ellos— se realicen. A través del niño, los padres sin duda son más conscientes de que

están reforzando su vínculo amoroso que de que están construyendo una familia. Por tanto, la fecundidad valoriza afectivamente a la pareja en una relación entre dos, sin que se quieran tener en cuenta las consecuencias benéficas para los demás.

Ahora bien, transmitir la vida es también un acto social y no únicamente una gratificación narcisista que proporciona la sensación de haberse liberado de la impotencia. Las representaciones actuales se niegan a admitir que el acceso a la paternidad favorezca la adquisición de la dimensión social de la sexualidad y de la relación sexual. Traer hijos al mundo es también saberse responsables del futuro y solidarios de la existencia del grupo humano al que se pertenece. Esta perspectiva con frecuencia es ajena a las mentalidades actuales, ya que, en la relación de pareja, se atribuye al niño una función más psicológica que comunitaria. Se busca más la realización personal a través de los hijos que enriquecer con un nuevo miembro a la comunidad de pertenencia: este deseo narcisista frecuentemente está destinado al fracaso y a las más dolorosas frustraciones.

La privatización del nacimiento del niño se inscribe dentro de la tendencia individualista contemporánea y de la desocialización de la sexualidad.

La sexualidad se ha disociado de la fecundidad al mismo tiempo que la muerte se convertía en el nuevo tabú, algo de lo que no se habla: en las representaciones actuales, la muerte natural está oculta y olvidada. En vez de asegurar un vínculo de continuidad que incluya a los desaparecidos en la historia humana y haga de cada individuo el sucesor de un linaje a perpetuar, la muerte aísla y separa; en tales condiciones, es difícil socializar su pertenencia a la familia humana.

Por tanto, se elimina la muerte de la experiencia humana. Esta absurda concepción —promovida en nombre de una ilusoria inmortalidad de las sociedades tecnológicas, en las que la muerte se vive como un lamentable accidente— oculta la realidad de la muerte, que es parte de la vida. ¿Cómo vivir y organizar la existencia sin haber dado sentido a la muerte? La sexualidad y la muerte forman una pareja indisoluble, pues la sexualidad, como fuente de vida, es una respuesta a la muerte²⁰. Cuando la

20. Los debates sobre la eutanasia, como los realizados sobre las «ins-

vida de un niño está en peligro, el adulto casi siempre está dispuesto a sacrificar la suya para protegerlo o salvarlo. En estos casos no se piensa, es casi instintivo; en todos los grupos (animales o humanos), el instinto de conservación hace que prevalezca la supervivencia de la especie sobre la del individuo.

Consecuentemente, la reproducción humana no es una bagatela ni un aspecto secundario o un «plus» facultativo de la sexualidad que sólo beneficie a la búsqueda del omnipotente sentimiento amoroso.

En la relación sexual, la sexualidad es a la vez encuentro con el objeto amado y transmisión de vida. A diferencia de los animales, para el hombre la relación sexual no está ordenada sistemáticamente a la procreación; también es un modo de establecer y fortalecer el vínculo con la persona amada. La falta de relación sexual en la relación amorosa puede tener repercusiones en la comunicación, y es vital para los amantes poder amarse sexualmente y comunicarse de este modo el uno con el otro; no ser amado de esta manera provoca muchas insatisfacciones y a veces hasta desestabiliza al individuo o a la pareja. La represión, la inhibición o las falsas sublimaciones de la relación sexual casi siempre se vuelven contra el individuo y en

trucciones» de suicidio, parecen motivados más por una actitud morbosa y depresiva que por el cariño al enfermo o el deseo de acompañar al moribundo o ayudar a una persona a encontrar los caminos de su vida. En estos debates, el apasionamiento hace que se confundan los problemas del sufrimiento y de la muerte. También es malinterpretado el «deseo de muerte», que fundamentalmente es un deseo de cambiar de vida y no de perderla. Si bien es posible ofrecer una terapia al primero, superando la inutilidad del encarnizamiento terapéutico (los servicios de cuidados paliativos hacen un trabajo admirable), es más difícil arrogarse el derecho a intervenir en la muerte de un individuo facilitándosela voluntariamente. Los que manipulan estas cuestiones usando la seducción y una pseudogenerosidad que les vale la aprobación de la opinión pública, expresan la muy contemporánea actitud que llega a negar la muerte, eliminándola de la existencia. Cuanto más se rechaza la muerte, más se exhibe un sexo agresivo y antisocial. Una sociedad se vive y dura en la historia según como ritualiza la muerte. La actitud consistente en eliminar la vida humana al principio o al final, únicamente en nombre de una concepción biologizante de la existencia, prescinde de la dignidad de la persona. Al final, tales discursos y prácticas serán origen de la pérdida del sentido del otro. Si «cambiar la muerte» significa hacer morir al otro, ¿qué desprecio por la vida!

ciertos casos le orientan hacia prácticas pervertidas. Freud, en su artículo *La moral sexual civilizada*, escribía: «Muy frecuentemente, la restricción de la actividad sexual se ve acompañada por el incremento de la ansiedad vital y de la angustia ante la muerte, lo que perturba la aptitud del individuo para gozar y su preparación para afrontar la muerte sea cual sea su finalidad; ello se traduce en la disminución de su tendencia a procrear y excluye a este pueblo o grupo de personas de participar en el futuro». El individuo puede colaborar en fines sociales y culturales duraderos con mayor razón si encuentra satisfacciones en su vida afectivo-sexual y vive épocas de felicidad; si no, si está atrapado por frustraciones permanentes e importantes, ocupa el primer plano la angustia de la muerte, y con tal disposición es difícil querer transmitir la vida. Algunos, atrapados en un clima de depresión oculta, pese a todo, llegarán hasta querer tener un hijo para recuperarse, para salvarse mágicamente a través de otro; pondrán en práctica con él lo que no logran realizar por sí mismos, con todas las posibles consecuencias de tal actitud.

Cada relación sexual no expresa el deseo de hacer un niño. Pero, dado que la muerte es inherente a la sexualidad, cada relación sexual lleva implícito que de esta relación entre dos puede venir otro y asegurar la continuidad de la vida tras de sí. En ambos casos, la sexualidad es alteridad, y concebir la reproducción como una alternativa accesoria intensifica su desocialización, al mantenerla en consideraciones únicamente narcisistas.

En este contexto, las representaciones ligadas a la contracepción y al aborto favorecen la separación y la exclusión de la procreación. Los niños y los adolescentes muestran su sensibilidad ante este tema cuando se preguntan si sus padres utilizaban métodos anticonceptivos antes de que ellos fueran concebidos. Este viejo fantasma, que consiste en saber cómo se ha sido deseado, se apodera de este nuevo dato cultural para expresar la necesidad que siente el niño de haber sido testigo de las relaciones sexuales de sus padres (ser tres) y saber de qué manera cuenta él en la relación. ¿Ha sido deseado por sí mismo? ¿Es consecuencia de un accidente? ¿Ha sido concebido para servir a los limitados deseos de sus padres? Este punto de re-

ferencia de la filiación le es indispensable para inscribirse realmente en un linaje, una familia, una descendencia, y construir su identidad sexual y social. Y aquí estamos ante una paradoja: podríamos pensar que la banalización de la contracepción da al niño la seguridad de que al menos ha sido deseado; pero, simultáneamente, tiene la sensación de que sobre su vida ha pesado un peligro. La propia concepción del niño se proyecta sobre este discurso con la sensación, en ocasiones, de haber pasado, para nacer, entre la vida y la muerte. Si la contracepción es lo primero que se pone de relieve en la información sexual que se da a los adolescentes, quiere decir que el nacimiento de un hijo perturba, que es un intruso, un peligro que se puede evitar como una enfermedad gracias a la píldora anticonceptiva o que se puede suprimir gracias al aborto.

Muchos adolescentes, cuando los adultos les hablan de contracepción, oyen palabras de muerte; por eso algunas chicas tienen a veces reticencias para utilizar los diversos métodos. No obstante, pueden doblegarse ante las exigencias al respecto de sus madres, la influencia del ginecólogo o incluso las presiones del entorno, en el que contracepción e incitación sexual se asocian fácilmente. La contracepción, entendida como una liberación de los riesgos de la procreación, no siempre favorece la maduración del sentido de lo totalmente otro que representa el niño. Y a la inversa, cuando el niño llega, se convierte en un objeto hipervalorizado, pues libera de la culpabilidad del deseo de muerte y, al mismo tiempo, hace desaparecer la impotencia sexual en que se encontraban su madre o sus padres.

Esta doble función simbólica del niño le sitúa de entrada en un status de poder y de predominio sobre la sexualidad de sus progenitores, que tendrán tendencia a encontrar los soportes que validen su sexualidad a través de él. Es el mundo al revés: el niño es quien hace desaparecer la castración de los adultos. En cierto sentido, es verdad que, en cuanto al inconsciente, el deseo de un hijo es narcisista (rehacerse y prolongarse mediante él); el niño también es tranquilizador, pues con su presencia confirma el poder fálico de sus progenitores. Pero, en lugar de verse transformadas en la relación educativa, estas tendencias se expresan por sí mismas en una relación con el niño de tipo fraternal. En ese sistema, Edipo puede estar ausente. Y en ese contexto,

cuando el niño entre en el proceso de la adolescencia, el conflicto sexual inconsciente aparecerá a través de la competencia, cuyo riesgo para el adulto es el de sentirse empujado. A veces los padres han de replantear su sexualidad ante el desarrollo sexual de su hijo: habrán de renunciar o inhibir parcialmente su vida sexual en beneficio de la de sus hijos.

La valorización de la sexualidad que se desarrolla durante el decisivo período de la adolescencia lleva a algunos adultos a inmiscuirse en la sexualidad de los jóvenes, pretextando informarlos, para participar por poderes en las emociones juveniles; algunos llegan a organizar y planificar las relaciones sexuales de su progenie en el propio hogar, como si eso fuese una etiqueta de calidad y seguridad. Y se sorprenden y no siempre comprenden la reacción de sus hijos, que declinan su oferta con una reflexión terminante: «No me interesa» o «No sabes lo que nosotros vivimos». Pero, en lugar de intentar liberar a los adolescentes proponiéndoles conductas que apremian al placer para favorecer la expresión sexual, son estos adultos quienes necesitarían liberarse de la angustia y la castración sexual activadas por la presencia sexual de los jóvenes.

La contracepción y el aborto médicos y legales provocan y alimentan representaciones que tienen importantes efectos psicológicos en los comportamientos sexuales; y habría que tenerlos en cuenta, en vez de considerar estas técnicas de control de natalidad tabúes y dogmas frente a los que no deberían existir problemas.

Seamos muy claros: no se trata aquí de negar ni de discutir las razones psicológicas que han llevado a la necesidad de la contracepción favoreciendo la liberación social de la mujer. Pero ello pertenece a otro debate que no es el propósito de este análisis. En cualquier caso, al alentar la ideología de la seguridad sexual, los militantes de la contracepción y del aborto han favorecido el mito de una sexualidad tranquila en la que no pasa nada y de la que no hay que hablar. Hablemos de métodos y de técnicas, pero no de vida sexual... Las preguntas que los adolescentes podrían hacerse al respecto, las ha ocultado completamente la presentación de la contracepción, que debería ser el medio de liberarse, de realizarse y de encontrar por fin el placer. Sin duda, ésta era la esperanza de una generación de

mujeres que se habían visto confrontadas con la creciente valorización de la sexualidad subjetiva, es decir, con la necesidad de desarrollar una vida sexual significativa centrada en la pareja conyugal. A lo largo del siglo XX, se han refinado las sensibilidades, lo que ha hecho más exigentes las relaciones sexuales. Es algo que las mentalidades ya han asumido, y la sexualidad, para las generaciones jóvenes, ya no se presenta en términos de cantidad, sino de calidad relacional. Por eso, ante la sorpresa de los adultos, la mayoría de los jóvenes posponen su manifestación sexual y esperan a sentirse preparados para iniciarla; ya hemos mencionado que la edad de la primera relación sexual es más tardía que en el período transitorio de los años setenta.

La contracepción no es primordial para los jóvenes, dado que la gran mayoría de los que tienen entre catorce y diecinueve años no tiene relaciones sexuales. Esto es algo difícil de admitir para quienes han asociado, de manera simplista, contracepción y placer. Cuando he dirigido jornadas de estudio para especialistas en centros de planificación, he comprobado cuántos no admitían estos cambios. Erróneamente, los interpretaban como el retorno de una actitud hacia la sexualidad más moralista, pero no se trata de eso. Por supuesto, va prevaleciendo la negativa a vivir las prácticas sexuales de cualquier manera, y se va afirmando la necesidad de tener en cuenta valores relacionales. La moral no es una enfermedad. ¿Por qué excluirla de la sexualidad? ¿Por qué se hipermoralizan algunas actividades humanas y se prohíbe moralizar otras, como las que dependen de la vida afectiva y sexual? Al quedarse aferrados de este modo a su problemática de ayer, estos especialistas piensan que la contracepción libera el placer sexual de la mujer. En realidad, la angustia de la presión del otro, de la capacidad para el placer y del sentido de la ley, pero también la de la agresividad y la muerte, no pueden solucionarse con una píldora, a no ser que se le deje desempeñar un papel protector, un papel contra-fóbico casi mágico. Estas cuestiones, después de haber sido rechazadas durante más de treinta años, vuelven al primer plano: por fin vamos a poder hablar de sexualidad.

La contracepción es un medio técnico que impide la fecundidad. Sacarla de su utilidad estricta para darle otro significado equivale a expresar una racionalización defensiva del placer

sexual. Si esta racionalización se desmorona, aparece la neurosis subyacente. El placer depende del individuo y no de un medio técnico. La neurosis contraceptiva ha privado al individuo de su sexo para someterlo a los imperativos de un Superyo biológico por intermedio del ginecólogo. Para algunos, ese nuevo sumo sacerdote, encargado de velar por el deber de gozar de la moral higienista, toma el relevo de los directores espirituales, que incitaban al «deber conyugal».

Por tanto, la sexualidad se vuelve a centrar en el individuo y en la pareja conyugal. En esta perspectiva, tanto la pulsión sexual como el placer sólo pueden depender del individuo y no de una prótesis química o mecánica. Si la contracepción tiene como único objetivo controlar la natalidad, sería una locura conferirle otro poder. Asociar contracepción y placer es un montaje intelectual seductor, pero también defensivo; es una manera de descalificarse como individuo, ya que se espera que un producto resuelva una tarea psíquica que no se desea efectuar por uno mismo, es decir, liberarse de la castración, o sea, de la impotencia.

Realmente es esta vuelta de la castración inhibida lo que se observa en algunas mujeres jóvenes cuando interrumpen bruscamente su contracepción. Quieren impulsivamente un hijo, sin pensar en inscribirle en una historia relacional con un hombre, y menos aún en construir su vida con el padre. El niño debería, ilusoriamente, liberarlas de la castración. De este modo, siguen prisioneras de su rivalidad con la imagen infantil de la madre omnipotente.

La contracepción así vivida provocará efectos anestésicos sobre la sexualidad. Algunos hombres y mujeres, por no haber «trabajado» las tareas psíquicas de su adolescencia, se han quedado en el sexo de la pubertad; y el sexo en la pubertad se protege o se lanza a desafíos que reivindicaban la libertad. En muchos casos es la libertad de los extensores: se vuelve a la casilla de salida tan deprisa como se ha salido de ella. Agotado por estas maniobras, se olvida el propio sexo al no poder vivirlo.

Durante todos estos años, nuestro interés se ha centrado en estos aspectos parciales. La contracepción, la libertad y el placer eran objetivos en sí, sin referencia al individuo. La vida así fragmentada producía personalidades que querían afirmarse,

pero con un *self* inauténtico, ya que su sexualidad no estaba realmente integrada. Para algunos, el sexo se ha vuelto incluso rutinario. Se le ha desplazado tanto hacia otros objetos y se le ha limitado tanto a una función mecánica, que no ha tenido medios de existir. Por eso se asiste a una disminución general de la libido, pues uno se harta rápidamente del sexo de la pubertad, confuso y, por definición, peligroso. El placer, pasados los períodos de descarga espontánea, no ganará en intensidad con el tiempo. Este sexo asocial necesitará incluso de un cerebro auxiliar para alimentar su imaginario sentimental. Por tanto, ya es hora de restituir al individuo su sexo: uno de los fracasos simbólicos de la contracepción es haberle privado de él.

Desde luego, la contracepción existe, y el aborto es legalmente posible bajo ciertas condiciones. Pero ¿cuáles son los problemas psicológicos y cuáles las representaciones a partir de las que se construye o «desconstruye» la sexualidad?

Los hombres no siempre son solidarios de lo que viven las mujeres a través de la contracepción o el aborto. Son las mujeres quienes deben ingeniárselas con su cuerpo y con su vida psíquica para asumir las tensiones y los efectos. Sin duda es lamentable, pero de nada sirve reprochárselo a los hombres mientras no se conozca el significado de tal actitud.

Para realizarse plenamente, la mayoría de las veces la mujer necesita llevar en su seno un hijo, o al menos saber que tiene la posibilidad de hacerlo. En adelante, tendrá que convivir con dos órdenes de valores: el de su feminidad y el de la maternidad. Por eso, algunas mujeres tienen la impresión de tener que llevar dos vidas al mismo tiempo. El hombre, para concluir su madurez sexual, pasa sin la fecundidad más fácilmente que la mujer.

Pero, tanto para el uno como para la otra, reconocerse capaces de engendrar hijos es también aceptar ser autónomos frente a sus padres y, por tanto, no manifestar ya hacia ellos desagrado o agresividad. Mientras padezcan angustias sexuales acompañadas de culpabilidad y sensación de vacío, a través de estos síntomas manifestarán su dificultad para renunciar a sus primeros objetos amorosos: hay que aceptar perder a los padres, en el trabajo del imaginario, para poder realizar el deseo sexual con otra persona.

Cuando en el hombre aparece el deseo del hijo, es para darse descendencia y satisfacer la demanda de su mujer; de este modo, responde a una doble función. Al hacerla madre desaparece su castración y, al mismo tiempo, la llamada del deseo de su mujer le hace sentirse reconocido en su virilidad. Sin embargo, siente que la procreación le concierne menos, pues, si bien la imagen de la mujer estimula su deseo sexual, la de la maternidad, muy al contrario, lo frena. De este modo, el hombre proyecta sobre la mujer que se convierte en madre algunos aspectos de su relación maternal. Al ser la fecundidad patrimonio de la mujer, no puede reivindicarla para él, aun cuando haya alcanzado la virilidad. El hombre que intentase realizar el fantasma de estar embarazado, mediante ello manifestaría, al rechazar su virilidad, su identificación con la potencia materna, pues ser realmente viril implica haber renunciado a la dependencia materna.

Se acepte o se rechace, la contracepción está cargada de una simbólica materna de vida y de muerte que plantea muchos problemas psicológicos tanto a la mujer como al hombre. En un primer momento, al hombre le será difícil sentirse afectado por la gestión de la maternidad en el control de la natalidad, ya que a la vez debe distanciarse de una imagen materna y marcar su diferencia física. Le es difícil interiorizar la contracepción en el momento en que intenta desprenderse de su madre. Algunos lo lograrán sacrificándose y dejándose llevar por el deseo de sus mujeres: se vivirán como «padrazos», es decir, ni como padres ni como madres. A otros les interesará porque están implicados globalmente en la relación conyugal y han resuelto su complejo materno. Finalmente, algunos otros podrán asumir la contracepción en su cuerpo, por ejemplo, utilizando el preservativo si, por razones médicas, su mujer no puede tomar la píldora.

Van a perfeccionarse los métodos, pero no obtendrán logros sistemáticos en el plano psicológico. Muchas mujeres viven con un fondo de depresión velada (fatiga, síntomas psicósomáticos, melancolía) después de un aborto que realmente nunca se ha asumido ni ha adquirido significado. Y no empiezan a relacionar su actual neurosis con el aborto más que cuando, después de varias sesiones de psicoterapia, descubren que en el centro de su malestar hay una culpabilidad inconsciente. Básicamente no

se trata de un problema moral respecto a ciertos valores, sino de un fracaso psicológico, pues, mediante el aborto, estas mujeres tienen la sensación de haber inscrito la muerte en su cuerpo. Su sexualidad, es decir, su relación consigo mismas y con los demás, se vive en un ambiente mortífero. Este sentimiento no se manifiesta de manera violenta e inhibitoria, como en la melancolía, sino que es como una onda de choque que reenvía sin cesar la misma información sorda, desplazándola hacia síntomas y preocupaciones sin relación inmediata y aparente con la culpabilidad, que sigue siendo inconsciente.

En Francia, la ley Veil (1974) autoriza el aborto bajo ciertas condiciones y como último recurso para los casos de peligro. Progresivamente, esta ley ha ido siendo soslayada, y la interrupción voluntaria del embarazo se ha convertido para muchas personas en un medio contraceptivo más, cuando significa su fracaso. El sentido que la ley daba a la entrevista previa, cuyo objetivo es buscar otras soluciones, favorecer la reflexión, hacer un llamamiento al sentido de la responsabilidad de las personas implicadas y a la reflexión sobre lo que representa la interrupción de la gestación de una vida humana, se ha distorsionado. Tal entrevista se reduce a un simple registro de la solicitud, a riesgo de desvalorizar el sentido de la vida humana. Más vale que los actuales debates en bio-ética, respecto a la naturaleza del embrión, eviten la banalización a la que ha habido tendencia a limitarse en los años setenta. El profesor Jean Bernard, en su libro *De la biologie à l'éthique*, dice: «Debe reconocerse al embrión como persona potencial. Calificarla de potencial no quiere en absoluto decir que sea facultativo respetarla, sino que simplemente registra su manifiesta diferencia con la persona real y, consecuentemente, especifica lo que la moral puede exigirnos con respecto a él, teniendo en cuenta los posibles conflictos entre las varias libertades en presencia. Debe considerarse al embrión como un ser cuyo posible futuro fije límites al poder de los demás». Psicológicamente, la interrupción de la gestación de una vida plantea muchos problemas. Sería más sano reconocerlo, en lugar de ocultar estos interrogantes con una actitud de negación defensiva, muy a menudo en nombre de unos grandes sentimientos que conmueven fácilmente cuando se evoca el peligro, con frecuencia real, de las mujeres en esta situación. Si el interlocutor no se limita a este único argumento, si plantea

problemas psíquicos, sociales y éticos, pasa por alguien que no es caritativo con su prójimo. Precisamente cuando se presenta como defensor de la vida, sin por ello arrogarse el derecho de juzgar a las personas que en conciencia eligen el aborto, es él quien va a aparecer como despiadado: paradójica inversión del ideal.

Negarse a entender los problemas tiene efectos sobre los individuos cuando afecta a su propia estima, y sobre la sociedad en la medida en que uno se arroga el derecho a decidir según los sentimientos y las intenciones del momento el reconocimiento o no de la existencia de otro. Por ello, en algunos casos no se duda en decir desde la misma concepción del niño: «Ya es alguien»; se le habla, se le pone música y se está atento a sus menores movimientos; y, en otros casos, al constatar el embarazo, se afirma que no hay nadie, asegurando: «No es nada». ¿Se puede dejar al sentimiento la responsabilidad de decidir la existencia o no de la vida humana? Sin duda sería más sano considerar y hacer que se acepte la interrupción voluntaria del embarazo como un acto grave que interrumpe la vida; si no, la culpabilidad inconsciente no tratada en esta situación es una verdadera bomba psíquica de efecto retardado.

Las sociedades civilizadas son sociedades de derechos, de deberes y de moral. Los principios que rigen la vida no pueden dejarse a merced de los acontecimientos o de los caprichos. La moral narcisista del «cada uno a lo suyo» y «cada cual hace lo que quiere» tiene dificultades para valorar una ley trascendente, es decir, que supera el sentimiento personal y cuyo sentido no depende en primer lugar de uno mismo.

La ley Veil sólo permitía el aborto en casos de peligro, pero muy rápidamente la han justificado razones de conveniencia. Sin querer pormenorizar, esta distorsión de la ley ha llegado hasta pervertir el acto, por medio de interpretaciones magnificadas: en lugar de presentar el aborto como un acto técnico que interrumpe la vida sin poner en peligro la de la madre (como sucedía en la época en que se practicaba de manera clandestina), se ha querido hacer creer, en un exceso de idealismo y ocultando los problemas psicológicos y éticos, que se puede decidir impunemente sobre el derecho a la vida y hacer de él simplemente un problema de salud, no considerando al embrión más que

como un quiste molesto en el cuerpo de la mujer, o incluso de la sociedad. El aborto no es nunca un acto banal, aun cuando las que se deciden por él quisieran simplemente vivirlo así para estar dentro del conformismo ambiente. Ni las representaciones actuales ni las estrategias sociales son capaces de ofrecer un acompañamiento realista a las mujeres y a las parejas implicadas en esta decisión. Sus únicas sugerencias implícitas son el rechazo y las falsas sublimaciones que se vuelven contra los individuos. La cuestión se planteará con mayor agudeza aún cuando los progresos de la investigación dejen obsoleta la ley Veil. «Así —dice también Jean Bernard— la molécula RU 486 descubierta por Beaulieu (cuando se solucionen algunas cuestiones científicas que aún persisten), al provocar la interrupción del embarazo algunos días después de la concepción, va a dejar sin vigencia, inaplicables, las disposiciones de la ley de Simone Veil sobre la interrupción voluntaria del embarazo».

Queremos insistir en estas modificaciones, que ya tienen repercusiones sobre las representaciones de la sexualidad y la procreación y cuyo dominio, cada vez más confirmado, no debería llevar al «impasse» a la psicología sexual, en la que se juega el sentido de la alteridad. Los individuos y la sociedad se desarrollan según el modo en que la sexualidad se pone en práctica. Detrás de la legalización del control de la natalidad hay otro debate: el apoyo o no a la presencia del otro, del hijo, en el deseo sexual. No es una cuestión simple. Si bien en los modelos dominantes se valoriza al niño cada vez más (demasiado, pero, ciertamente, no en su sitio), la procreación no se encuentra en un buen momento. En algunas representaciones que tienen en cuenta la procreación asistida médicamente, el sexo incluso está excluido.

«¿Cómo haremos niños —se preguntaba un alumno de segundo de B.U.P. en una charla sobre la prevención del sida— si nos ponemos preservativos o tomamos la píldora?» «Se harán en laboratorio», respondió sabiamente otro. Un momento después, toda la clase expresó su reprobación. Cuando lo lógico era esperar risas y bromas, manifestaron silencio y gravedad. Abordamos una cuestión esencial al principio de la adolescencia, cuando las capacidades reproductivas se despiertan: limitarlas o reprimirlas equivale a abrigar una duda, no sólo sobre la fe-

cundidad personal, sino también sobre el sentido del propio nacimiento. Abolir la presencia de un futuro otro da a entender que lo mismo podría haber sucedido con la propia.

La contracepción o el aborto representan una transgresión simbólica de la reproducción. Una cosa es vivir individualmente esta transgresión y otra, para una sociedad, organizarla como un ideal equivalente al deseo de un hijo. Desgraciadamente, en nuestras prácticas sociales esta diferencia no es evidente: paradójicamente, se quiere que consideremos como vida un gesto cuyo valor simbólico es mortal. ¿La desvalorización de la reproducción sexual no favorece finalmente la devaluación del sentido del otro y el incremento del sentimiento de culpabilidad?

El control de la natalidad ha existido siempre con relación al primado del ideal de la procreación, y, frente a este ideal, la culpabilidad se podía trabajar psicológicamente. Sin embargo, la situación es nueva, pues en las representaciones actuales se quiere dar a entender que ya no hay ideal y que la procreación puede excluirse de la sexualidad. Pues bien, no puede expulsarse la procreación de la sexualidad, aun cuando todas las relaciones sexuales humanas no tengan como objetivo procrear. La legalización de la contracepción, y aún más la del aborto, no tienen el poder de favorecer un trabajo psíquico que daría una salida a la culpabilidad. La procreación sigue siendo un ideal a la vez psíquico, cultural y social; sustituirla por el control de la natalidad como hecho esencial de la sexualidad, y no como un hecho accidental, provoca una angustia difícil de resolver que se manifestará bajo la forma de los más diversos trastornos existenciales. Por eso, con razón, Françoise Dolto aconsejaba hacer pagar una multa simbólica después de cada aborto. Este medio ayudaría a las personas que no consiguen elaborar psicológicamente este acto de muerte y recordaría a todo el mundo el objeto ideal a partir del cual puede trabajar su culpabilidad.

Desde el despertar sexual en la adolescencia, al insistir sobre la contracepción —que no puede formar parte de la definición de la sexualidad—, se fragmenta la psicología, en lugar de exponer la doble función de la pulsión sexual: conservación del individuo (relación sexual), conservación de la especie (procreación); de este modo, se elimina toda la dimensión relacional de la sexualidad. Pues, como veremos más adelante, la sexua-

lidad se realiza como relacional porque se convierte en objetal (altruista) al inscribir el deseo del hijo en la pulsión —aun cuando no haya procreación inmediata.

Es difícil que en las representaciones contemporáneas aparezca la sexualidad como relación. Para comprender mejor esta problemática, conviene observar cómo se desarrolla la psicología sexual desde la infancia.

3

El desarrollo del vínculo sexual y los problemas actuales

«La sexualidad es el lugar donde se tejen los destinos, las pasiones extraen su fuego y su dolor, donde el intelecto encuentra sus posibilidades de sublimación y donde nace la cultura humana».

Georges MAUCO,
Education et sexualité

Como hemos subrayado, para el psicoanálisis la sexualidad está en el núcleo del desarrollo psicológico. Representa un papel permanente en la integración del cuerpo del niño: las pulsiones, no determinadas en cuanto a sus orientaciones, se cultivan y enriquecen gracias al juego de imágenes y argumentos interiores estimulados por las sensaciones y las informaciones que vienen del exterior. La pulsión sexual, para seguir viviendo, encuentra vías de acceso simbólicas; si no, al manifestarse tal cual es, puede agotarse. Ya hemos visto que la sexualidad inconsciente, en su estado primitivo, existe de modo fragmentado en zonas corporales aisladas unas de otras; por eso el psicoanálisis habla de pulsiones parciales que buscan el placer cada una por su cuenta. La pulsión parcial quiere obtener su propia satisfacción y no la unión sexual, y el objeto obtenido para el placer no puede identificarse en el inconsciente con ningún compañero concreto. En el inconsciente no hay parejas concretas, a no ser las propias imágenes parentales. El niño, que desea que sus padres satisfagan sus pulsiones parciales, va a afrontar negativas que le van a obligar a crecer y a cambiar sus modos de gratificación. Si bien, durante la infancia, la búsqueda del placer domina el psiquismo, progresivamente el niño tendrá que ir aprendiendo que el placer para el consciente es una consecuencia y no un fin en sí mismo como lo es para el inconsciente. Este estado de tensión será fuente de conflictos durante toda la existencia. De esta imposibilidad de obtener inmediatamente todo

lo que quiere va a nacer la pulsión, pero también el trabajo del deseo, que podrá empezar a actuar.

Al ser la carencia el elemento motor de la vida psíquica, de ella va a nacer y a desarrollarse la vida pulsional. El Yo del niño va a diferenciarse de esta vida interna para adaptar su personalidad a las exigencias de su vida psíquica y a las de la realidad exterior. Esta operación la realizará con éxito en la medida en que su relación con el entorno sea rica y estimulante. Su Yo y quienes componen su entorno serán los objetos más atendidos de su vida afectiva. Por tanto, el Yo es una realidad psicológica extremadamente flexible, pero puede volverse rígido para contener las pulsiones sin tratarlas, confundirse con el Yo ideal —lo que es frecuente en los maníacos— o perder el sentido de sus límites, lo que supone despersonalización y discurso delirante.

La sexualidad humana no es innata; es el resultado de un largo proceso de adquisición y de una historia que concluye en la postadolescencia. Para comprender mejor los primeros procesos de su desarrollo, vamos a describir las grandes etapas que jalonan la evolución de la personalidad.

La formación del vínculo sexual comienza en la embriogénesis. Aunque las primeras reacciones son relativamente reflejas, el niño empieza a vivir sensaciones, pero el órgano sexual no se utiliza de igual manera en el niño y en el adulto: las competencias y las organizaciones son de otra índole. No obstante, se producen frecuentes confusiones cuando se pretende establecer una equivalencia entre la sexualidad del niño, la del adolescente y la del adulto. Sin embargo, es verdad que el niño puede experimentar muy fuertes sentimientos de apego en el momento en que debe renunciar a una relación exclusiva con sus padres. Entonces encuentra entre los niños de su edad, y especialmente en el colegio, con qué ejercer su afectividad, bien sea para compensar la falta de relación parental, o bien para imitar a sus padres. Por otra parte, algunos profesores o adultos tienden a valorizar este tipo de relación, mientras que los otros niños de la clase se ríen de ellos y a veces llegan incluso a excluir a la «pareja» del grupo. No es pertinente hablar de sentimiento amoroso en el niño, pues sobre todo es la manifes-

tación de la necesidad de desplazar un vínculo de apego hacia sus iguales en relación con el complejo de Edipo.

El psicoanálisis ha descrito los estadios del desarrollo de la vida afectiva y sexual (oral, anal, fálico, complejo de Edipo y de castración, período de latencia y después unificación en torno a lo genital), estadios ampliamente confirmados por la experiencia clínica y retomados en la mayoría de las teorías psicológicas.

Un concepto demasiado lógico pero aproximativo de lo que representan estos diferentes «estadios» daría a entender que se trata de pasar de un estadio a otro, permitiendo cada cambio escapar de las influencias del anterior. En realidad no se trata de eso. Todas estas pulsiones siguen existiendo en orden disperso en el inconsciente —que no conoce ni el tiempo, ni la diferencia de sexos, ni la realidad exterior— sin relaciones ni unidad entre ellas. La búsqueda de la unión sexual y de la reproducción, en la medida en que implican necesariamente la presencia de otro, no existe en el inconsciente, que, en su estado primero, es egoísta: tales deseos no son del orden de la pulsión, sino del ideal del Yo, que va a realizar un trabajo en la vida pulsional para hacerlos viables en la realidad.

Los instintos requieren satisfacción de inmediato, pues no tienen capacidad de transformarse: el hambre seguirá siendo hambre. En cambio, las pulsiones sexuales no exigen realizaciones inmediatas en la realidad. Muy al contrario, el hecho de posponerlas permite ampliar la subjetividad y profundizar el debate interior propicio a la creación de actividades simbólicas. Al contrario que los instintos, las pulsiones pueden modificarse en otras actividades. *En este sentido, la sexualidad no se reduce al sexo, sino que engloba el conjunto de la vida psíquica.*

La sexualidad como hambre del otro

El primer contacto del niño con su madre y el entorno se lleva a cabo por intermedio de la boca y de toda la mucosa que continúa hasta el tubo digestivo. Por eso se utiliza la noción de «estadio oral» para expresar esta primera experiencia relacional.

El niño introduce en él a su madre, que le prodiga todos los cuidados respondiendo a sus necesidades, y progresivamente va

a irse formando una representación materna imaginaria a partir de la cual va a empezar el trabajo del deseo. Aprendiendo a desear, podrá anticipar el placer futuro, pero antes se apoya sobre todo en el deseo de sus padres que despertará el suyo. Si el niño no percibe que es objeto de numerosos deseos por parte de sus progenitores, se replegará sobre sí mismo y frenará su progresión. La identificación con su madre nutricia le proporciona material psicológico para desarrollar su subjetividad. Al principio de la vida, el niño necesita incorporar, poseer, y el otro le sirve de apoyo para existir. La relación oral está ávida de la presencia de los otros, que proporciona seguridad y es gratificante. Por otra parte, esta característica se encuentra también en el estado amoroso: en él se desarrolla intensamente la sensación de no poder seguir viviendo si falta el otro.

La relación oral es fundante: permite al niño manifestarse y diferenciarse. Si el niño vive esta relación de modo fusional, la madre no debe dejarse engañar y encerrar en una burbuja. No está sola frente al niño ni debe estarlo. No puede ser su compañera en condiciones de igualdad y tener las mismas aspiraciones que él.

La relación es estructurante sexualmente para el niño si se realiza entre tres: la madre, el padre y el niño. Por otra parte, en los adultos se descubren rastros de este período fundante de la relación cuando sienten la necesidad de vivir relaciones sexuales tripartitas en una doble vida respecto a su pareja, o el deseo de disponer de un tercer compañero: se trata de recuperar esta fusión indiferenciada del período oral o de inmiscuirse en la sexualidad de los padres como en el período edípico. La tendencia del niño es interiorizar todo lo que constituye la vida psíquica de sus padres y conservar lo que pueda servir a sus intereses. También desearía apoderarse de su sexualidad (seguir siendo tres) al mismo tiempo que se construye una imagen de ellos (padres internos).

La vida sexual del individuo llegado a la madurez se fundamenta, en el inconsciente, en la aceptación de las relaciones sexuales de los «padres internos» sin sentirse herido por estar excluido de ellas; si no, buscará relaciones tripartitas. El abandono de la relación fusional depende de la capacidad de la madre para restituir al niño, a medida que va adquiriendo autonomía,

lo que le conviene para seguir viviendo. Después de haber sido alimentado por su madre, el niño va a alimentarse por sí mismo y, aun cuando la operación técnicamente sea un éxito, puede que algunas frustraciones alimenten recuerdos nostálgicos de una relación en la que todo venía dado sin tener que conquistarlo. El cuerpo de la madre así interiorizado durante la relación nutricia se convierte en un refugio, o también en objeto de rechazo. Este conflicto no resuelto se encontrará en las mujeres en perpetuo enfrentamiento con su madre, que se debaten entre el amor y el odio, sin aceptar su feminidad y aún menos la fecundidad que las convertiría, a su vez, en madres. Este mismo conflicto se encuentra igualmente en hombres (o mujeres) que se sitúan en una relación de dependencia materna de cara a sus cónyuges, o también en hombres que tienen un insaciable apetito de múltiples y variadas mujeres, incluso mayores que ellos, pero para quienes la «mujer» por excelencia es, y seguirá siendo, inencontrable: la idealización de la mujer proviene de este período oral en que se diviniza a la madre.

El interés que el niño manifiesta en la oralidad ante la presencia ajena, cuando se mueve, sonríe, se agarra y reacciona al sonido de la voz y a las señales de afecto corporal, es signo de que va interesándose por el otro. Sin embargo, se queda en una cierta indiferenciación, como frente a su cuerpo, cuyas diferentes partes no están unidas en el conjunto corporal. Por eso, al niño de tres años le gustará jugar a reconocer y reunir las diferentes zonas y órganos de su propio cuerpo. Juega a nombrar la boca, la nariz, los ojos, los brazos, las manos, y así sucesivamente.

Durante el período oral, el niño descubre que las personas y las cosas no son extensiones de sí mismo, de los fragmentos corporales que le pertenecen. A partir de los nueve meses, siente el vacío que le separa de los objetos familiares, lo que a veces le sume en un clima depresivo y nostálgico. Hasta los siete u ocho meses, ha vivido sus relaciones a través de la cara de su madre, en la que todo el mundo se confundía. Ahora entra en una experiencia bastante extraña: reconoce bien a su madre y a su padre, pero los demás son extraños vividos como hostiles.

El erotismo oral, que va del placer de la boca, pasando por la agresividad de aferrarse a objetos mordiéndolos, al ansia de

poseerlos, es uno de los primeros componentes de la sexualidad. Al utilizar frecuentemente objetos inanimados con los que se comunica (pañuelo, sábana), el niño vive un tipo de masturbación oral. Se produce placer en la boca por intermedio de un objeto que prefigura la relación con el otro en la medida en que acceda a esta relación simbólica más rica. Cuanto más tenga que separarse el niño de su madre y encontrar su lugar como hijo en la filiación, y descubrir así su identidad sexual, más va a sustituir los medios de comunicación, tales como el lenguaje verbal o la manipulación lúdica de las cosas, para mantener su unidad, que ya no estará asegurada por su madre, por lo menos en el consciente. Una de las experiencias esenciales es la del estadio del espejo (Winnicott), en que el niño se percibe como una totalidad, y ya no en fragmentos, y se reconoce con sorpresa como distinto de su madre. Empieza a desprenderse de la fusión maternal para ir adquiriendo su propia imagen.

El proceso de la oralidad consiste precisamente en hacer aparecer una carencia en el niño; carencia que va a permitir a la pulsión sexual desarrollarse extendiéndose a la zona erógena así valorizada. Procura compensar esta carencia con su boca, aislada del resto del cuerpo, construyéndose una psicología del apego al otro y de su posesión. Este estadio no le permite relativizar su agresividad fragmentadora y su culpabilidad por querer retener a la madre nutricia. Su pulsión oral se enfrenta en la realidad con la madre que le cuida y le protege, pero también le frustra, pues no acepta dejarse canibalizar; desarrolla ya una rica vida «fantasmática», en la que se percibirá a la madre simultáneamente como buena y como mala.

La sexualidad oral tendrá que llevar a la práctica esta ambivalencia de los sentimientos hacia los demás. Reencontraremos esta actitud primitiva en muchas conductas amorosas, sobre todo en estos tiempos en que las pulsiones orales y anales, casi en estado bruto, sin sublimar, dominan las representaciones sexuales contemporáneas. La dificultad para identificar los propios sentimientos, la necesidad de cambiar de pareja, el sentimiento de impotencia y la inestabilidad emocional caracterizan esencialmente a esta sexualidad oral, incluso antes de que se exprese mediante el refinamiento de las caricias buco-genitales. En esta fase de dependencia, la pregunta del amor pasivo, ge-

nerador de la ternura —movimiento afectivo por el que el individuo necesita ser protegido— se plantea en estos términos: «¿Soy amado o no?». Si este amor se fija en la pulsión parcial de la oralidad, casi no le será posible volverse hacia otros objetos. Se vivirá al otro sobre todo como quien proporciona seguridad y consuelo.

La sexualidad como poder sobre sí y sobre el otro

El interés del placer del niño se desplaza a otra zona corporal, el ano, a la vez que sigue conservando una relación con sus padres y su medio ambiente que pasa por la alimentación, con todo lo que los alimentos simbolizan para él de presencia materna. Este período anal generalmente se extiende del segundo al tercer año. Psicológicamente, los productos fecales se viven como objetos que, después de haber sido fabricados en el interior del niño, se expulsan por la zona anal; con ello, el niño experimenta una placentera sensación de fuerza y de poder, pero también la de ser capaz de destruir.

Esta experiencia corresponde al período de educación en la limpieza. Los músculos de los esfínteres no se pueden controlar antes de los quince meses; por tanto, la limpieza es en principio un problema de aptitud y no de voluntad. En cuanto el niño empieza a sentir esta parte de su cuerpo particularmente innervada, va a jugar con ella. Vive sus excrementos como una parte de sí mismo que puede dar o retener a voluntad. Pero para ello tendrá que someterse a una regla de tiempo y de lugar. Esta exigencia, reconocida y aceptada por el niño, transformará el bolo fecal en regalo para su madre, que valorizará un éxito de tanta importancia felicitándole afectuosamente. Pero también podrá resistirse y retener para sí ese valioso bien como una manifestación de hostilidad hacia su entorno. Esta interacción entre el dar y el retener va a hacerle tomar conciencia de que hay cosas que ocurren en él y otras que provienen del exterior. Lo que está en juego es considerable, pues le va a permitir salir de la fusión con su madre (lo que ella siente y quiere no es lo que él siente y quiere) al modo ambivalente del placer de intercambiar, o el de agredir si la relación no le parece satisfactoria.

Normalmente, la educación en la limpieza favorece la sublimación de la pulsión anal hacia una función superior, la de

la estima por sí mismo, el sentido de la cooperación con el otro y el deseo de éxito. La experiencia psicológica del niño va a modificarse, se va a dar cuenta de que al perder lo que proviene de su cuerpo no se pierde a sí mismo, y de que al agredir a los demás también se hace daño. Por tanto, para vivir teniendo en cuenta las exigencias de los objetos exteriores, no tiene otra salida que participar en la acción de intercambiar o, si no, quedarse anclado en la pulsión sádico-anal desarrollando una conducta agresiva contra los demás o contra sí mismo. En este caso, rechaza la necesidad de afrontar el principio de realidad al que terminan por obedecer los deseos por medio de las fantasmas y, por tanto, del pensamiento.

Lo sucio y lo limpio, el bien y el mal, lo bueno y lo malo, lo permitido y lo prohibido, lo bello y lo feo, lo agradable y lo desagradable, son las categorías de este período, con las que comienza a tomar el poder sobre sí mismo y sobre los objetos.

El trabajo de la sublimación no siempre es fácil, pues obliga al niño a renunciar al placer anal, conocido y apreciado, por un placer hipotético en tanto no se obtengan las gratificaciones inherentes a las nuevas actividades. Los juegos con el agua, con la arena, con los cubos, la pintura, la plastilina, con todo lo que se manipula, van a sustituir a las producciones anales. Pero lo más significativo es el cambio de perspectiva en la relación, que se orienta hacia el intercambio, el control de sí mismo y la eficacia, aun cuando, como ya hemos indicado, permanezcan los movimientos primitivos de la pulsión. A partir de esta materia prima, el niño continúa desarrollando sus sublimaciones, lo que da capacidad creadora a la personalidad.

En los modelos actuales se valorizan tanto la sexualidad anal como la sexualidad oral. Buscados por sí mismos, los gestos buco-genitales y la sodomía se disocian a veces de la relación genital. El recurso a las pulsiones pregenitales se utiliza de un modo homosexual a través de una relación aparentemente heterosexual: el hombre y la mujer se encuentran, bien en una relación indiferenciada, bien en una relación de sexo único. También la sexualidad agresiva, que incita a la expresión de la pulsión independientemente de cualquier trabajo de transformación, es otro elemento dominante en las representaciones contemporáneas. Sin embargo, expresar las tendencias pulsio-

nales de la analidad en la realidad no tiene interés. Si durante un período, aún reciente, se procuraba expresar lo bello y lo sublime, actualmente la subjetividad fragmentada y sensorial expone y proyecta al exterior, de manera impulsiva, los primeros movimientos de la vida psíquica, lo que conduce a una moda de la burla y del sadismo: cuanto más insignificante, más nulo, más feo, más delincuente y antisocial es algo, mejor resulta. El entorno simplemente se apodera del estado primitivo de la pulsión para explotarlo sin aportar un material cultural susceptible de ayudarlo a hacer un trabajo de elaboración, lo que proporciona una ilusión de dinamismo a unas subjetividades muy superficiales. Esta apariencia de «vitalidad» sin duda oculta lo contrario y revela las angustias depresivas de las personalidades impulsivas. El lenguaje que utilizan es el del abatimiento o la ruptura en sucesivas acciones de descarga de sí mismos. La expresión «¡Estoy agotado!» traduce una extenuación psíquica, y no simplemente la fatiga normal después de un gran esfuerzo. Este vacío interior debe compensarse con un incremento de la agitación y del ruido.

Recientemente, dos jóvenes postadolescentes de veinticinco años que comparaban los radiocassettes instalados en sus coches valoraban la potencia en watios y no la posibilidad que les ofrecían de escuchar música con buena calidad acústica: el ruido evita oírse, y la música se utiliza como contra-excitación para protegerse de la propia música interior —o para negar el propio silencio—. Representa un papel de prótesis y deja a la pulsión en su estado primitivo de agresividad vuelta contra el mismo individuo. No se puede aceptar lo que sale de uno, lo que proviene de uno; entonces hay que sumergirlo en una intensidad sonora que no deje espacio a la voz interior. El lenguaje hablado, cuyo desarrollo es importante en el período anal, aquí se neutraliza rápidamente mediante la afasia, en provecho de las primeras sensaciones infraverbales. Mientras que el niño de tres o cuatro años consigue expresarse bien sobre sí mismo, es frecuente que más tarde, alrededor de los veinte, por ejemplo, no haya más que confusión de ideas y emociones en formulaciones inacabadas repletas de superlativos incapaces de expresar lo que se vive y piensa. Los «Es súper», «Es genial», «Me lo he pasado de muerte», «Es increíble», «Es demasiado», «Es de cuidado»,

son una muestra de que este tipo de lenguaje no controla nada, de que todo escapa a las palabras.

El cómic *La pandilla basura* apareció en este contexto sádico-anal, es decir, de agresividad sexual. Los cromos para pegar en el álbum, como en las colecciones de personajes históricos o de animales, representaban busconas de baja estofa en situaciones de lo más desagradable, con materias primas que mezclan el pis, la caca, los desechos, la porquería, los mocos y los gargajos. A ello se añadían incitaciones a la transgresión engañando en el colegio, insultando, burlándose y regocijándose con la familia de los «repugnantes». ¡Rabelais se habría muerto de envidia!

Aunque *La pandilla basura* refleja bien las intrigas de la analidad durante la infancia (lo grosero, lo vulgar y lo horrible siempre le gustan al niño próximo a la analidad), es incapaz de educar: deja que el niño suponga que la pulsión puede expresarse en estado bruto, sin comprenderla, ya que se elimina el trabajo de la sublimación. De este modo, se condena al individuo a dejar de crear objetos culturales.

Cuando un niño está furioso con alguien, su primera reacción es agredirle físicamente, darle un golpe, escupirle encima, estropearle sus cosas o hacerle daño. La educación, al poner límites a este comportamiento, va a inducirle a hablar de sus conflictos con el otro a fin de que no trate a este último como un objeto que hay que destruir y eliminar. En este período anal, es importante que el niño no juegue con sus excrementos, sino que aprenda a sublimarlos para que posteriormente sepa jugar con sus producciones internas y con el mundo exterior de modo distinto que el de la destrucción-deyección. Aunque el niño esté afectivamente muy próximo a sus pulsiones anales —y la principal ocupación en preescolar, de los tres a los cinco años, sea jugar verbalmente con el pis y la caca—, el educador no debe alentar la expresión de las pulsiones parciales mediante la acción, porque, si lo hace, la sexualidad del niño ya adulto puede depender de movimientos sdomasochistas en los que se alternen la agresividad y la culpabilidad sexual. Por el contrario, el educador debe ser capaz de proponer al niño medios para transformar y enriquecer la pulsión en la vida psíquica en el momento en que esta última debe encontrar una vía de acceso a la realidad.

Si bien el problema del educador es encontrar, en su relación con el niño, cómo poder introducirle en un trabajo de elaboración a partir de su pulsión, el trabajo del psicoanalista en la terapia es diferente. Ha de favorecer el reconocimiento de la existencia de la pulsión y de los deseos en el campo de la consciencia gracias a la palabra: hablamos de ello precisamente para no tener que actuar de cualquier manera, pues la pulsión puede fácilmente volverse contra el individuo o contra los demás. El individuo, una vez liberado de este trabajo psíquico, deberá encontrar vías para sus transformaciones pulsionales permanentes; y cada cual lo consigue mejor o peor.

En una visión del psicoanálisis muy equivocada y muy reductora, se presenta la pulsión como una simple realidad del consciente, utilizable tal como aparece. Ahora bien, como ya hemos señalado, la pulsión inconsciente es un sistema abierto (al contrario que los instintos), centrado en una parte del cuerpo y sin preformación, aparte de los reflejos biofísicos, que se ejerce en dirección al mundo exterior; si bien se manifiesta constantemente en nuestros deseos, también ha de pasar por la sublimación. Hoy día, los educadores descuidan con frecuencia esta tarea psíquica, pues se sitúan ante niños y adolescentes como si estuvieran en presencia de personalidades acabadas iguales a ellos y, por consiguiente, ya no tienen nada que enseñarles ni que decirles, mientras que la limpieza, la educación y el saber estar son adquisiciones que dan a la pulsión una amplitud y una creatividad fuente de cultura.

La sexualidad anal es en gran medida el placer buscado con la destrucción del cuerpo propio y ajeno. Los relatos de Sade cuentan historias imaginarias de rituales sexuales cuya primera responsable es la pulsión anal tomada al pie de la letra. Evidentemente, Sade nunca realizó ni vivió tales acciones. Se trataba sobre todo del juego mental de una psicología fuertemente neurótica y criminal cuyo goce supremo era la tortura y el crimen sexual.

Detrás de las acciones de los torturadores, siempre hay una búsqueda de goce sexual de carácter anal. Recordemos que recientemente en Estados Unidos circulaban vídeos en los que se asistía a escenas de orgías culminadas por un crimen sexual; la realización de este tipo de fantasma no es algo nuevo en la

historia humana, dada la naturaleza de la vida pulsional y, en particular, de la agresividad destructiva de la analidad.

El nazismo, en su locura belicista, se dio un líder paranoico y se lanzó a la trágica eliminación sistemática de grupos humanos y, en particular, del pueblo judío. Estos genocidios no son inéditos y, aun cuando no tengan una apariencia tan organizada, siguen existiendo. Cada vez que un individuo o un grupo humano tiene sexualmente miedo, la sexualidad se vuelve homicida.

En cierto sentido, en el sexo hay muerte y crimen. Algún día, el adolescente, después adulto, tiene que liberarse de la relación sexual de sus padres que vive en su psiquismo, lo que es indispensable para que pueda acceder a su propia sexualidad y encontrar su lugar. Este trabajo es puramente interior a la vida psicológica y en realidad no concierne a los padres, que continúan llevando su propia vida sexual, a condición de no dejarse desposeer de su sexualidad por los hijos que están creciendo. Sin embargo, hoy es frecuente que los padres inciten a sus hijos adolescentes a vivir sus relaciones sexuales bajo su propio techo, en el momento en que, con la edad, se modifica la sexualidad de los adultos. En tal caso, es la sexualidad del hijo la que predomina sobre la de los padres, que utilizan la seguridad como argumento para justificar esa práctica. Pretextan que les tranquiliza saber que ello ocurre en casa, cuando en realidad se trata de una implicación incestuosa en la sexualidad de sus hijos. También en este caso nos encontramos en un ambiente que no favorece la maduración sexual ni de los jóvenes ni de los adultos: los jóvenes no consiguen deshacerse de su sexualidad infantil, en la que los padres están presentes, y los adultos no aceptan renunciar a su sexualidad juvenil; los unos codician la sexualidad de los otros.

La muerte mantiene relaciones con la sexualidad. En algunos casos, se busca la relación sexual para sentirse vivo, y el riesgo sexual como un juego con la muerte. El individuo intenta ponerla a prueba, desafiarla y burlarse de ella con gestos sexuales que le encierran en las intrigas agresivas de la analidad y su morboso universo.

La burla, hoy tan de moda, es una actividad intermedia entre una fijación anal agresiva y la dificultad de encontrar centros de interés gratificantes para uno mismo con los demás. Expresa

una decepción; es una manera de decir: «Sexualmente, no conseguimos encontrar el placer».

Ya se habrá comprendido que la sexualidad anal es una etapa bisagra entre una actitud defensiva y una relación de intercambio. En su relación con el otro, el niño tiene miedo a perder. Por tanto, se protege y se vuelve desconfiado, hasta el punto de pensar que los demás son malos. Sin embargo, necesita vivir su «ración» de placer. Pero, encerrado en la psicología anal, el placer se asocia al sufrimiento y a la culpabilidad: todo lo que se opone a su voluntad y a sus caprichos lo vive como una falta de amor hacia él. El período anal también es el momento en que el niño adquiere un poco más de autonomía respecto a su madre. Quiere afirmar su poder manipulando su entorno, pero también descubre su debilidad con relación a sus padres. Por tanto, va a ceder y a ser obediente para no perder el afecto protector de los adultos. Pues el temor de perder su amor es muy fuerte en esta edad en que se desarrollan la mayoría de las grandes fobias, que pueden llegar hasta la neurosis obsesiva.

Por tanto, la pulsión anal entregada a sí misma no tiene ninguna oportunidad de evolucionar si no interviene el trabajo de la sublimación para favorecer el desarrollo del sentido de los intercambios relacionales y el aprendizaje del autocontrol. Una relación educativa malsana puede favorecer la eclosión de personalidades impulsivas al incitar a una pseudo-espontaneidad y dar a entender que la solución a los problemas relacionales y afectivos se encuentra en la «actuación»: es la mejor manera de limitar las facultades de interiorización. El niño necesita convertirse en sujeto de sus elaboraciones internas. Así descubrirá el poder que tiene sobre sus propias actitudes y, cuando consiga una producción lúdica o una relación, estará orgulloso de que se le reconozca. Edad decisiva, ya que en ella se forma la capacidad de amarse a sí mismo y amar a los demás.

El sexo aceptado como confianza en uno mismo

A eso de los tres años, el niño está muy preocupado por las sensaciones que le hacen experimentar sus órganos genitales. Este período fálico corresponde a una primera unificación de las pulsiones bajo el primado de la zona genital. El niño ya ha

sentido emociones sexuales mucho antes de este estadio; por tanto, no empiezan con la atracción por su órgano genital. La novedad se sitúa fundamentalmente en el hecho de darles primacía respecto a las demás fuentes de placer corporal (oralidad, analidad). El placer del órgano sexual va a coexistir y a cobrar después, en el curso de la maduración, mayor importancia que el placer de orinar o de defecar.

Enriquecido por este descubrimiento, el niño entra en un largo proceso que llega hasta la adolescencia en el que aprende a coordinar todas las pulsiones parciales en dependencia de su sexo. Realmente se trata de coordinarlas, pues los placeres ligados a las pulsiones parciales son relativamente autónomos, dado que éstas se organizan siguiendo una lógica interna propia de cada una. «El niño sólo sale de la anarquía de las pulsiones parciales una vez que, en la pubertad, está seguro de la primacía de la zona genital»¹. El éxito de esta operación le proporcionará confianza en sí mismo y le permitirá estar seguro de su propia fuerza en el sentido de saber que podrá expresarse sexualmente. Si no, cuando sea adulto, desarrollará conductas patológicas: ver a otro orinar (*urolagnia*) o contemplar la desnudez ajena o mostrar la propia («voyeurismo» / exhibicionismo) será más placentero que el coito, del mismo modo que la necesidad de ser golpeado, atado y humillado para sentir un placer masoquista o la de hacer sufrir (sadismo) o, finalmente, la atracción de los tocamientos sexuales a niños; se trata de perversiones, es decir, desviaciones del placer genital final de personalidades que están bajo el dominio parcial de una organización sexual pregenital.

El interés que el niño de esta edad manifiesta por su anatomía y su placer genital no se corresponde todavía con una genitalización de su vida afectiva. El pene, en el caso del niño, y el clítoris, en el de la niña, se viven en torno a la idea de un sexo único. Sólo empezarán a reconocer la diferencia sexual, bajo forma de carencia, hacia los cuatro o cinco años; pero, hasta la adolescencia, no se la considerará complementaria. Hasta entonces, se ignoran, se agreden o se buscan de manera narcisista.

1. J. LAPLANCHE / J.-B. PONTALIS, «Stade génital», en *Vocabulaire de la psychanalyse*, PUF, Paris 1967.

La genitalización comienza con el complejo de Edipo y, a continuación, a partir de la pubertad, se va desarrollando y favoreciendo la maduración de la vida afectiva. La coherencia de la relación parental, los cuidados corporales que se le dan junto con los gestos de ternura son las realidades fundamentales que concurren al despertar afectivo y sexual del niño. El contacto corporal tiene un papel importante, en particular en lo que atañe a los cuidados de la primera infancia. El niño reacciona, siente y comunica con su piel, que es extremadamente sensible. Esta relación preverbal estimula su cerebro, le despierta y le ayuda a ocupar su espacio corporal. La primera comunicación se efectúa a través del tejido cutáneo, y Didier Anzieu la ha descrito perfectamente con su concepto del *Yo-piel*. Sin embargo, la estimulación erótica del niño, directa o indirecta, favorecida por numerosas actitudes de los padres, puede instalarle en una psicología fálica, es decir, hacerle estar muy preocupado por su anatomía, por evaluar sus facultades y asegurar su poder. Y así es como se forma y se fija el interés en el sexo por el sexo.

El órgano por el órgano y el placer por el placer

La fijación en el estadio fálico impide acceder a una genitalidad real. El individuo está prisionero de su voluntad de poder, y cualquier relación se reduce al manejo físico o verbal del órgano sexual propio y ajeno. En muchos ambientes —y no sólo entre los camioneros y los militares—, tanto hombres como mujeres utilizan las imágenes y las ideas presexuales del estadio fálico. Esta fijación neutraliza el acceso al estadio genital, y, si este acceso no se efectúa, el individuo conserva la idea infantil de la sexualidad como una relación de fuerza y trata de afirmarse ante los más débiles.

El niño descubre muy pronto que sus órganos genitales son una zona placentera. La micción, los cuidados corporales que le da su madre o las caricias que él se hace le despiertan a su sensualidad sexual. Pero esta sensualidad no es igual que la del adulto, marcada por el placer del orgasmo que el niño aún no tiene capacidad para vivir y asumir. El descubrimiento de su cuerpo, y en particular de la zona genital, las sensaciones que le proporcionan el roce de los muslos o las erecciones son más un reflejo que una actitud erótica. Aprende a ocupar el espacio

de su piel experimentando ciertos placeres que más tarde procurará repetir. La base primitiva de su sexualidad siguen siendo sus emociones, que podrán reencontrarse en los individuos que sólo tienen interés por la sexualidad preliminar.

En la mentalidad fálica, el concepto de sexualidad se asocia a la idea de la potencia de los productos biológicos fabricados por el propio cuerpo. Si el sadomasoquista del período anal confunde gozar y morir —como en la película *37°2 le matin*, en la que amar es sentir el dolor del otro—, la personalidad fálica confunde sentir el órgano sexual y estar en relación con el otro.

Durante el período fálico, sólo cuenta el órgano. Los niños y las niñas descubren en su cuerpo, según su respectiva anatomía, cavidades, restos umbilicales y apéndices y se preguntan para qué les sirven. El órgano genital no es lo único caracterizado sexualmente en el período fálico, pues tanto el ano como el canal urinario se viven como órganos de descarga de tensiones agradables con valor sexual. Si esta representación se mantiene, desvía la economía de la pulsión sexual de lo genital y le impide convertirse en el órgano de la relación.

En principio, los órganos son para el niño lugares de placer; será la maduración afectiva la que los transforme en lugares de relación. Es comprensible que los niños y los adolescentes estén a veces angustiados por su pulsión sexual, pues la búsqueda del placer sin fin parece incontrolable. En tanto que la pulsión sexual no se dirija hacia alguien concreto, están «sometidos» a una búsqueda del placer por el placer. El complejo de Edipo favorece la unificación de la personalidad gracias a la privilegiada relación del niño con sus padres. Esta relación será el esbozo del sentimiento amoroso futuro. Por tanto, es importante decirles muy pronto a los niños que la sexualidad alcanza su plenitud con la presencia del otro y no con el placer.

El adulto y el niño no entienden del mismo modo esta noción de placer (o de sufrimiento). Para el adulto, la decisión determina el placer, pero ése no es el caso del niño, para el que el placer puede aparecer como ilimitado y ser buscado por sí mismo, independientemente de un objeto. Éste es el deseo del inconsciente; pero, para existir, es difícil prescindir de la presencia del otro.

La valorización del placer por el placer refuerza las actitudes infantiles y no favorece la maduración sexual, en la que el placer se vivirá como una consecuencia relacional. Así lo describía recientemente un paciente: «Con tal de gozar, poco importa el daño. Puesto que se goza, poco importa morir». Antes de hablar de este mortífero placer, este hombre de treinta años vinculaba su búsqueda del placer con su relación materna: «Empecé demasiado pronto a gozar intensamente con mi madre en la bañera». Su madre, partidaria de la desnudez familiar, del placer sexual descrito al mínimo detalle y del rechazo de la sociedad pernicioso, le había educado con la idea de que hay que evitar las frustraciones y los tabúes sexuales. La consecuencia fue que él en esa relación encontró fundamentalmente materia para fijar su psicología fálica: en su necesidad de tocar, de chupar, de masturbar penes «sin cabeza y sin mañana», hace a los demás lo que su madre hizo por él.

La relación familiar no es neutra y puede alimentar el complejo. Un cuerpo desnudo de adulto es abrumador para un niño y, con mucha frecuencia, puede servir durante toda la vida como instrumento de medida que se considerará difícil de igualar.

La curiosidad sexual

La curiosidad sexual del niño se dirige principalmente hacia sus padres. Hacia los dos años, empieza a darse cuenta de la diferencia entre su padre y su madre —hasta entonces, vive a su padre al modo materno—. A partir de este período, los diferencia, sin por ello integrar completamente la diferencia sexual. El padre se presenta como el que constituye una relación con su madre, relación de la que él, en parte, está excluido. Él, más o menos, lo acepta e intenta, bien entrar en esa relación, o bien saber lo que sus padres hacen juntos sin él. Entonces puede experimentar una sensación de abandono, que se expresa a través de los múltiples temores que atormentan a los niños.

El niño, que ya es más autónomo, empieza a aceptar que su madre no sea únicamente para él. Sabe lo que él hace con su madre, pero no lo que ella hace con su padre. Es sintomática la devoción con la que un niño que enseña su casa a unos amigos se detiene en la habitación de sus padres para señalar la presencia del lecho conyugal insistiendo en el hecho de que no es el suyo.

Siente que entre sus padres existe un secreto y le gustaría descubrirlo. La necesidad de tener secretos, de adivinar los de los demás, de registrar las cosas de sus padres o de mentir nace, en parte, durante este período. Este secreto concierne a las relaciones sexuales de los padres, de las que el niño querría ser testigo. El psicoanálisis utiliza el concepto de «escena primitiva» para designar la actitud inherente a todos los niños cuando imaginan las relaciones sexuales de sus padres. Este sentimiento de exclusión puede llegar a ser excitante y, como ya dijimos, desarrollar más adelante la necesidad de hacer el amor entre tres o de tener una tercera persona en la relación conyugal. Los niños y los adolescentes regulan la escena primitiva negando la sexualidad de sus padres: imaginan fácilmente que otros adultos tengan relaciones sexuales, pero no sus padres. «Yo pensaba —reconoce una chica de diecisiete años— que mis padres habían mantenido relaciones sexuales para engendrarme a mí y que después habían cesado».

Si el padre y la madre mantienen unas relaciones sexuales satisfactorias, el niño podrá encontrar mejor su lugar en el orden de la filiación y buscar más tarde sus objetos sexuales fuera de la familia. Lo que no siempre ocurre cuando los padres o, más frecuentemente, las madres se quejan abiertamente a sus hijos de no estar sexualmente satisfechas por el padre. «A los ocho años estaba orgulloso de recibir las confidencias de mi madre y consolarla. A los diecinueve me enloquece saber todo lo que sé de mis padres, odio a mi madre por haberme contado sus problemas sexuales», decía llorando un adolescente durante una consulta.

La escena primitiva es un argumento que no requiere ser realizado. El niño quiere saber lo que sus padres han hecho para concebirlo. Tiene miedo de que le excluyan de su relación y le abandonen. Pero contestar a esta pregunta entrando en el terreno del niño y exhibiendo la sexualidad de adulto es caer en la trampa psicológica de la curiosidad infantil.

También puede ocurrir que un niño sorprenda a sus padres amorosamente abrazados o que fortuitamente asista a sus relaciones sexuales. No le chocará forzosamente si no se le regaña o si sus padres no se dedican a contárselo a los demás en su presencia. Por el contrario, cuando el niño aún esté sometido a

los deseos de relación exclusiva con su padre o su madre, se sentirá rechazado o proyectará ideas sádicas sobre las relaciones amorosas de sus padres, con el fin de desvalorizar su placer. Sean cuales sean sus representaciones, el descubrimiento del mutuo afecto de sus padres le obligará a admitir que no puede sustituir a uno de los cónyuges y que tiene que encontrar en su familia un lugar de hijo y no de amante. Así podrá construir mejor su relación de filiación, al comprender el papel progenitor de su padre y de su madre cuya relación sexual fue el origen de su existencia. Se dará cuenta de que proviene de esta pareja en la que los padres se aman y lo aman. Gracias a esta seguridad, se alejará de sus padres y renunciará a ellos como objetos sexuales para desear otros compañeros. Así es como el niño se abrirá a la sociabilidad y a la inteligencia de las cosas.

Actualmente, llegan a la psicoterapia adolescentes y adultos que han vivido en su sexualidad una implicación seductora por parte de sus padres y de sus educadores. En el ámbito de la vida sexual puede reproducirse el mismo error que se cometió en los años sesenta, cuando los padres militantes querían a toda costa sensibilizar a sus hijos en cuanto al compromiso social y político. Y se produjo lo contrario. Sobre todo se trataba de encontrar la justificación de sus compromisos ante sus hijos. Hoy se intenta, o rehacer la propia educación, o vivir como niños. Se olvidan de dejarlos en su sitio. Sin duda alguna, impulsarlos a crecer favorece la aparición de niños precoces, pero que con mucha frecuencia serán los adolescentes y adultos inmaduros del mañana. De hecho, detrás de esta actitud no hay una verdadera preocupación educativa. Como ya hemos dicho, se vive a los niños como iguales a los adultos, como si tuvieran que tener el mismo conocimiento de la vida que sus mayores. Arrastrados por este ambiente, muchos adultos confunden su sexualidad con la de los niños, hasta el punto de convertirlos en objetos de satisfacción erótica.

El conjunto de estas conductas conduce a la psicología fálica. Los niños sienten curiosidad por la sexualidad de los adultos y se imaginan sus relaciones sexuales. Los adultos, estimulados por esta curiosidad, se apresuran a satisfacerla transgrediendo el imaginario, ya que encuentran placer haciendo entrar a los niños en su sexualidad. En estas condiciones, los niños, pro-

pulsados hacia un universo que no son capaces física y psicológicamente de vivir y de asumir, no pueden aceptar su propia sexualidad. Esta falta de pudor no favorece la progresiva interiorización de la pulsión sexual y explica las dificultades afectivas que más tarde viven muchos postadolescentes.

El proceso fálico también está dominado por otras preocupaciones que vamos a describir: el descubrimiento de la diferencia sexual, el juego exhibicionista y «voyeurista» y la angustia de castración.

Existen dos sexos

Entre los tres y los seis años, el niño se plantea la pregunta de la diferencia entre un niño y una niña. Desde la infancia a la pubertad y hasta la adolescencia, la diferencia sexual se vive sobre todo en términos negativos de carencia: una niña no es un niño y un niño no es una niña. Habrá que pasar por el trabajo de la adolescencia y de la postadolescencia para vivir la diferencia sexual en la complementariedad y no en la oposición defensiva. La angustia de castración está en el origen de los conflictos entre los sexos. El miedo a esta «privación», complicado por un sentimiento de injusticia, no siempre facilita las relaciones entre hombres y mujeres cuando aún están sometidos al complejo de castración, hasta el punto de fabricar en la pubertad ideologías del tipo de «la guerra de los sexos».

El niño toma conciencia de la realidad anatómica del pene y se pregunta si todo el mundo posee este atributo. Durante una comida familiar, un niño de cinco años se metió debajo de las faldas de su madre gritando: «¡Tú no tienes pito!». Ella tendría que haberle contestado: «¡Yo tengo un sexo distinto del tuyo!».

Antes de que sea capaz de admitirlo, el niño contempla su sexo con temor a perderlo, sobre todo cuando comprueba que falta en el cuerpo de la niña. Primero piensa que en ella es más pequeño y que más adelante se desarrollará. Esta idea imaginaria se reencontrará más tarde en los fantasmas de algunos hombres que sólo ven las piernas y los pechos muy erotizados de la mujer: para ellos sólo son equivalentes del pene buscado en el cuerpo femenino.

Y, a la inversa, la niña calma su angustia de castración pensando inconscientemente que le crecerá un pene. Algunas, que aún no tienen conciencia de su vagina, tirarán de su clítoris para que crezca más deprisa. O también, como recordaba una adolescente de dieciocho años: «Hasta los dieciséis años, yo pensaba que se podía cambiar de sexo a voluntad». El drama de las mujeres histéricas o ninfómanas es buscar el pene que les falta, frecuentemente a través de compañeros masculinos imposibles —vividos de manera ambivalente en la simbólica paterna de la «gente de toga»— de los que se enamoran fácilmente: abogados, médicos o sacerdotes. Ello representa también un desafío a la ley.

A partir de este período, tanto niñas como niños se enfrentan a un problema psicológico, inherente al psiquismo humano en todas las culturas, en que el niño descubre su sexo en forma de inversión: descubre la diferencia sexual pensando en principio que quizá tenga en su cuerpo los órganos del otro sexo. Para la sexualidad infantil sólo hay un sexo. Esta idea se replanteará en la pubertad, o no tendrá sentido hacerlo en el caso del homosexual, que se vive narcisistamente bastándose a sí mismo.

Esta actitud de inversión sexual lleva al niño a reconocer que tiene un pene, pero deseando llevar un hijo en su vientre para identificarse con la potencia materna. Por eso se ven niños que juegan a meterse cojines bajo la ropa para rellenar el vientre u hombres que sueñan con estar embarazados. La androginia es un viejo mito que tiene sus orígenes en lo más recóndito de la psicología humana. Pero es una perversión manipular la fontería masculina para realizar este fantasma en realidad inútil.

El mismo principio de inversión sexual anima a la niña que niega, igual que el niño, la diferencia de sexos. Sus órganos sexuales están en el interior de su cuerpo y no son tan evidentes como los del niño. Por tanto, en una primera etapa va a desvalorizar a su madre volviéndose agresiva con ella y a aproximarse más a su padre. Piensa que debe conquistar lo que no tiene o reconquistar lo que ha perdido, y que en esta tarea su padre va a ayudarla. La niña, para construir su identidad sexual, deberá olvidarse de esta imposible conquista, lo mismo que el niño tendrá que renunciar a llevar un hijo en su seno.

El destino de la sexualidad de la niña y del niño va a decidirse en relación a su peculiar manera de enfocar la castración en el período del complejo de Edipo. El niño intenta librarse de su relación edípica para escapar del sentimiento de impotencia y de castración y, a la inversa, la niña entra en esta relación para luchar contra su sentimiento de castración.

Tanto uno como otra entran en un primer reconocimiento de la diferencia sexual de un modo negativo entre los cuatro y los cinco años. Se protegen el uno del otro y, en muchos casos, habrá que esperar a la postadolescencia para que accedan a una diferencia positiva en la que los miembros de la pareja se definirán por la complementariedad y no por la carencia: «Yo soy lo que tú no eres».

«¡Más adelante, tú serás una mujer!», le dijo seriamente un niño de cinco años a una niña de su edad. Sorprendida, ella le pidió que se explicara; y él contestó muy seguro: «¡Porque tú harás niños!» El restituía a la sexualidad de la niña lo que le correspondía, y ello le permitía reconocerse en la suya. Después de la actitud de inversión, que consiste en codiciar la sexualidad del otro para acapararla, viene el tiempo de la renuncia y de la restitución de sus atributos a quien correspondan.

El verdadero trabajo psíquico del reconocimiento de la diferencia de los sexos empieza en la adolescencia, cuando se plantea el problema de la identidad sexual. En el período fálico, en que sólo cuenta el órgano anatómico, la cuestión de la identidad no se plantea en los mismos términos que en la adolescencia, en la que el niño tendrá que pasar del tener al ser.

Mostrarse y ver

El niño de tres a seis años manifiesta interés y placer en ver y ser visto. Las pulsiones parciales del «voyeurismo» y del exhibicionismo se expresan por la necesidad de ver a un adulto o a otros niños orinar, ducharse, desnudarse o, al contrario, por la necesidad de mostrarse en las mismas situaciones.

Algunos tendrán dificultades para transformar la pulsión del «voyeurismo» y, ya adultos, buscarán el placer mirando o siendo vistos antes que en una relación sexual completa que no será

tan estimulante. Esta actitud revela que las pulsiones parciales no se situaron bajo la primacía de la genitalidad. Estas pulsiones han invadido la sexualidad, y Freud indica, en *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad*, que el «voyeur» se fija sobre todo en las partes genitales y se desinteresa del acto sexual. El placer de ver sustituye al orgasmo. De hecho, el «voyeur» demuestra su incapacidad para interiorizar el objeto sexual y re-situarlo en el conjunto de su personalidad. Su mirada se fija sobre el objeto, teniendo aparentemente mucho cuidado de que no le vean los demás; en realidad, su placer se encuentra en la vergüenza de ser visto. Este goce masoquista expresa el miedo que le inspiran las relaciones sexuales.

En el exhibicionismo, el niño (o el adolescente) intenta que se le reconozca al imponer la visión de su sexo a los demás. La mayoría de los autores —empezando por Freud, pero también Rosolato y Bonnet— dan tres significados a este tipo de conducta: 1) El niño o el adolescente se muestran para incitar al otro a hacer lo mismo; 2) tanto uno como otro quieren demostrar que poseen un falo: los niños exhiben su pene y las niñas sus pechos; 3) finalmente, al actuar así, intentan reafirmarse a sí mismos que no están castrados y piden que se reconozcan sus capacidades².

La curiosidad anatómica que se manifiesta entre los niños, pero también hacia los adultos, expresa una necesidad de reconocer su cuerpo sexuado. Sin embargo, no es deseable que los adultos actúen como cómplices de este hecho; es más enriquecedor que lo expresen mediante el lenguaje, hablando del cuerpo y no haciendo gestos que pueden encerrar al niño en la pulsión parcial.

Dado que el destino de las pulsiones parciales es la sublimación, la curiosidad anatómica debe transformarse en curiosidad en general y desarrollar múltiples centros de interés; si no, la inteligencia y la relación con las cosas no podrán orientarse hacia el mundo exterior. En cambio, la genitalidad no se sublima. Tiene tres posibilidades: o realizarse mediante las relaciones sexuales; o posponerse para más adelante, sin que sea

2. G. BONNET, *Les Perversions sexuelles*, PUF, Paris 1983.

problemático para el individuo; o suspenderse en el sentido de la completa abstinencia, sin que ello sea reflejo de una inhibición sexual. Así es como la abstinencia circunstancial es posible cuando las razones son extremadamente motivadoras y valiosas para la persona.

La necesaria sublimación

Algunas actitudes parentales o educativas no contribuyen al trabajo de la sublimación. Si se deja a un niño jugar a «los médicos» con todos los niños de preescolar (con el ingenuo argumento de que ya se le pasará), no se le ayuda a hablar de la angustia corporal que le incita a desnudar a los demás. El deseo adulto de exhibirse en familia, so pretexto de liberación, con frecuencia refleja mucho más el conflicto infantil de las pulsiones parciales que una verdadera libertad interior. Cuando se adquiere esta libertad interior, no se siente la necesidad de mostrarse con el inconfesable propósito de desquitarse de los propios padres al ser reconocido por los hijos. Al crecer, el niño va a reivindicar el pudor y el respeto frente a su propia desnudez. Se tapará para apropiarse de su cuerpo, que aún depende del de sus padres. Violar esta intimidad no le ayudará a interiorizar su espacio corporal.

Por tanto, los procesos oral, anal y fálico representan las pulsiones parciales. Mientras el niño, y después el adolescente, no consigan situar estas pulsiones parciales bajo la primacía de lo genital, estarán sometidos a una cierta ineficacia relacional. El niño consigue resolver este complejo cuando experimenta su poder afectivo sobre los demás y, en particular, sobre sus padres. A partir de ese momento, va a vivirse como unificado y a utilizar los resultados de sus sublimaciones: sabrá expresar sus demandas, verificará que la producción de sus sentimientos y de sus emociones no deja indiferente a su entorno y se sentirá cada vez más valorizado y reconocido. Por supuesto, siempre tendrá el recurso de regresar de vez en cuando, según sus estados afectivos, a jugar con la comida, por ejemplo, para expresar su aceptación o su rechazo del otro, o con su agresividad para conocer sus límites, o incluso a provocar corporalmente para medir su poder de seducción. La respuesta del entorno será

determinante en cada ocasión: o limitará su desarrollo al hacer reaparecer la pulsión parcial, o le incitará a elaborarla más con el fin de entrar en la actividad simbólica.

La aceptación de los límites corporales

Por eso el niño, frente a las presiones de lo real, experimentará la castración que limitará su expansión narcisista y sus demandas imposibles de satisfacer. Es conveniente que a veces oiga un sonoro «¡No!» y no únicamente «Haz lo que quieras», «Tú decides» o «Es problema tuyo». Estas últimas expresiones encierran al niño en su narcisismo y le impiden integrar las realidades que no pueden plegarse a sus caprichos ni a sus deseos del momento. No hay vida posible sin reglas ni ley. Dejarle creer lo contrario es exponerse a crear desdichados que en la adolescencia o en la postadolescencia se deprimirán ante las realidades de la existencia.

Un reciente sondeo³, realizado por Ifop para *Pomme d'api*, resulta muy revelador de la ambivalencia de los padres respecto a la educación de sus hijos. Se tienen en cuenta principalmente referencias afectivas más que grandes principios. Para la mayoría de los padres, lo esencial es que «el niño se encuentre bien en su piel» antes que ser «bien educado y cortés», y «espabilado y autónomo» antes que «obediente y respetuoso de las leyes». Al mismo tiempo, deploran, paradójicamente (sobre todo las madres), que sea difícil inculcar a los niños respeto a la autoridad parental.

Detrás de estas respuestas y de esta queja, se ve perfilarse la idea —por supuesto, loable— de la realización plena del niño, pero ignorando los consiguientes efectos perversos; sin duda, esta noción de realización plena se entiende como la voluntad de abolir lo que sería coaccionante, frustrante y problemático para el niño. Pero olvidan, sencillamente, que no se puede educar a un niño negando las obligaciones que impone la vida o las exigencias de los valores morales. Precisamente cuando el niño aprende a saber utilizarlas en lo cotidiano, es cuando se

3. Sondeo Ifop-Pomme d'api, 31-10-1989.

realiza y se abre a la vida, y no si simplemente está sometido al capricho de sus estados afectivos. Los niños encerrados en este sistema serán adultos narcisistas que vivirán a merced de sus emociones con una gran fragilidad frente a las realidades. Es una ingenuidad asombrarse después de las consecuencias de ese laxismo educativo, al constatar que no saben «respetar la autoridad parental». ¿Son realmente respetables los adultos cuando no quieren ser imágenes-guía e iniciar a sus hijos en las leyes de la vida? Cuando no se produce lo contrario y se exige de los niños que sean los confidentes y los consejeros de los adultos...

En el estadio fálico, el niño experimenta su poder sobre los demás —quiere mandar—, pero también constata carencias que le angustian y le amenazan. Es la edad de los terrores nocturnos, de las pesadillas, del miedo a ser devorado o troceado. Todos estos temores se desarrollan a medida que va descubriendo que los atributos corporales no son idénticos en el niño y en la niña. Tanto el uno como la otra atraviesan períodos depresivos, marcados por angustias, llantos y quejas sin relación con la realidad. El descubrimiento de sus límites corporales provoca un sentimiento de castración, es decir, la impresión de que se les reducen sus posibilidades.

Esta castración fálica es algo diferente de la castración edípica, en la que el niño se enfrenta a la prohibición del incesto: no puede acceder amorosamente a su padre o a su madre excluyendo al otro. Con frecuencia, la castración se vive como un peligro de amputación o de rechazo afectivo, cuando su vocación es llegar a ser una actividad simbólica que permita al niño encontrar una identidad y situarse en la alteridad y la reciprocidad: el juego psicológico de la castración conduce al niño a ser más relacional y a salir de un universo fusional y simbiótico.

El niño va a sobrevalorar su pene, sobre todo como valorización narcisista, dándole a veces un nombre —cuando no son los padres los que se encargan de ello—. Durante mucho tiempo conserva la idea de que su madre tiene pene: a este respecto también se habla de la madre fálica, es decir, de la madre omnipotente antes de la distinción sexual de los tres a los seis años. Igualmente mantiene la idea de que él podrá ser tan po-

deroso como ella y llevar un niño en su vientre (identificación con esta madre fálica). Sin embargo, al renunciar a este imposible deseo, adquiere la seguridad de que llegará a ser un hombre como su padre, lo que le valoriza: en efecto, los hombres son menos ambivalentes e inseguros cuando han vivido una buena identificación con su padre.

La niña actúa como el niño al negar la diferencia de sexos. La constatación y el reconocimiento de su fisiología van a ocasionar una herida narcisista y un sentimiento de inferioridad con frecuencia alimentado por las influencias culturales. De ello resulta una confrontación con los niños, que perciben su falta de pene y quieren desvalorizarlas. El juego y la escenificación de los temas de la amenaza alimentan sus actividades lúdicas y las historias que a ellas (ellos) les gusta vivir y oír, del tipo «jugamos al lobo...» Los niños corren detrás de las niñas en el patio del colegio y quieren levantarles las faldas para ver lo que hay debajo. Las niñas se esconden dando gritos, pegadas unas a otras, protegiendo el «tesoro» que parece interesar a los niños. Cuando éstos, cansados de jugar, se alejan, ellas vuelven rápidamente a la carga para reanudar este juego sin vencedor ni vencido.

Durante este proceso, la niña se aparta más o menos violentamente de su madre con la esperanza de parecerse a su padre. Esta reivindicación viril la volveremos a encontrar durante la pubertad. Se acerca a su padre con la esperanza de obtener lo que le falta. El deseo de tener un hijo de su padre se desarrolla en este embrollo «fantasmático». Una niña de cinco años, para enseñar a su padre el pequeño hematoma que tenía en el muslo después de un golpe, se bajó las bragas, aunque no era en absoluto necesario.

El deseo de tener un hijo del padre va a sustituir al de tener un pene. En nombre de este fantasma se manifestará en algunas mujeres el deseo de tener un hijo a cualquier precio, independientemente de una relación amorosa y, por supuesto, sin relacionarlo con este vestigio infantil. Otras experimentarán una gran culpabilidad durante el embarazo y después del nacimiento de su primer hijo, como si este niño fuese fruto de una culpa. La culpabilidad no siempre aparecerá por sí misma, sino a través de ideas-síntoma o temores-síntoma: la joven madre que teme

una malformación en su hijo o que éste muera en su cuna. Pero la niña va a darse cuenta de que su padre no puede ni quiere darle lo que le pide. Al aceptar esta castración simbólica, que ocurre sobre todo en relación a sus deseos imposibles más que respecto a sus capacidades, que siguen completas, va a volverse hacia su madre. Tuvo que apartarse de ella en una primera etapa, pero se vuelve necesariamente hacia ella con el fin de llevar a cabo la identificación precisa para llegar a ser una mujer. La niña, y después la mujer, conservará mucho tiempo esta ambivalencia, utilizando un modo de relación indirecto, a diferencia del chico, que será más directo.

La madre sigue siendo el primer objeto amoroso del niño (y de la niña), pero se aparta de ella para identificarse con su padre. Cuando esta identificación con el padre es difícil, incluso imposible, el niño eventualmente adoptará una postura homosexual con la esperanza de tener acceso a la masculinidad.

La niña no sólo debe apartarse de su madre, sino que tiene que volver a ella mediante el proceso de identificación; esta vuelta a su primer objeto amoroso puede vivirse como una regresión a la madre nutricia. Intentará mantener a distancia a esa madre demasiado poderosa queriendo, al mismo tiempo, una complicidad femenina con ella. Si la niña no logra realizar este trabajo de identificación, más adelante tendrá dificultades para integrar la maternidad en su sexualidad, como si no pudiese equipararse a su madre. Evidentemente, en la realidad recurrirá a otros argumentos, libertad o trabajo, para justificar su rechazo de la maternidad o para posponerla.

La pérdida del sexo infantil o el peligro de ser asexual

En nuestras sociedades, en las que domina el matriarcado educativo, a veces las chicas tienen dificultades para acceder al papel de madre. Se viven difícilmente como madres potenciales, pues el poder fálico de la procreación es angustioso por la agresividad contra los hombres que puede representar, en la medida en que la apropiación de los productos genitales masculinos inconscientemente significa para la mujer su dominio sobre el hombre. Por otra parte, la persistencia de un matriarcado educativo anula el funcionamiento de la simbólica paterna, que introduce el sentido de la diferencia, de la ley y de la realidad.

Por eso muchas mujeres se preguntan dónde están los hombres. En cuanto a algunos hombres, rehúyen la idea de ser padres por temor a ser únicamente pares.

En la vida subjetiva de cada individuo, los conflictos de la masculinidad o de la feminidad se acentúan durante el período fálico, así como el deseo narcisista del niño de equipararse a la madre o de proporcionarse un sentimiento de integridad con la posesión simultánea de los atributos de los dos sexos.

Ya lo hemos dicho, pero una vez más hemos de recordarlo: el descubrimiento sexual de este período no implica aún la comprensión positiva del sexo femenino y del sexo masculino, que se producirá después de resolver el complejo de Edipo y sobre todo después de la adolescencia. Este período es decisivo en el desarrollo afectivo y está marcado por un clima de pérdida. La niña debe renunciar al hijo mágico (el hijo del padre) y a su actitud posesiva aceptando su integridad corporal (la vagina) como diferente del sexo masculino. El niño debe renunciar a la omnipotencia imaginaria del pene y a querer llevar hijos en su vientre. En estas condiciones, el niño y la niña comenzarán a encaminarse hacia el reconocimiento de la diferencia entre lo masculino y lo femenino.

Las diversas renunciaciones que acabamos de mencionar tendrán lugar con relación a la realidad consciente de los sexos y de la reproducción. Pero estos deseos secretos seguirán estando muy presentes en el inconsciente del adulto y se expresarán mediante ideas, deseos y conductas sintomáticas: el rechazo del hijo, la incapacidad para ejercer la paternidad, la espera del hijo imaginario más que del hijo real, el rechazo de las relaciones sexuales después del nacimiento de un hijo, el dolor de vientre del marido durante las primeras contracciones de su mujer o durante el parto y la necesidad de vivirse como un padrazo sin ser psicológicamente padre.

Otro tanto podríamos decir respecto al empeño en valorizar al bebé probeta en nombre de conclusiones racionalizantes de este tipo: «Ahora la procreación es totalmente distinta de la sexualidad». Esta negación oscurece el debate al menos por dos razones: en primer lugar, las parejas infecundas que dependen de esta técnica sólo son una minoría; y, en segundo lugar, para hacer niños siempre se necesitarán productos genitales humanos.

¿Es pertinente afirmar que «vivimos en la hora de la procreación artificial» y que vamos a liberarnos del obligación física de hacer hijos?

En las representaciones colectivas, hacer un hijo es un proceso cada vez más técnico: almacenamiento de embriones, elección del sexo del hijo, del momento del nacimiento; todo ello proporciona una sensación de poder sobre la vida, como si tuviésemos la posibilidad de modificar nuestro destino de mortales. El espíritu eugenésico, es decir, de selección de seres humanos, no está lejos. Por eso se plantea un problema moral respecto al «derecho de los embriones» y al respeto que se les debe. Para algunos sería una «hipocresía» distinguir este debate del de la contracepción y el aborto. La última palabra sobre la bioética no se puede dejar únicamente a los médicos y a los biólogos, ya que responde a consideraciones filosóficas, morales, espirituales y políticas.

¿Nos encontramos realmente en el fin de la procreación natural? En este debate todo ocurre como si, para llegar a ser padre o madre, quisiéramos librarnos de la relación sexual y deseáramos que el niño proviniera de otra parte, como si la «auténtica» maternidad y la «auténtica» paternidad estuvieran más en los poderes de la probeta y del médico que en la relación conyugal.

Al sugerir esta interpretación, no intentamos aplicarla a las parejas que sufren por su infecundidad y desean un hijo, sino que más bien queremos subrayar la tendencia que se deduce de las mentalidades actuales y de las palabras de algunas personalidades de los medios de comunicación que sacan de estas hazañas técnicas conclusiones seductoras, pero humanamente falaces por simplistas. Durante un programa de televisión que reunía a parejas infecundas, se preguntó a uno de los padres cómo contaría a su hijo su concepción. Él respondió: «Le diré simplemente que hay muchas maneras de hacer niños: una teniendo relaciones sexuales y otra con probeta, pero que es lo mismo, que no hay diferencia». Este tipo de respuesta, que banaliza los comportamientos para reducirlos a un mismo denominador común, encubre problemas que deben ser singularmente angustiosos para que se expresen así. Pues no es conveniente dar a entender que estas diferentes «técnicas» procreativas se viven psicológicamente con idénticas represen-

taciones: las repercusiones afectivas, sexuales y «fantasmáticas» que suponen no son las mismas.

Esta manera de deshacerse de la relación sexual en la procreación de hecho es consecuencia de una culpabilidad y una vergüenza por no poder acceder a las mismas capacidades que la generación anterior. Cuando algunas personas consultan sobre los problemas que les plantea su infecundidad, es sintomático observar que con frecuencia vienen a hablar de un sentimiento de impotencia frente a sus padres, pese a que su infecundidad tenga un origen claramente biológico. La angustia es aún más fuerte cuando la realidad parece confirmar una castración imaginaria que ha de ser tratada para que la persona elabore su propia integridad.

Para un adolescente o para un adulto, la idea de no poder ser fecundo y procrear frecuentemente se vive, en sus fantasmas, como una impotencia que es consecuencia de la castración. Algunos adultos deben igualmente afrontar esta castración fálica, muy presente en sus inconscientes, para comprender, a veces, con que ahínco quieren un hijo a cualquier precio: se trata más de una victoria sobre sí mismos, al probarse que pueden hacer un hijo, que del deseo mismo de un hijo. En otros casos, el complejo de castración se desplaza hacia las capacidades seductivas o a otros ámbitos, como el trabajo, la militancia social o el deporte, con la esperanza de encontrar en la acción una confirmación de su potencia. No por ello se ha resuelto el problema: la prueba buscada en la realidad para contener una angustia fálica no le impide permanecer en el psiquismo.

La sexualidad fálica, que realiza una primera unificación de las pulsiones sexuales, representa un papel determinante en el destino de la personalidad. Puede orientarse hacia una sexualidad relacional o bien fijarse en una posición fálica buscando el sexo por el sexo y afirmando su potencia. En el mejor de los casos, este trabajo de transformación va a realizarse durante el período del complejo de Edipo.

Para ser uno hay que ser tres

El niño va aprendiendo progresivamente a situarse en una relación tripartita con sus padres, aunque su tendencia sería quedarse solo con su madre en una relación dual. En cuanto se

introduce en una relación entre tres, percibe precozmente la presencia de su padre. Éste se convierte en el ideal a partir del cual va a poder diferenciarse de su madre. Gracias a este sistema relacional triangular, será capaz de constituirse como individuo. Por tanto, el niño necesita estar en esa red de tres para ser uno, es decir, para ser alguien.

Desde este período, y sobre todo durante la adolescencia, en la que este proceso se reactiva, la tristeza, los pensamientos depresivos y las ideas de muerte van a invadir a veces el ánimo del niño. Y él los expresará, para preocupación y sorpresa de sus padres, que no siempre saben cómo ampararle en este estado de angustia. Los fuertes vínculos que le atan de manera exclusiva y sucesivamente a cada uno de sus padres le asustan en el momento en que la genitalidad adquiere mayor importancia. En la adolescencia, será el placer genital el que tome el relevo de este temor. Tanto en un caso como en otro se encontrará en competencia con sus padres. Por tanto, el niño se verá confrontado a su muerte para desprenderse de sus vínculos infantiles y acceder al poder de su sexo que da la vida: «Yo puedo», repite a quien quiere oírle. Quiere hacer las cosas por sí mismo, pero esta tendencia crea también el fantasma de ser abandonado o de no ser amado por su familia. No hay que ver en esta idea de muerte la negación de los padres o el rechazo a amarlos, sino la necesidad de ocupar su lugar en la sucesión de las generaciones. Al final de la adolescencia, el individuo debe poder decirse: «Mi vida afectiva y sexual se realiza al margen de mis padres».

Hemos dicho repetidas veces que la muerte y la sexualidad forman una pareja indisoluble, que existe en el niño, pero que también está presente en los progenitores. La idea de la muerte de su hijo está presente en el inconsciente, pues su concepción y su nacimiento anuncian la muerte de sus padres: una generación sucede a la otra. El odio hacia los jóvenes que algunos adultos pueden sentir proviene del temor a que los anulen. La mayoría de las veces, son los efectos transformados de esta idea de muerte los que surgen a través del miedo a alumbrar un hijo anormal o en el hecho de vigilarlo permanentemente para prevenir todos los riesgos o en la continua preocupación por él. Por fortuna, esta representación de muerte se sublima en amor

al niño y da origen a nuevas motivaciones para cuidar de él, educarle y favorecer su desarrollo. Pero hay que identificar el sentido mortífero de una reciente actitud consistente en rechazar deliberadamente transmitir a los hijos una herencia cultural con el pretexto falaz de no influirlos. ¿No supone que toda una generación se considera autosuficiente, afirmando: «¡Antes y después de nosotros no hay nada!» y manipulando así el infanticidio social?

La ley que nombra al otro es liberadora

El niño manifestará su deseo de vivir un vínculo exclusivo con el padre del sexo opuesto y de negar al del mismo sexo. Pero estos sentimientos de atracción por el padre o la madre, rápidamente reprimidos en el inconsciente, podrán manifestarse de otra manera y, aunque no sean directamente observables en la realidad, no dejan de existir. A veces, esta actitud se expresará francamente con la famosa frase: «¡Quiero casarme contigo!» o «Me meto contigo en la cama, ya que papá (o mamá) no está».

Los padres se emocionan fácilmente cuando reciben semejante declaración de amor. Se sienten reconocidos. Al aceptarla sin rechistar, hacen realidad el mismo deseo del niño, que quiere retenerlos para él como ellos habrían querido retener únicamente para ellos a sus padres y a sus madres. Sin embargo, es indispensable que el niño aprenda que no puede ocupar el lugar de su padre o de su madre en la relación parental: él únicamente tiene acceso al amor filial y no al amor conyugal, que es una propiedad exclusiva de sus padres a la que él no tiene derecho. El niño no lo es todo para sus padres, y ni el padre ni la madre pueden serlo todo para el niño.

El niño descubre que su madre ama a su padre y que el padre siente lo mismo por su mujer. Más adelante, él, a su vez, podrá vivir una relación semejante, pero con una persona distinta de su padre o su madre. La prohibición del incesto le abre a la alteridad y a la reciprocidad sin inhibir su sexualidad y su afectividad. En esto hay que insistir: la prohibición edípica es liberadora y estructurante, no inhibidora. Es una castración simbólica necesaria para entrar en el orden de la filiación, para existir como sujeto en una familia.

El niño ya ha encontrado una primera castración en su cuerpo: no tiene los dos sexos. La segunda castración se efectúa respecto a sus deseos y a su relación parental, que van a permitirle llegar a ser un ser social ante los demás. El otro no es reducible a sus deseos y necesidades: existe por sí mismo. El reto del complejo de Edipo se sitúa en la aceptación del otro: el niño, para vivir, habrá de tener en cuenta la ley de la presencia de los demás.

Por tanto, las leyes de la realidad que el niño descubre a partir de los tres años —la ley de la diferencia de los sexos, de la prohibición del incesto y de la diferencia de las generaciones— liberan de los deseos inconscientes imposibles de realizar. Cuando se transgreden, mantienen al individuo en las intrigas de la sexualidad infantil. Bajo esta influencia, el niño no puede situarse ni en la identidad sexual ni en la filiación ni en la historia de las generaciones, y un narcisismo autosuficiente le va llevando progresivamente a vivir las realidades únicamente a partir de su imaginario. Si la realidad no se pliega a su exigencia, se deprime o se rebela, que es otra manera de deprimirse.

Cuando el niño no ha descubierto el sentido de la prohibición incestuosa, pueden desarrollarse inhibiciones o anomalías sexuales. La presencia invasora de una madre que manda en casa y oscurece la relación con el padre limitando la identificación de los niños con la virilidad paterna favorecerá la impotencia sexual, la eyaculación precoz o la homosexualidad pasiva. Entonces, para hacer que el sujeto evolucione favorablemente, en muchos casos será necesario recurrir a la psicoterapia.

El niño acepta más fácilmente renunciar a su amor exclusivo hacia uno de los padres cuando sabe que son felices juntos y entiende el sentido de sus relaciones sexuales. En ese caso, podrá desarrollar actividades ajenas a ellos y adquirir una auténtica autonomía. Pero es frecuente encontrarse con padres que, para no ser represivos, no se atreven a establecer las necesarias distancias afectivas entre ellos y su hijo y a formular la ley de la prohibición del incesto bajo cualquiera de sus formas. Mantienen relaciones confusas en que las actitudes afectivas y los gestos corporales se confunden con comportamientos amorosos. Cuando algunos adultos no logran hacer que esta ley funcione, es que ellos mismos no la han aceptado de cara a sus propios

padres. So pretexto de no ser opresivos, quieren ser libres en sus movimientos afectivos, alegando que «no es malo hacerse cariñitos». No es ése el problema. No se trata de oprimir al niño con caprichos de adulto (ni de dejarle libre por las mismas razones), sino de introducirle en lo real afectivo: sus padres no son su futuro sexual.

El lenguaje sexual del niño no es el mismo que el del adulto (esta confusión se da en los pedófilos y en algunos homosexuales). En principio, expresa un deseo incestuoso gracias al cual se unifica afectivamente. Pero si se fija sobre este deseo, se bloqueará su evolución sexual. Y, a la inversa, si el adulto le responde en el mismo registro, pone de manifiesto sus propios deseos sexuales, que son desconocidos e inquietantes para el niño o el adolescente. Este último sabrá defenderse, mientras que el niño se sentirá superado y extrañado. Un padre de familia vio cómo su hijo de dieciséis años, con quien quería hablar de sexualidad, le ponía en su sitio. Antes le había hecho una declaración de amor: «Te quiero y querría que entendieras la sexualidad y que te sintieras realizado. Si quieres, te puedo contar lo que he vivido». El rechazo del hijo fue violento: «¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto marica?». Básicamente había percibido el juego seductor de su padre que intentaba entrar en su intimidad sexual. Estamos sufriendo los efectos perversos de una ideología del diálogo entre padres e hijos; por supuesto, el diálogo es deseable, pero tiene sus límites. Los padres no son los mejor situados para recibir las confidencias de sus hijos y hablar con ellos de todos los temas. Se necesitan una frontera y pudor para que cada uno pueda desarrollar su propia subjetividad y asumir su intimidad, y determinadas cuestiones sexuales se tratarán más fácilmente con una persona ajena a la familia.

A muchos adultos les resulta difícil vivir la prohibición edípica, lo mismo que no recurren de buen grado a las prohibiciones de realidad con los niños. Sin embargo, lejos de ser opresiva, la prohibición es estructurante. Pero la primera exigencia consiste en aplicársela a uno mismo. La interiorización del sentido de esta ley libera. Cuando se rechaza la prohibición, se vive como represiva o se es incapaz de utilizarla, se está expresando la angustia paralizante en la que aún se mantiene la vida afectiva. Este rechazo será fuente de inhibiciones y de impotencias sexuales.

Es indispensable ofrecer al niño un modelo relacional desde el cual pueda él organizar su sexualidad. Sus deseos incestuosos son representaciones mentales a partir de las cuales se elabora su afectividad, pero no por ello hay que aceptarlas directamente y responder en la realidad otorgando las gratificaciones sexuales exigidas.

Una niña de seis años exigió un beso de su padre cuando éste tenía a su mujer en sus brazos. Él se negó a dejar de abrazar a su esposa por su hija, que se fue llorando. Poco después, como no volvía, fue a buscarla a su habitación y entonces se oyó la acusación de su hijo pequeño: «¡No la quieres!» Él le respondió muy a propósito: «Os quiero como a hijos y no como a mi mujer. Cuando estoy con vuestra madre no tenéis por qué molestarnos. Ahora, si queréis, podemos hablar o jugar juntos».

La relación edípica se vive y su prohibición cobra forma a través de la vida cotidiana, para que cada uno encuentre su lugar y permanezca en él.

El otro es un estorbo

Los padres provocan el complejo de Edipo en el niño, porque se siente amado, aceptado y reconocido por ellos. Esta operación, repitámoslo, es ante todo una actividad psíquica que no necesita ser llevada a la realidad. A continuación, el niño se apoyará en esta seguridad afectiva para iniciar una tentativa de seducción gracias a la cual, por primera vez, va a unificar sus pulsiones parciales en la genitalidad y a reconocerse en su masculinidad o su feminidad.

La presencia del padre viene a romper el solitario cara a cara del niño con su madre: la relación paterna introduce una realidad diferente y obliga al niño a salir del imaginario en que corre el peligro de quedarse encerrado. El padre, o un representante simbólico, puede favorecer esta saludable operación; la madre, por sí sola, no logra del todo hacerlo. No basta con utilizar el argumento de que la madre trabaja para creer que puede introducir la realidad exterior como lo hace el padre. Las mujeres siempre han trabajado; eso no es una novedad. No basta con trabajar, en casa o fuera, para introducir realidad en la relación madre-hijo. Se trata de una realidad muy distinta, ajena a es-

ta relación dual. El padre debe cortar un cordón umbilical simbólico.

El padre es el elemento extraño que aparece como una realidad diferente posibilitando que el niño se convierta en un individuo distinto de su madre y que no siga dependiendo de ella. Si el padre no representa este papel, la proximidad materna hará al niño frágil ante las realidades y dispuesto a introducirse en actividades imaginarias. Es un hecho que los niños que sueñan en clase, que se concentran con dificultad o se divierten con palabras incoherentes están demasiado apegados a su madre. Del mismo modo, el perfil delirante que parece estar acentuándose en la psicología juvenil indica que muchos jóvenes no han encontrado una auténtica simbólica paterna que les haya abierto a sí mismos.

El complejo de Edipo se desarrollará en este clima relacional: todos los niños viven un deseo cuasi-amoroso hacia sus dos progenitores. El niño quiere a su madre para él solo, excluyendo a su padre, y viceversa en el caso de la niña. También se vivirá el complejo en sentido opuesto, en forma homosexual: de la hija hacia su madre y del hijo hacia su padre. Esta doble experiencia hetero y homosexual puede comprometer el futuro afectivo del niño, pero se transformará y se reorientará fundamentalmente durante la adolescencia.

Por tanto, el niño va a construir su sexualidad a partir de su relación parental. Empieza con un conflicto afectivo en que están implicadas tres personas. Vive una primera decisión amorosa que servirá de prototipo a su vida sentimental antes de transformarla durante la postadolescencia.

La bisexualidad no es tener los dos sexos

En esta época, la identidad sexual psicológica aún no está completamente establecida. El niño sigue sometido a la bisexualidad psíquica, es decir, hace opciones heterosexuales u homosexuales. Una comprensión demasiado apresurada de lo que el psicoanálisis dice al respecto da a entender a veces que todos los individuos son bisexuales y que, por miedo a la homosexualidad (al menos habría que precisar de qué miedo se trata), la mayoría de los hombres y de las mujeres sólo escogen la heterosexualidad

para satisfacer la necesidad que tiene el grupo humano de reproducirse. Este argumento se utiliza a menudo de manera militante para justificar la homosexualidad.

Cuando se habla de bisexualidad psíquica, muy intensa entre los cuatro y los seis años y después a lo largo de la adolescencia, no se trata de un conflicto de tendencias que preexistirían en el psiquismo humano, sino de una manera de decidir según los intereses de sus identificaciones. La heterosexualidad y la homosexualidad se han cosificado hasta el punto de hacer de ellas realidades que existirían en cuanto tales. Por tanto, habría dos formas de sexualidad equivalentes y no dos sexos. La homosexualidad sería equivalente a la heterosexualidad, y así se justificarían los matrimonios homosexuales —lo que no es tan evidente y, en cualquier caso, corresponde a otro debate—. Este neoconformismo, que socialmente paraliza en una sexualidad infantil, se engaña completamente respecto a la realidad de la bisexualidad psíquica: el niño es bisexual en el sentido de que su identidad está indiferenciada. Además, elige de modo narcisista para reafirmarse en una identidad, y de modo objetal para protegerse de la castración. La niña podrá intentar seducir cariñosamente a su madre por celos de su padre, y el niño podrá adoptar una actitud amorosa hacia su padre por hostilidad hacia su madre. Un niño de seis años había adquirido la costumbre de jugar con la ropa de su madre y vestirse como ella. Pasada la diversión, sus padres estaban preocupados por si eso era una manifestación de tendencias homosexuales precoces y definitivas. El reconocimiento médico mostró que intentaba atraer sobre él la atención de su padre.

Por tanto, la bisexualidad psíquica sólo se entiende en relación con las elecciones afectivas que el niño hace simultáneamente hacia su madre y su padre, y no en función de una doble sexualidad sobre la que se construiría la persona.

Renunciar al incesto

El complejo de Edipo se resuelve cuando tanto la niña como el niño descubren que no son el único deseo de sus padres; pero ello es sólo el inicio. La verdadera resolución del complejo se producirá durante la adolescencia, lo que explica que, durante este período, las relaciones familiares sean difíciles para todos

los miembros de la familia. También puede no resolverse y complicar la sexualidad ulterior.

Como ya hemos dicho, la niña se aparta de su madre para que su padre la valore, después vuelve hacia su madre para reconocerse como mujer y se vuelve de nuevo hacia su padre segura de su feminidad para que le haga un hijo como a su madre. Este deseo se presentará disfrazado. También provocará angustia la idea de ser invadida por la fuerza del padre. «Entre los seis y los ocho o nueve años, la niña llega sola a la conclusión lógica de la inadecuación entre su vagina, pequeña, y el pene del padre desproporcionado volumétricamente. De ello resulta la angustia de ser violada por los penes de todos los hombres a los que ella pueda conceder algún valor. La angustia de violación por el padre en la edad edípica representa en el desarrollo de la niña lo que la angustia de castración en el desarrollo del niño»⁴. Esta angustia se expresará simbólicamente por el miedo a los ladrones, a los fantasmas, a los malos espíritus... El niño buscará la protección de sus padres, que tendrán que ayudarlo a diferenciar lo real de lo imaginario. Así, la niña (y el niño) podrá jugar con sus fantasmas con la ayuda de los cuentos y las fábulas para enriquecer y controlar este imaginario. Por eso les gusta a los niños que se les cuente la misma historia que se saben de memoria: se alegran del dominio que tienen sobre su imaginario. Es una etapa importante durante la cual se configura el libre curso de los afectos y también el control emocional y afectivo.

La niña, al darse cuenta de que no puede ser la mujer de su padre y de que su curiosidad hacia él es inútil, reducirá su agresividad contra su madre y se identificará de nuevo con ella para gustar a su padre. Por tanto, la niña no puede renunciar completamente a su madre sin riesgo de perderse: la necesita para desarrollar su feminidad. En este clima ambivalente se desarrolla la psicología femenina hasta el umbral de la pubertad en que reaparecerá este complejo paterno a través de una reivindicación viril en que la chica querrá vivirse como un chico y tomar parte en sus actividades.

4. Françoise DOLTO, *La Sexualité féminine*, Scarabée & Co / A.-M. Métaillie, Paris 1982.

Si bien la niña cambia de relación, el niño, por el contrario, permanece unido de un modo especial a su madre. La relación ya no es nutricia y protectora, sino exclusiva: la madre le pertenece y quiere proteger su conquista frente a su padre. La necesidad de conquistar mujeres, de cambiar a menudo de pareja o de tener simultáneamente varias relaciones amorosas proviene de este período fundante de la vida afectiva en el que no se ha podido decidir si elegir a la madre o a la mujer.

Sin embargo, el niño no puede ignorar la presencia de su padre, ya que le impide alcanzar sus fines. A este padre se le sobrevalorará (como hace la niña), pues se le percibe como el portador de la ley que separa al niño de su madre. El niño no se desprenderá de las intrigas edípicas hasta que tome a su padre como modelo para desarrollar su masculinidad.

Tanto la presencia de la madre como la del padre son indispensables para el desarrollo de la sexualidad del niño. No es suficiente con la presencia física y material: ante todo, se trata de la calidad relacional en que cada progenitor está en su identidad sexual y en su papel parental. Lo que hoy no siempre ocurre, pues muchos adultos viven con actitudes regresivas e inmaduras. Ofrecen imágenes afectivas inseguras y poco estructurantes, pidiendo a veces a sus hijos que les ayuden y viviendo en igualdad psicológica con ellos. Las personalidades infantiles no encuentran a Edipo —lo que, en parte, explica el desarrollo de la asociabilidad y la falta de respeto a las reglas— y van del fantasma más extravagante a la analidad menos elaborada. El imaginario se confundirá entonces con las producciones del delirio, que a veces se intentarán justificar en nombre de la cultura, cuando responden a una composición muy distinta.

Cuando la sexualidad se hace relacional

Después del conflicto edípico, el niño va a pasar por un período de latencia durante el que no hay nueva organización de la sexualidad hasta el desencadenamiento de la pubertad. Esto no significa que ya no haya interés por la sexualidad. Tanto las representaciones como los juegos sexuales continúan estando presentes, pero la personalidad del niño se orienta fundamentalmente hacia el descubrimiento de las realidades. En cuanto

a las ideas y los comportamientos sexuales infantiles, siguen expresándose de modo pregenital. Por tanto, el período de latencia no está exento de preocupaciones sexuales como se piensa a veces. Pero, gracias al trabajo de la sublimación, se transforman las pulsiones parciales, favoreciendo así la socialización y los aprendizajes básicos.

No es posible describir aquí toda la adolescencia. Las mutaciones psicológicas y la maduración de la personalidad se extienden durante un período bastante largo, de los doce a los treinta años, como lo expusimos en un estudio anterior⁵. La adolescencia está marcada por tres procesos: la pubertad (de los 12 a los 17 / 19 años), la adolescencia (de los 17 / 19 años a los 23 / 24) y la postadolescencia (de los 24 a los 30 años). La pubertad no se confunde con la adolescencia, pues esta última comienza cuando los procesos de la pubertad han acabado su trabajo básico. El crecimiento juvenil debe afrontar tres crisis: la de la pubertad, hacia los 15 / 16 años; la de la adolescencia, hacia los 19 / 22; y la de la postadolescencia, hacia los 26 / 28 años. Con esto hemos establecido sumariamente el marco psicológico de la evolución de la adolescencia: examinemos ahora uno de sus componentes esenciales: la maduración sexual.

Un cuerpo nuevo

El desarrollo físico va a replantear la geografía corporal del niño, lo que le desestabilizará respecto al esquema ya conocido: tanto el púber como el adolescente pierden sus puntos de referencia.

La imagen corporal es el núcleo de las preocupaciones de los adolescentes. El cuerpo es una nueva realidad que asumir paralelamente con una vida emocional más intensa y hasta entonces desconocida. El descuido físico, tan irritante a los ojos del adulto, expresa la ambivalencia del adolescente frente a sí mismo: marca simultáneamente la dificultad de asumir sus nuevas posibilidades y el rechazo de la influencia de los adultos sobre él. El adolescente va a emprender el largo trabajo de apropiarse de su cuerpo diferenciándolo del de sus padres. Y

5. Tony ANATRELLA, *op. cit.*

en este momento es indispensable que éstos respeten su vida privada: cuando los padres son demasiado curiosos o se muestran muy dispuestos a facilitar (según dicen) la sexualidad de sus hijos, la relación se pervierte. La madre de un chico de dieciocho años, que hasta entonces no había manifestado la necesidad de una relación amorosa, organizó y estimuló la relación con una de sus compañeras del instituto. El entró en este juego relacional dejándose llevar por las dos mujeres. La compañera, cómplice de la madre, le contaba con naturalidad sus estados de ánimo: no hace falta ser un fino psicólogo para descubrir la trama edípica de esta intriga. Otro tanto se podría decir de esas madres que empujan a sus hijas al ginecólogo en cuanto aparecen las primeras reglas para que tomen la píldora. Si en otro tiempo a los adolescentes les estaba prohibida la sexualidad, al menos podían conquistarla; hoy la regla moral consiste en incitarlos a tener relaciones sexuales frecuentemente sin estar enamorados: lo prohibido se ha transformado en el goce imperativo.

Si los padres se implican en la sexualidad de sus hijos, se prolonga e invierte una situación edípica. Se trata de un problema de las psicologías contemporáneas, que no logran resignarse a no participar en la escena primitiva.

Se impone el mayor pudor para respetar la intimidad y la sexualidad de los hijos. En el clima cultural actual, en que domina la pulsión parcial del exhibicionismo, en nombre de la cual hay que decirlo y mostrarlo todo, ya no se comparte esta actitud. Ahora bien, la transparencia exhibicionista, al querer exponerlas, anula las subjetividades.

Las reflexiones de Ana Franck en su diario siguen siendo actuales cuando habla de su sensación de extrañeza corporal: «Es tan curioso lo que me pasa, y no sólo lo que es visible en el exterior de mi cuerpo, sino también lo que pasa en el interior»: en efecto, el púber se siente ajeno a sí mismo. Su novedad corporal le preocupa y le incita a preguntarse sobre su normalidad física. Busca elementos de comparación con los de su generación o con los adultos: ¿Los demás viven también lo que él siente y experimenta? Haríamos mal en bloquear sus interrogaciones con respuestas apresuradas y normativas, sin que tampoco —ya lo hemos dicho— sea oportuno suscitar excesivamente este tipo de preguntas. El púber debe proseguir su

reflexión sobre sí mismo para profundizar su subjetividad y desarrollar sus sentimientos en toda su riqueza.

Desde la pubertad, tanto el chico como la chica ya no saben evaluarse ni apreciarse. Por tanto, dependen demasiado de la imagen que les remiten los demás. El impacto es tanto más fuerte cuanto que se encuentran en un período narcisista: toda la economía afectiva del adolescente se remite a sí mismo. Se ama tanto a sí mismo y necesita tanto a los demás para amarse que cualquier insignificancia le afecta. Se interesa por sí mismo, lo que no quiere decir que se preocupe por él y que sepa asumirse. Vive sus relaciones en espejo, porque necesita sentirse por intermedio de la presencia de los demás. Por ello las parejas adolescentes practican sobre todo el amor narcisista y poco el amor objetal. Esta experiencia, que se considera enternecedora, no es la respuesta a los problemas afectivos de su edad, y, cuando los adolescentes se implican mucho en relaciones de este tipo, que no son duraderas, salen de estos fracasos muy heridos. Después de algunas experiencias infructuosas, se hacen del amor humano la idea de una realidad inaccesible o imposible de vivir. «Es difícil volver a empezar una relación con un chico; me he comprometido tanto con el anterior... Aún está demasiado presente en mí como para que pueda llegar a conocer a otro», dice Muriel, de dieciocho años. «A los diecisiete años —confiesa Hervé— las relaciones sexuales eran tranquilizadoras. Ahora, a los veintiocho, me cansan y no me satisfacen. Tengo la impresión de no haber crecido. Todo iba mejor cuando era pequeño». Finalmente, desilusionado, Frédéric, de veintiún años, saca esta conclusión después de varias relaciones: «Es demasiado complicado con una mujer; por eso, de vez en cuando, prefiero hacerlo solo».

Una actividad sexual precoz y no asumida puede entorpecer la elaboración afectiva y originar ulteriores inmadureces y problemas sexuales. En principio, el acceso a la genitalidad no implica el incremento de las experiencias sexuales o la promiscuidad sexual. De la misma manera, el adulto que ha llegado a la genitalidad no exige necesariamente consumir la sexualidad en el acto sexual, sino, en primer lugar, asumirla como deseo, de modo que el acto sólo confirme y consolide la maduración del deseo.

Durante la maduración afectivo-sexual, la experiencia sexual siempre va precedida por una actividad imaginaria muy rica que dirige la conquista amorosa. La construcción de argumentos amorosos estimula el desarrollo de los sentimientos y las emociones que intervienen en el aprendizaje interno de la relación sexual. No obstante, la repetición de las mismas imágenes después de la adolescencia puede recluir en una actividad lúdica y masturbatoria que preserve de la relación con el otro. Pero, en el mejor de los casos, el trabajo amoroso, en la vida psíquica, proseguirá para unificar la corriente genital y la afectiva: el individuo se elabora una historia de amor a partir de la cual más tarde se confrontará con la realidad del otro y con la realidad sexual.

En el contexto actual, pese a lo que se piensa, el individuo no es más libre en su cuerpo y en sus emociones que en el pasado, pues, como ya hemos dicho, el conformismo social incita al goce sexual. No hace tanto tiempo que se afirmaba que la masturbación dejaba sordo o provocaba la pérdida progresiva de la médula espinal; actualmente, no gozar es lo que le dejaría a uno sordo o le produciría granos... Por eso llegan a la consulta chicos y chicas de diecinueve y más años que se preguntan si están enfermos o son anormales, porque a su edad no han tenido relaciones sexuales.

En la adolescencia siempre han existido los temores sexuales. El miedo que sus pulsiones y fantasmas inspiran al adolescente le lleva a defenderse de su «película» interior y a rechazar imágenes y tendencias para asegurarse de su normalidad. Ahora bien, ese sentimiento de «normalidad» depende en gran medida de los modelos culturales; por tanto, los temores sexuales juveniles adoptan nuevos modelos culturales para expresarse, pues una personalidad es el resultado de la conjunción de una psicología, de una cultura étnica y de una ética. Dado que la personalidad psicológica y la personalidad étnica son indisolubles en la construcción del individuo, el adolescente va a elaborarse introduciendo en sí modelos culturales que, hoy, son mayoritariamente fragmentadores —como hemos visto en los capítulos anteriores— y no favorecen la integración del cuerpo y de la sexualidad: predomina el cuerpo imaginario de la prehistoria infantil. Algunos privilegiarán una sexualidad «mecá-

nica» en que sólo cuenta el acto sexual pasajero para sentirse acorde con los modelos sociales vigentes.

Como consecuencia, muchos adolescentes tienen relaciones sexuales sin tener realmente ganas, con lo que la inversión afectiva es pobre y el deseo no ha tenido tiempo de hacer su trabajo. Se dejan llevar por un juego emocional, por la curiosidad y la presión social, sin tener auténticos intereses afectivos. Tales experiencias enriquecen a pocos. El entorno y los medios de comunicación valorizan los «amores» juveniles con una ingenuidad simplista, cuando la realidad es más compleja y a veces dolorosa. Más adelante, volveremos sobre estos temas.

Las transformaciones corporales que comienzan en la pubertad van acompañadas de un trabajo psíquico cuyo objetivo es acceder a la posesión del propio cuerpo sexuado. Por tanto, el cuerpo no reacciona de la misma manera, y el adolescente teme no conseguir controlar lo que pasa en él a pesar suyo: el chico podrá tener una erección mientras habla con alguien o trepa por la cuerda en una clase de gimnasia, y la chica experimentará nuevas sensaciones en el conjunto de su cuerpo. Tanto el uno como la otra pueden vivir estas modificaciones corporales como «una ruptura» (Laufer) que provoque una depresión ligada al sentimiento de discontinuidad con uno mismo. Una tentativa de suicidio, la dependencia toxicomaniaca o la incapacidad de adaptarse a las realidades pueden expresar un sufrimiento psíquico debido a este derrumbamiento de la imagen corporal.

Las nuevas personalidades juveniles tienen relaciones más simples y menos conflictivas que las del pasado reciente. Sin embargo, son más pragmáticas, más emotivas, más frágiles y menos racionales. Con frecuencia, el «look» sirve para compensar el vacío interior y la dificultad de acceder a una identidad personal real. La cultura del «tener» desarrolla el sentimiento de ser alguien por el mero aspecto externo o por poseer objetos de moda que, al rodearse de ellos, proporcionan un falaz sentimiento de existencia: el individuo se atribuye la fuerza del objeto poseído, mediante el cual espera adquirir valor e identidad.

La incertidumbre corporal es inherente a la psicología del adolescente, que frecuentemente va a sentir un vacío interior idéntico al de la primera infancia, cuando aprendía a desarrollar

sus relaciones. Entonces, los «trapos» van a compensar en muchos casos la falta de identidad corporal. Su «look» ostensiblemente exhibido no significa que se sienta «bien en su pellejo», según una elocuente expresión. Con frecuencia, oculta sus sufrimientos, pero los vaqueros y las camisetas raídos y rotos voluntariamente son el emblema de un cuerpo estigmatizado.

La ropa se presenta como otra piel que proporciona una identidad precaria a quien ha perdido su cuerpo de niño. El adolescente ya no sabe quién es y desea mantener a sus padres a distancia: la magia de la ropa le permite que los demás le acepten y ser intocable para sus padres. Modela un cuerpo exterior que interiormente no logra elaborar, ya que las referencias culturales no le ofrecen valores (excepto los de la adolescencia) y símbolos a partir de los cuales elaborar su interioridad, lo que no deja de tener graves consecuencias: el adolescente, por falta de una subjetividad desarrollada, puede eliminar su cuerpo al negarse a trabajarlo mentalmente.

En todas las épocas, las maneras de vestir les han servido a los jóvenes para afirmarse y poner de manifiesto su originalidad. Actualmente, la problemática es diferente, en el sentido de que en el fetichismo del vestir se ve la dificultad para aceptar la ley de la diferencia generacional (algunos adultos siguen vistiéndose como adolescentes para sorpresa de éstos últimos) y de la diferencia sexual. Tal actitud «significa que, en el inconsciente, la representación del cuerpo sexuado no ha integrado la complementariedad de los sexos progenitores»⁶. Este conflicto, que forma parte de las tareas psíquicas a abordar durante las transformaciones de la adolescencia, se acentúa en nuestro contexto cultural por la confusión de las imágenes masculina y femenina y por la equiparación de la relación parental a la camaradería. Si todo el mundo se presenta y se vive con un cuerpo de púber, no hace falta ni crecer ni cambiar. Esta resistencia al cambio de la experiencia corporal será origen de muchas inmadureces y de múltiples trastornos sexuales y psicosomáticos.

6. Annie BIRAUX, *L'Adolescente face à son corps*, PUF, Paris 1990.

Identidad sexual y relación con el otro

La adquisición de la identidad sexual es una de las tareas de la adolescencia. Tanto la identificación como la orientación del deseo sexual son inciertas en la época en que la pulsión sexual va a transformarse y a volverse altruista al integrar realmente la presencia del otro. La problemática de la pubertad hará que se fragmente la organización pregenital de la sexualidad infantil al poner en duda las teorías sexuales elaboradas anteriormente. El niño podrá incluso olvidar la mayoría de las verdades que hasta entonces había aprendido. La creencia en un sexo único choca con el descubrimiento de la diferencia sexual, pero hoy resulta difícil transformar este concepto inconsciente, porque a la sociedad le satisface la confusión de los sexos. Algunos ven en ello la consecuencia de la liberación femenina, que ha cambiado el reparto de papeles con los hombres. Esta razón sociológica, evidente y masiva en el siglo xx, no es desdeñable; sin embargo, no refleja un debate más complejo respecto a la modificación de las psicologías que, al irse refiriendo cada vez más al sentimiento amoroso, han utilizado sobre todo los recursos emocionales juveniles y especialmente la prolongación de los movimientos afectivos de la adolescencia.

La adolescencia es un fenómeno reciente. Y se la ha ido valorizando cada vez más, hasta el punto de desarrollar lo que en otro lugar hemos llamado «una sociedad adolescéntrica». En efecto, la práctica de la sexualidad se ha ido inspirando cada vez más en la sexualidad juvenil, sin lograr acceder plenamente a la relación objetal.

Por tanto, el trabajo de la pulsión sexual, a partir de la pubertad y durante toda la adolescencia, va a consistir en integrar la diferencia sexual y la presencia del otro. La sexualidad infantil es sobre todo imaginaria y masturbatoria: para la pulsión cuentan más las presencias interiores que las personas reales. La pubertad rompe este monólogo sexual en la medida en que la pulsión sexual, para realizarse, ha de ser altruista. Esta transformación provoca angustia. La idea de introducir en sí a otro va a obligar al adolescente a plantearse el problema de su identidad. Va a pasar del «¿Quién soy yo?», en el sentido de «¿Quién me ha hecho?», «¿Cuál es mi filiación?», al «¿Quién soy yo?», en el

sentido de «¿Cuál es mi identidad?», para no perderse en la relación con el otro.

Y la pulsión sexual —como dice Freud en *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad*— va a ser altruista en una doble dirección. La primera resulta evidente y suficiente para algunos: es la búsqueda de la relación amorosa, del ser amado, que, como objeto sexual valorizado, relativizará el narcisismo. El enamorado podrá decirse, según lo expresa Paul Léautaud: «¡Amar es preferir el otro a uno mismo!» Pero la definición de Freud va más lejos. La pulsión se hace verdaderamente altruista cuando el deseo de reproducción se integra en la sexualidad. No se trata del deseo precoz del niño, que frecuentemente se puede observar entre los adolescentes para liberarse de los conflictos psíquicos parentales, sino del hecho de sentirse capaz de ser madre o padre. La maduración sexual acaba con la elaboración de este deseo. Su aceptación no implica una «actuación» inmediata, puede diferírsele. Sin embargo, el miedo o el rechazo que inspira muestra lo difícil que es para la pulsión salir del debate de la sexualidad infantil. Freud dice: «El carácter normal de la vida sexual se afirma por la conjunción, hacia el objeto y el fin sexuales, de dos corrientes: la de la afectividad y la de la genitalidad... Lejos de ser ajeno al primitivo fin que era el placer, el nuevo fin se le parece en que el máximo de placer va unido al acto final del proceso sexual: la relación con el otro. La pulsión sexual ahora se pone al servicio de la función reproductiva; se vuelve altruista, por así decirlo, con el deseo del hijo»⁷.

Es la presencia de otro, en otra generación, la que singulariza a la sexualidad humana. El amor al otro se convierte en la voluntad de vivir para él en el tiempo, y no en la mera búsqueda del objeto perdido de la infancia; este vestigio afectivo, aun cuando permanezca activo, se transformará en otra presencia.

El otro tiene auténtica fuerza de ley en la relación sexual. El dilema del adolescente es decirse, cuando aún no está seguro de su identidad y no tiene confianza en sí mismo: «¿Es él o soy yo!». La presencia del otro le parece apremiante e inhibitoria,

como si limitase su libertad en vez de ponerla de manifiesto. El respeto a la ley edípica es el reconocimiento del derecho del otro a existir independientemente de uno mismo.

Reencontramos esta problemática en los postadolescentes de veinticuatro a treinta años que viven en pareja, pero en pareja distanciada, cada uno en su casa por miedo a sentirse ahogado, a no ser libre, a estar sometido a la monotonía de lo cotidiano e inducido a unas relaciones sexuales demasiado frecuentes. Les gusta invitarse y reencontrarse como si fuera la primera vez. Esta actitud es muestra de un problema característico de la post-adolescencia, el de la lenta maduración del proceso de autonomía y de adquisición progresiva de la identidad sexual.

Sin duda, la ausencia de la imagen del padre en nuestra sociedad ha jugado una mala pasada a los hijos en general y aún más a los varones. Los padrazos no han hecho que los padres estuvieran más presentes, ya que para ser aceptados se han identificado con la madre cuando no eran ni el uno ni la otra. Más que nada parecían hijos o hermanos mayores. Cuando los jóvenes tienen una imagen paterna negativa, les resulta difícil estructurarse interiormente. Sus ideas son confusas, y lo imaginario se confunde con lo real. No hay que extrañarse de que muchos de ellos tengan dificultades para saber lo que desean, para comprometerse optando o fijarse metas. Esta ausencia es consecuencia de una presencia materna psicológica y moral que elimina la imagen del padre. Por eso hemos afirmado repetidamente que nos encontramos en un matriarcado educativo que hace que el desarrollo de las personalidades sea frágil y favorezca una homosexualidad compensadora.

Los símbolos maternos dominan las relaciones afectivas. Basta con observar sobre qué principios psicológicos y afectivos, so pretexto de ser más humanos, se basa la formación para la comunicación en las empresas. Hemos pasado de la alienación del trabajo en cadena, según los principios de Taylor, a la alienación de una hiperafectividad que los formadores imponen en las empresas. La idea dominante es la de sentirse próximos unos a otros con el fin de favorecer una mejor comprensión y comunicación. Ahora bien, la comunicación sólo es posible en la distancia, y no en la proximidad; si no, se cultiva la endogamia, es decir, el incesto grupal. Es sintomático constatar que los temas maternos de la vida afectiva del niño, después de haber

7. S. FREUD, *op. cit.*

invadido la vida amorosa, ahora se extienden al campo social y político. La ternura se entiende como finalidad de la vida afectiva, cuando es su comienzo. Esta hiperafectividad no facilita las relaciones, que se quedan en lo superficial y concurren a mantener al individuo en una postura de «bebé grande»: por algo en las relaciones a veces se llaman «bebé» o «baby», para estar más a la moda...

Las relaciones se desexualizan: la diferencia sexual se niega en beneficio de una imposible tentativa de ser similares. Esta inmadurez ambiente es de un coste humano y social considerable, pues favorece estados depresivos y dependientes frecuentes en la práctica clínica. Sin distancia no hay relación, sino una fusión cuasi-maternal en la que ambos participan afectivamente sin poder diferenciarse. Estas relaciones no ayudan al *self* (ser uno mismo), sino que acentúan la necesidad de ser reconocido y estimado por sí mismo (como lo hacían los padres), en vez de que esas dos necesidades se satisfagan a partir de una obra consumada. Este clima no es el adecuado al entrar en la psicología de la sexualidad genital en la adolescencia, ya que no se acepta realmente la alteridad.

En el curso del largo proceso de la adolescencia, la personalidad pasa sucesivamente por la relación de apoyo (al fundamentarse en el otro), por el autoerotismo (se toma una parte del cuerpo por el todo), el narcisismo (el propio individuo es el objeto de interés), la opción homosexual (la búsqueda de lo semejante para afirmarse) y la opción heterosexual (la aceptación de la diferencia sexual). Estos distintos estados de conciencia preparan la relación objetual durante la adolescencia. No hemos de ver en la sucesión de estas posturas «estadios» lineales que progresivamente vayan integrando una tendencia en el conjunto de la personalidad en donde el desarrollo de la siguiente borre a la anterior. Se trata de experiencias psicológicas diferentes, y son posiciones que pueden transformarse en un funcionamiento superior u ocasionar regresiones inesperadas.

Las condiciones psicológicas del amor humano

A partir de la pubertad, progresa la configuración del Yo al integrar la pulsión sexual. Cuando la formación del Yo es precoz, puede limitarse el libre curso de la libido: un Yo prematuro

es perjudicial para el desarrollo de la personalidad. Si el Yo precede demasiado rápidamente a la aparición de las diversas competencias psíquicas de la personalidad, bloquea la manifestación de las pulsiones y su evolución. Por eso, la autonomía que se impone frecuentemente al niño en la vida cotidiana, cuando aún necesita depender de sus padres y de los adultos, puede provocar un retraso en su maduración afectiva.

La formación del Yo favorece el necesario paso del principio de placer al principio de realidad. El niño busca el placer por el placer, pero, progresivamente, va a aprender a vivirlo como resultado de una mediación. Ya no lo buscará por sí mismo, sino como consecuencia de una relación beneficiosa. Por tanto, introduce la realidad exterior en su vida pulsional, y este trabajo psicológico contribuye al desarrollo del Yo que permite la diferenciación entre uno mismo y el mundo exterior. Al irse progresivamente liberando de las gratificaciones maternas, se hará capaz de diferir sus satisfacciones y adquirirá un relativo dominio de los estímulos pulsionales. Es fácilmente comprensible que si el Yo se forma demasiado tempranamente por un aflujo masivo de la realidad exterior (cuando se hace representar al niño un papel de adulto en miniatura), se frena el desarrollo pulsional. Y, al contrario, si no se le saben presentar los límites y las leyes inherentes a la vida, le será difícil integrar la realidad y afirmar su Yo. En tal caso, corre el peligro de encerrarse en un narcisismo omnipotente en el que la menor frustración será deprimente.

Por tanto, la pubertad y la adolescencia inauguradas por la sexualidad genital son un largo aprendizaje de la alteridad para encontrar placer, no únicamente en la relación materna, sino contando también con la realidad. Los niños estudian para complacer a sus padres. En la adolescencia van a descubrir —y tienen que aceptar— que estudian para su futuro. Por eso, algunos abandonan cuando hasta entonces habían obtenido buenos resultados. La idea de que tienen que actuar sobre la realidad, demostrar de lo que son capaces y disfrutar estudiando (para ellos) desestimula a más de uno. Sólo saben dirigir sus pulsiones hacia sus padres e inhiben sus facultades desde el momento en que deben emplear la realidad por sí misma y para sí mismos, encontrando en esta relación una fuente de placer. Pero como no están seguros de obtener placer de las realidades como lo

obtenían de sus padres, suspenden sus esfuerzos, llegando en ocasiones incluso a rechazar el estudio o cualquier tipo de inserción en la sociedad. Por eso, a veces los padres siguen durante mucho tiempo sirviendo de intermediarios entre la sociedad y sus hijos, a la vez que en ocasiones estos últimos los agreden y les reprochan haberlos traído al mundo, y a un mundo que no es tan gratificante como la familia.

Consecuentemente, integrar la presencia de los otros en la pulsión sexual va mucho más lejos que el hecho de estar enamorado o tener relaciones sexuales precoces, pues éstas no «prueban» que el adolescente haya accedido a la psicología genital. De creerlo así, se puede restringir el necesario desarrollo de la relación social del adolescente a una simple elección afectiva y pseudo-amorosa. Por supuesto, siempre hay excepciones que testimonian que estas relaciones son duraderas; pero es difícil afirmar que todas estas experiencias son signo de relaciones auténticas o de factores de madurez. Introducir la presencia ajena en sí mismo es pasar de una sexualidad imaginaria y masturbatoria a una sexualidad real y relacional: operación que exigirá tiempo cuando se sabe lo hostil que es el inconsciente a la alteridad y a cualquier diferencia. Para él, no existe ninguna realidad exterior a la suya, y para que el Yo pueda tenerlo en cuenta, tiene que expulsar la suficiencia omnipotente del Narciso.

Por eso el amor no es natural para el inconsciente: el sentido del amor humano es el resultado de un aprendizaje y de una experiencia. No hay que confundir el vínculo nutricional y las pulsiones de autoconservación, que son dos tipos de elección de objetos protectores y tranquilizadores a imagen de las figuras parentales, con la relación amorosa en la que se acepta al otro por sí mismo.

Las condiciones psicológicas del amor empiezan a reunirse durante los cambios que produce la sexualidad genital.

Los primeros afectos y los movimientos de la ternura empiezan a transformarse en una nueva economía afectiva. Se idealiza menos a los otros, la realidad exterior y los padres. En principio, el amor es narcisista; se centra sobre la persona idealizada del adolescente, que, para afirmarse, es necesariamente su propio objeto de interés. Por tanto, el adolescente va a tomar más conciencia de sí mismo asegurando su propio sentimiento

de continuidad personal, que dependerá de su *self* y no meramente del entorno. Aprenderá a asumir mejor su soledad sin recurrir a cualquier presencia (peluche o amigos) para existir. Algunos, por falta de confianza en sí mismos, intentan, para calmar su angustia, apoyarse en una relación de pareja. Pero si el otro, por alguna razón fortuita, llega a faltar, vuelven las antiguas inquietudes, indicando, por medio de estos síntomas, que la personalidad aún no había alcanzado la autonomía psíquica y que no logra trabajar interiormente la ausencia de los demás y seguir a la vez viviendo.

Recientemente, una adolescente de veinte años pidió a su amigo de la misma edad —que tenía que irse un mes de viaje a la India con sus padres— que le dejará una carta cerrada para cada día. Por tanto, él escribió treinta y cinco cartas, dividido entre la culpabilidad de quien abandona al ser amado y la irritación frente a la pueril actitud de su amiga. Durante un mes entero, ella no salió de su habitación. La mayor parte del tiempo la pasó en la cama, leyendo y releendo las cartas que abría diariamente, escuchando música, comiendo poco; manteniéndose en hibernación, como la Bella Durmiente, esperando la vuelta del chico, al que había transformado en un personaje imaginario. En este caso no se trata de una relación amorosa, en el sentido de una relación objetal (tampoco hay amor en la película *37°2 le matin* o en *El gran azul*), sino de un afecto masoquista en el que el otro sólo puede hacer sufrir, ya que debe encarnar el papel de un personaje ideal, producido por el inconsciente de esta adolescente, y, por tanto, no puede existir en la realidad. En estas condiciones, el otro representa más un trozo de la vida psíquica de quien intenta modelarlo a su conveniencia que un ser reconocido por sí mismo en una diferencia radical.

Como se ve, para el adolescente no es fácil aprender a vivir con el otro en el momento en que este último se inscribe en el orden de su pulsión sexual. Su deseo de omnipotencia imaginaria ha de enfrentarse al límite que marcan las diferencias. El otro no es ni su mitad ni la prolongación de sí mismo, como se cree en la relación amorosa fusional o narcisista. Sin embargo, la relación amorosa comienza utilizando los primeros modos de comunicación del niño con su madre al principio de su existen-

cia: se mantienen las mismas ilusiones, que frecuentemente ofuscan en la elección de pareja, en la que el contacto cuenta más que la calidad relacional. La afectividad sensorial del adolescente le lleva a imaginar la definición del amor como la proximidad en el contacto piel a piel. El *Yo-Piel* (Anzieu) es la primera forma de relación humana; pero quedarse en ella —una vez más el lenguaje lo explica con una expresión, «estar arriados», menos metafórica de lo que se podría pensar— hace difícil la construcción de una relación inscrita en el tiempo. Se mantiene en una especie de *status quo* en el que cada uno trata permanentemente de evaluar la distancia que le separa o le acerca al otro, ya que amar significa una fusión o una simbiosis.

Aún seguimos en las intrigas de la ternura infantil en que se cultiva la protección afectiva pasiva sin poder acceder a las condiciones psicológicas del amor humano. Por eso, cuando algunos adultos impulsan o valorizan las parejas de adolescentes, no les hacen ningún favor. Además, no tienen por qué autorizar o prohibir estas relaciones; con frecuencia, los jóvenes son capaces de descubrir sus límites y de guardar las distancias.

Además, se puede constatar que en la mayoría de estas relaciones las parejas adolescentes a menudo retrasan la elaboración del deseo y, después de varios fracasos, lo que se hipoteca es la calidad de la ulterior inversión afectiva, pues las ilusiones amorosas han sido precozmente eliminadas por relaciones asimismo ilusorias. Sin embargo, estas ilusiones son necesarias para desarrollar e intensificar las futuras capacidades relacionales y amorosas. Pero no requieren realización; en cambio, en la medida de lo posible, exigen una abstinencia que enriquece y simboliza la economía afectiva. Cuando el traumatismo del fracaso en la realidad frustra inmediatamente las ilusiones amorosas, el individuo se arriesga a partir con un serio «handicap», dado que el trabajo amoroso (imaginación, sueño, poesía) no ha podido realizar su obra psíquica. Consecuentemente, no hay que extrañarse de encontrar postadolescentes o adultos que manifiestan vacío existencial y bloqueo del deseo sexual.

Durante las consultas sexológicas, no es raro recibir a personas satisfechas de vivir juntas y de cooperar fácilmente en su vida cotidiana, pero que se preocupan porque no tienen deseos sexuales frecuentes. Sus relaciones sexuales se van espaciando

y no siempre tienen la esperada intensidad. Esta pobreza sexual es resultado de una historia psíquica —en particular durante la adolescencia— en el curso de la cual no ha podido elaborarse la función del deseo. Estos fracasos repetitivos pueden desarrollarse sobre un fondo depresivo, triste y solitario, acentuando la idea de que, de la relación con el otro, no hay nada que esperar. En todos los casos, se falsea la relación amorosa, que permanece en las regresiones de la ternura, en la que importa más ser aceptado que amar pensando en el otro.

Es verdad que los modelos mediáticos ejercen presión sobre las representaciones sexuales que sirven de referencias ideales a partir de las cuales el individuo se siente normal o anormal. Ello provoca una distorsión y un desplazamiento del ideal. Una distorsión en el sentido de que no se intenta saber si el ideal corresponde a la verdad o meramente a una moda; se quiere coincidir con la representación para estar seguro de ser como los demás, aun cuando la mayoría de las veces exista un desfase entre los modelos y lo que se vive. Si no se sabe expresar lo que pasa en uno mismo, se utilizará para modelarse lo que se ve en la televisión o en el cine y lo que se lee en las novelas, sin intervención de otros elementos de reflexión, porque la personalidad no ha alcanzado la madurez del *self*. Ciertas imágenes de apoyo sirven de discurso subjetivo sobre uno mismo, discurso pobre, incluso subdesarrollado, pues las apariencias del modelo se toman por la verdad. Esta tendencia provoca igualmente un desplazamiento del ideal: la imagen mediática de la sexualidad sustituye, en muchos casos, al ideal psicológico (ideal del Yo) y al ideal moral. Este ideal mediático no favorece la reflexión, pues se impone a lo psíquico y anula la reflexión moral: importa poco intentar construir la verdad, lo único que interesa es dejarse llevar y, sobre todo, evaluar por la norma mediática que se convierte en una moral inmanente resumida en un único principio: es normal, ya que todo el mundo lo hace.

El acceso a la psicología genital se ha convertido en una importante tarea, en la medida en que la sexualidad subjetiva es una exigencia que se ha ido afirmando progresivamente a lo largo de este siglo. Desde este punto de vista, bloquear o afrontar demasiado prematuramente las ilusiones amorosas influye sobre las capacidades del deseo, como acabamos de decir.

La irrupción del otro en la pulsión sexual del adolescente representa una verdadera revolución, hasta el punto de que no sabe muy bien cuál es su identidad personal. No obstante, de la aceptación de la presencia del otro va a depender la instauración de una identidad que permita existir en la realidad exterior.

El rechazo de la diferencia sexual, la megalomanía afectiva, el sentimiento de omnipotencia y las ilusiones relacionales son otras tantas modalidades del narcisismo juvenil en busca de su autoconfirmación. Son las vías indispensables mediante las cuales se despierta la afectividad altruista, pero los comienzos no son la finalidad, y dar legitimidad duradera a estos primeros estadios de la vida amorosa conduce a no evolucionar hacia una relación superior. Se buscará al otro como la seguridad y la prolongación de uno mismo, con lo que pierde su carácter de alteridad para sustentar un narcisismo cerrado y sin futuro, ya que sólo repite la relación con el objeto perdido. El miedo a no ser amado mantiene al adolescente en una economía parental y maternal en la que se siente amado pasivamente.

El adolescente, al inscribirse en el orden de la sexualidad genital, va a aprender a dar un lugar al otro al mismo tiempo que experimentará una soledad innata que, según él, nada podrá colmar. Al abandonar los objetos fundamentales de su infancia, experimenta la carencia. Esta pérdida es difícil de soportar, pero no sirve de nada querer suprimir o anular la carencia con falsas presencias, pues de esta carencia va a nacer el deseo: quien no ha experimentado la carencia no puede desear. Al descubrir que no puede hacer con el otro lo que quiera, pasa de nuevo por la castración simbólica, de la que el otro será el agente, como sucedió en la infancia con el padre respecto de la madre; y esta operación que recomienza va a permitir al individuo acceder a la identidad sexual buscando la diferencia y no únicamente la semejanza.

La indecisión homosexual

Con la pubertad aparece la distinción entre lo masculino y lo femenino. Pero el sexo biológico no regula la orientación del deseo, que es consecuencia de la historia y de la organización

de la vida psíquica a partir de la cual el adolescente va a empezar a unificarse. La identidad sexual es a la vez la necesidad de reconocer la propia anatomía, en lo masculino o en lo femenino, y la necesidad de inscribirse en una continuidad psíquica. La timidez o la indecisión del adolescente respecto a su identidad traduce una bisexualidad psíquica que representa un papel en el reconocimiento de la diferencia sexual y en la orientación del deseo. Freud ha señalado la importancia que ello tiene, al observar que el interés exclusivo del hombre por la mujer (y recíprocamente) no es algo evidente y que de alguna manera se pueda reducir a una atracción de orden químico.

Si la elección del objeto puede hacerse respecto al sexo opuesto, también se realiza con personas del mismo sexo. La mutua atracción que ambos sexos ejercen, la influencia inhibidora de los modelos sociales y la necesidad de procrear son fuerzas que impiden la relación homosexual: las sociedades siempre han valorizado la heterosexualidad, ya que socialmente tiene más futuro que la homosexualidad, aun cuando, según los períodos históricos, esta última se haya tolerado. En efecto, escribe Freud: «Se puede constatar que donde no se la ha considerado como un crimen, corresponde al deseo sexual de numerosos individuos». La mayoría de las veces, tal deseo se transforma o rechaza, y un rechazo extremadamente defensivo puede ser origen de graves trastornos psíquicos: narcisismo, paranoia e histeria son relativamente inherentes a la homosexualidad.

Como ya se ha dicho, la bisexualidad psíquica es parte de la sexualidad primitiva y, como igualmente se ha dicho, ello no significa que el hombre tenga a la vez los dos sexos. Pero muy pronto el niño se identifica sucesivamente con cada uno de sus progenitores en una postura heterosexual y homosexual. La bisexualidad se resuelve durante el complejo de Edipo gracias al amor del progenitor del sexo opuesto y a la identificación en la rivalidad con el progenitor del mismo sexo. Cuando el niño se queda en la identificación con el progenitor del sexo opuesto sin intentar ser el rival y el igual del progenitor de su sexo, puede convertirse en homosexual por miedo a no ser tan viril como su padre. Dado que esta operación es inconsciente, no procede de una decisión racional: reconocerlo no implica que

sea exterior o ajena al individuo que sabe en qué sentido orienta su relación y organiza su afectividad. No se debería utilizar el inconsciente como argumento para pretextar que las conductas ocurren a pesar de uno: se puede resistir a la toma de conciencia mediante conductas reaccionales, como se puede admitirla para facilitar las propias opciones.

Los bisexuales se encuentran en una alternativa y una indecisión que les protegen de la angustia de la homosexualidad. Jugar a dos barajas permite a muchos permanecer en la confusión e instalarse en el fantasma de vivir todas las tendencias divergentes. También aquí los afectos homosexuales no tienen el mismo sentido en función de la edad. Puede ocurrir que realizar el acto homosexual ayude a algunos adolescentes a afirmar su masculinidad demasiado debilitada por la ausencia paterna, sin que, por otra parte, sean por ello permanentemente homosexuales. Esta experiencia sin duda es más frecuente para los chicos que para las chicas.

En la adolescencia, las atracciones homosexuales van, de la curiosidad anatómica o la atracción por el cuerpo similar, a la elección afectiva, frecuentemente platónica o transformada mediante actividades deportivas, culturales, religiosas o relaciones privilegiadas.

Al principio de la adolescencia, los chicos se reúnen para afirmar su masculinidad. En cuanto a las chicas, tienen un sentimiento de seguridad en sí mismas y se precipitan en la heterosexualidad a veces con ademanes de marimacho o, por el contrario, de feminidad exagerada. Sin embargo, tanto unos como otras se sitúan en una pseudo-heterosexualidad. Es sobre todo durante la postadolescencia cuando se vive el reconocimiento de la diferencia sexual en la atracción y no en la competencia propia de la pubertad. Cuando la tendencia homosexual no se erotiza precozmente, se transforma en sentimientos sociales: a partir de ella se construye la relación social. Esta tendencia, que induce a aproximarse al «igual», es la que permite establecer el vínculo social y el consenso; en definitiva, una sociabilidad a la vez amable y no agresiva.

Actualmente nos encontramos en un entorno inseguro en cuanto a sus valores, en el que la cultura ni despierta ni enriquece

el ideal del Yo de los adultos, y aún menos el de los adolescentes. De hecho, nos encontramos en la confusión de las culturas y de los símbolos. La vida social se desarrolla en medio de la falta de confianza en el otro, y la pulsión homosexual se encuentra en su estado primitivo, sin objeto. No hay que asombrarse al ver cómo se desarrollan la agresividad y la violencia, especialmente en las manifestaciones deportivas. Las peleas, a menudo provocadas por el alcohol, son signo manifiesto del fracaso de la sublimación. Un rasgo revelador: para hablar de estas luchas sin razón algunos «hooligans» dicen —nosotros lo hemos oído— «Nos hemos mezclado» en vez de «Nos hemos pegado». Además, frecuentemente se utilizan insultos homosexuales para agredir al otro. La tendencia homosexual puede pervertirse mediante conductas eróticas desafiantes o provocativas. La vida social se apoya sobre la economía homosexual, independientemente de la orientación personal del deseo, y se resiente si la pulsión no logra hacer el trabajo de conversión hacia la competición simbólica.

Si bien en el inconsciente no hay diferencia sexual, sin embargo, la vida sólo es posible en la elección de una orientación para la sexualidad. El conflicto entre las tendencias homosexuales y heterosexuales debe encontrar una salida al término de la adolescencia. Es preciso saber que si algunos se orientan hacia la homosexualidad, las condiciones para el éxito son difíciles. La mayoría de los homosexuales afirman haber vivido siempre con ese deseo sin haberlo elegido realmente, y que se han construido en esta orientación sin otra alternativa, con la sensación de haber nacido así como consecuencia de un determinismo casi genético. Hasta el día de hoy, ningún estudio científico ha podido confirmar esta hipótesis, aun cuando se han podido observar en la vida fetal desequilibrios hormonales que podrían ser una modalidad de la homosexualidad, pero no una causa biológica. «Es ilusorio buscar en las gónadas de los fetos o en las glándulas suprarrenales el origen exclusivo de la homosexualidad del adulto, aun cuando sea imposible excluir totalmente el papel de una tasa de andrógenos insuficiente o excesiva durante la vida fetal en la génesis de la homosexualidad masculina o del lesbianismo. Conviene recordar que las hormonas sólo son un elemento de un estado central fluctuante,

global y que no puede disociarse»⁸. La neurobiología hoy es capaz de definir las interacciones entre las secreciones químicas, los intercambios neurológicos y los comportamientos humanos, pero sería exagerado dar a entender que la organización psíquica de un individuo sólo es consecuencia de la economía de los influjos del cerebro. Conviene tener en cuenta la situación global del hombre a partir de la cual se va a construir el sentido del deseo. «La homosexualidad, variedad de la pasión amorosa, sólo es una modalidad entre otras del estado central fluctuante. Consecuentemente, los componentes del espacio corporal, secreciones hormonales y actividades neuronales no cuentan más que los objetos del espacio extracorporal, papá, mamá y entorno social incluidos. Es más, en la medida en que el estado central fluctuante representa un ser en devenir que comienza a partir del encuentro de dos gametos, masculino y femenino, cada acontecimiento, ya se inscriba en las neuronas del individuo o en su entorno cultural, contribuye a la edificación de ese estado central»⁹.

La identidad psíquica del deseo no se confunde con la identidad del género en que un hombre o una mujer va a reconocerse en su cuerpo sexuado. La identidad del deseo sexual es relativamente dependiente de la bisexualidad del niño, en relación con su entorno afectivo, y permanece activa en el inconsciente. El deseo sexual va a construirse a partir del debate interior respecto a esta bisexualidad, debate que despierta muchos temores y que con frecuencia provoca conductas muy reactivas para escapar de ellos. Algunos se precipitan apresuradamente en relaciones heterosexuales para asegurarse de no ser homosexuales. El temor a la castración motiva este comportamiento, que también aparece en los homosexuales que no dejan de magnificar la virilidad, los atributos y los medios que la subrayan.

Este debate puede resurgir en los adultos que, después de una vida conyugal y parental, deciden cambiar a su pareja por alguien de su propio sexo. La cuestión es saber si se trata de una regresión afectiva o de una evolución. Es sintomático señalar

que la mayoría de las veces los argumentos que justifican la elección de la homosexualidad, el modo de vida adoptado y la manera de comportarse son inmaduros. Pero no sería pertinente generalizar este hecho, pues otros lo viven realizándose plenamente con una vida psíquica más elaborada.

La plenitud sexual se alcanza con la interiorización en el orden de la pulsión sexual de la presencia del otro radicalmente diferente de uno mismo (heterosexualidad). El adolescente, al intentar pasar del amor a sí mismo (amor narcisista), a través del otro, al amor al otro (amor objetal), se encamina hacia la heterosexualidad y, al mismo tiempo, modifica su concepción de los demás y del mundo. El pensamiento del homosexual y del heterosexual sobre el mundo no son idénticos, aun cuando aparentemente crean entenderse.

La aceptación de la diferencia sexual

El adolescente también tendrá que afirmar y remarcar su identidad ante el otro sexo.

Los chicos y las chicas viven de diferente modo su entrada en la pubertad. El chico huye del otro sexo y se reúne más naturalmente con sus amigos. Pone a las chicas a distancia y su comportamiento en los juegos con ellas es provocador, incluso hostil (la pubertad no es la edad ideal para lo mixto). Al adoptar este comportamiento, intenta más negar una angustia que establecer una relación. La chica es más activa y se precipita en la heterosexualidad de manera ambigua. Busca a los chicos, desea participar en sus «actividades». Mediante una cierta negación de su feminidad en beneficio de los atributos masculinos, va a intentar también afirmarse como mujer con otras mujeres. Si la reacción homosexual es primaria en el chico, en la chica es secundaria.

El descubrimiento de la diferencia sexual y la atracción por el otro sexo, sea cual sea la elección de objeto que el joven haga más tarde, va a marcar su entrada en la adolescencia después de la pubertad y continuará durante la postadolescencia. Las crisis de identidad sexual se presentarán repetidamente más adelante.

8. J.-D. VINCENT, *Biologie des passions*, op. cit.

9. J.-D. VINCENT, *op. cit.*

Entonces se reactualiza el conflicto edípico: muy a menudo se busca al otro a imagen del progenitor del sexo opuesto. Pero la soledad afectiva en que el chico y la chica se encuentran les lleva a buscar, sin tener conciencia de ello, una identificación con el progenitor del mismo sexo. A esta edad, el adolescente finaliza afectivamente su relación de niño con sus padres y dirige ese amor hacia sí mismo. Esta imprescindible ruptura crea un vacío y conlleva un sentimiento de tristeza que puede traducirse en melancolía si el entorno es inseguro. En cierto sentido, su vida afectiva ya no tiene más objeto que él mismo. Ya no se trata de amar como un niño, y espera encontrar nuevos objetos. Su angustia por la soledad puede llevarle a amar a la primera persona que se presente para compensar la carencia. Sin embargo, para que el amor objetal pueda existir, debe establecerse la identificación con el progenitor del mismo sexo. En tanto que esta identificación no sea firme, la relación amorosa será aleatoria o se iniciará en forma de represalia contra sus padres: él (ella) amará a alguien para agredir a sus padres, y no porque esa persona represente un cambio o un progreso.

A esta edad, la vida amorosa es más una autobúsqueda que un encuentro real con el otro. El hecho de creerse enamorado se confunde con la intensidad emocional por lo difícil que le resulta al adolescente amar a alguien distinto de sí. Ama lo que experimenta de sí mismo a través del otro mucho más que al otro en sí: se busca al amigo(a) al modo narcisista; se le idealiza sobre todo por los rasgos o cualidades que al adolescente le gustaría poseer.

Este período está marcado por la ambivalencia de los sentimientos y de los deseos. Reina una gran confusión en las relaciones entre la vida afectiva y la vida sexual que aún no se han asociado. Tener ganas de relaciones sexuales no es lo mismo que amar a alguien en una psicología que aún no ha logrado calificar afectivamente el acto sexual. El sentimiento amoroso, el amor a los demás, a sus padres, la amistad y la camaradería son diferentes modalidades de la vida afectiva con las que el adolescente va a aprender a componer su relación.

Muchas ideas de moda justifican las relaciones sexuales con alguien desde el momento en que «se está bien juntos». Estas relaciones pasajeras o de vacaciones no enriquecen la vida afectiva

del adolescente y fomentan la confusión mental respecto a su deseo real y a su identidad. Las experiencias sexuales no facilitan la madurez; al contrario, en algunos casos la retrasan. La madurez básica debe estar en camino o ultimada para que sea posible una relación completa. En la adolescencia, la mayoría de las relaciones afectivas se inician al modo defensivo y no ayudan forzosamente a transformar la economía afectiva ni a resolver los problemas sexuales. Los motivos de esta defensa son variados: ser más independiente de los padres, curarse de la masturbación (?), estar con alguien para no parecer homosexual, para valorizarse a los ojos de los demás o para ser aceptado por alguien porque uno mismo no sabe valorarse ni estimarse. En la mayoría de los casos se constata que el joven, con su expresión sexual, intenta afirmarse y tranquilizarse independientemente de las cualidades del otro.

Y cuando el entorno cultural se empobrece, la cultura ya no cumple su papel de confirmadora de las posibilidades y de las cualidades del individuo, y éste, entre otras cosas, exigirá de la mera relación genital que dé respuesta a las dudas de su personalidad y a las incertidumbres de su existencia. En última instancia, el sexo debe cumplir una función cuasi-religiosa. Por eso, después de haber sido hipervalorado como si él mismo fuera su propio fin, en las representaciones actuales el sexo pasa a un segundo plano para quedar bajo el primado de una duradera calidad relacional y afectiva. La valorización de los sentimientos a que actualmente se asiste es consecuencia de la culpabilidad sexual de las representaciones de toda clase del denominado período de «liberación sexual». Se trata de una culpabilidad psíquica, y no moral, en el sentido de que expresa el fracaso relacional de los modelos de los años sesenta / setenta. La liberación sexual no ha encontrado al otro, y al mismo tiempo despierta un sentimiento de impotencia para existir afectivamente. Volveremos sobre estos cambios en el capítulo «El amor en los tiempos del sida».

La fidelidad, condición necesaria para inscribir una relación en el tiempo y favorecer el desarrollo del amor humano, vuelve a ser una exigencia relacional. No es un límite a la libertad. Cuando se vive así, es que hay un error en la elección de pareja, o una creencia ingenua en que el sentimiento amoroso acaba

con todas las contingencias, o una tendencia a vivir la presencia del otro en un clima edípico hecho de dependencia y de opresión en que la presencia del otro es sinónimo de castración.

La erotización de la relación y la aparición de emociones sentimentales se desarrollan en una dualidad agotadora para el adolescente. A los quince años, y después a los veinte, es cuando es más fuerte la pulsión sexual. Se la puede añorar y durante una parte de la vida correr tras esta intensidad perdida. Se requerirá tiempo para integrarla en la personalidad bajo el primado de los sentimientos.

Es revelador que hoy se hable más de ternura que de amor. Esta tendencia extrae sus modelos de la sexualidad infantil, en detrimento de la sexualidad objetal. Ahora bien, la ternura no es el amor en el sentido objetal. Si el adolescente define el amor con relación a una simple solicitud de ternura, es que busca relaciones protectoras, relaciones de autoconservación que reproducen la primera forma de relación amorosa del niño. Como ya hemos dicho, no hay nada de extraño en que el amor empiece por la ternura, pero instalarse en esta relación para vivir un amor pasivo y protegido, por tanto, un amor de niño, no tarda en volver frágil. El fin del amor no es la ternura, y ésta debe evolucionar para que sea posible la relación con el otro; si no, la relación amorosa se transforma en regresión reparadora. Cuando la vida afectiva únicamente se articula sobre la ternura, ya no se plantea el problema de la identidad de lo masculino y lo femenino, como tampoco la orientación del sentido del deseo, pues la persona permanece en una economía infantil en la que los miembros de la pareja representan simultáneamente el papel de sustitutos de los padres.

Los estudios que hemos realizado con jóvenes de doce a treinta años muestran que, en el contexto actual, las preguntas sobre la identidad (pertenencia sexual y orientación del deseo) no se formulan mucho antes de los veinte o veinticinco años. Entre tanto, las relaciones de chicos y chicas se viven sobre todo de modo confuso y fusional. Por otra parte, la imagen de la pareja juvenil es ambigua: la búsqueda de la igualdad se confunde a veces con la negación de la identidad personal y con la voluntad «fantasmática» de tener el mismo sexo. Esas parejas a menudo viven según el modelo de la relación fraternal. La

moda del vestir que les hace compañeros idénticos es muy significativa: llevar la misma camiseta equivale a poseer la misma piel y atributos similares. De manera sutil, el conflicto de la bisexualidad reaparece en las pseudo-relaciones heterosexuales con motivaciones homosexuales. Esta actitud conflictiva puede resolverse gracias al reconocimiento de la diferencia sexual, a la restitución al cuerpo del otro de las características de su género sexual y a la aceptación de la simbólica representada por cada sexo.

La necesidad de asociar la sexualidad a la afectividad es un componente del psiquismo. Sin embargo, durante cuarenta años se ha dado a entender que se podía separarlas. Esta disociación esquizoide se ha hecho insoportable, perversa y contraria a la elaboración psicológica de la personalidad. Situar el sexo bajo el primado de la afectividad es una de las tareas psíquicas de la adolescencia. A veces es un trabajo duro que, en principio, no implica «actuación», sino sobre todo construcción del sentido del propio deseo para después poder extraer beneficios afectivos. Ahora bien, el placer, por muy importante que sea, no se confunde con los beneficios afectivos.

Durante el proceso de la adolescencia, la asociación de la sexualidad a la afectividad no conduce a nada, o conduce a muy poco. El rechazo del amor en el acto sexual que se produce en algunos adolescentes algunas veces aparece como el rechazo de los vínculos objetales de la infancia y de la culpabilidad edípica: se entiende el acto sexual como un acto higiénico. Si esta actitud se prolonga, el individuo utiliza como fuente de satisfacción el placer preliminar de la pubertad y del principio de la adolescencia. De por sí, la experiencia sexual no provoca el descubrimiento de nuevos objetos amorosos.

Entre los quince y los veinte años, el amor se vive como una realidad precaria. Es el reflejo de las ambivalencias de esta edad, la edad de los «pseudo» (pseudo-enamorado, pseudo-heterosexual, pseudo-homosexual, pseudo-uno mismo). Si la vida sexual empieza a encontrar beneficios, el adolescente no progresará necesariamente y podría conservar del amor la idea de una relación pasajera y transitoria. Si los jóvenes de los años setenta se conformaban con ello, no sucederá lo mismo con los de los años noventa.

Las relaciones en la adolescencia entre chicos y chicas dependen de las vacilaciones de su identidad. Inseguros respecto a sí mismos en sus deseos y en sus decisiones, su angustia les predispone a caer en los brazos de la primera persona que llegue. Además, el entorno los inducirá más a «realizar el acto» que a reflexionar sobre sus deseos. Una buena reflexión ayuda a simbolizar una vida afectiva y sexual que no tiene interés en expresarse demasiado pronto: el pensamiento y el deseo deben efectuar todo un trabajo interior antes de que el individuo pueda realizarse en el amor. La persona que ha llegado a la madurez de su identidad debe saber y poder amar al otro por su valor personal y original y no por la función amorosa, tranquilizadora y valorizadora que pueda cumplir.

La sexualidad oral como hambre del otro, la sexualidad anal como poder sobre uno mismo y sobre el otro, la sexualidad fálica como sentimiento de confianza, la sexualidad edípica como reconocimiento de la ley y del sentido del otro mediante la prohibición del incesto, la sexualidad genital como aceptación de la presencia del otro y adquisición de la identidad sexual: tales son los procesos que componen la realización progresiva de la sexualidad humana y del vínculo sexual. En la sexualidad llegada a la madurez estarán siempre activos, jerarquizados en una organización superior en torno al sentimiento amoroso y a la transmisión de la vida. En el inconsciente, permanecen en orden disperso y buscan su interés por sí mismos. Pero para que la sexualidad sea viable en la realidad exterior, debe encontrar modos de expresión mediante opciones en las que necesariamente se encuentran la problemática afectiva y sexual del individuo, el conformismo con el entorno y con los estereotipos de moda, los sistemas de regulación social, la reflexión ética y la elección de los valores a partir de los cuales va a construirse la relación.

4

De sexo y de amor

«Os hacéis del amor una idea un poco simplista. No es una sucesión de sensaciones independientes unas de otras».

Françoise SAGAN,
Bonjour tristesse

¿Están el deseo sexual y el amor destinados a vivir separados, como los han presentado algunas representaciones, modas y sistemas de pensamiento organizados a lo largo del siglo xx?

Sabemos que en el inconsciente las pulsiones sexuales buscan su propia satisfacción. Intentan lograrlo proponiendo argumentos imaginarios que, más que inspirar una relación, recluyen en un universo cerrado. Las pulsiones parciales, entregadas a sí mismas, impiden el trabajo de asociación en la personalidad de la corriente sexual y la corriente afectiva. La utilización de un lenguaje primario para manifestar «apetencias» expresa bien este «handicap»: así, hablar de que alguien hace que «se te empine» o de que «te pone húmeda» no es forzosamente prueba de la convergencia de esta reacción con el sentimiento amoroso. El sexo por el sexo tiene sentido con respecto al inconsciente, pero, en la realidad, es un absurdo. El sexo no puede tener en sí su finalidad, pues esta tendencia termina siempre por volverse contra el individuo, que, tras los fracasos, se va desexualizando progresivamente.

La valorización del sexo fuera de una dimensión relacional da la razón a las pulsiones parciales. Éstas no aceptan al otro por sí mismo, sino como una mera pantalla sobre la que cobran forma sus argumentos imaginarios. El «voyeurismo», el exhibicionismo, el sadomasoquismo, el autoerotismo, la pedofilia y la negación de la diferencia sexual en la homosexualidad, buscados por sí mismos, impiden la relación con el otro. La pulsión provoca una distorsión del sentido (perversión) al convertirse en su propio sujeto y su propio objeto. Esta disfunción psíquica

descalifica al individuo, que tiene dificultades para asumirse como sujeto de sus pulsiones.

El egoísmo, que hoy se llega a presentar como un valor, se desarrolla tanto más fácilmente cuanto que las mentalidades y las representaciones sexuales están próximas a la psicología de las pulsiones parciales en detrimento de la psicología genital. El egoísta es una criatura de la pulsión orientada hacia sí misma, ya que el otro no existe fuera del placer, por otra parte, más esperado que obtenido realmente. Sin embargo, desde que las pulsiones parciales se sitúan bajo el primado de la sexualidad genital, se hace posible la relación con el otro, y el individuo gana en libertad al no depender ya de conductas autoeróticas.

El debate para favorecer una sexualidad creativa y evolutiva no es de naturaleza únicamente psicológica. Hay que recordar que las pulsiones parciales no crean nada y que su repetición es mortal. Entre el individuo y el campo de los valores o, para ser más precisos, de la moral, va a instaurarse otro debate con el mundo exterior, debate a partir del cual se harán las opciones. No puede excluirse la moral de la sexualidad, como equivocadamente se quiere dar a entender. Pero la confrontación entre el sexo y la moral nunca ha sido simple. Los dos órdenes tienen tendencia a enfrentarse antes de poder establecer un diálogo susceptible de inscribir la expresión sexual en el mundo exterior de manera viable. Ello no puede hacerse sin renunciaciones y frustraciones, condición indispensable para alcanzar bienes duraderos.

La ley y el deseo

El goce sexual depende de la relación que el individuo mantiene con la ley. Sin moral, quizá no habría goce sexual.

Durante sus primeras relaciones sexuales, el individuo tiene frecuentemente la impresión de transgredir una prohibición; dado que la expresión sexual es privilegio de los adultos y, en particular, de los padres, otorgarse el derecho a vivir relaciones sexuales es una manera de conquistar un dominio reservado, de no ser ya considerado como un niño; pero el miedo a superar una prohibición puede provocar inhibiciones o, al contrario, conductas desafiantes que intentan liberarse en la realidad de un peso interior.

Como ya señalamos en el capítulo anterior, este sentimiento de culpabilidad también es un vínculo con la muerte. En efecto, consentir iniciar una vida sexual es admitir que los padres son mortales, que ya no mandarán sobre el individuo, aun cuando éste continúe amándolos y respetándolos. La angustia de algunos padres ante las primeras relaciones sexuales de sus hijos tiene su origen aquí. Algunos harán cualquier cosa para retrasar el momento; otros, para que no los marginen, se situarán en la sexualidad de sus hijos o hijas. Les regalarán preservativos, les facilitarán la experiencia sexual bajo su propio techo o erotizarán de manera demagógica las relaciones amistosas entre los jóvenes, en una indebida actitud intrusista.

La capacidad de gozar del joven ya adulto va a depender de su autonomía respecto a la ley sexual parental. Mientras se pregunte por lo que vayan a pensar su padre o su madre sobre sus hechos y gestos, o mientras actúe para oponerse a ellos, no podrá ser plenamente él mismo. Su goce sexual depende también de su ley interior representada por el ideal del Yo. Esta instancia de control psicológico es resultado de la idealización de sus padres durante la infancia y de sus necesidades narcisistas. Quienes han renunciado a la omnipotencia del sentimiento narcisista y están en armonía con sus imágenes parentales poseen un ideal del Yo coherente y flexible que les permite evaluar sus deseos y decidir sobre ellos: están a gusto consigo mismos. Y a la inversa, los que no han tenido éxito en esta operación se mantienen en el narcisismo, se toman por el fin de todas las cosas y, sobre todo, se presentan con un Yo ideal ante el cual nada debería resistirse. En otros términos, se toma al Yo por el ideal, y no es el ideal interiorizado el que indica al Yo las posibilidades y los límites. Estas personalidades egocéntricas impresionan y frecuentemente toman el poder en detrimento de personas más respetuosas con los demás y con las reglas.

Las personalidades organizadas en torno al ideal del Yo van a trabajar interiormente sus relaciones teniendo en cuenta a los demás y los valores que les dan sentido para durar en el tiempo. La moral, las reglas y las costumbres serán otros tantos espacios

de reflexión a partir de los cuales se hacen posibles la vida y las opciones, y no obligaciones que aprisionan la libertad¹.

Es diferente la actitud en quienes están estructurados con un Yo ideal. Están tan marcados por el miedo a la impotencia que ante todo intentan afirmarse. La ley exterior (moral, reglas sociales) se vive como opresión y sometimiento y no como la posibilidad de vivir con los demás y evaluar las propias opciones. Por tanto, si bien en algunos casos la moral alimenta a neuróticos sometidos a su Superyo parental, en otros casos el rechazo de los valores y de la reflexión moral mantiene la castración que ellos niegan con violencia.

La mayoría de los que se desgañitan eliminando todas las referencias morales a partir de las cuales adquiere sentido la sexualidad, inconscientemente trabajan por la pérdida del sexo. De este modo, paradójicamente se unen a los que se protegen con la moral o con ideales únicamente inspirados en el temor que en ellos suscita la sexualidad. Esta obsesión inversa también va en contra de la realización del deseo sexual. En el primer caso, el goce es complejo, y el modelo-tipo corresponde al pensamiento de Simone de Beauvoir y de los personajes de Marguerite Duras; en el segundo caso, el goce es imposible, como le sucedió a Salvador Dalí, que preservó mucho tiempo su virginidad porque creía que el acto sexual le haría morir. Gala se la hizo perder y, loco de alegría, se quedó asombrado por no haber muerto. Es evidente que sufrimiento y placer estuvieron en el origen de su erotismo surrealista: daba la impresión de gozar aun cuando ese goce no tenía nada de erótico; simplemente sufría despertando los fantasmas de los demás.

La integración o el rechazo de la ley se deciden a través de las reapariciones y reactualizaciones del conflicto edípico. Si la

1. Esta actitud anímica no implica que haya que someterse a cualquier ley. Algunas, como la prohibición del incesto, son indispensables para la estructuración de la personalidad. Otras favorecen la vida social, como el Código de la circulación o las leyes adoptadas democráticamente. Finalmente, la moral y los valores que dan sentido a la existencia son otras tantas realidades a partir de las cuales ejerce su libertad la conciencia moral. En nombre de la ley de la igualdad en dignidad podemos luchar contra todos los totalitarismos y contra el orden moral represivo.

ley se confunde con la castración, el goce se buscará más en los sueños, mientras que su satisfacción se rechazará o será imposible en la realidad de las relaciones. Simétricamente, correr tras el (la) amante, lejos de ser un signo de libertad, sólo será síntoma de un aprisionamiento sin nombre. La necesidad de cambiar a menudo de pareja, de encontrar a alguien en doblete con otro(a), se corresponde con una escenificación para liberarse de la castración con la esperanza de que, al introducir a un tercero en la relación, habrá un desenlace. Esperanza ilusoria, ya que estas relaciones no hacen sino reforzar el sistema neurótico sin poner fin a la castración.

Como hemos dicho repetidamente, la denominada «liberación sexual» no ha tenido lugar en el sentido previsto. Un acercamiento superficial afirmaría lo contrario en nombre del sexo invasor de todo, como si este estado de cosas fuera nuevo e inédito en la historia. La visión narcisista que tenemos del hombre desde el siglo XVIII, cuando comenzó a ser objeto de estudio científico, querría hacernos creer que anteriormente no existió nada. El siglo XX no ha inventado comportamientos sexuales hasta ahora desconocidos: nuestros antepasados sabían gozar y dar rienda suelta a sus pulsiones sexuales, hasta el punto de que hoy, sin ninguna duda, veríamos en ello, a veces con razón, perversiones y actos de violencia. Los juegos sexuales que se permitían con los niños, y que perjudicaban su maduración afectiva, actualmente serían denunciados por los educadores e incluso serían objeto de procedimiento judicial. A la inversa, los deslices sexuales que podían producirse fuera de la relación conyugal no se percibían siempre como actos de infidelidad afectiva, hasta que se introdujo el sentimiento amoroso como referencia de la relación conyugal.

Por tanto, la novedad sexual de los años sesenta y setenta no fue la liberación sexual, aun cuando es verdad que se permitieron comportamientos manifiestos que habitualmente habían sido ocultos. En realidad, la novedad consistió en hablar abiertamente, en reivindicar el placer, en querer explicarlo y justificarlo; pero cuanto más se convierte la palabra en queja sexual, menos capaz se es de vivirla en la relación.

«El exhibicionismo y la verborrea», según la expresión de Albert Béjin, parecen haber caracterizado esos años de la ilusoria

liberación sexual que desembocó en el hastío sexual. En cuanto a la valorización de las relaciones con múltiples compañeros, más que nada han contribuido a la aceleración de las enfermedades de transmisión sexual (E.T.S.), sin por ello hacer que estas relaciones evolucionaran en calidad afectiva.

La promiscuidad sexual ha existido siempre y, sin duda, era mucho más relevante en el pasado que hoy. La evolución de las casas de citas es un reflejo del cambio que se ha producido en el sentimiento erótico en el curso de este siglo. Laure Adler² dice: «Desde 1880, las casas de citas se abandonaron, porque a los hombres ya no les apetecía ir a consumir mujeres consideradas como esclavas, mujeres juzgadas demasiado pasivas. Les apetecía poder consumir amor en relaciones igualitarias con las chicas. Entonces se superó definitivamente una etapa. La historia del amor progresa. Verdaderamente, querer reabrir las casas de citas es olvidar el movimiento de liberación de la mujer y todos los progresos de la relación entre los sexos».

Aunque la promiscuidad sexual haya correspondido a una práctica más extendida que lo que hoy lo está, no se la consideraba un ideal. Se toleraba, pero el ideal amoroso era otro, sobre todo a partir del siglo XII con el nacimiento del amor cortés que progresivamente irá invadiendo la vida conyugal los siguientes ocho siglos. Sin duda la novedad es querer hacer de la promiscuidad sexual o de la relación con múltiples compañeros un valor equivalente a las otras formas relacionales más elaboradas. Aquí se confunde una vez más el ideal del Yo —en el que el individuo intenta poner en práctica un ideal que le supera— con el Yo ideal —en que el individuo se considera a sí mismo como ideal: Narciso está en una jaula dorada, pero sigue siendo una jaula.

Finalmente, la gran preocupación en los años ochenta fue saber cómo protegerse de las E.T.S. y, por supuesto, del otro, más que reflexionar sobre la vida afectiva, la relación amorosa y la sexualidad.

2. Laure ADLER, *Vie quotidienne dans les maisons closes, 1830-1930*, Hachette, Paris 1990.

La desconfianza del otro

La sexualidad se ha transformado en una relación de la que hay que desconfiar; el otro se ha convertido en un riesgo, porque no es posible encontrarse con él e intercambiar el caudal afectivo. Con el paso del tiempo, el sexo por sí mismo, desconectado de la dimensión afectiva, se vive mal: rápidamente aparece ante los más lúcidos como un fracaso relacional y como el riesgo de perder la unidad.

La asociación del sexo y la afectividad, cuando se consigue, ofrece una síntesis psicológica capaz de formar y hacer vivir una relación amorosa. Entonces podrá expresar la plenitud e inscribirla en el tiempo. La dificultad de lograr realizar este trabajo continuo de síntesis provoca muchos sufrimientos afectivos, en una soledad incapaz de unirse a los demás por falta de vínculos internos. Es bastante inaudito constatar que los años denominados de comunicación y de liberación sexual han favorecido de hecho el aumento de la soledad y de las inhibiciones sexuales. Cuando se examinan los hechos y las representaciones, una vez más se percibe hasta qué punto es engañoso el discurso ambiente.

Según nuestra hipótesis, la desconfianza hacia los demás nació de los fracasos de la vida afectiva y de las relaciones sexuales, del mismo modo que la confianza y el abandono en el otro, en los «conviviales» años sesenta-ochenta, iban a la par con el desarrollo del modelo de libertad sexual. Era la época en que se quería un acercamiento al otro más subjetivo, menos convencional y menos opresivo, pero esta actitud propició una relación más fragmentadora que personalista.

¿Serán los años futuros más exigentes en el plano afectivo en cuanto a la naturaleza y la calidad de la relación? Si se tiene en cuenta un cierto número de datos, parece que el individuo ya no se entregará de cualquier manera. La relación sexual, frecuente y curiosamente valorizada durante las últimas décadas como la mejor manera de conocer al otro, pasa a un segundo plano; parece que se orienta hacia una comunicación más global y más personal, fundamentada en el deseo de estar juntos, de hablar y de compartir actividades. La toma en consideración de la realidad, necesaria para los jóvenes entre veinte y veinticinco

años, a menudo los lleva a no valorar el sexo por sí mismo, como hacía la generación anterior, sobre todo cuando el sexo no representa ya sistemáticamente un papel ni iniciático ni liberador respecto a los padres. No siempre se vive como una victoria, sino que apenas es más que un nuevo modo de expresión al que se accede, pero cuyo beneficio está lejos de igualar las promesas de los cánones de moda.

¿Y la relación pasajera? En las representaciones que se perfilan será menos visible. La relación sexual, como preliminar a cualquier comunicación, también será menos frecuente o diferirá en cuanto a un doble objetivo: en primer lugar, conocerse bien, y después, asegurarse de que el sexo aportará un plus. Una sexualidad sin la palabra y sin la elaboración de un itinerario intersubjetivo cada vez se percibe como más inútil. La necesidad de no confundir placer, goce y amor motiva este rechazo. Se puede gozar sin amor, pero tal goce no inscribe nada ni en el orden relacional ni en el orden de la temporalidad: se permanece en las desviaciones de la dispersión de las pulsiones en estado primario, como el niño antes de convertirse en sujeto.

Los misioneros de la liberación sexual con frecuencia están desconcertados ante estas nuevas conductas que querrían explicar por el miedo que inspira el sida. Como veremos más adelante, estos comportamientos comenzaron mucho antes de que la población se concienciase respecto al peligro de esta nueva contaminación y de las E.T.S. Las razones son otras. Del infierno de las pasiones o de las ilusiones románticas algunos dicen «Ya hemos pasado por ello», refiriéndose a sus padres o a los modelos sociales encarnados por los personajes del mundo del espectáculo o a las tentativas del principio de su adolescencia gracias a las cuales pensaban que «ya lo habían hecho».

Por tanto, ante tantos fracasos, se guardan las distancias. Se teme tanto la invasión amorosa como el hijo no deseado o una E.T.S., y estos «riesgos» se abordan en el mismo plano por miedo a sentirse herido, para preservar la integridad o para proteger el confort narcisista, aun cuando para ello haya que sufrir. Los modos de satisfacción deben depender más de uno mismo que de la relación con el otro. Es sintomático constatar que algunos jóvenes ya adultos aún practican con satisfacción la masturbación solitaria, al mismo tiempo que lamentan seguir

ligados a esta conducta infantil, aunque este pesar se refiere al sufrimiento por estar solo, a la incapacidad de establecer un vínculo o a la imposibilidad de llevar realmente a la práctica su subjetividad o incluso de liberarse de una implicación afectivo-sexual demasiado grande respecto a sus padres. La masturbación que así se prolonga es muy reveladora de la suficiencia narcisista en que se encuentra la sexualidad, sin posibilidad de modificar su relación con los objetos. Tal sexualidad es como la del niño: imaginaria y sin objeto. De este modo, muchos adolescentes pueden instalarse en el autoerotismo de las pulsiones parciales, que es cada vez más invasor. Bromeando, se habla de fragmentos del cuerpo que excitan, como hacen los niños pequeños con el «pis» y la «caca». Por otra parte, se habla para no tener que enfrentarse a ello, pues para la mayoría, que dista mucho de estar a gusto con el sexo, cundiría el pánico y se produciría una desbandada. Se juega con las apariencias mediante la broma y el cinismo o incluso la maldad. La falta de pensamiento, de ideas, de conocimientos y de proyectos se transforma en burla en un cerebro que gira en el vacío, porque no se hace nada, no se consigue alcanzar los objetivos, y, en estas condiciones, la ironía resulta ser el signo clínico de la frustración. En tal situación, el juego verbal es distorsionador, pues da a entender indebidamente que quien utiliza la burla se ha liberado de la realidad que designa por medio de las palabras.

Hay poca distancia entre la ironía y el sadismo. El sadismo está muy presente en las representaciones de la sexualidad y es un poderoso inductor de desconfianza. Si el miedo a ser amado domina a numerosas personalidades, también desconfían de sus sentimientos y vacilan antes de expresarlos, como durante el período de ambivalencia de la psicología anal: «Retengo y doy». El miedo a perder y a dejar una parte de sí mismos en una experiencia sin mañana los induce a la moratoria amorosa.

Por tanto, se desconfía del riesgo del amor y, en el peor de los casos, el individuo se refugia en el egoísmo. Las denominadas agencias de «comunicación», al acecho de las tendencias de la afectividad contemporánea, lo han percibido, hasta el punto de haber sugerido que un perfume de hombre, que ha tenido un gran lanzamiento publicitario, se denominara «Egoísta».

En esta alquimia psíquica en que está ausente el «afecto» por el otro, se preparan todos los ingredientes de una relación agresiva.

El vacío subjetivo

En los años ochenta, los años del vacío, del «bluf», de la filosofía del desprecio, de los pseudo-luchadores y pretendidos ganadores, de los «yuppies», de la sociedad espectáculo, de la caridad escandalosa, de la sexualidad en cómic, fría y catódica, en que no hay sino nulidades, como los describe Éric Rochant en su película *Un monde sans pitié*, había que darse una apariencia relacional con el «look», es decir, una imagen sin palabras cuyo contenido importaba poco. Ante el vacío afectivo (fracasos, ruptura, soledad), el vacío de los valores, el vacío político, el vacío cultural..., se quisieron recuperar los sueños de los años cincuenta, a partir de los cuales nacieron los treinta gloriosos y cuyos modelos relacionales hoy se encuentran en un «impasse».

La relación de pareja, al no estar anclada en un humus afectivo, ha sido una de las relaciones más frágiles. Una relación superficial, en la que al uno le es indiferente el otro, en la que se teme declarar un amor para siempre, como si amar fuera vergonzoso, estuviera pasado de moda o reservado a los adultos con los que no querían integrarse. Algunos, que a pesar de todo querían casarse, experimentaban malestar ante la idea de anunciárselo a sus amigos: «Yo tenía la impresión de traicionarlos o de cambiar de campo, de hacer algo indebido, de que no me tomarían en serio. Me sentí obligado a casarme casi a escondidas, invitando al juzgado sólo a mi familia más próxima. Habría querido casarme en la iglesia, pero si los demás lo hubieran sabido, mi matrimonio habría cobrado demasiada solemnidad. Preferí la discreción para no decepcionar a los de mi generación» (Xavier, veintisiete años).

También hemos asistido al progresivo empobrecimiento del contenido afectivo de las relaciones, a su desplazamiento hacia una regresión a las formas menos elaboradas de la ternura y hacia una sexualidad primitiva, incapaz de inventar nuevos gestos amorosos diferentes de los de la sexualidad infantil.

A veces algunos se conforman con intentar reproducir las imágenes aprendidas de las revistas especializadas, repletas de hombres y mujeres de papel; la «imago-sexología» sustituye al imaginario atrofiado de las sobremediatizadas mentes contem-

poráneas. El resultado de este modelo es haber llevado al desencanto de lo que se esperaba a través del sexo. La vida interior está insuficientemente ocupada, con una sensación de vacío recurrente, obsesionante. Cada vez son más numerosas las personas habitadas por las imágenes mediáticas, el sonido de los «walkmans» y las vibraciones de los «videoclips»; pero, una vez liberadas de estos cerebros auxiliares, ¿qué les queda de su propia interioridad? En muchos casos se llega a la afasia.

El trabajo para hacer vivir la interioridad sigue intacto. Sin embargo, ante el número de personas que buscan lugares de formación, de reflexión, de expresión artística o de recogimiento, se ve que la necesidad de desarrollar y alimentar la interioridad corresponde a una exigencia actual. En la mayoría de las hospederías de los conventos de las grandes órdenes religiosas, hay que hacer la reserva con muchos meses de antelación para estar seguro de conseguir un sitio, dada la enorme demanda.

Las carencias de la subjetividad y su difícil puesta en práctica, tanto en la personalidad de cada uno como en las relaciones con los demás, son la doble consecuencia de un espacio interior mayor que se ha desarrollado en el curso del siglo xx, al mismo tiempo que expresión de la falta de transmisión de nuestra herencia cultural. Desde hace veinte años, la educación ha marginado datos elementales pensando que se transmitían casi genéticamente de generación en generación. No siempre se ha enseñado a los niños el abecé de la simple comunicación humana; la valorización de la imagen en detrimento de la palabra y la confusión entre su vida afectiva y la de los adultos no han contribuido a formar su subjetividad. La confusión de los lazos de parentesco en unas familias desnuclearizadas no siempre ha permitido comunicar las referencias esenciales para consolidar la vida psíquica: «Ya no sé dónde estoy, con las madrastras y los padrastros que se han ido sucediendo en mi casa desde mi infancia. Ni siquiera sé si es así como tengo que llamarlos», decía recientemente un joven de dieciocho años. Del mismo modo, la confusión de las identidades sexuales no ofrece modelos coherentes desde los que sea posible construirse. Es demasiado arriesgado introducir en uno mismo realidades que se han desvalorizado y que no hacen vivir. Otro joven, que ex-

presaba su pesar por no encontrar a su alrededor adultos consistentes, no vaciló en decir a modo de identificación caníbal (la del niño pequeño): «No hay nada que llevarse a la boca. Los padres aún están más desorientados, se sienten más abandonados que nosotros».

Esta falta de recursos interiores es una de las consecuencias de haber eliminado la afectividad del sexo, pues se ha suprimido cualquier debate con uno mismo, cualquier jerarquía intelectual o moral. Es el riesgo de la mayoría de las llamadas obras de educación sexual, en las que todo se presenta como «normal», sin problemas, como si no hubiese preguntas que plantearse. Esta medicalización de la sexualidad racionaliza de manera simplista las realidades psicológicas y falsea la comprensión del desarrollo juvenil sobre el que se basa el destino psíquico.

Así es como se puede leer en una revista especializada³ estos comentarios a propósito de una encuesta realizada a doscientos sesenta y seis jóvenes sobre «La primera relación sexual de los adolescentes»: «La edad de la primera relación se convierte en el índice de la maduración psicológica y corporal de una población y, a escala individual, marca el ritual del paso al estado adulto».

¿Cómo se puede afirmar, para interpretar los resultados de esta encuesta, que la primera relación sexual es signo de madurez y marca el cambio de status del adolescente? Cuando se estudia lo que el adolescente realmente ha vivido, teniendo en cuenta su psicología, durante entrevistas personalizadas según el método cualitativo y no sólo con el método cuantitativo de las estadísticas, se observan mejor los impulsos y los registros que han estado en el origen de esta experiencia sexual. La primera relación sexual a menudo se vive al modo de la sexualidad infantil, sin que se haya modificado aún la relación con el objeto. A veces la motiva más la curiosidad que un auténtico deseo del otro. Igualmente, puede presentarse como un desafío lanzado a una relación edípica que no logra resolverse, o como la espe-

3. «Le Premier Rapport sexuel des adolescents» (a propósito de una encuesta en el medio estudiantil), en la revista *Contraception, fertilité, sexualité* 15/1 (1987), pp. 61-67.

ranza de rivalizar con la madre fálica asumiendo el riesgo de hacer un niño. Los diseñadores de esta encuesta se niegan a examinar el contenido subjetivo y afectivo de esas relaciones: sólo tienen en cuenta las apariencias, sin percatarse de que desvitalizan la interioridad. Con semejante hipótesis de partida, en la que se proyecta la idea de una madurez adquirida gracias a la primera relación sexual, sólo se puede llegar a resultados no válidos, a un concepto de la sexualidad que prescinde de las dimensiones psicológicas de la maduración, y se contribuye a validar una sexualidad subjetivamente vacía. Como anteriormente se ha visto, el estudio de las encuestas muy frecuentemente muestra que alimentan y refuerzan los estereotipos de moda, pero no revelan lo que está en juego en los comportamientos.

Esta debilidad de la subjetividad para asumir las nuevas realidades afectivas se encuentra más particularmente en las dificultades escolares, relacionales, sexuales, conyugales y psicológicas. Por eso, con algunos pacientes en el ámbito psicoterapéutico, antes de recurrir a una cura analítica, es necesario utilizar técnicas alternativas para favorecer la organización de la vida subjetiva; si no, el paciente es incapaz de elaborar su deseo y de hablar de sí mismo, de sus dificultades y de sus carencias. Algunas terapias conductistas, cognoscitivas o corporales, especialmente para tratar los trastornos psíquicos de la sexualidad, son relativamente eficaces para engranar procesos que se han bloqueado en estadios infantiles y angustiosos para el individuo. Después podrá prescribirse la intervención de una psicoterapia analítica para apoyar y desarrollar sus capacidades subjetivas.

Es difícil reflexionar sobre uno mismo y acceder a la interioridad afectivo-sexual cuando no se ha adquirido el sentido de las realidades y de las contingencias. Esta etapa psicológica se desarrolla sobre todo durante la adolescencia, gracias a la reorganización del ideal del Yo, que transforma la suficiencia del narcisismo mediante proyectos e ideales, pero también en función del enriquecimiento cultural y espiritual ofrecido por el entorno. Actualmente, no siempre es éste el caso, ya que los modelos⁴ educativos (y escolares) tienden más a alimentar lo

4. En un excelente estudio, F. Marchand, psicólogo de la educación, ha

psico-sensorial (ver, tocar, experimentar) que lo psico-racional (analizar, pensar, optar) o lo psico-ético (valores, bien común, espiritualidad). Sin embargo, la formación de una personalidad debe tener en cuenta esas tres realidades si no se quieren crear interioridades mutiladas.

¿El retorno del amor?

Desgajar el sexo de la afectividad ha sido una de las causas de que se haya empobrecido el funcionamiento de las subjetividades. Sin embargo, ahora se admite más el amor en la relación sexual, lo mismo que las nociones de fidelidad y familia. La necesidad de vivir desde el interior en la coherencia del sentimiento amoroso que une a la pareja se expresa mediante el deseo de encontrar al hombre o la mujer de su vida. Ésa es la esperanza, pero ¿qué hay de la realidad? Los sondeos no son capaces de decir cómo lo viven realmente los que responden a ellos, pues están atrapados entre su ideal de vida y su vida real, y no siempre sabemos desde qué registro se dan las respuestas.

Queríamos creer que asistimos a una vuelta del sentido del amor en la vida sexual. Sin duda es algo más complejo. ¿Se trata de un retorno? ¿O bien se trata de una toma de conciencia de que el sentimiento amoroso está en el núcleo de la relación de pareja como una realidad a construir y no como una adquisición definitiva? Si la elección de pareja es adecuada —lo que no siempre es el caso—, les queda por ir elaborando diariamente una relación amorosa que resuelva los problemas que no dejarán de plantearse. En caso de dificultades, la solución no está forzosamente en la separación y el divorcio, recurso demasiado fácil cuando no se sabe tratar un problema relacional o afectivo en la pareja. Si bien algunos pueden rehacer su vida sobre nuevas bases, para la inmensa mayoría no sucede lo mismo: casi siempre persisten las cuestiones no resueltas, sobre todo cuando dependen de conflictos personales de inmadurez afectiva. En la vida de pareja hay que franquear distintas etapas, como hay que

establecido las condiciones de una educación escolar que tenga en cuenta la psicología del niño y las exigencias culturales actuales. F. MARCIAND, *Risquer l'éducation*, Ed. Le Journal des Psychologues, Marseille 1989.

hacerlo en cada una de las crisis existenciales a tratar, para acceder a otras realidades. La crisis de «los cuarenta», como la de la menopausia, la de la marcha de los hijos o la de la transformación de la sexualidad espontánea, son otras tantas situaciones en que hay que reflexionar y sopesar antes de ver en ellas la prueba del fin del amor al otro. En el ámbito de los problemas afectivos, sexuales, relacionales y conyugales, en principio la solución está en la reflexión y no en la acción.

La profundización en el sentimiento amoroso obliga a un trabajo sobre uno mismo para el que la educación no siempre nos ha preparado. No basta con amar para resolver las dificultades; también hay que preguntarse sobre la naturaleza del problema y sobre lo que es amar. ¿Asistiremos en los próximos años a una reflexión positiva y más profunda sobre la relación amorosa? Si se escucha a las generaciones jóvenes en las reuniones dedicadas a la educación sexual, como hacemos desde hace más de veinte años, las preguntas que se repiten más frecuentemente son de este orden: ¿Cómo se puede saber que se ama a alguien? ¿A partir de qué momento es conveniente tener relaciones sexuales? ¿Cómo se puede saber si la relación va a durar para siempre? ¿Qué es la sexualidad? ¿Qué es el amor? ¿Qué hay que hacer para no tener un día que separarse? ¿Sufren los hijos por la separación de sus padres? ¿Por qué los padres se pelean como niños?

Estas preguntas son muy diferentes de las que se planteaban en los años setenta, que se referían más a la anatomía y a las diferencias psicológicas entre chicos y chicas (aun cuando ello siga estando de actualidad, como lo estará siempre), la contracepción, el aborto, la culpabilidad y las recriminaciones contra la denominada sociedad «represiva». El tono y los acentos son nuevos, y se observa una mayor preocupación por el contenido afectivo de la relación. El ideal del Yo no tiene en gran estima un sexo sin afectividad, aun cuando después algunos no lo vivan con tal coherencia: no se tratará más que de los ensayos y los errores imputables al período juvenil. El ideal del Yo de estas nuevas generaciones está configurado de otro modo, a diferencia del de la generación anterior, cuyos modelos consideraban el sexo autosuficiente, viniendo la afectividad por añadidura, como un regalo que cae en suerte al comprar un producto útil. ¿Será

la afectividad para el sexo lo que el regalito para el detergente en polvo?

Ya no nos encontramos en esta visión pasajera de una afectividad en reserva para que sirva —eventualmente— algún día. Actualmente se la sitúa en el centro de la relación, como condición y criterio indispensable para que la sexualidad tenga sentido, y un sentido relacional. Esta nueva cuestión hace trabajar más la interioridad, y el doble objeto mental (sexo / afectividad), que a menudo tiene intereses opuestos, ofrece los elementos para un debate interno que ocupa la interioridad del individuo en la búsqueda de vías de acceso al otro.

En numerosas representaciones se encuentra la exigencia de tener en cuenta la calidad afectiva, aunque no sea la única dominante. En efecto, coexiste con otras experiencias que frecuentemente adquieren relevancia gracias a las producciones cinematográficas y que querrían ser representativas y normativas: la del hombre o la mujer solos, el padre o la madre solos con su(s) hijo(s), el hombre o la mujer que viven en parte solos, pero unidos por el teléfono o por secuencias de vida: cada uno en su casa durante la semana, y los fines de semana juntos. En medio de estas diversas situaciones, se intenta recuperar el sentimiento amoroso. Sólo es algo aparente, ya que sobre todo están presentes los movimientos de la ternura, es decir, el amor pasivo (quiero estar seguro de ser amado) y sus numerosas formas de expresión preliminar, que extrañamente recuerdan la relación con el lactante: ¿no hemos visto que en las parejas actuales se llaman «bebés»?

El sexo inseguro

En este concepto de un sexo olvidado y disociado de la afectividad subyace una representación: la del sexo seguro e higiénico. La revolución denominada «sexual» ha tenido como consecuencia la exigencia a la ciencia de que garantice al sexo un goce al abrigo del fracaso y de la enfermedad y ha favorecido unas relaciones sexuales «higiénicas», sin preocuparse por el otro o por la calidad de la relación, y menos aún por permitir al individuo acceder a los misterios del amor. Se ha expulsado al imaginario amoroso, o más bien se le ha dejado en los callejones sin salida de la sexualidad infantil. Una vida sexual que

se basa en motivaciones superficiales e higiénicas termina por conducir al hastío: evidentemente, no es como para hacer soñar.

Esta sexualidad rutinaria que aparece con frecuencia en las encuestas y en las consultas está lejos de las tradiciones literarias eróticas que presentaban la voluptuosidad, la ley, el amor, la generación, la muerte y Dios. Basta con releer los textos que jalonan la historia humana desde la antigüedad, pasando por el bíblico *Cantar de los cantares*, para percibir en todas las épocas cuánto ha hecho soñar, imaginar, pensar, escribir y cantar la sexualidad (sexo y afectividad). Nunca ha sido un tema banal. La sexualidad, cuando existe deseo de amar, es el centro de la creación. Pero, si se desconfía del amor, ¿qué será de la creación artística y de la cultura? Por otra parte, ¿no estamos en una época de sincretismo, en la que se recurre al pasado y a otras culturas más que en una época creativa?⁵

Los «placeres higiénicos» de la época actual son la expresión de un modelo sexual en el que no hay nada por conquistar. Sin embargo, la juventud es el período en que se alcanza la propia expresión sexual a riesgo de perderse, de transgredir impulsivamente o como desafío las prohibiciones y los nuevos espacios. Si la sexualidad es un producto a consumir lo antes posible, si debe formar parte de la vida superficialmente, en tales condiciones ya no hay nada que conquistar.

La sexualidad asociada a la transgresión ha perdido su valor. La transgresión, que debe resolverse en la sexualidad, se ha desplazado hacia objetos artificiales que no alcanzan el objetivo esperado. La droga ha tomado el relevo de la prohibición sexual. Si sexualmente ya no hay nada que arriesgar, aparte de los peligros de los que hay que protegerse —concebir un hijo y las

5. L. FERRY, *Homo aestheticus*, Grasset, Paris 1990. «Homo aestheticus» plantea la cuestión de saber hasta qué punto se puede reducir la cultura en una sociedad que se quiere al alcance de cada individuo. En las civilizaciones antiguas, la obra de arte era sagrada. Hoy, el «homo democraticus» rechaza lo que le supera y no tolera lo que no puede comprender. Nuestra cultura ignora cada vez más la grandeza y lo sagrado; se contenta con la admiración o la polémica en torno a un individuo cuya obra se convierte en tarjeta de visita. Ejemplo: Buren y sus columnas. Entrevista concedida a Claire Gallois en *Paris-Match* (12-4-1990).

E.T.S.—, hay que fabricarse otros límites que traspasar, al final de los cuales no queda nada. ¿Cómo unos seres carentes de interioridad, del sentido del descubrimiento del otro, incapaces de inscribirse en la duración del amor conyugal y de un amor que trascienda, estimule y comporte historia, pueden entrever algo más que una vida sexual higiénica que conduzca al hastío? Esta constatación puede parecer muy severa e injusta en algunos aspectos, pero respecto a los comportamientos, las mentalidades y los modelos mantenidos por los medios de comunicación y los sistemas sociales (educativos, médicos, sanitarios), se obstina en fabricar parapleja sexual: al escamotear la afectividad, a la larga se suprimen los recursos de la sexualidad y se impone el hastío a falta de vivencias afectivas.

Por eso, como ya hemos comentado anteriormente, ante este modelo aparecen contra-tendencias, que el tiempo dirá si se confirman en el sentido de una mayor calidad relacional.

Ha habido una moda que insistía en la idea de que había que realizar los fantasmas. ¡Es una idea aberrante! Los fantasmas sostienen y animan las necesidades psíquicas; ponerlos en práctica equivale a destrozarlos y a destrozarse con ellos. Actuando así, no se construye la interioridad, sino que se la vacía de sus materiales esenciales. En efecto, en el ámbito sexual sólo es posible expresar una parte ínfima por medio de la relación genital; el resto se utilizará en beneficio de múltiples actividades humanas: las pulsiones parciales encontrarán así vías de acceso mediante las sublimaciones que contribuyen al enriquecimiento de la cultura. Pero, repitámoslo una vez más, si no se deja a los fantasmas en su sitio —animando esencialmente la vida psíquica— se resentirá la interioridad.

Ya sabemos que llevar a la práctica los fantasmas suprime las verdaderas realizaciones eróticas de una relación. En las consultas sexológicas esta queja se oye a menudo. Cuando en una pareja uno de los dos miembros desea practicar un gesto sexual que ha podido parecerle muy sugestivo en una película pornográfica, lo que frecuentemente ocurre es que el hecho de transformarlo en acto, en lugar de ser una experiencia de intensa voluptuosidad, se convierte de inmediato para el otro en algo inhibitorio e insoportable. Entonces, la sabia conclusión a la que llega su pareja o un confidente es: «Vete a que te curen». La

pornografía provoca efectos e induce realizaciones sobre todo en los castrados, que necesitan ser estimulados para afirmarse sexualmente; quienes han accedido a la resolución del complejo de Edipo y a la genitalidad la encuentran aburrida. Tienen suficientes recursos internos y no necesitan la influencia de un cerebro auxiliar. Liberados de las intrigas de la pubertad, esperan obtener más de la relación con el otro; ésta es la que les resulta estimulante, pues el espacio de su imaginario erótico es bastante más abierto.

Sin ninguna duda, en la relación amorosa hay necesidad de un arte erótico que actualmente no existe. Son muchos los que se quejan de tener una vida sexual monótona, pero las actitudes limitadas a un orgasmo higiénico, cuando no a una gimnasia genital calcada de las llamadas revistas especializadas, no enriquecen mucho la sensibilidad y la afectividad. Al no poder partir a la aventura con el otro en el viaje de los sentidos, el individuo se encuentra ante sus frustraciones y, a veces, ante su soledad sexual.

He aquí un ejemplo significativo del problema relacional que algunos tienen: «Vivimos juntos, ni soñar con separarnos; yo la amo demasiado, pero en el terreno sexual no hay ningún esfuerzo por su parte. Estoy sexualmente abandonado. Por tanto, en los desplazamientos y encuentros que tengo, doy rienda suelta a mis necesidades sabiendo que me gustaría satisfacerlas en mi relación conyugal. Es difícil o imposible. Después de haberlo razonado, un buen día estallo y tengo que hacerlo. Lamento no poder vivir esa intensidad sexual en mi relación amorosa».

Ésta fue la confesión de un hombre de cuarenta años, apenado por no poder vivir con más autenticidad, complicidad y armonía una relación afectiva en la que las relaciones sexuales eran demasiado escasas o realizadas apresuradamente. Es también frecuente oír estas palabras en boca de una mujer. Habría que examinarse para saber por qué es difícil, en el seno de una relación amorosa, hablar de las relaciones sexuales. Pasado el tiempo de los primeros encuentros y de la creación de la relación, una vez afirmada la confianza otorgada al otro, es como si ya no hubiese nada que elaborar, como si lo íntimo, al haber quedado dicho al principio de la relación, se hubiese agotado. Los reencuentros con el otro durante las relaciones sexuales pueden

espaciarse por diversas razones, que pueden ir de la inhibición al desinterés. Sin duda también porque, la mayoría de las veces, la sexualidad se ha modificado con la edad.

La sexualidad de los veinte años no dura. La sexualidad espontánea cesa habitualmente hacia los veintiocho-treinta años en la mujer y alrededor de los treinta en el hombre. La necesidad de hacer el amor frecuentemente, en cualquier sitio, en cualquier momento, varias veces por semana (en función de los individuos), va a disminuir. Esto puede sorprender y desconcertar a las parejas, que, en la duda, tienen tendencia a ver en ello una falta de interés recíproca, y no es eso lo que sucede.

La sexualidad del hombre y la mujer de cuarenta a cincuenta años, por ejemplo, experimentará modificaciones. Si bien el deseo puede seguir siendo igual de ardiente, el cuerpo exigirá, por razones fisiológicas, más tiempo para reaccionar que en el pasado. Las parejas, para relacionarse, deberán integrar esta nueva realidad; sus gestos estarán más marcados por el cariño y la atención que los más impulsivos e inexpertos de sus veinte años. Hoy, mucha gente se queja de no sentir deseo sexual. «¡Queríamos, pero no podemos!» Si, después de un examen médico, no se observa ninguna anomalía orgánica, un examen psicológico de la personalidad de cada uno y de la relación común ayudará a la pareja a comprender lo que les pasa y a encontrar los gestos para expresar un cariño que muchas veces ya no se sabe demostrar. Mucha gente conserva como modelo de referencia de su vida sexual las relaciones tal como las vivía entre los veinte y los treinta y cinco años, sin darse cuenta de que el sexo, con la edad, no es una fuente permanente de juventud. Por eso, no es infrecuente encontrar a hombres y mujeres de cuarenta años que seducen a jóvenes de la edad de sus hijos o que quieren rehacer su vida a los cincuenta o sesenta años con una persona de veinticinco. Por último, otros descubren las alegrías de la paternidad a eso de los sesenta años con alguien que podría ser su nieta. Esta búsqueda juvenil no es nueva: indica hasta qué punto la sexualidad es un poderoso argumento para luchar contra la muerte y su pérdida vital. Sin embargo, aceptar envejecer no es renunciar a la sexualidad, sino vivirla de otro modo, con una intensidad afectiva mayor, en la delicadeza de gestos cuya voluptuosidad no es ni fingida ni inútil

y con una presencia atenta hacia el otro. Muy a menudo, a los adolescentes y a los adultos jóvenes les gusta estar en contacto con personas mayores que envejecen juntas: se identifican con esas «viejas parejas» y extraen inspiración para su propia vida afectiva.

Por tanto, la sexualidad evoluciona y se transforma según las etapas de la vida. En la «sociedad adolescente», los que sirven de referencia son los amores juveniles, lo que evidentemente falsea, para los adolescentes y para los adultos, el descubrimiento de otra manera de vivir la vida afectiva y sexual con el transcurso del tiempo. Negarse a tener en cuenta los cambios de la sexualidad según las edades de la vida provoca crisis que son ininteligibles para la pareja y que complican su existencia. Por eso es importante reflexionar sobre estas cuestiones desde la adolescencia.

Como ya hemos visto, respecto a la lógica del inconsciente el sexo también puede perseguir otro fin ignorando la presencia del otro: el interés en el sexo por sí mismo muy bien puede no buscar más que el propio placer. Detrás de tal actitud, con frecuencia hay una fijación en una postura antigua cuya pulsión parcial «reclama» su gratificación independientemente de la calidad relacional. Por ejemplo, el recurso a la prostituta del hombre casado le pone en presencia de dos mujeres: la esposa y la puta, o incluso la madre y la puta.

Un hombre de veintiocho años, ingeniero informático, casado y padre de dos hijos, muy enamorado de su mujer, activo en su vida social, pero más bien pasivo en su vida conyugal, de vez en cuando solicitaba los servicios de una prostituta de lujo en unos apartamentos privados. Allí se entregaba pasivamente a su capricho, imaginando que su gesto le protegía de la homosexualidad. Estar maniatado, con su sexo muy turgente y dominado por una mujer, eran otras tantas escenas que le remitían a una relación con la potencia materna, al placer de estar bajo su dominio. En esta relación entre la madre y la puta, reactualizaba la superprotectora relación con su madre, y en la excitación nada concernía a la mujer.

Cuando el deseo se orienta hacia la madre omnipotente y no hacia la mujer, no hay heterosexualidad ni vínculo único en fidelidad a una mujer, al menos en las representaciones in-

conscientes. La monogamia, necesaria para la existencia de la familia y para la coherencia social, también tiene su origen en la necesidad de escapar de ese amor homosexual hacia el padre cuyos efectos se encuentran en los clubs deportivos, el ejército, las agrupaciones políticas y sindicales, el espíritu de empresa y en diversas conductas sociales con las que, por otra parte, ahora las mujeres se identifican conforme al mismo modelo: así, la mujer policía sólo puede ser admitida en el grupo masculino en la medida en que juegue el juego inconsciente de la homosexualidad grupal.

Pero volvamos a la situación de ese hombre atrapado entre la madre y la puta. En cada ocasión lamentaba su acción. Al dejar el salón de la dueña de sus fantasmas, se apresuraba, justo en medio de la jornada, a llamar por teléfono a su mujer para hablarle y preguntarle qué tal estaba, ante la gran sorpresa de ésta, que no estaba acostumbrada a ello. ¿Cómo podía ella saber que esta necesidad de conversación era un efecto de su culpabilidad?

Pero ¿de qué culpabilidad se trataba? ¿De la culpa moral por haber engañado a su mujer o de la culpa por no haber logrado liberarse del dilema entre la madre (a través de la puta) y la mujer? Parece evidente que esta segunda hipótesis es la acertada, pues la puta siempre está en el lado de la simbólica materna erotizada. Efectivamente, el hombre que recurre a la prostituta en estas condiciones pone de manifiesto su vínculo conflictual con su madre; la agrede en él probando que es un hombre, pero al mismo tiempo revela (siempre sin saberlo) su dificultad o su incapacidad para encontrarse realmente con una mujer en una relación amorosa.

La relación con la prostituta, dado que tiene una vertiente materna, favorece igualmente la expresión de las tendencias homosexuales inconscientes. Este hombre, demasiado apegado a su madre, carece de imagen masculina para estar seguro de su virilidad, al no haber aceptado a su padre. Al jugar sexualmente con la madre y la puta —por tanto, una mujer compartida por otros hombres— sabe que puede evaluarse, someterse a la comparación. El deseo homosexual puede aparecer por sí mismo, acompañado por la angustia de ser feminizado en una relación masculina.

La bisexualidad es tanto más difícil de resolver en una opción de evolución afectiva cuanto que la influencia de la madre retiene en la sexualidad del pasado. En este caso surge la angustia homosexual; para acallarla, el hombre se vuelve hacia una mujer para preservar su identidad de género escapando a la homosexualidad, al mismo tiempo que, a través de ella, busca al hombre. Aquí se ve la paradoja del hombre que se protege de sus tendencias homosexuales que le preocupan, a diferencia de la mujer, que las expresa en sus relaciones amistosas y sociales.

Por tanto, la mujer permite al hombre reconocerse como heterosexual, pero su necesidad de la prostituta camufla sus deseos homosexuales, pues es al hombre a quien encuentra mediante ella. Más allá de este tipo de vínculo, lo que se espera es la presencia masculina del padre.

Como hijo único, siempre tuvo tendencia a formar «pareja» con su madre ignorando a su padre. Ahora siente la necesidad de acercarse al padre y de hablar con él: manifiesta su agresividad contra su madre para liberarse de ella mediante «la puta» y, al mismo tiempo, expresa la necesidad de que su padre le reafirme en su masculinidad. Este argumento está muy erotizado hasta en su realidad de adulto, lo que quiere decir que desde su infancia ha vivido su relación edípica en este clima sexual. Los efectos de ese pasado pesan sobre su comportamiento actual y sobre el desajuste que existe entre su presente vida afectiva y las pulsiones del ayer, en las que los padres todavía ocupan el primer lugar.

La pulsión está ligada al individuo

Hemos seleccionado este ejemplo clínico para mostrar que el sexo inconsciente es capaz de provocar divergencias al actualizar una relación antigua y no adaptada a la realidad presente. El sexo puede solicitar satisfacciones que no estén en relación con los intereses afectivos inmediatos. En estas condiciones, la pulsión aparece por sí misma. Si se manifiesta en la realidad exterior como existe en el inconsciente, hay una descarga en una conducta impulsiva, pero no relación.

Ahora bien, aunque las pulsiones tengan cierta autonomía, no existen fuera de un individuo, de una persona. Suponen que

existe un individuo que las va integrando progresivamente, a medida que su vida psíquica se va desarrollando y se va estableciendo el Yo que regula la relación con los demás y con los objetos. De este modo, cada personalidad es el sujeto de sus pulsiones, y la vida psíquica exige un trabajo en el curso de la infancia y de la adolescencia para apropiarse de este capital vital y sacar de él el mejor partido para existir en lo real. Una visión simplista y contraria a los fundamentos teóricos del psicoanálisis concibe la pulsión como una entidad autónoma que se apodera súbitamente del individuo sin que éste pueda hacer nada: como si proviniera de «otro lugar» casi ajeno a sí mismo. Ahora bien, la pulsión no elimina al individuo.

Claro es que el Yo no es tan dueño de sí como un personalismo idealista querría dar a entender. Sin haberlo él decidido, está sometido a las necesidades corporales, a deseos a veces en contradicción con su trabajo de unificación y de coordinación. «Era más fuerte que yo», dicen algunos que han sido superados por su impulsividad: «Mis palabras han precedido a mi auténtico pensamiento».

El trabajo del Yo en la personalidad es comparable a un centro de síntesis. No le corresponde negar o aprisionar una pulsión, sino estar en relación con ella para realizar lo que la personalidad necesita. Intenta unir unas con otras. Ya hemos visto que una de estas primeras operaciones de síntesis afectiva se produce durante el complejo de Edipo, en la infancia, y que se reedita en la adolescencia. Inspirado por el juego de las pulsiones, el Yo transforma sus primeras manifestaciones para hacerlas viables y permitirles alcanzar los objetivos pretendidos. Sin embargo, al contacto con las realidades se impondrá la renuncia a la realización de ciertos objetivos pulsionales. Si la obtención del placer es uno de los fines pretendidos por la pulsión, en muchos casos será difícil hacer la economía de la frustración: tanto el niño como el adolescente deben aprender a asumir la parte de frustración inherente a la existencia, en lugar de desmoronarse a la menor dificultad.

En efecto, el individuo no acepta invariablemente llevar a la práctica todas las fantasías de sus pulsiones y, además, debe tener en cuenta los deseos del otro, y, aun cuando acceda a satisfacerlos, forzosamente algunos de ellos no se correspon-

derán con sus gustos. Cada uno está dispuesto a llegar a un compromiso por amor al otro. Por eso, como nos lo recuerda Bernard Brusset⁶, la esencia de la sexualidad no es el placer, sino el vínculo. Según cómo asuma la personalidad las pulsiones, la relación con los demás será creativa o destructiva. Algunas personas, después de haber vivido experiencias desvalorizantes, tienen la impresión de no existir ya y de no poder salir de la regresión sexual. Se enfrentan con tales arcaísmos que tienen la sensación de fragmentarse y perder su unidad.

En unas sesiones de terapia hemos tratado a una estudiante de veintitrés años que, para ganar dinero, iba a exhibirse varias tardes por semana a un «peep-show». Después de varios meses de este peculiar «trabajo», sufrió una depresión: desvalorización de sí misma, pérdida de interés por sus actividades, profundo cansancio, angustia en sus relaciones con los demás e incapacidad para encontrarse con los miembros de su familia. Se sentía muy culpable por hacer ese trabajo y tenía la impresión de que su cuerpo ya no le pertenecía. Cada vez soportaba peor las miradas de los hombres que se la «comían» con los ojos mientras se masturbaban. Es claro que este tipo de situación despierta un exhibicionismo primitivo, aun a riesgo de perder la intimidad y el cuerpo y estar a merced de los demás.

Si la afectividad y el sexo con frecuencia están en oposición, es porque responden a móviles a veces opuestos. Tanto el uno como la otra dependen de órdenes diferentes cuya convergencia no es evidente y necesita un trabajo de asociación entre altruismo y narcisismo. Se puede desear la relación sexual para acallar una angustia, para afirmarse en la normalidad o para resolver un conflicto de vínculo parental. En tales casos se necesita al otro como soporte de las intrigas internas, sin reconocerle y aceptarle por sí mismo. No hay amor en esta relación narcisista, pues el amor implica la diferencia, lo totalmente distinto, y no la semejanza. Los amores igualitarios que nivelan las diferencias son fuente de violencia y de agresividad, ya que se fagocita al otro al querer incorporárselo. Las relaciones en las que «uno es el otro» desembocan en crisis de identidad y obligan a tomar

6. Bernard BRUSSET, *Psychanalyse du lien*, Ed. Le Centurion, Paris 1988.

distancias para ser uno mismo y no simplemente la prolongación del otro. Bajo el impulso de un determinado feminismo, hemos vivido el entusiasmo por la moda unisex, cuya motivación era homosexual y no permitía acceder a un sentido real del otro.

En los años sesenta, la relación de pareja se ha valorizado y presentado sobre todo a través de las dificultades comunicativas entre sus componentes. En los años ochenta, esto ha desembocado en el incremento de la soledad, en la dificultad para superar los fracasos amorosos y en la necesidad de concederse un plazo antes de comprometerse con alguien. En este último caso, los miembros de la pareja se quedan cada uno en su casa, se invitan, salen juntos, pero sin auténtica vida común.

Para situar estos comportamientos, hay diversas interpretaciones: necesidad de encontrarse solo para protegerse del otro; necesidad de «rehacerse», de recobrar fuerzas (como subrayan muchos postadolescentes de veinticinco a treinta años); necesidad de tomarse tiempo para aprender a vivir de manera continua con alguien, para asegurarse de que se elige bien. Detrás de estas actitudes, también hemos de ver la necesidad de resolver las dudas ligadas a la identidad sexual. El conflicto de la bisexualidad psíquica, que hace unos años encontraba salida durante la adolescencia, hoy se presenta más tardíamente. Muchos adolescentes llegan a la consulta en la incertidumbre acerca del carácter heterosexual u homosexual de su deseo: se hacen estas preguntas en función de un debate interior que no siempre está vinculado a una persona en particular. No les es posible hacer la economía de este tipo de interrogación, ya que de la respuesta que se les dé dependerá el reajuste de su relación parental (¿pueden ellos ser autónomos?), la afirmación de su identidad sexual y la capacidad de asegurar su unidad y su coherencia como individuos.

La organización de la vida sexual es una de las principales tareas de la adolescencia, que se verá invadida por muchas dudas y vacilaciones bajo la presión de representaciones y deseos que le parecerán extraños e inaceptables, pero que también le abrirán posibilidades y nuevas fuentes de comunicación. Esta conmoción está a veces en el origen de la angustia de ser desposeído de sí mismo, superado por el guirigay que hay en el interior del propio cuerpo. ¿Van a reducirle las pulsiones a ser un campo

cerrado de conquistas narcisistas e imaginarias, o la personalidad irá progresivamente logrando representar su papel de sujeto, de enlace entre las pulsiones? Ése es el reto de este período.

El desarrollo del sentimiento amoroso

Sin duda, el siglo xx ha sido la época en que el sentimiento amoroso ha adquirido una considerable importancia en la vida afectiva y relacional, e incluso en la educación de los niños.

El sentimiento amoroso vuelve a centrarse en la pareja

El amor, cuyas grandes aspiraciones se relatan en las leyendas míticas y novelescas, ya no hace soñar como una esperanza reservada a algunos privilegiados. El sentimiento amoroso está en el mismo centro de la relación de pareja. No siempre ha sido así a lo largo de la historia; lo que no significa que la gente no se amase, sino que frecuentemente se concebía el matrimonio como una asociación económica cuyo contrato sellaban las familias.

En Occidente, la historia del matrimonio está marcada o por el derecho romano, fundado sobre el consentimiento de los esposos, o por las costumbres germánicas, en las que se podía adquirir a la mujer (indemnizando a la familia) y consumir el matrimonio ante testigos durante la noche de bodas. Por su parte, el matrimonio cristiano insistió en el consentimiento, y en particular el de la mujer (contra el rapto y la violación), así como en la prohibición de los vínculos consanguíneos (para evitar la confusión entre el afecto familiar y el amor), sin olvidar el deber de asistencia y de amor hacia el otro; por último, insistía en la indisolubilidad del vínculo, aunque admitiendo la legitimidad de algunas separaciones. En definitiva, fue el modelo cristiano el que predominó sobre las otras dos corrientes, al mismo tiempo que integraba formas y valores romanos y germánicos que concordaban con el mensaje evangélico⁷.

7. J. GAUDEMENT, *Le Mariage en Occident*, Cerf, Paris 1987. M. ROUCHE, *Des mariages païens au mariage chrétien*, Spoleto, Roma 1987.

El modelo germánico de pareja hacía hincapié en la familia en sentido extenso que vivía en célula autárquica. La pareja dependía de su clan, y el hombre, a cambio de su protección, debía procrear. El discurso cristiano sobre el matrimonio insistió en la importancia del sentimiento amoroso y en la autonomía de la pareja. Ello aparece en la mayoría de los tratados teológicos y, evidentemente, en las homilías pronunciadas durante la celebración religiosa de las nupcias. Durante más de quince siglos, este discurso ha colaborado en la transformación del concepto de vínculo conyugal en relación amorosa, repitiendo que «La mujer no es ni una sirvienta ni una amante, sino una compañera».

Ha sido en el curso del siglo xx cuando el sentimiento amoroso se ha revelado como el motivo central de la asociación y la alianza entre dos seres. Esta concepción hoy resulta evidente, sin que seamos siempre conscientes de su génesis y de su lenta evolución histórica. Vínculo esencialmente social en un principio, se ha convertido, para las representaciones contemporáneas, en un asunto privado. Efectivamente, el sentimiento amoroso ha de apelar a los recursos afectivos más íntimos del individuo. Esta «individuación» de la relación ha tenido como consecuencia aislar la relación conyugal de su dimensión social.

En los años setenta las parejas empezaron a casarse menos, con el pretexto de que el sentimiento amoroso dependía de dos individuos, de una historia psicoafectiva y de una elección en nombre del amor. Los demás estaban excluidos: al no casarse, la afectividad conyugal se privatizaba.

El sentimiento amoroso se enfrentó muy pronto a la institución matrimonial. A partir de 1920, se quiso preservar el amor de la mirada ajena, pensando que la institucionalización de la relación no podía fundamentar la naturaleza de la unión, que supera la estructura social, como lo prueba, en la época —1927—, el libro de Victor Margueritte: *Ton corps est à toi*.

Es verdad que aquí hay una voluntad de modificar las razones de la unión en coherencia con el propio sentimiento amoroso. En la asociación por amor se quiere ver la fuerza de los sentimientos y la voluntad de ser los protagonistas del hecho. Ya no se sostiene un matrimonio concebido como generador de la relación. La unión se basa en los individuos. Actualmente, sin embargo, en cuanto los amantes perciben las consecuencias so-

ciales de su existencia común (trabajo, vivienda, hijo), acceden al status matrimonial casándose. En este momento, pasados los treinta y cinco años de edad, sólo hay un 12% de parejas no casadas (I.N.S.E.E.).

De los años cincuenta a los ochenta, la relación entre el sentimiento amoroso y el matrimonio ha planteado serios problemas cuyas consecuencias no son neutras.

En las sociedades en que el sentimiento amoroso se ha convertido en el elemento determinante, la integración social se realiza por medio de la familia. ¿Qué será de esos niños que de la familia sólo han conocido una sucesión de padres o madres sin nombre, que estarán privados de enraizamiento parental y que no tendrán conciencia de pertenecer a un linaje?

Es frecuente ver a los niños preocupados ante la menor discusión de sus padres, pues piensan que podrían divorciarse, ya que a su alrededor ven a muchos niños en esa situación. Como el sentimiento amoroso del individuo se forma a partir de la relación parental, cuando falta la imagen del padre o de la madre, la personalidad del niño puede presentar insuficiencias psicológicas y dar un sentido precario al amor humano. Y al contrario, otros querrán triunfar donde sus padres fracasaron y desearán una vida conyugal y familiar en pro de la cual movilizarán todas sus energías.

Los conflictos entre el sentimiento amoroso y el matrimonio son comprensibles viéndolos en relación con su historia. Sin embargo, el sentimiento amoroso por sí solo no puede crear y englobar tal vínculo. El futuro de la sociedad depende demasiado de esta relación como para abandonarla a las fluctuaciones de los sentimientos.

La experiencia de la omnipotencia de los sentimientos al principio del descubrimiento amoroso a menudo hace creer a los amantes que pueden vivir fuera de las estructuras humanas y sin referencias respecto a los demás: «Los enamorados están solos en el mundo...» En su intimidad, sin duda alguna, pero ¿cómo hacer para vivir socialmente, para inscribirse en el tiempo y en la duración, a pesar de los avatares de la vida, sin comprometerse más allá del sentimiento presente?

Este rechazo del matrimonio en nombre del «sentimiento amoroso» es paradójico, en la medida en que él es el que ha renovado su sentido al liberar al hombre y a la mujer de la tutela parental y de la unión forzada. Tal actitud se enfrenta a la concepción del compromiso en el matrimonio cristiano, cuando ha sido la Iglesia la que ha contribuido a la expansión del sentimiento amoroso al privilegiar a la pareja sobre la familia y el clan, como postulaban el modelo romano y el germánico.

El matrimonio cristiano exige amor auténtico entre los futuros cónyuges, consentimiento y libertad de ambos, sentido de la responsabilidad respecto a la felicidad del otro, fecundidad, compromiso en el tiempo y fe en la trascendencia del amor, ya que proviene de Dios. Estos ideales han tardado siglos en realizar su obra, y el desajuste que hoy se observa procede de la discontinuidad con unas representaciones sociales aún muy poderosas y opuestas a los valores que acabamos de recordar.

Si la gran mayoría de los que se casan lo hace por la Iglesia, sean cuales sean sus convicciones religiosas e incluso más allá de sus costumbres sociales, es para expresar su sentimiento amoroso con una permanencia y una trascendencia que van, desde la grandeza que le atribuyen y la estima en que tienen ese sentimiento, hasta Dios, símbolo de la unicidad de su amor.

Dado que en las representaciones actuales domina el sentimiento amoroso, ¿se es consciente del «impasse» a que se le conduce cuando se le desconecta de su dimensión social? Se corre el peligro de considerarlo un fin en sí mismo, de que se presente como un sentimiento omnipotente y de que no integre las nociones ni del tiempo que pasa ni de fecundidad.

Sin embargo, el sentimiento amoroso, cuando encuentra vías de acceso mediante realizaciones en la realidad, puede ser simultáneamente una fuerza íntima y social. Pero, si la relación amorosa no tiene finalidad social, será el lugar privilegiado de la expansión única de los conflictos y de los intereses psíquicos del pasado.

El inconsciente, que desconoce la noción de tiempo, propone esencialmente pulsiones primarias. Por su parte, el Yo tiene en cuenta los aprendizajes y las experiencias, inspirados, por supuesto, en las pulsiones primarias de la infancia, pero también

trabajados posteriormente: el sentimiento amoroso parte de este estado primario para elaborar otra relación objetal. Ahora bien, en nuestras sociedades no ha encontrado su finalidad global y tiene tendencia a perpetuar los primeros estados afectivos. Por eso, los modelos infantiles de afectividad y sexualidad dominan las representaciones relacionales mediante la sexualidad bajo forma de bisexualidad, masturbación, sexualidad anal, pedofilia o incesto.

Freud mismo mostró la importancia del ideal del Yo⁸: el individuo, cuando no puede desarrollarse, se toma a sí mismo como objeto de interés sexual masturbatorio o, a la inversa, también puede desinteresarse sexualmente, como se constata actualmente con mucha frecuencia después de la ola denominada de «liberación sexual»: «Ser de nuevo, como en la infancia, su propio ideal, y lo mismo en lo que concierne a las tendencias sexuales: ésa es la felicidad que quiere alcanzar el hombre».

El ideal sexual coopera con el ideal del Yo en la medida en que tiene en cuenta la originalidad, el valor y los intereses del objeto. Si la relación se queda en el narcisismo, entonces ocuparán el campo afectivo sustitutivos o secuelas de la infancia. Esta regresión permanente empobrece al Yo o le impulsa a encontrar relaciones que le proporcionen la ilusión de resolver sus problemas. A menudo, el amor «salvador» es el recurso de las personas que se niegan a emprender un trabajo sobre sí mismas pensando que la resolución de los conflictos de intereses y deseos está en la «actuación» de una pseudo-relación amorosa según la fórmula: «Todo es posible cuando se ama». «Cuando la satisfacción narcisista se enfrenta a obstáculos reales, el ideal sexual puede servir para una satisfacción sustitutiva. Entonces se ama, de acuerdo con el tipo de opción narcisista, lo que se ha sido y se ha perdido, o bien lo que posee las perfecciones de las que uno carece completamente»⁹.

Si uno se considera a sí mismo su propia finalidad, es evidente que no se reúnen las condiciones psicológicas necesarias para amar al otro. Tal reducción afectiva corre el peligro de ser

8. Sigmund FREUD, *Pour introduire le narcissisme*, op. cit.

9. Sigmund FREUD, *ibidem*.

la de un sentimiento amoroso sin más horizonte que él mismo: se ama el amor y no al otro, situación muy bien reflejada en la literatura, desde las comedias de Shakespeare a las de Marivaux o Musset. Cuando la libido se repliega de ese modo hacia el Yo, se siente una gran insatisfacción por ser incapaz de realizarse a partir de una realidad distinta de uno mismo.

«La insatisfacción que resulta de la falta de realización de este ideal libera la libido homosexual, que se transforma en conciencia de culpabilidad (angustia social)»¹⁰. Este resurgimiento de la libido homosexual no siempre implica realización erótica, sino que es síntoma de la incapacidad para acceder a la alteridad y sirve de vector a la sensación de abandono, al daño a la autoestima y a la dificultad para establecer un vínculo cooperativo y duradero. También puede inscribirse en una conducta relacional: en tal caso, después de varios fracasos heterosexuales, algunas personas prueban la homosexualidad para afirmar su identidad o para confirmar su narcisismo.

Hemos subrayado repetidas veces hasta qué punto se han refinado las psicologías y cómo el hombre contemporáneo está cada vez más interesado por sus sentimientos, sus emociones y su vida afectiva. Su subjetividad ha invadido todos los ámbitos, y, en muchos casos, el contenido de la relación resulta más importante que sus objetivos. Ni la educación ni la sociedad han logrado aún tener en cuenta esta nueva realidad. Gusta hacer apología del individualismo, del culto al placer sin objeto, ofrecer técnicas eróticas donde la gente dice no estar satisfecha sexualmente (dos de cada tres franceses), olvidando que la esencia de la sexualidad no es el placer, sino la unión con el otro, es decir, el papel creativo o destructivo de la pulsión. «El hombre está orientado fundamentalmente hacia la búsqueda del objeto, y no hacia la de la satisfacción sexual y el placer»¹¹. Por tanto, los problemas que se plantean son de relación y de sentido, que coinciden con una doble perspectiva psicológica y ética muy bien expuesta por el psicoanalista Viktor Frankl¹²: «Lo que más

10. Sigmund FREUD, *ibidem*.

11. Bernard BRUSSET, *op. cit.*

12. Viktor FRANKL, *Découvrir un sens à sa vie*, Ed. de l'homme, Paris 1988.

profundamente anima al hombre en último término no es ni la voluntad de poder ni cualquier deseo de goce, sino un deseo y una necesidad de sentido. El principio de placer, lo mismo que la ambición de ser valorado, no es más que una motivación neurótica».

Estas cuestiones de sentido aparecen más en la actuación, en la estructuración de las preocupaciones y de las angustias, que en las expresiones del lenguaje oral. Pero no por ello están menos presentes, y el trabajo esencial es integrarlas en la palabra.

El sentimiento amoroso invade la relación con los niños

El sentimiento amoroso no sólo se ha convertido en el centro de la relación de pareja, sino que además ha invadido el vínculo familiar y la relación educativa con los hijos. Pero es también el reinado de los «niños prótesis».

El tener un hijo es, cada vez más, cuestión de una decisión libre, y no ya de aceptación, como sucedía en el pasado, aun cuando ya se utilizasen algunos métodos contraceptivos. Los padres planifican y programan su nacimiento con la secreta esperanza de que será capaz de realizar sus expectativas y cumplir sus sueños frustrados. En las motivaciones contemporáneas de los adultos, el hijo debe ser la prueba de su éxito o de su predominio sobre los demás: se querrá que sea un ser ejemplar. Deberá ser lo que esperan de él en cuanto a su sexo, su salud, su inteligencia e incluso respecto a sus diversos atributos físicos. Se espera más a un hijo soñado que al hijo real. Si, por desgracia, no corresponde a la perfección deseada, se llegará hasta a proceder judicialmente contra el médico o el laboratorio que han cometido un error en el diagnóstico prenatal. De este modo, se establece un eugenismo tranquilo, y esta selección de seres (algunos se conservan y otros se eliminan) encuentra su legitimidad en el narcisismo ambiente.

Algunos médicos estadounidenses han puesto en guardia a sus colegas y a la población en general ante la actitud que se está extendiendo respecto a la práctica abusiva de la amniocentesis. Algunas mujeres o algunos padres distorsionan la primitiva finalidad de este examen para saber si el niño es conforme a las

características esperadas. Y si no se corresponde con las expectativas del progenitor, éste no vacila en pedir al médico que recurra al aborto para eliminarlo.

Las cada vez más importantes manifestaciones contra el aborto en Estados Unidos sólo se entienden en relación con esta actitud que plantea problemas psicológicos, sociales y morales. Ver en esta reacción un simple rechazo de los ideales feministas franceses de los años setenta : «Un hijo cuando quiera y con quien quiera; mi cuerpo y mi deseo me pertenecen», equivale a equivocarse de debate y de objetivo.

Esta situación es nueva en cuanto a que ya no se corresponde con la necesidad de controlar la natalidad, sino con la de concebir un hijo según lo que sus progenitores esperan de él. Tal cambio de motivación debe llamar nuestra atención, pues induce a una nueva relación con el hijo. Cuando el niño nace, se convierte en el hijo real a partir de cual los padres tendrán que modificar al hijo imaginario que se habían elaborado partiendo de su propio centro de intereses afectivos, por lo demás, fenómeno de los más clásicos en la psicología humana. El problema se sitúa principalmente en el rechazo actual a transformar este arcaísmo narcisista aprendiendo a adoptar al hijo por sí mismo. La verdadera relación paternal empieza siempre con la adopción de un ser que procede de uno, pero que no es la propia imagen. El respeto al otro y a la vida comienza por el respeto al hijo. Ya hemos dicho que el aborto, y aún más en estas condiciones, pone en juego realidades psicológicas del orden de la transgresión. Este problema rara vez se aborda por sí mismo y se le oculta tras consideraciones técnicas o palabras conmovedoras¹³. La utilización de los buenos sentimientos provoca un rechazo de la culpabilidad, que posteriormente se convierte en burla, es decir, en juego con la muerte. El cementerio se ha convertido para algunos jóvenes en un lugar para desfogarse en el que agreden a los muertos y profanan las tumbas. Es verdad que en

13. Repitamos claramente que este análisis no pretende ningún tipo de condena apresurada, sino que tiene por objeto mostrar que estos temas —tanto la contracepción como el aborto— se han tratado insuficientemente a nivel teórico o se han desviado de sus fines concretos.

esta conducta asocial intervienen varios factores; pero cuando en una sociedad se instala la representación de que se puede decidir subjetivamente sobre el derecho a la vida, no hay que extrañarse de que los que han pasado a través del aborto exorcicen su angustia por la vida y la muerte con la necrofilia.

¿Se ama por sí mismos, en nuestras sociedades, a los niños y adolescentes a quienes tanto se adula? En las sociedades desarrolladas se proclama bien alto una declaración de derechos del niño en realidad muy ambigua. Es como si los adultos necesitasen que se les recordaran sus deberes y se les perdonase su narcisismo. Se nos persuade de que «hemos de respetar al niño, tener en cuenta sus intereses y proporcionarle los medios para crecer», ¿quién diría lo contrario? En realidad, la pedofilia ambiente se apodera del niño para que sirva a sus egoístas propósitos: la erotización y los abusos sexuales empiezan ya con este tipo de relación.

Nuestras sociedades tienen con los niños una relación afectivamente opresiva. Actualmente están sometidos a las expectativas afectivas de los adultos, aunque no a todas. El niño que sobrevive hasta su nacimiento se ha convertido en un ideal hasta el punto de identificarse con él. En este mundo al revés, es la referencia de los adultos que, frecuentemente, cuando no saben qué hacer o qué decir, esperan la respuesta del niño para actuar. Sin embargo, actualmente se ha producido en los padres jóvenes un saludable cambio, pues piensan que hay que dejar al niño en su sitio y no mezclarlo en su vida de adultos.

En este cara a cara casi amoroso, los padres se implican cada vez más en la vida psíquica de su hijo. «No tenemos secretos entre nosotros», afirmaba una madre que quería saber cómo iba la psicoterapia de su hijo de diecisiete años. Muy a menudo, lo que los padres hacen es proyectarse en su hijo: a través de él, consiguen un suplemento de personalidad.

El sentimiento amoroso ha pasado de la relación conyugal a la relación con los hijos: se quiere vivir con ellos un idilio. En las representaciones contemporáneas, se quieren desarrollar con ellos relaciones igualitarias, sin evaluar el riesgo que supone considerarlos adultos pequeños. Está bien saber comunicarse con los hijos y respetarlos, ¿quién dirá lo contrario? Pero una utilización simplista de los datos psicológicos falsea comple-

tamente la relación educativa. Muchos piensan que basta con hablar, con explicar las cosas a los niños, para que ellos comprendan como adultos. Algunas madres, después de haber leído apresuradamente alguna obra de Françoise Dolto, a menudo abruman a sus hijos con palabras y explicaciones. En lugar de ayudarles a descubrir la vida a su ritmo, terminan por comunicarles su propia angustia y por agobiarlos con sus problemas personales. Al no tener aún el niño medios para asumir la realidad, no hay que decirle todo: el adulto debe saber representar su papel de mediador y proteger al niño de problemas sobre los que no puede actuar.

A veces, las demandas afectivas son aún más apremiantes entre padres e hijos. Las complicidades y seducciones fomentan la erotización de las relaciones: estas relaciones de cuasi-pareja entre niño y adulto han creado unas condiciones favorables para que los niños se conviertan en objetos sexuales. Por eso el incesto y los abusos sexuales están en relativa progresión, aunque —como ya hemos dicho— no se sabe si esta progresión responde a un aumento real de los hechos o a que éstos se confiesan más fácilmente. En cualquier caso, esta liberación de la palabra es en sí misma significativa.

El testimonio de una adolescente de diecisiete años es bastante revelador de esta nueva mentalidad. No comprende por qué se prohíbe el incesto: «¡Cuando se ama, no se hace daño!» Su reflexión pone claramente de manifiesto que no ha sabido situarse en la filiación y que su padre tampoco ha encontrado su lugar. Tienen relaciones frecuentes entre ellos. Ella no se diferencia afectivamente, confunde el afecto filial con el sentimiento amoroso. El adulto incestuoso permanece también en la sexualidad infantil, ya que esta relación con su hija representa una fijación en la sexualidad de sus padres.

Cuando un padre o un adulto abusa sexualmente de un niño, la mayoría de las veces éste piensa que es normal, ya que el adulto representa al que sabe lo que conviene hacer. Puede que le moleste o le traumatice la violencia que representa un acto sexual sobre su persona. Pero, en un primer momento, es posible que no se extrañe demasiado, pues el niño tiene un concepto agresivo del acto sexual. El traumatismo surgirá y complicará su evolución sexual sobre todo a partir del momento en que la

sexualidad se convierta en genital en la adolescencia, mientras que en su infancia no era completamente consciente de los efectos de ese gesto sobre su personalidad.

Como hemos dicho repetidas veces, aun a riesgo de que resulte extraño, estamos en una sociedad incestuosa. Para convencerse de ello, basta con recordar el «videoclip» de Serge Gainsbourg descansando cómodamente en la cama con su hija, verdadero himno al incesto. Algunos padres, educadores y adultos tienen con los niños, en la vida cotidiana y en nombre del afecto, gestos impúdicos. Es el principio del incesto o de la violación. El adulto que necesita como pareja afectiva a un niño o a un adolescente es un inmaduro peligroso. ¿Atraen a menudo las carreras educativas a personalidades inacabadas? Recientemente, el Sindicato Nacional de maestros ha lanzado una campaña de carteles en las escuelas primarias para invitar a los enseñantes a sindicarse: el cartel representaba a una niña en braguita tumbada boca abajo... ¿Era necesaria y adecuada la foto para el objetivo de suscitar adhesiones? Esta representación dice mucho sobre el imaginario pedófilo que actualmente atraviesa nuestra sociedad. Los enseñantes deberían reflexionar un poco más sobre lo que ponen en juego de cara a sus alumnos en el momento en que se les induce a que los prevengan contra la seducción erótica por parte de algunos adultos.

De hecho, prevenir a los niños contra esos abusos es sobre todo deber de los padres. Pero nuestras sociedades ya no protegen a los niños; los consideran demasiado liberados, y no lo están. Las campañas preventivas al respecto previstas por los poderes públicos no son adecuadas y pueden resultar aún más angustiosas que los propios abusos, que sólo conciernen a una minoría: sin duda, eran más corrientes en el pasado, como lo demuestra Barba Azul. En principio, este problema debe tratarse entre adultos para que el niño se sienta protegido y sepa que estos últimos hacen respetar la ley. Después, convendrá saber quién es el más adecuado para hablar a los niños de estos temas. Sin duda, en primer lugar les corresponde hacerlo a los padres. ¿Se es consciente actualmente de cuál es la psicología sexual de los niños? Aunque vean exhibidos por todas partes la desnudez y el sexo, no tienen las mismas reacciones que los adultos. A fuerza de engañarse respecto a su orientación, esta pseudo-

prevención puede ser peor que el mal que se intenta combatir. Al querer prevenir de todo, de manera obsesiva, a golpe de «videoclip», de campañas de prensa y de charlas incompetentes, en realidad se favorecen los riesgos.

En el espacio de algunos años, la sexualidad infantil se ha convertido en un modelo de referencia para todas las sexualidades, desde la infancia a la edad adulta. Es una sexualidad sin finalidad precisa, en la que todo es posible: el resurgimiento del incesto se inscribe en este estado de cosas. El poder afectivo que se pretende dar a los niños es de naturaleza incestuosa. En nombre de la ternura, los adultos se instalarán en la sexualidad infantil, y los niños, en lugar de volverse hacia el futuro y la continuidad de su familia, tendrán que ser la prueba del éxito de la personalidad de sus padres o del éxito de la pareja. Ahora bien, el futuro afectivo y sexual del niño no son ni sus padres ni los adultos...

Esta anomalía no es nueva. En nuestras representaciones colectivas, el sentido de la existencia del niño siempre se ha distorsionado para ponerlo al servicio de las necesidades narcisistas de los adultos que les dan un papel de prótesis. Esta alteración del sentido del niño tiene importantes consecuencias en la relación educativa, que pueden llegar hasta la anulación: se quiere una relación igualitaria por no saber acceder a una relación de alteridad diferenciada. El niño no es un adulto. No tiene ni las mismas necesidades ni la misma conciencia de la realidad que sus mayores. El entorno puede incitar a la precocidad en muchos aspectos, pero —es preciso repetirlo— los individuos pagarán cara esta indebida precocidad en la adolescencia.

Ahora bien, nuestras sociedades se orientan cada vez más hacia «la república de los niños». Los adultos, al no saber estar en su sitio, delegan en los niños. Y como no saben cómo protegerlos y educarlos, se engañan inventando los «derechos del niño», que, por supuesto, son útiles para recordar el respeto y la responsabilidad hacia ellos de la sociedad —lo que es indicativo de un olvido inquietante—; pero en estos derechos la situación de los niños se interpreta afectivamente, sobre todo en las sociedades desarrolladas, como si fueran compañeros

psicológicamente iguales y modelos normativos con los que los adultos sueñan identificarse.

Desde luego, la noción de derechos del niño no puede entenderse de la misma forma en todas las latitudes, pero en los países desarrollados puede distorsionarse la utilización de los derechos del niño. La noción disimula mal el sentimiento de culpabilidad de los adultos respecto a los niños. Los primeros han de hacerse perdonar tantas exigencias narcisistas que, en un impulso depresivo, codifican un conjunto de buenos sentimientos absolutamente banales, evidentes para cualquier adulto que respete al niño. Valorizar así al niño, a la manera del niño «adulto pequeño» del *siglo XIV*, equivale a amnistiarse por no poder asegurar su educación y no saber darle los medios para protegerse y desenvolverse solo incluso, si llega el caso, frente a sus padres.

Estamos en un universo paradójico e incoherente. Al mismo tiempo que se magnifica el embarazo y se cuida al feto, se practican abortos técnicamente sofisticados, negándose a pensar en todas sus implicaciones. Se elabora una declaración de derechos del niño que niega su especificidad, al mismo tiempo que se descuidan la educación y la transmisión del saber: frecuentemente, los colegios y las universidades de un país son la imagen de su consideración hacia los niños. La psicología no deja de mostrar y demostrar que los plazos de la maduración humana son largos y que el «proyecto de hombre» necesita la presencia de sus padres y de sus mayores, y organizamos la vida social de manera que los niños tienen que enfrentarse a las realidades de la vida cada vez más solos y cada vez más pronto.

A fuerza de mantener un sistema tan contradictorio, acabaremos fabricando seres cada vez más inseguros, sin referencias, sin relaciones constructivas con los adultos, que con toda seguridad constituirán una raza de ciudadanos adoradores del músculo, a no ser que terminen refugiándose en un moralismo obsoleto cuyas ilusiones y confusiones parecen alimentar algunos grupos.

Es evidente que, si bien en los países desarrollados el derecho del niño está en juego en función de la excesiva valoración afectiva de los adultos, en los países subdesarrollados este derecho se revela necesario sobre todo en relación a la

utilización abusiva de los niños (trabajo, guerra, prostitución, robo, comercio): los niños brasileños abandonados en la calle, los que están tirados en las aceras de Manila o son utilizados en los conflictos armados en Oriente Medio se encuentran en situaciones objetivas de falta de respeto social, mientras que los niños de nuestros países están sometidos a manipulaciones subjetivas. Por tanto, tal declaración no puede ser indistintamente elogiada o rechazada según los lugares; pero olvidar los diferentes sentidos de esta declaración de derechos del niño puede llevar a que algunos padres y adultos dimitan parcial o totalmente de su tarea educativa y protectora de sus descendientes inmediatos.

Es forzoso constatar que la vida afectiva de muchos adultos, en vez de acceder a la relación objetual, sigue siendo infantil. Para denunciarlo, hay que insistir una vez más en el hecho de que con demasiada frecuencia se toma a los niños o adolescentes como confidentes, o incluso como consejeros de sus padres. Al principio, los niños están orgullosos de ello, pero después ya no pueden soportar esa inversión de la relación. Por otra parte, basta con escuchar a los adolescentes quejarse o ridiculizar a los profesores que cuentan su vida o exponen sus problemas personales ante ellos, para evaluar la incongruencia de semejante comportamiento. Los alumnos, como los niños respecto a sus padres, reaccionan sanamente pensando que esas historias no les incumben: que las solucionen los padres o los adultos. No siempre se asumen las situaciones al observar el desarrollo de los comportamientos.

La literatura que trata sobre la psicología infantil o adolescente tiene hoy un cierto éxito. Pero, de hecho, la mayoría de los libros destinados a los jóvenes los leen sobre todo los adultos, pues los adolescentes están demasiado implicados en lo que viven para retroceder y apoyarse en estas lecturas con el fin de adoptar un nuevo comportamiento.

Los adultos pueden sacar provecho de estas obras a condición de que reflexionen sobre sí mismos, en lugar de limitarse al mero juego con unas ideas que les reafirmen o les irriten.

A muchos jóvenes les han regalado el libro *Paroles pour adolescents* de Françoise Dolto. Sin embargo, esta atención, a

menudo delicada pero a veces ambigua, no les ha animado a leerlo. Si bien de este libro —por otra parte, más atribuido a Françoise Dolto que redactado por ella— pueden criticarse muchos aspectos (demasiadas simplificaciones o errores de apreciación de la psicología adolescente), al menos tiene el innegable interés de provocar discusiones entre padres e hijos. Más allá de algunas afirmaciones apresuradas o de conclusiones triviales del tipo «es normal a esa edad», por lo menos este libro plantea los problemas que viven los adolescentes, especialmente en materia sexual.

Pero muchos jóvenes soportan mal que sus padres les regalen el relato de una intimidad a veces vivida en el sufrimiento. Tienen la impresión de que sus padres representan el papel del «voyeur». A algunos este libro les parece una «traición» de adulto que revela sus secretos. «No quiero que mi madre lo lea, porque no me apetece que descubra que me masturbo. En el libro se dice que todos los adolescentes lo hacen, que es normal, pero a mí me molesta hacerlo y que además lo sepa». Esto decía recientemente un joven de diecisiete años en la consulta. La reflexión de otro chico de quince años expresa muy bien su rechazo a cualquier intrusión en su intimidad: «Mi madre se preocupa demasiado por mí. Está siempre encima de mí. Siempre está hablándome y queriendo explicarme por qué no trabajo en clase. Tiene miedo de que me drogue, de que tenga relaciones sexuales sin amor y sin preservativo, cuando eso no me interesa. Ha leído algunos libros de Françoise Dolto y me ha comprado uno de ellos para ayudarme. Yo he leído algunas páginas y no he seguido. Mi madre no estaba contenta. Y además, estoy harto: siempre hablar, siempre explicar, no sirve de nada. Mi madre tiene miedo y no se fía de mí. Siempre quiere que le hable, y no sé qué decirle. Entonces ella, a su vez, me cuenta cosas sobre mí, porque dice que entre padres e hijos es importante hablar. Yo no estoy convencido. Prefiero discutir con mis amigos y con usted en psicoterapia, porque usted no me pregunta nada».

La sobreinformación psicológica no es ni tan sana ni tan eficaz como se cree. No basta con leer una obra de psicología, aunque esté concebida para un público determinado, para resolver los problemas. En muchos casos, este tipo de libro impide

un verdadero diálogo con uno mismo, pues el lector recibe respuestas a preguntas que aún no se ha planteado, y los jóvenes tienen la impresión de saberlo todo antes incluso de haber vivido.

Hablar, explicar y comprender no basta para cambiar psicológicamente una situación. Ya comenzamos a asistir a los efectos distorsionadores de los libros, por otra parte notables, de Françoise Dolto (*La Cause des enfants, La Cause des adolescents, Paroles pour adolescents*). Estos libros deben inducir a una larga reflexión y a un trabajo sobre uno mismo. Si esto se olvida, se transforman en manuales de recetas y son contrarios a la voluntad reflexiva querida por la autora. Saber comunicar no significa hablar permanentemente de todo y querer saberlo todo sobre el hijo. Actualmente se está extendiendo una moda superficial: con el pretexto de dialogar con el hijo, se toma posesión de él y se le abruma con palabrería, hasta el punto de provocar, como consecuencia, su hastío de palabras.

Algunas madres se ponen a «hacer de Dolto», en vez de ser ellas mismas e inventar su relación educativa. Este pseudo-saber psicológico entorpece las relaciones parentales y se extiende también a las guarderías y a los colegios. Es más, a fuerza de vulgarizarse, termina por no encontrar ya eco entre los lectores. Estos últimos, a menudo padres, se vuelven ahora hacia enfoques más mágicos e irracionales: mandan hacer la carta astral o numerológica de su hijo, quieren tratar una depresión juvenil con el zen o, en el peor de los casos, al no lograr comprender un problema, es fácil que recurran al magnetizador o al exorcista donde la psicología ha fracasado. Estos comportamientos serían ridículos si no manifestasen el gran desconcierto de la gente que se apodera demasiado rápidamente de los datos psíquicos sin ser capaz de dominarlos. En la mayoría de los casos, sería más eficaz un examen psicológico y una psicoterapia practicada por profesionales titulados y capacitados.

Evidentemente, no se cuestiona a Françoise Dolto, aun cuando algunas de sus ideas se presten a debate, sino la mala interpretación de sus obras.

Para construirse, el niño necesita un adulto que se diferencie de él, que sepa respetar su intimidad y que no se apodere de su subjetividad. Y ése no es siempre el caso. Así se construyen, con las mejores intenciones del mundo, personalidades frágiles,

carentes de apoyo interior, poco dispuestas a soportar y asumir las frustraciones inherentes a la vida, psíquicamente traumatizadas a la menor dificultad, inseguras de su identidad, inmaduras en su vida afectivo-sexual e individualistas.

De hecho, los métodos sólo valen lo que los individuos que los aplican. Con o sin libros, los adultos se enfrentan a menudo a los adolescentes precisamente donde ellos han interrumpido su desarrollo. La divulgación excesiva de los términos psicológicos a los que se imputa una virtud cuasi-mágica puede provocar el efecto contrario del que se pretende: si uno no sabe autointerrogarse ni recuperar los propios temores adolescentes evocados por los adolescentes de hoy, las mejores ideas serán tristemente tergiversadas en una relación distorsionada.

Es importante tomar conciencia de estos efectos, ya que con frecuencia, en el discurso de los adolescentes o de los adultos jóvenes con problemas de identidad, surge la amargura por no haber encontrado en su entorno a adultos que les hayan ayudado a crecer.

Los «padres amigos» los determinan las vicisitudes del sentimiento amoroso que actualmente se encuentra en la relación educativa: ¿qué no haríamos en nombre del amor! Pero ¿de qué amor se trata?

En realidad, esta coartada del amor omnisalvador mantiene lo que hay de más infantil en la vida afectiva: todos vivimos en un registro idéntico las mismas emociones y las mismas expectativas. ¡Cuántas desilusiones y sufrimientos tenemos en perspectiva...! La camaradería educativa en que los adultos ya no son adultos, las madres ya no son madres, y los padres ya no son padres, refuerza una falsa igualdad: se espera que gracias a los sentimientos de proximidad sean posibles la comprensión y la buena armonía. Dulce ilusión que conduce al fracaso y reafirma la inmadurez depresiva de nuestras sociedades: para constatarlo, basta con ver el creciente número de personas que recurren a los tranquilizantes.

El sentimiento amoroso ha desbordado la relación de pareja hasta el punto de invadir la relación con los hijos y el conjunto de la vida social. No hay más que ver cómo han evolucionado en veinte años las maneras de saludarse. La gente se tutea y se

besa fácilmente, sin conocerse realmente. Estos gestos relativamente íntimos dan la impresión de una proximidad afectiva que suprime las distancias sociales, los papeles y las funciones. Ahora bien, también complican las relaciones más de lo que se piensa. Es bastante paradójico constatar la correlación existente entre estos gestos íntimos y la dificultad para diferenciarnos unos de otros en una sociedad incestuosa y homosexual del «todos iguales». Esta banalización implica una cierta negación del sexo.

El término «sexo» proviene de la palabra latina *sexus*, que significa «separado». La aceptación y el encuentro con el otro sólo son posibles en el reconocimiento de su ser sexuado. Estamos negando el sexo al no buscar en él más que relaciones de fusión igualitaria. Ahora bien, la confusión afectiva impide identificar al otro y admitir la diferencia sexual y generacional: ¿cómo evolucionar si no es aceptando que somos unos «separados»? Sólo así resulta posible la sexualidad... y también «el amor al otro».

5

El amor en los tiempos del sida

«El sexo está en todas partes, excepto en la sexualidad».

Roland BARTHES,
Fragments d'un discours amoureux

Desde los años setenta, la liberación sexual ha querido banalizar el sexo y hacer de él un modelo comunicativo más. Nos hemos habituado a exhibir el sexo, a lo que ha contribuido sobre todo la publicidad erotizando la relación con los objetos cotidianos. Por tanto, el erotismo ya no está circunscrito al pensamiento: ha salido de la vida íntima para situarse en la plaza pública, convirtiendo así en espectador al sujeto de las pulsiones que participa, por medio de su mirada, en un argumento que transcurre fuera de sí mismo. La mayor o menor identificación con esta libre expresión hacía que el sexo resultara más o menos prometedor, y cada cual, según sus propios deseos y referencias, aceptaba integrarse más o menos en ese sistema.

El sexo aislado

El nuevo orden incitaba a ligar y a disfrutar sin cortapisas. La película de Roger Vadim *Le repos du guerrier* marca un hito en la historia de los comportamientos sexuales. Para justificar estas nuevas conductas, se utilizaron tanto argumentos sacados de la filosofía de la libertad de Sartre, que fustigaban una cierta hipocresía moral, como argumentos psicológicos que subrayaban las ventajas del goce sexual como medio de evitar la neurosis. Así, progresivamente, la relación sexual se fue imponiendo como un fin en sí misma. Los preliminares, la calidad relacional y el sentido de lo vivido se supeditaban a una sola exigencia: el placer buscado por sí mismo, garante de la sensación de existir más plenamente.

El capital afectivo y la fuerza de los valores sociales y éticos que estructuraban las personalidades al principio de la liberación

sexual daban a entender, con razón, que se ponía en práctica una riqueza emocional hasta entonces reprimida. Y la promiscuidad sexual, la experiencia heterosexual y homosexual, las rupturas y posteriores reencuentros, las relaciones ocasionales, que estaban de moda pero que la mayoría de la población no vivía, marcaban un modelo de comportamiento en que el sexo sólo era el objeto y el fin de una relación que no implicaba en absoluto a la personalidad o a la vida relacional de las parejas. Cuanto más se afirmaba este modelo, más se desvitalizaba la relación. Paradoja de una liberación que en realidad anunciaba el fin del sexo, aislado del sujeto de las pulsiones. En último extremo, el individuo se definía únicamente *como* sexo, en lugar de decir que *tenía* un sexo, y ello era el medio más seguro de promover unas relaciones asexuadas: la promiscuidad sexual (siempre como modelo), por falta de relaciones reales, llevaba a la anulación del sexo, como en la androginia.

Muchas películas escenificaron los múltiples aspectos de las representaciones sexuales de la época que transcurría: *El imperio de los sentidos* termina con la muerte, *La última mujer* acaba con la emasculación del protagonista, la serie de las *Emmanuelle* insiste continuamente en la multiplicación de las relaciones sexuales, *Pourquoi pas* trata sobre dos hombres divorciados que viven su homosexualidad con una mujer, *Tenue de soirée* degenera de la homosexualidad al travestismo, *L'amour violé* se aproxima a las intrigas de la violación, *Le souffle au cœur* nos sitúa en pleno incesto y *Noce blanche* cuenta una vez más los amores entre adolescentes y adultos, en este caso los de una alumna con su profesor.

Estas películas reflejan las tendencias sexuales de siempre, pero con una exigencia nueva: ponerlas todas al mismo nivel. Ya no existe ningún ideal, sino sólo opciones y experiencias vividas por individuos libres y respetables. Ya no se examinan, y mucho menos se condenan, las conductas en sí mismas, sino a los individuos que las viven. Por tanto, hay más interés por el individuo, su historia, el despertar de su deseo, las tentaciones de los sentidos, su drama amoroso, su búsqueda del otro, su sufrimiento, sus alegrías, sus fracasos y sus éxitos.

No todo es tan simple en la vida afectiva humana, y si la sexualidad ha experimentado una expansión más subjetiva, más

emocional y más sensual durante este siglo, no ha sido porque nosotros estemos más perversos que nuestros antepasados —las pasiones siguen siendo las mismas—, sino, en primer lugar, porque nosotros nos inscribimos en la historia de los sentimientos, y en concreto en la historia del sentimiento amoroso en el que sexo y amor están cada vez más asociados¹ y perviven a lo largo de todas las edades de la vida².

Las exigencias amorosas y eróticas han vuelto a centrarse en la pareja. El individuo desea poner en práctica la riqueza de su sensualidad sexual con la persona amada. La mayoría de las veces, ir a buscar una compensación fuera de esta relación es algo que se vive como un fracaso. En muchos casos, las parejas se interesan más por lo que viven íntimamente y hablan más de ello³. Al mismo tiempo, cuando parece que su relación se estanca, las consultas sexológicas son para la pareja una necesidad que les permite avanzar juntos. Por tanto, no sólo se trata de un asunto de moda o de un esnobismo. Los retos son más psicológicos: con frecuencia la pareja se remite a sí misma, el individuo a lo que experimenta, y cada cual está cada vez más orientado a afrontar sus emociones y sus deseos y a negociarlos con el otro, hasta llegar en ocasiones a tener que asumir tendencias y orientaciones insospechadas⁴.

Al sincerarse de este modo, los individuos y las parejas se han vuelto más frágiles, pues tienen que apelar constantemente a sus propios recursos para animar una relación que ahora es más afectiva. Por tanto, es indispensable que los miembros de las parejas tengan motivaciones auténticas para vivir juntos, que se adapten bien y que posean referencias comunes. No basta con sentir un cariño mutuo, sobre todo si psicológicamente no se reúnen las condiciones para construir una relación amorosa. De este modo, cuando no se sabe hacer evolucionar la vida afectiva de acuerdo con los factores nuevos que aparecen con

1. J.-L. FLANDRIN, *Le Sexe et l'Occident*, Le Seuil, Paris 1981.

2. G. TORDJMAN, *La Sexualité au fil de la vie*, Hachette, Paris 1990.

3. J.-G. LEMAIRE, *Le Couple, sa vie, sa mort*, Payot, Paris 1979.

4. J.-G. LEMAIRE, *Famille, Amour, Folie*, Centurion, Paris 1989. A. RUFFIOT / A. EIGUER y otros, *La Thérapie familiale psychanalytique*, Dunod, Paris 1981.

la edad, intervienen en la relación los aspectos primeros y menos elaborados de la afectividad —las corrientes de ternura—, y entonces se manifiesta una libido a flor de piel, invasora, que no construye nada y deja frustrados a quienes no pasan de este estadio. La afectividad contemporánea necesita otra interioridad, más desarrollada, más rica, más serena. Por otra parte, se trata de la misma exigencia que se encuentra en otros fenómenos: la proliferación de los grupos de oración, los cursillos de meditación, de concentración, de control mental para directivos de empresas... son prueba de esta búsqueda contemporánea de un alimento simbólico susceptible de dilatar y habitar la interioridad del individuo.

En lugar de ver este nuevo fenómeno como desarrollo y expresión de emociones humanas, algunos, no sin razón, verán en él signos de decadencia. Es verdad que las evoluciones y los cambios no se hacen nunca sin regresiones, y puede haber aquí o allá regresiones alimentadas por determinadas representaciones. Pero, en lo sucesivo, la cuestión es saber cómo mejorar una relación que puede instalarse en los primeros estadios ignorando una evolución que, sin embargo, es necesaria.

Sería vano pensar que en estas condiciones se necesita una vuelta a «la moral» para limitar y encauzar el sexo. Sería considerarlo injustamente responsable de los «impases» a que han llegado las representaciones. El sexo no ha de ser encarcelado, eliminado o puesto en una vitrina, pero desde el momento en que se le ha aislado del conjunto de las funciones de la personalidad y desconectado del individuo, ¿puede aún seguir proporcionando un goce que sirva a un vínculo auténtico? Determinadas relaciones sexuales, en lugar de ser creativas, contribuyen a destruir la relación con los demás. Del mismo modo que la multiplicación de experiencias sexuales, que debería calmar las tensiones y las angustias inconscientes, oculta mal el carácter melancólico de quien quiere tranquilizarse. «Las relaciones amistosas no sexualizadas me han llenado más que las relaciones sexuales que he tenido», reconocía una joven de veinticinco años. Había vivido su sexualidad según el modelo seducción-sexo, hasta que tomó conciencia de la angustia que la llevaba a actuar así dejándola cada vez más sola. «No construyo nada, no llego a nada y ya no me soporto. Tengo la impresión

de que me disperso y no consigo ser yo misma». Este recurso obsesivo al sexo es simétrico de su rechazo: se trata de la misma reacción defensiva frente a la inseguridad, y el resultado es idéntico: el fracaso.

La creciente frecuencia de este comportamiento sexual invita al sujeto de las pulsiones a preguntarse cómo puede él emplear su sexualidad. El sexo se inscribe en una personalidad, es su principal determinante, sin ser «la» personalidad del individuo ni estar fuera de ella. Por eso el sexo, como pulsión, no puede ser su propio sujeto; depende de la personalidad global, aun cuando en la economía del inconsciente la pulsión tienda a buscar una satisfacción fragmentada sólo por su mero interés. La pulsión no es más que uno de los componentes de la personalidad, mientras que, repitámoslo, el inconsciente querría personificarla. Este reflejo se constata en diversas producciones. Los comics recreativos, los destinados a informar sobre las E.T.S. u otros sobre educación sexual difunden una imagen del sexo personificada con la ayuda de actores que viven su propia existencia, quedando el sexo desconectado de la personalidad central de cada individuo⁵. El sexo se presenta como alguien, un compañero que hay que atender aparte del individuo, cuando no es más que uno de los atributos esenciales de la personalidad y no ella misma. Este dualismo existe en la vida psíquica, pero para que la sexualidad se inscriba en lo real hay que transformarlo en una relación sexo-amor, a fin de hacer posible la relación objetal.

El miedo a la impotencia

Un concepto erróneo de castración en el sentido en que el psicoanálisis la entiende ha servido con frecuencia de justificación implícita a la emergencia de un nuevo concepto: el de un sexo personificado que debe poder expresarse por sí mismo, libremente y sin coacciones. Las relaciones sexuales vividas al azar

5. Mutualité française, *Le Dernier des tabous*, 1986: las E.T.S. se presentan mediante una visión sádico-anal de la sexualidad. La misma actitud de burla sádica se encuentra en la obra de CLATIGNY / DAHAN, ilustrada por Moloch, *La Sexualité de l'adolescent*, Carrousel B.D., Paris 1989.

de los encuentros y de los deseos inmediatos serían signo de una sexualidad liberada de la castración. Al examinar estas conductas, esa conclusión no es evidente y, de hecho, lo que ocurre es lo contrario, ya que este tipo de relaciones sexuales no hace sino reforzar la castración gracias a una mascarada comportamental. En tanto el individuo esté limitado al concepto infantil de castración imaginaria, es decir, al miedo a sufrir una amputación, no se puede pensar en el sexo más que al modo de desafío y como orientado hacia la acción en el acto genital: a partir de ese momento, lo que cuenta es estar seguro de uno mismo gracias al placer erótico. Y a la inversa, como ya hemos dicho, cuando el individuo accede a la castración simbólica, acepta los límites a sus deseos de omnipotencia (lo quiero todo) establecidos por la relación familiar, del mismo modo que renuncia a poseer a sus padres. Entonces accede al sentido del otro, descubre las posibilidades que éste le ofrece y adquiere confianza en él.

No hay que confundir la castración imaginaria con la castración simbólica. La primera sólo ve la potencial privación del sexo, y entonces provoca una excitación angustiosa: ante el riesgo de perder el sexo o de no poder utilizarlo, hay que asegurar su supervivencia poniéndolo a prueba. En cuanto a la castración simbólica, hace posible la existencia sexual del individuo. El sexo no se presenta como una relación primordial, urgente y absolutamente necesaria, sino que en primer lugar se inscribe en una relación altruista en la que se reconoce al otro por sí mismo en la diferencia sexual. En este caso, la relación es capaz de desarrollarse en la palabra, que favorece el enriquecimiento del debate subjetivo y de la comunicación intersubjetiva.

La liberación sexual ha utilizado sobre todo los mecanismos psíquicos de la castración imaginaria. Al principio parecía que alcanzaba sus fines, ya que las personas que la vivían gozaban de una afectividad y de una subjetividad relativamente organizadas. Pensaban obtener gratificaciones afectivas donde sólo existían los beneficios del goce emocional. Pero, en realidad, este tipo de relaciones sexuales no enriquecía la vida afectiva, sino que, por el contrario, la empobrecía. Las separaciones después de los encuentros de un día acababan en la indiferencia, y otras relaciones que habían intentado prolongarse, al no contar

más que con el sexo, a veces terminaban como un drama. Con frecuencia se experimentaba (y sigue siendo así) una sensación de pérdida más de uno mismo que del otro. La castración imaginaria, con la que el individuo luchaba aun creyéndose liberado de ella, se confundía, peligrosamente para algunos, con la realidad personal, hasta el punto de que la mayoría se sentía incapaz de encontrar una relación duradera, satisfactoria y recíprocamente enriquecedora. Y, de manera aún más inesperada, esta castración imaginaria creaba una sexualidad rutinaria, precisamente cuando lo que se pretendía era un sexo estimulante.

El mito del sexo-prestación creado por la liberación sexual ha fabricado un erotismo muy distinto del del pasado, que insistía más en la voluptuosidad de las relaciones. Actualmente, la falta de prácticas sexuales frecuentes se interpreta de inmediato como un indicio de algo patológico, de no ser normal, incluso de estar bloqueado. Por supuesto que el sexo, al ser autónomo, reclama gratificaciones al margen de los intereses de la personalidad; pero, como la pulsión, depende de un individuo que en primer lugar busca objetos y no únicamente placer (según la teoría freudiana de las pulsiones) y, por tanto, no se le puede separar del conjunto de la problemática afectiva de la personalidad. Es algo que se prefiere olvidar, porque es más fácil discutir sobre técnica y necesidad de la relación sexual que preguntarse sobre las condiciones afectivas de su expresión o sobre su significado.

Las enfermedades de la promiscuidad sexual

Este nuevo conformismo del gozar sin desfallecer o de las relaciones promiscuas contribuyó en parte a acelerar el desarrollo de las enfermedades de transmisión sexual (E.T.S.), que hasta entonces estaban en regresión constante. En los años sesenta se hablaba de cerrar los centros de enfermedades venéreas; pues bien, actualmente, estas enfermedades constituyen un importante asunto de salud pública.

André Siboulet, médico especialista en las E.T.S. en el centro Alfred-Fournier de París, escribe a este respecto: «Las enfermedades sexualmente transmisibles pueden presentarse en cualquier momento de la vida. Los aspectos epidemiológi-

cos actuales nos obligan a enfocarlas bajo un prisma totalmente nuevo.

»La extremada movilidad de la población a través del mundo, ya sea por trabajo o por turismo, facilita los encuentros a menudo efímeros. Este movimiento de masas tiende a aumentar de año en año, como lo prueban las estadísticas de la aviación civil internacional.

»La tentación de lo nuevo, de lo desconocido, alimentada por todo un sistema de propaganda en favor de la "expansión sexual", incita a los contactos o a las relaciones sexuales. [...] El viajero tiene muchas facilidades para los encuentros y, en caso de enfermedad, será muy difícil localizar a quien le ha contaminado: esta imposibilidad de romper la cadena de la contaminación es la que contribuye a aumentar el número de las E.T.S.

»[...] Dados los cambios ocurridos en el modo y los lugares de contaminación, en muchos más casos la responsable es la amiga de paso y no la prostituta tradicional. Los individuos están cada vez más expuestos a las tentaciones sexuales en nombre de la libertad de costumbres [...]. La mejor precaución es intentar llevar una vida sexual menos errática»⁶.

La mayoría de las E.T.S. no son nuevas, pero su proliferación entre los quince y los cincuenta y cinco años, a la que hay que añadir la aparición del retrovirus del sida, plantea el problema del estado de los comportamientos sexuales y de los cambios en las condiciones de vida, teniendo en cuenta la reaparición de las E.T.S. y partiendo de los necesarios modos de protección. Este último punto es el más problemático: a veces las parejas viven su relación sin ninguna reflexión sobre su comportamiento e incluso ignorando por completo el funcionamiento de su sexualidad biológica. Así es como una chica de diecisiete años, que está en COU, pide prestada una píldora anticonceptiva a una de sus amigas cuando quiere tener una relación sexual segura. No obstante, ella había recibido infor-

6. André SIBOULET, «Les maladies sexuellement transmissibles», en *Encyclopædia Universalis*, Masson, Paris 1984.

mación al respecto, pero ¿cómo la ha entendido y para qué? Este hecho prueba que la información sexual es muy compleja y que su abundancia no hace sino aumentar la confusión. Se puede tener mucha información sin haberla integrado y sin saber utilizarla para uno mismo. No basta con recordar, por ejemplo, que el virus del sida no se transmite a través de los gestos de la vida cotidiana: esta demostración racional no siempre hace mella en el miedo y la angustia inherentes a la sexualidad.

Las mutaciones tecnológicas, las modificaciones relacionales, las transformaciones culturales y el cambio de actitud respecto a la ética han puesto en entredicho en todos los ámbitos los grandes equilibrios, ya sean físicos, biológicos, psicológicos, sociales o éticos. Se activan nuevos virus hasta ahora latentes que, a medida que vayamos modificando, a veces por necesidad, nuestras condiciones de vida, provocarán enfermedades que aún no conocemos.

Si bien es cierto que el sexo une a dos seres, también puede romper los vínculos, pues no hay sexualidad sin riesgos. La suficiencia del sentimiento narcisista y la omnipotencia que se reflejan en el famoso eslogan: «El sida no pasará por mí», dan a entender demasiado ingenuamente que se pueden evitar los riesgos y las incertidumbres de la existencia con una sexualidad a salvo del peligro. No basta con decretar que una relación está «protegida» para que sea responsable: tal prevención individualista desocializa el sexo.

Consecuentemente, el sexo nunca debería ser peligroso: bastaría con que fuera limpio (no es inútil recordarlo cuando se está perdiendo el sentido de la higiene) para tener garantía de éxito. Si determinada moral ve en el sexo el mal, la moral higienista dominante parece que se fija únicamente en un sexo perfectamente higiénico «que nunca trae la muerte ni supone violencia»⁷. Así se eliminan el sexo y la muerte: «Yo no caeré enfermo [y no moriré nunca] si tengo cuidado. Se nos hace saber que podemos transmitir la muerte: que no podemos "domesticarla", a no ser que seamos unos irresponsables»⁸.

7. P. BAUDRY, «Le Sida sans société», *Le Supplément* 170, *Le Sida*, Le Cerf, Paris.

8. *Ibidem*.

Detrás de esta representación subyace, por una parte, la idea de un sexo aislado de las contingencias humanas, que no debe faltar, fuente de un placer ilimitado, y, por otra parte, frente al peligro del virus, el único discurso médico que los medios de comunicación difunden ensalza las virtudes de la relación protegida, sin plantear el problema del sentido de la relación. De hecho, esta cuestión es tabú; se niegan a plantearla, lo que por lo menos es curioso en una sociedad cuyos líderes no dejan de hablar (sin saber bien de qué se trata) de moral y de valores en todos los ámbitos, al tiempo que dejan la sexualidad aparte. En realidad se trata de un moralismo constituido por buenos sentimientos inoperantes que disimula, con gran acompañamiento de bombo mediático, una cierta incapacidad intelectual y espiritual para trabajar las cuestiones de sentido. No hay más que constatar el estado del estudio de la filosofía al final de la enseñanza secundaria o en la universidad. Ahora bien, la falta de una auténtica formación humanística y espiritual hace que el individuo sea demasiado frágil como para poder reflexionar sobre sí mismo: la sexualidad liberada está muy bien, pero ¿para llevar a qué relación, a qué tipo de existencia? Los creadores de las campañas de prevención contra el sida están sordos a esta nueva problemática del sentido y sólo nos presentan «spots» con una sexualidad mecánica y propia de la pubertad. ¿Estará el sexo aislado hasta el punto de no constituir una parte del amor? ¿La verdadera cuestión no será más bien preguntarnos sobre el sentido de una sexualidad en la que el goce cuenta más que el otro?

Hay que subrayar, a contra corriente de lo que actualmente se dice y se oye, que el acto sexual puede crear o destruir la relación: el desenlace de la relación dependerá de la manera de comprometerse con el otro y con uno mismo.

Como el lector ya habrá comprendido, no estamos interesados por el modo de contaminación viral ni por las dramáticas consecuencias, individuales y sociales, de las enfermedades, y en particular del sida, que pueden llevar a una exclusión injusta e inútil. Estas enfermedades deben curarse y atenderse dignamente y con respeto. Nosotros queremos insistir principalmente en el discurso sexual dominante que rodea la prevención: hasta ahora sabíamos y podíamos amar, pero la llegada del sida lo ha

echado todo a perder. ¿Tendrá un virus el poder de impedir el amor? ¿Qué puede enseñarnos sobre el modelo subyacente este discurso de la contradicción entre sexo y amor?

Las exigencias subjetivas de la sexualidad

La sexualidad se ha vuelto más subjetiva y más exigente en cuanto a la calidad de los gestos, sin que el individuo se percate siempre de que ello responde también a una infrautilización de los recursos afectivos de cada miembro de la pareja en relación con el otro. Por eso es compleja la relación amorosa, pues debe compensar, comprometer, tener éxito, expresar las zonas más profundas de la personalidad e incluso a veces «reparar» las frustraciones afectivas de la infancia.

Toda la sexualidad subjetiva se moviliza y pretende expresarse por medio de una relación única en la que la función reproductora normalmente tiene un papel que representar. Como ya hemos mencionado anteriormente, no siempre ha sido así. En otro tiempo, se desconfiaba de la búsqueda de refinamiento en la sexualidad conyugal. Se podía dar rienda suelta a los gestos sexuales con el (la) amante o la secretaria, pero no con el cónyuge. La prostituta aceptaba hacer y vivir lo que la esposa rechazaba.

La sexualidad subjetiva no siempre ha encontrado vías para materializarse, sobre todo en las parejas cuyos miembros sufren al no saber cómo realizarse mediante la afectividad sexual: «Queríamos, pero no podemos». Es preciso enseñarles a expresar los sentimientos y las emociones que atraviesan su relación para que desarrollen su intersubjetividad y no se contenten con especializarse en técnicas sexuales.

Esta falta de expresión de la sexualidad subjetiva, tanto en la pareja como en las relaciones pasajeras, transmite la sensación de que en el interior del individuo no se construye nada, de que está vacío. A pesar de las múltiples actividades y de las muchas relaciones, cuando se pregunta: «¿Qué tal? ¿Qué haces?», la respuesta es asombrosa: «No hago nada». Esta sensación de vacío, de no tener interés por nada, de no existir realmente, aparte de algunos instantes intensos, refuerza la idea de que es imposible, en tales circunstancias, que la asociación del amor con el sexo sea duradera.

Cuando se ha decidido amar y vivir en relación con alguien, aun cuando no se haya concretado la persona, ello se traduce, en primer lugar, en un estado psíquico. Es lo que se observa en numerosos adolescentes o postadolescentes que, aunque todavía no han elegido a una persona, sí han llegado a la relación objetal: ha tenido lugar una unificación de su persona, y la vida ha adquirido un sentido diferente. Saben que «ello» llegará algún día, pero, por el momento, continúan viviendo sin cansarse ni aburrirse de esperar. Y a la inversa, una dualidad muy intensa entre sexo y amor provoca una sensación de cansancio, de agotamiento interior, de fracaso relacional, de insatisfacción, y hace sufrir a los individuos que van de una relación amorosa, en apariencia rica afectivamente, a un enredo efímero sexualmente apasionante. Pero esto no dura o, al menos, nunca dura mucho tiempo.

Esta constatación, que se efectúa con frecuencia en las consultas sexológicas, remite al trabajo psíquico de asociación de sexo y amor y también a la necesaria reorganización de la sexualidad infantil en su vínculo autoerótico.

Hubo una época en que era más fácil luchar contra la educación, sentando en el banquillo a las exigencias sociales y a los valores, que preguntarse sobre uno mismo. Frecuentemente se daba por sentado que los ideales éticos y religiosos eran los responsables de la presencia de conflictos psíquicos, pues, por otra parte, se agravaban por estos elementos culturales. Ahora bien, la culpabilidad es inherente a la sexualidad: si el individuo no resuelve, en su vida psíquica, el complejo que necesariamente tendrá que asumir, puede proyectarlo sobre determinadas realidades sociales que entonces querrá combatir. A menos que —otra posibilidad— su culpabilidad, introyectada en sí mismo, se convierta en fuente de depresión, de falta de confianza y de concentración.

El sida como revelador de las sexualidades contemporáneas

El sida ha puesto de manifiesto las sexualidades contemporáneas, pero no está en el origen de las modificaciones en los comportamientos sexuales a que hemos asistido desde el comienzo de los años ochenta ni de un entorno menos permisivo

o de una vuelta a la moral. Este movimiento es mucho más profundo. Hemos llegado al «impasse» de un modelo sexual que empezó a desarrollarse en los años cincuenta y se aceleró con la difusión de los medios contraceptivos. La sexualidad subjetiva y la valorización de la pareja y del sentimiento amoroso han sido los vectores de una relación que se quería libre hasta que se tomó conciencia de la inutilidad de la multiplicación de las experiencias y de la necesidad de encontrar una calidad relacional y afectiva que no dependiera de los estados de conciencia inmediatos. Este movimiento ha proporcionado el año 1985 los índices de una nueva búsqueda que desde entonces no deja de confirmarse. Sin duda el sida tiene un papel acelerador, pero no es la causa primera. Ya sabemos que para cambiar hacen falta razones más importantes que el miedo a un retrovirus.

En las jóvenes generaciones aparece actualmente la necesidad de tomarse tiempo, darse plazos e intentar unificar su sexualidad en su afectividad. En resumen: aprender a amar. Por eso algunos, después de una relativa precocidad en las relaciones sexuales, al sentirse insatisfechos, se conceden una moratoria con el fin de prepararse para otro tipo de relación. Muchos púberes de catorce a dieciséis años experimentan con el sexo en forma de juego, movidos por la curiosidad o por una actitud desafiante —a veces en medio de la violencia, aceptada o padecida, de los suburbios de las grandes ciudades—, provocándose un rechazo masivo del sexo o, por el contrario, una búsqueda perversa del mismo. Todas estas experiencias, cuando no fijan la sexualidad en ese estado, plantean con más fuerza aún el problema de la afectividad.

El sexo de la prevención contra el sida

Es bastante sorprendente observar que las campañas de información prescinden de un aspecto esencial: el estado actual de las sexualidades. Para escamotear el problema, se adoptan actitudes intelectuales defensivas. Una encuesta masiva sobre las nuevas prácticas sexuales de los individuos no cambiará nada: estas prácticas existen desde que el hombre sabe gozar sexualmente. La iconografía, la literatura erótica de los siglos pasados, la historia de las sexualidades y la observación clínica constituyen ya un capital de saber a partir del cual se podría trabajar sin ocultar los verdaderos problemas de la época actual.

Tanto en los modelos dominantes como en las estrategias de las encuestas o de los sondeos, se sigue separando la sexualidad de su dimensión afectiva, social y ética. ¿Cómo suscitar la responsabilidad personal sin invitar a la reflexión y recurrir a la conciencia? Reducir la prevención del sida a un simple alegato a favor de los preservativos, aun cuando en determinados casos sean recomendables e indispensables (es vital proteger al otro y protegerse cuando se decide vivir relaciones con distintos compañeros sexuales), demuestra el poco caso que se hace al problema del estado de las afectividades contemporáneas.

En el ámbito de la sexualidad contemporánea, el único objetivo publicitario que se tiene en cuenta es el preservativo, aun cuando se podrían haber elegido otros aspectos. Según parece, hay un rechazo a tomar en consideración los problemas afectivos y las dificultades que encuentran muchas personas a las que no se ofrece ningún tratamiento social. ¿Qué ayuda se proporciona para aumentar las consultas conyugales o psicológicas de jóvenes y adultos? Estas carencias son de un coste humano y económico a veces más dramático que el paro.

Si se quiere hablar de sexualidad, no se puede prescindir de su dimensión afectiva. Los publicistas creen haberlo entendido y lanzan mensajes surrealistas durante las campañas informativas respecto al sida cuando se trata de promocionar el preservativo. Por otra parte, ¿es serio dejar que las agencias publicitarias decidan sobre el contenido de los mensajes porque los responsables no saben ni qué decir ni a quién dirigirse? El resultado es que la mayoría de estos mensajes se destinan a quienes, por su modo de vida, no les concierne el sida.

La técnica del «spot» publicitario, que cuesta una fortuna, tampoco es la más adaptada a la prevención: el modelo de publicidad comercial televisiva es inadecuado para tal fin. Ahí están para confirmarlo los fracasos de las campañas sobre el alcohol y el tabaco. La prevención mediante la relación y la proximidad a los lugares de reunión es sin duda más eficaz que los despliegues mediáticos que acentúan la angustia de quienes ya están preocupados y estimulan a los que necesitan asumir riesgos.

Actualmente se utilizan dos métodos para presentar los preservativos: o el artista de moda ponderando sus virtudes, o el propio sentimiento amoroso, magnificado gracias a ellos. El

lenguaje es sucesivamente «mimoso», «liberado», «romántico», «cómico», «irónico» o «festivo» en unos «spots» que la mayoría de las veces sólo son estúpidos.

El cantante descarriado

¿Cómo se podrá, por ejemplo, tomar en serio a un cantante —por otra parte, muy apreciado por la cualidad poética de sus canciones sobre la nostalgia de la infancia— que recomienda a las niñas que cubran con un «capuchoncito» el miembro viril de los niños, cuando se sabe que los niños (pues aquí se trata de un lenguaje infantil) no tienen relaciones sexuales? Este discurso formulado en términos infantiles no se recibirá en el sentido pretendido, sino al revés. La sexualidad infantil no sabe de los riesgos de la relación sexual, y el niño no tiene la misma conciencia del cuerpo sexuado que el adulto. Por tanto, no puede sentir que tal mensaje le concierna, a no ser que lo reciba como algo divertido. ¿Cómo puede un cantante recomendar que se tengan en cuenta el cuerpo, la salud y la relación cuando, por otra parte, a él inconscientemente se le percibirá como alguien que niega el cuerpo adulto y vive en el sueño de una protección asegurada por los mayores y no por sí mismo? En el clima cultural de negación del cuerpo del que participa, sólo se le puede entender de esta manera: ¿qué hay que proteger cuando se vive con un cuerpo que no es el cuerpo visible? Los jóvenes motoristas que llevan el casco en el brazo en lugar de en la cabeza (ejemplo mismo de la negación del cuerpo) no temen nada, ya que la máquina sustituye al cuerpo. La máquina corporal puede asumir riesgos sin peligro, pues reemplaza al verdadero cuerpo: el motorista saca su fuerza de su cilindrada; por lo tanto, es inmortal.

El cantante, el artista o el realizador de moda no son los más adecuados para servir de vectores a los mensajes de las campañas de prevención, aun cuando podrían tener mucho éxito en la promoción de los productos de consumo.

Se olvida también que hay otros factores que influyen en la eficacia de los «spots» de televisión preventivos, como la capacidad que tiene una persona dotada de inteligencia para preguntarse sobre sí misma y para encontrar motivaciones de cambio mucho más fuertes que las que dirigen su conducta habitual.

El sentimiento amoroso utilizado

Otro modelo utilizado para presentar los atractivos del preservativo es la relación pasajera. En un «spot» televisivo en que se ve a una pareja abrazada, se muestra una mano abriendo un sobre que contiene una funda, mientras una voz en «off» dice: «El preservativo protege de todo... De todo, excepto del amor». Este eslogan expresa una extraña ambivalencia con la palabra «excepto». Por tanto, el preservativo protege de los males del amor y simultáneamente lo garantiza. ¡Es bien extraño!

Hay que ayudar al individuo y a la sociedad a protegerse del sida; pero dar a entender que la sexualidad, o incluso el sentimiento amoroso, sólo dependen de la utilización de un preservativo es desplazar el centro de gravedad de la relación humana de la afectividad al sexo, y del sexo al capuchón protector. Se confunde el continente con el contenido. ¡Con el preservativo está protegida la relación! Sin embargo, el preservativo no puede garantizar de ningún modo el amor y aún menos llegar a ser «el nuevo gesto amoroso». Esto, verdaderamente, es no tener sentido de la realidad. ¿Deberá entrar el preservativo en la definición del sentimiento amoroso? Realmente no tiene otro significado que el de ser útil para evitar una contaminación vírica, y a este título debe ser recomendado. Pretender decir más pone en evidencia que no se sabe cuál es el contenido de la sexualidad y que se reduce a la apariencia protectora de la relación sexual.

El preservativo desvaloriza el sexo

Sin duda es más fácil recurrir a un vínculo obsesivo entre el sexo y el preservativo que arriesgarse a buscar y encontrar la afectividad. No hay que extrañarse del rechazo que provoca este objeto despojado del sentimiento que habitualmente inspira una relación amorosa. Si la reflexión «le amo; por tanto, no necesito preservativo» puede ser ingenua y, por supuesto, poco práctica en una relación nueva para protegerse de un virus transmitido por vía sexual, también comporta una parte de verdad, ya que sólo la confianza hace vivir al amor.

El deseo sexual no es forzosamente un deseo amoroso: la satisfacción de un deseo sexual puede depender de diversas motivaciones que no siempre tienen algo que ver con una re-

lación amorosa. El acto sexual puede representar un papel compensador y utilizar la pulsión que está desconectada de cualquier relación afectiva con el otro. Así ocurre con el «voyeur» que esconde una cámara de vídeo en un cesto para filmar lo que hay bajo las faldas de las señoras en un hipermercado; con el exhibicionista que cuenta en la radio sus experiencias sexuales; con la mujer de cuarenta años que seduce al amigo de dieciocho años de su hija; con el hombre que recurre a la prostituta o con los hombres y mujeres que, al azar de los encuentros, disfrutan de un buen momento sexual sin vincularse al otro. Por eso, el lenguaje es equívoco cuando utiliza la misma expresión, «hacer el amor», para designar cualquier relación sexual. Pero cualquier relación sexual no merece ser calificada así. Y sería más honrado reconocerlo, pues, sin ser mojigatos, hay que admitir que el clima no respira salud. No se hace el amor con una prostituta, no se hace el amor ligando, no se hace el amor en una relación transitoria sin pasado ni futuro, no se hace forzosamente el amor en algunas relaciones conyugales: simplemente se tienen relaciones sexuales, lo que sin duda es muy agradable, pero no es lo mismo que hacer el amor en una relación emprendida con un sentimiento amoroso. En este aspecto, el verbo «amar» muestra sus límites.

La mayoría de la gente sabe perfectamente que el preservativo se utiliza fuera de la relación amorosa, excepto en algunos casos, y que no es signo de ella. Por otra parte, por eso se recurre a él, pues el compañero de ese momento no será el del día siguiente. Dejar de usar el preservativo indica que se está bien juntos y que la pareja no necesita vivir otras relaciones. Con frecuencia, el preservativo es signo de lo contrario de una relación amorosa.

El preservativo es meramente útil

Hay que dejar al preservativo su papel estrictamente utilitario para una relativa protección. Sería erróneo desvirtuar su sentido creyendo ingenuamente que puede alimentar un imaginario amoroso. La economía de los fantasmas sexuales no depende de los argumentos publicitarios, y el inconsciente, a partir del cual se desarrolla la vida afectiva y sexual, funciona con otras realidades psicológicas.

Cuanto más se quiera recalcar, valorizándolo y banalizándolo, que el preservativo forma parte de la relación amorosa, más se provocará el efecto contrario. ¿Es posible la ecuación «más igual a menos» sin negar lo que quiere afirmar? ¿De acuerdo con qué lógica se puede entender: «Es importante ponerse el preservativo, *ya que* no es nada»? Se le prescribe y se le anula a la vez. Se presenta el preservativo como un elemento importante en la relación sexual y, al mismo tiempo, se afirma su contrario al querer hacer de él una vulgar funda. Un mensaje que transmite su contrario no puede ser aceptado, pues, además, en beneficio del sexo se suprime la afectividad que las tendencias actuales intentan restablecer en la relación.

*El preservativo está presente
en el conformismo sexual de los años setenta*

El sexo no es banal. El contacto sexual no es un simple apretón de manos. La mayoría de las personas no sienten que los «spots» televisivos sobre los preservativos les conciernan, sobre todo las que son más sensibles a la dimensión afectiva de la sexualidad, ya que juzgan que estos mensajes se destinan a los ligones, grupo al que, evidentemente, no pertenecen⁹.

Estos «spots» escenifican el conformismo sexual de los años setenta, cuando las representaciones de la relación con el otro querían reducirse al sexo. Se quiere estar aferrado al sentimiento amoroso, pero es inútil, porque la valorización del preservativo da a entender que es parte integrante de la relación y que de ese modo legitima la expresión de la pulsión por sí misma. ¿Por qué este prejuicio? ¿Por qué considerar cualquier acto sexual prioritario respecto a la calidad de la relación, respecto al amor? ¿Por qué el amor ya no es un ideal?

Si se presentase al preservativo como la solución menos mala en determinadas circunstancias, se aceptaría mejor que con los

9. La campaña del verano de 1990 cuyo eslogan era: «Los preservativos os descan felices vacaciones», es ejemplo de un estereotipo distorsionador en el que equivocadamente se toma a una funda como sujeto. He aquí una manera de incitar al sexo sin ser ni el sujeto ni el responsable del desco.

sainetes recreativos, alocados y jocosos de los «spots» televisivos en los que ahora se quiere disociar el preservativo de la prevención del sida y hacer de él un objeto de placer. Es el invento de 1990. Uno de los esloganes seleccionados y publicados en la prensa con una serie completa de dibujos no duda en afirmar que, gracias a los preservativos, se puede salir de una sexualidad monótona: «Es posible alegrar una vida sexual que se considera demasiado sosa». Por otra parte, al examinar el conjunto de los dibujos y los textos, se ve que los creadores de la campaña dan a entender que la vida sexual es rutinaria por principio. Veamos algunos ejemplos significativos:

— «Gracias al preservativo, ya no es necesario hacer mucho ruido para probar a alguien que se le ama».

— «Los hombres que aman a los hombres deben demostrarlo tanto como los que aman a las mujeres».

— «Amantes del cuero, no os imagináis el enorme placer que puede producir un simple trozo de goma».

— «Desde la llegada del preservativo, se percibe una sensible disminución de los dolores de cabeza de las mujeres».

— «Las mujeres oponen menos resistencia a hacer el amor cuando se eligen buenos argumentos para convencerlas».

También se utilizan otros argumentos más vulgares que dejan perplejo por la dimensión pueril e inmadura de semejante campaña destinada a unos «cantamañanas». Se habla a los franceses como a analfabetos sexuales, con una necesidad malsana de dar a los preservativos un sobresignificado que no tienen. A menos que se quiera hacer de ellos fetiches que ocupen el imaginario sexual del individuo. Ahora bien, el preservativo —como ya hemos visto— no puede hacer soñar. El objeto que sustituye al sexo es siempre la expresión patológica de una carencia del imaginario que no logra arreglárselas con sus fantasmas. El imaginario se aliena, se empobrece y se reduce a un objeto estimulante. El fetichista es incapaz de llegar al orgasmo sin tener su objeto consagrado. Se trata de un coadyuvante masturbatorio que esta campaña querría introyectar en una población programada para ser fetichista.

«A fuerza de querer informar sin dramatizar —declaraba J. Henocq, presidente de la agencia publicitaria *Bélier*—, en Francia se ha llegado a minimizar y banalizar los peligros de un

desastre como el sida, mientras que en Gran Bretaña no se dudó en movilizar a la opinión pública planteando la pregunta: “¿Cómo dejar de morir por el sexo?” En efecto, ésta es la cuestión esencial en la prevención, antes de querer legitimar hipócritamente las relaciones promiscuas o aprovechar el sida para hacer de la homosexualidad el equivalente de la heterosexualidad. ¿Por qué adoptar esta orientación en la prevención cuando son posibles otras opciones y otros temas? Lo más honrado sería limitarse a la pregunta: “¿Cómo evitar la muerte por el sexo?”, sabiendo que a algunos esto les importa poco y prefieren jugar con la muerte».

La mayoría de los medios de comunicación europeos han puesto en marcha sus campañas mucho antes que Francia. Los británicos no tuvieron ningún miedo a poner en los carteles:

— «Sed fieles, es lo más eficaz».

— «Para quienes no puedan, el preservativo puede ser mejor que nada».

Aquí, la calidad relacional se presenta como lo más importante.

Los estudios que se han hecho sobre la actitud del hombre y sus automatismos en materia de seguridad muestran que poco a poco se va acostumbrando a los sistemas de protección y termina por abandonar su propia vigilancia. Cuanto más intensa es la sensación de seguridad, menos atento se está. No basta con proponer un medio que nunca será eficaz¹⁰ al cien por cien sin reclamar una información y una reflexión permanentes sobre los comportamientos. Pero, para favorecer este trabajo de interiorización y de maduración relacional, hay que saber a partir de qué modelo se razona.

La mayoría de las campañas de prevención del sida validan la idea de un sexo independiente y ocasional y se inspiran en ella. Este sexo, concebido como una isla o una segunda vivienda, existe en las representaciones y en las prácticas, pero

10. El preservativo ofrece una innegable garantía, aunque sin ser de una absoluta seguridad. Desgraciadamente, la experiencia de los usuarios lo confirma.

¿debe la prevención tomarlo como un hecho consumado, un ideal o un rasgo de la mentalidad equivalente a lo que se conoce de la psicología sexual?

Como ya hemos dicho, si el preservativo se presenta como una funda utilitaria, una protección, se admite mejor el mensaje que si se le define como un gesto integrado en la relación amorosa. En este último caso, se le rechazará, pues justamente es el representante de los encuentros fortuitos, ocasionales, y reactualiza el «impasse» de estas relaciones sin inversión afectiva y sin futuro. Por otra parte, pase lo que pase con las experiencias de cada cual, la gente, en su gran mayoría, no quiere vivir estas relaciones que no implican amor.

Finalmente, la relación psicológica con el preservativo se vive a menudo como con un tercer objeto, una tercera presencia insoportable en la relación con el otro. Una reflexión sobre la sexualidad humana no puede limitarse a una funda de goma, aunque sea de colorines, perfumada o esté incluida en un llavero... Ante todo se trata de un problema de comportamiento.

Los programas de televisión abordan frecuentemente este tema, pero siempre muestran casos extremos y marginales que no son representativos de la población, como sucedió con la serie titulada «El amor en Francia». Los autores tenían en la cabeza el modelo de las relaciones sexuales con múltiples compañeros que liberan y realizan, y a través de los testimonios y las reacciones masivas de los telespectadores se puso de manifiesto lo contrario. La manipulación era demasiado evidente como para hacer de estos programas el reflejo auténtico de la vivencia amorosa actual.

En muchas personas hay una notable resistencia psicológica a ver el sexo prostituido públicamente de ese modo y, paralelamente, un auténtico deseo de asociar positivamente sexo y afectividad. Por eso, los «spots» publicitarios sobre los preservativos no tienen la utilidad que se les quería dar. Sólo convencer a los que ya están convencidos.

Una prevención que no tenga en cuenta la psicología sexual, según las distintas edades, para limitarse a una sexualidad higiénica en la que el preservativo se presenta como un sexo supletorio que ocupa el lugar del verdadero sexo sólo puede

acentuar las angustias. Incluso se ha creado una asociación que tiene como único objetivo promover el preservativo entre los adolescentes. Esta militancia sanitaria contribuye a jugar con la castración imaginaria eliminando el sexo naciente de los adolescentes. El discurso sobre la prevención, al limitarse al mero acto sexual, anula el sexo.

Hablar de sexo y de amor

La necesidad de aprender a amar va a condicionar el punto de vista en el tema de la educación afectiva y de la prevención del sida. Algunas campañas se siguen inscribiendo en el contexto de la valorización social de la sexualidad pregenital. El sexo es puramente instrumental y mecánico. En estas condiciones, el preservativo se presentará como el salvador de un sexo subdesarrollado y no como la protección contra un virus. No se duda en utilizar mentiras de este tipo: «El preservativo es la vacuna contra el sida». La relación con el preservativo va a depender del sistema sexual en que se sitúe el individuo, y una campaña, en la medida en que rebasa la simple función protectora, puede favorecer una fijación donde sería necesaria una evolución.

La prevención del sida por medio de una información exacta, precisa, repetida y dirigida en particular a los jóvenes es necesaria, ya que ahora sabemos que tendremos que aprender a vivir con el virus. Sin embargo, ¿no corremos el riesgo de encubrir con argumentos virológicos, epidemiológicos e higienistas las cuestiones afectivas y sexuales que se viven durante este período de mutación psíquica? La mayoría de las informaciones se centran en los peligros, el virus, la enfermedad y las protecciones, y sin duda hay que mencionarlos; pero rara vez se abordan y se reflexiona sobre las condiciones de la vida afectiva, la manera de afrontar los riesgos de la existencia y el cuidado del propio capital de salud. Dicho de otro modo, sería preferible iniciar, tanto en la familia como en el colegio y en la vida asociativa, una reflexión más centrada sobre la persona que sobre los virus, los productos consumidos en exceso o los peligros a que diariamente nos exponemos. No sirve de nada prohibir la publicidad sobre el tabaco y el alcohol si al mismo tiempo se finge ignorar por qué bebe, fuma o se droga un individuo. No tenemos una filosofía de la prevención en la salud

pública centrada sobre el individuo, sino sobre los productos fetiches. Por ello, los problemas persisten y se amplifican.

¿Qué imagen de la sexualidad se va a desarrollar en los jóvenes si se les habla de las relaciones sexuales a propósito del sida? ¿Por qué tiene la prevención que lanzarse de ese modo sobre la sexualidad de los jóvenes como si fueran un grupo de riesgo? De todas formas, la noción de grupo de riesgo es discutible: puede haber conductas y prácticas de riesgo, pero, ciertamente, no grupos. La gran mayoría de los adolescentes aún no han tenido relaciones sexuales. La prevención, en nombre de la liberación sexual, puede llegar a imponer una nueva norma al recomendar la utilización del preservativo incitando a mantener relaciones sexuales precoces.

So pretexto de prevención, de advertencia, de festejo del preservativo fetiche, ¿no vamos a asistir a un chantaje a la sexualidad de los jóvenes?

Es de esperar que los investigadores encontrarán la forma de neutralizar el virus del sida, pero ello no solucionará en nada las divagaciones, las dificultades y los sufrimientos afectivos. La pandemia del sida es extremadamente seria, pero la inquietud que suscita no debe engañarnos en cuanto al discurso a dirigir a los jóvenes. ¿Hay que hablarles del sida o también, y sobre todo, de las mutaciones afectivas que viven y de su futuro amoroso? La mayoría de ellos afirman con razón o con ingenuidad que el sida no es problema suyo: «Eso sólo les ocurre a los demás». Tal idea está ligada a la ilusión de que el adolescente es inmortal, de que no puede pasarle nada y, por lo tanto, puede desafiar todos los peligros. Y cuanto más se insista en el peligro, más irá a su encuentro. Pero si algunos adolescentes no sienten que el contagio les afecte, es también porque los menores de diecinueve años no viven relaciones sexuales promiscuas y no son toxicómanos. Las representaciones que tenemos de ellos no se corresponden con las prácticas. Sólo una minoría entre quince y veinte años tiene relaciones promiscuas y es toxicómana: evidentemente, es a éstos a los que hay que recomendar la utilización de preservativos.

Además, los jóvenes perciben profundamente un cierto fracaso de las sexualidades contemporáneas, ligado al desplazamiento de la mera relación genital hacia lo sentimental. El ro-

manticismo hace soñar a más de uno y de una. Por tanto, los jóvenes presienten que el problema es otro, pero los adultos no se atreven a enfrentarse a él, empezando por los poderes públicos. Muchas reuniones informativas organizadas con esa intención escamotean los problemas afectivos actuales manteniendo hacia el exterior el discurso sobre las manifestaciones de la sexualidad. A los adultos les interesa sobre todo dar buena imagen de sí mismos a los jóvenes a los que hablan de sexualidad. Quieren caer simpáticos, cuando no se trata de demagogia.

Los nombres dados a estas reuniones ponen fundamentalmente de manifiesto una voluntad de negar la culpabilidad sexual cuando, para acceder a la madurez, precisa que se la reconozca por sí misma y se la resuelva en su terreno. ¿Cómo vivir la sexualidad en total libertad interior sin haber afrontado y resuelto la culpabilidad edípica? Basta con enumerar algunos títulos de las jornadas informativas sobre el sida dirigidas a los jóvenes para evaluar cómo se mantiene el sistema de la sexualidad infantil:

- «Ojo con los accidentes»;
- «Las E.T.S. no son enfermedades vergonzosas»;
- «No al tabú sexual»;
- «Las enfermedades del amor»;
- «Antes de morder la manzana».

Es verdad que la adolescencia es el momento del desafío sexual, y cabe pensar que esos títulos, en forma de esloganes, se aproximan a una de las preocupaciones del adolescente que aún no ha asociado plenamente su afectividad a la sexualidad. Esta última aparece entonces por sí misma, sin estar controlada por el aparato psíquico. Con estos títulos, muchos jóvenes tienen la sensación de que los adultos, que sexualmente no se sienten cómodos, ni los respetan ni los toman en serio. Los adultos usan demasiado de la seducción para resultar creíbles. Los jóvenes no tienen la impresión de que se comprenda lo que viven.

Por tanto, la cuestión se remite a los adultos. Cuando los adultos hablan con los jóvenes de sexualidad, ¿de qué sexualidad hablan? ¿De la suya, que exhiben e intentan justificar? ¿De la de los jóvenes, con la que intentan identificarse con sus conflictos sexuales de adolescentes? Es de temer que los adultos presenten un mensaje vital demasiado limitado y superficial,

cuando no se trata de una pura y simple incapacidad para transmitir cualquier cosa y para hablar del sentimiento amoroso. Se informa a los jóvenes sobre técnicas, se les habla de desculpabilización y libertad, cuando lo que ellos esperan es una explicación clara sobre las confusiones sentimentales en que se encuentran. En realidad, el objetivo ha de ser aproximarse a las actitudes afectivas profundas que favorecen la elaboración de una auténtica vida amorosa y preparan su relación futura. El resto viene por añadidura y del sentido que se tenga de la responsabilidad de los propios sentimientos hacia los demás. De este modo, en cada uno se efectuará la prueba de su sentido moral, es decir, de su sentido de la verdad, de la justicia y del afecto por el otro.

El «impasse» de un modelo sexual

Sida o no sida, nuestros modelos sexuales nos habrían planteado problemas, a pesar de todo, ante el «impasse» a que están abocados. Pero la rápida progresión de las enfermedades de transmisión sexual, y en particular del sida, nos obliga, con mayor razón, a preguntarnos sobre nuestra manera de representarnos y de vivir la sexualidad.

Con frecuencia, las enfermedades humanas son la expresión de nuestras condiciones de vida, y los virus se modifican al mismo tiempo que nuestros modos de existencia. Probablemente sólo estamos al principio de la expansión de otros retrovirus, de los que el sida es el más manifiesto.

El hombre contemporáneo ha vivido con la idea de que nada podía ocurrirle que no fuera ya conocido o estuviera dominado, o en vías de serlo, gracias a los avances de la medicina. En las representaciones colectivas se impuso una sensación de libertad sin límites, y el hombre se ha ido protegiendo cada vez menos, hasta llegar a mostrarse en una desnudez casi mítica, que reconcilia idealmente al hombre primitivo con el hombre tecnológico. Ya no hay nada que temer. Y ahora viene un retrovirus a recordarnos que seguimos siendo un organismo frágil en la naturaleza y que vivimos en medio de peligros.

Tanto el sida como las E.T.S. se presentan justo en el momento en que nos estamos replanteando el modelo sexual de los

años cincuenta y cinco / sesenta. Antes incluso de la aparición del sida, se ha podido constatar una modificación en los comportamientos, tanto en los Estados Unidos como en Europa. El repliegue de la representación y del ideal de los años sesenta comenzó a principios de los ochenta, como demuestra, por ejemplo, el sondeo realizado por «BVA Sexologie 88» en noviembre de 1987, que indicaba que el 63,3% de los hombres y el 65,2% de las mujeres creían en un fuerte resurgimiento de la afectividad en la vida amorosa, y el 65,9% de los hombres y el 76,8% de las mujeres consideraban la infidelidad un acto grave.

Esta modificación se inició antes de que la gente tuviera conciencia del peligro del sida. El modelo de la relación con sucesivos compañeros se agotó por su falta de fundamento, y si la fidelidad se considera de nuevo como un valor, es gracias a la calidad relacional que permite ponerla en práctica y no a causa del miedo al sida. El temor al sida, repitámoslo, sería un argumento bien miserable para amar fielmente. Lo que todos sentimos en primer lugar, y sobre todo algunos jóvenes, sin encontrar las palabras para expresarlo, es la necesidad de despertar, de desarrollar y de valorizar su afectividad en una vida relacional, incluso antes de cualquier realización amorosa. En sus testimonios, esos jóvenes mencionan a menudo los fracasos y las experiencias desafortunadas de sus mayores o de sus padres que ellos no quieren vivir. Prefieren aprender a vivir con los demás, lo que sin duda es una de las condiciones que preparan para la elección amorosa.

«¿Se ha acabado el sexo?», se preguntaba un semanario francés¹¹. La pregunta se debe plantear de otra manera.

El sida no hace sino poner de manifiesto las lagunas de la sexualidad contemporánea. Las modificaciones que a partir de ahora, puedan iniciarse van a tener lugar en el paso, de una sexualidad en la que el sexo se vive como un fin en sí mismo, a una sexualidad cuyo sexo es una de las modalidades de la relación humana.

Las parejas de bebés

La moda actual no es la de la cohabitación juvenil como en los años setenta. Es la de las parejas de bebés: chicos y chicas se disponen a vivir juntos muy pronto, a veces influenciados por el entorno, para afirmar socialmente que ya no son niños, cuando no se debe a sus padres, que así se tranquilizan respecto a la sexualidad de sus hijos y la suya propia. Este neo-conformismo tiene lugar en un marco relativamente satisfactorio para los adultos y para los adolescentes. Lo que no quiere decir que los problemas estén resueltos. Sólo se han pospuesto. En los años sesenta / setenta, se dejaba a los padres para ir a vivir con una amigo(a). En los años ochenta, los padres compraban una cama grande que instalaban en la habitación de la hija(o) para acoger al amigo(a) cuando fuera a pasar el fin de semana a su casa. Se pasa de la relación con los peluches, a la de jugar a «papás y mamás», y finalmente a la otra fase, sin que estas etapas se vean seguidas por una auténtica modificación libidinal. Se cambia de objeto, pero sin por ello transformar la sexualidad infantil en sexualidad objetal.

En un principio, la cohabitación juvenil afectó a los estratos sociales urbanos e intelectuales, después se desarrolló la idea del matrimonio a prueba o el rechazo de la institución matrimonial. Este comportamiento en principio se correspondía con el de los adultos jóvenes que, después de haberse demostrado su estabilidad, se casaban antes de que nacieran sus hijos. Este fenómeno no ha dejado de crecer y actualmente forma parte de numerosas estrategias prematrimoniales. Sin embargo, se observa una particularidad nueva en los adolescentes que ahora adoptan este comportamiento siguiendo modalidades muy diferentes. Se trata de adolescentes jóvenes, a menudo de catorce a dieciséis años la chica y de quince a dieciocho el chico, que viven una afectividad conflictiva y generalmente procedentes de familias perturbadas o de un medio social poco favorecido. «La aspiración a una auténtica vida familiar les lleva a construir una unión con la esperanza de crear unas relaciones de pareja que no han conocido en sus padres. Esta esperanza está amenazada constantemente por dificultades de todo tipo, recursos insuficientes, vivienda precaria, pero sobre todo por las dificultades de comunicación en el interior de la pareja, donde muy a menudo

11. *Le Nouvel Observateur* (del 1 al 7-6-1987).

la violencia sustituye a la palabra. Por tanto, el emparejamiento de dos jóvenes adolescentes tiene un profundo significado. En este momento, supone a veces una respuesta a la ruptura con los padres, casi siempre para intentar crear una célula familiar que frecuentemente ha faltado. Siempre corresponde a la aparición de una necesidad de amor y de ternura en un momento determinado; la observación muestra que esto no resiste el paso del tiempo.

«Entonces la ruptura puede vivirse como un fracaso. En la medida en que la formación de estas jóvenes parejas es un acto de esperanza, y en particular de la esperanza de no reproducir el ejemplo de los padres, la ruptura es tanto más dolorosa. Los dos salen heridos; a veces se sienten traicionados el uno por el otro en sus esperanzas mutuas, e incluso traicionados también por el hijo que ha nacido»¹².

Estas relaciones de parejas adolescentes —las parejas de bebés— se basan en una estructura afectiva infantil de la que la mayoría de las veces está ausente la evolución. La crisis es prácticamente inevitable para cambiar de régimen afectivo cuando los miembros de la pareja se encuentran en un «impasse» relacional. Sobre todo cuando algunos adolescentes utilizan el cuerpo contra las tensiones de su vida psíquica. Esta conducta instrumental deja sin cultivar una subjetividad pobre, y el recurso a los superlativos para calificar la relación, que no lo es, disimula mal su afasia afectiva.

El entorno, que erotiza las relaciones humanas sin por ello hacerlas más felices, ha hecho posible el paso a las relaciones sexuales. La banalización del discurso amoroso y sexual incita a los jóvenes a emprender una vida sexual precoz y desfasada respecto a su evolución afectiva, que no siempre es capaz de calificar e identificar el sentido de la relación. En nombre de un pseudo-amor, ¿no corre la sexualidad el riesgo de comenzar de cualquier manera? El mismo término «amor», utilizado para definir la mayoría de las relaciones que se entablan, ¿puede aún tener sentido? Algunos eslóganes de moda racionalizan apre-

12. *Sexualité, maternité, adolescence*, informe del Consejo Superior de Información Sexual.

suradamente ciertas experiencias particulares: «El amor no puede durar toda una vida»; y afirman sabiamente: «Si un hombre tiene una historia de amor que dura veinte o treinta años, es que ha optado por privarse de un montón de otras historias de amor»¹³. Pero ¿se trata verdaderamente de historias de amor cuando se suceden hasta el punto de reducirse a secuencias de culebrón? La relación amorosa se presenta a través de la megalomanía de la pasión que ciega. Pero aquí la cuestión esencial es la opción: ¿cuáles son los sentimientos en juego? Los sentimientos, por muy intensos que sean, no son forzosamente amor. Del mismo modo, puede vivirse una relación sexual sin amor y, a la inversa, la abstinencia sexual puede ser una prueba de amor, así como el respeto al otro en su intimidad como, por otra parte, lo exige el valor cristiano de la castidad. La castidad (respecto al otro) no es lo mismo que la abstinencia sexual (renuncia a las relaciones sexuales).

Los sentimientos indecisos son engañosos cuando se quiere interpretarlos de inmediato en sentido amoroso, en lugar de considerarlos realidades que en principio componen la interioridad de la personalidad y a partir de las cuales se construye la sociabilidad. La relación con el otro, reducida a ser simplemente «elección amorosa», no es ni social ni cultural. Ahora bien, en la adolescencia la relación tiene sin duda interés en socializarse antes de reducirse a ser una elección sentimental: las amistades de toda la vida normalmente se hacen durante el período juvenil, mientras que los trofeos de la decepción amorosa coleccionados desde esta época a menudo proporcionan una opinión pesimista de la relación humana. Con el tiempo, la experiencia vital deja entrever que, pese a todo, la relación amorosa puede vivirse de un modo distinto que a través de los temas emocionales de la adolescencia.

Los desencantados del amor humano pueden ir progresivamente descubriendo los caminos de una nueva confianza en el otro, porque su deseo amoroso ha podido irse construyendo. Pero con demasiada frecuencia se ve a muchos adultos jóvenes solos que no consiguen estabilizarse en su vida afectiva o que

13. Entrevista de Tony Lainé y Daniel Karlin, *Le Point* (8-1-1990).

ni siquiera manifiestan deseos de lograrlo. A menudo, difieren su compromiso porque no están seguros de sí mismos y de su deseo. La duda los lleva a aceptar lo provisional en este terreno, mientras que su vida profesional puede ser todo un éxito.

Algunos hombres y mujeres de treinta a treinta y cinco años en esta situación se encierran y se bloquean. Frecuentemente sus vidas están muy ocupadas con una profesión y un ocio llenos de actividades muy absorbentes. Les preocupa su libertad. Pasan fácilmente de una cosa a otra. Algunos, sin saber bien por qué, se vienen abajo y se encierran en depresiones; otros se quedan exhaustos tras no aguantar en una relación más de seis meses o un año. Sienten, cuando se franquean con alguien, que la relación no les funciona. O, a la inversa, si la repercusión emocional es demasiado fuerte, no saben ni qué hacer ni cómo orientar su relación. A falta de recursos interiores y de referencias para identificar lo que viven, confiesan: «No sé dónde estoy. No sé lo que quiero».

Las relaciones sexuales pueden ser técnicamente satisfactorias sin tener otros motivos o proyectos para prolongar la relación. En este caso, admiten que el sexo no es amor. Pero no saben lo que quiere decir amar, pues su deseo afectivo no existe, por no haber sido elaborado. No se trata de falta de interés. Los plazos de maduración son más largos con relación a la importancia que la subjetividad tiene en el logro de la relación con el otro. Muchos adultos jóvenes han adquirido la costumbre de actuar en función de lo que sienten, y lo que han ganado en experiencia lo han perdido en interioridad.

Cuando llegan a la consulta, saben describir lo que han vivido, pero, a continuación, cuando se trata de analizarlo, no encuentran las palabras para profundizar en sí mismos. El interés de estas consultas está en ayudarles a lograrlo. Adoptan un discurso de dos niveles, binario como el de la informática, cuando el de la subjetividad humana es trinario. La inteligencia del ordenador es: pregunta-respuesta. La inteligencia humana está compuesta por tres realidades: el sujeto, su relación y el objeto. Este juego de interacciones con frecuencia lo viven mal los jóvenes formados en función de las inteligencias artificiales. Cuando hacen una pregunta, quieren una respuesta o un resultado inmediato como con una computadora. Su inteligencia se

identifica con la del ordenador, lo que anula la subjetividad. Este reflejo no favorece ni el discernimiento del sentido de lo que se vive ni su reorganización. Hay que ir movilizando progresivamente las capacidades de reflexión sobre sí mismo del individuo para comenzar un verdadero trabajo psíquico.

Tener un «rollo»

Hay que reconocer que un ambiente que se dedica a banalizar el sexo y a suprimir el significado de la relación amorosa no es sano. ¿Cómo puede haber un futuro amoroso en estas condiciones?

Algunas etapas de la vida se franquean demasiado rápidamente, y a veces se efectúan transgresiones simbólicas con cierta arrogancia, so pretexto de liberarse de los tabúes o simplemente de obedecer a los deseos. Un ejemplo, que más que de seducción afectiva es de sollicitación sexual por parte de una mujer joven, nos lo hará entender mejor.

Bruno, estudiante de psicología de veintidós años, ha vivido varias experiencias sentimentales sin futuro. Cansado, decide hacer una pausa y no implicarse más en este tipo de relación.

Una de sus amigas le invita, junto a otros, a ir a un concierto de rock antes de marcharse unos meses a Gran Bretaña para continuar sus estudios. Él nota que ella intenta atraerle hacia una relación que él no desea. Durante el concierto le da la mano e intenta besarle; él se deja a pesar suyo, sin ser capaz de poner límites a esta invasión. Pero lo lamenta. Quiere ser educado y simpático. Ella le ha regalado la entrada, y no quiere apenarla ni desilusionarla. Querría limitarse a una relación amistosa. A la vuelta, ella le invita a pasar la noche en su casa. Él prefiere que cada uno vuelva a la suya. Los amigos les dejan ante el domicilio del chico. Finalmente, él acepta que ella duerma en su casa, pero sola en otra habitación. Al día siguiente por la mañana, cuando va a despertarla, la encuentra desnuda, tumbada en la cama. La situación no le deja indiferente. La chica le atrae para estrecharlo en sus brazos. Él se niega: son «amigos» sin más, y le da a entender que ya no quiere vivir sus relaciones femeninas como las ha vivido hasta entonces. Si no lo entiende, peor para ella; él, desde ahora, tiene otros deseos.

Este joven simplemente sabe diferenciar una relación amistosa de una relación amorosa. Hasta ahora, no sabía. Dependía del deseo ajeno, y la relación rápidamente se convertía en sexual. De tales relaciones conserva la sensación de falta de significado, de fracaso que lleva al deterioro de la relación. Ahora quiere inscribir su vida sexual en una relación amorosa. Está a la espera de esa futura relación amorosa y, mientras tanto, sigue viviendo.

Hay que destacar que este comportamiento seductor, muy masculino hace algunos años, también se ha convertido en femenino. Al adoptar comportamientos que denunciaban en los hombres, algunas mujeres muestran que se identifican más con la masculinidad que con su feminidad. Si, en un primer momento, este comportamiento seductor se consideraba halagador, posteriormente se puede vivir como una relación invasora y como reflejo de la incapacidad para discernir los objetivos y los límites de la relación —lo que es válido tanto para un hombre como para una mujer—. Este dominio sobre el deseo del otro, que incluso llega a imponer un tipo de relación, paraliza a los que se someten a él por temor a resultar frustrantes (no quiero apenarle). Los que se niegan son los que saben que ya no les apetece la P.T.A.: la «pareja transitoria en la almohada».

Ver sólo el sexo, considerar el amor humano únicamente como relación sexual, como un «plan de jodienda», de hecho es un impulso que carece de autenticidad. Sin duda por ello una de las expresiones clave de moda es el presunto «ser auténtico».

Hoy, la mayoría de los temas sexuales son del orden de la pregenitalidad. La literatura supuestamente erótica sólo ofrece un lugar a «papá y mamá» infantil y rutinario.

*Autoportrait en érection*¹⁴ es el relato prototípico de la situación actual. Un hombre de cuarenta y ocho años cuenta las aventuras de su pene (mi pene es una persona), mediante el cual continúa cultivando los reflejos de la pubertad de quien experimenta una rareza corporal. Este pene viajero, si bien descubre excitaciones mecánicas, conquistas y muchas sensaciones, se

queda en un imaginario afectivo muy pobre. Las famosas encuestas estadounidenses de la periodista Shere Hite sobre el tema de las mujeres y el amor son también ilustrativas de la reducción propia de la pubertad en que se deja la sexualidad del hombre y de la mujer. Como resultado de sus encuentros, Shere Hite saca la conclusión de que para una mujer la masturbación es mucho mejor que una relación completa con un hombre. Así que cada uno se queda en su casa y hacen el amor por teléfono.

La sexualidad infantil, para salir de su economía de circuito cerrado, debe poder conocer otra realidad que supere su narcisismo original. Por eso, el descubrimiento del amor al otro está determinado tanto por el grado de maduración de la vida psíquica como por la propia historia afectivo-sexual. Pero lo que realmente va a predominar es el amor por el otro. Este predominio implicará muchas renunciaciones y frustraciones. Una vez integrado, será fuente de civilización, como ya señalaba Freud en *El malestar en la cultura*.

Cada persona tiene su propia historia del sentimiento amoroso, de la que lo esencial se ha constituido durante la infancia y transformado durante la adolescencia. Pero en el terreno cultural, lo que realmente ha estado en el origen y ha inspirado los ideales fundantes de nuestras sociedades ha sido el sentido del amor judeo-cristiano, aun cuando los hombres no siempre hayan sabido coincidir con este ideal o hayan sentido hacia él miedo u odio —por otra parte, ¿cómo podría ser de otro modo siendo los hombres como son?—. La ley del amor al otro no deja de ser un ideal. Sin él, ¿cómo imaginar, cómo escribir poesía, cómo cantar, cómo crear, cómo buscar establecer la verdad, cómo relacionarse...? Amar no es fundamentalmente un sentimiento o una emoción, sino una manera de relacionarse en la que también se quiere cooperar con los intereses del otro. Por otra parte, las quejas que los psicoanalistas oyen actualmente responden menos a problemas sexuales que a una dificultad para comunicarse y amar.

La revolución sexual dio a entender que todo iba a cambiar en la relación humana, que bastaba con expresarse sexualmente para existir más profundamente. Después de esa pseudo-revolución, la decepción ha sido grande al percibir que la mayoría de la gente no sabe comunicarse mejor. ¿Se habrá convertido

14. G. FABERT, *Autoportrait en érection*, Ed. Régine Desforges, Paris 1989.

el otro en el gran ausente de la sexualidad contemporánea, en favor de una «película» interior que remite a una sexualidad narcisista infantil en detrimento de una sexualidad relacional?

Recientemente hemos visto cubrirse las tapias con la publicidad de una marca de ropa interior masculina. Aparece un joven en «slip» con el eslogan: «Mâle aimé, mâle culotté» («Macho amado, macho con calzoncillos»), y, a su lado, un niño desnudo representa el patrón de la sexualidad contemporánea. Esto indica hasta qué punto la sexualidad infantil sirve de referencia en un momento en que el individuo se siente «mal» amado o «mal» identificado. Al no poder elaborar la sexualidad, se la mantiene en su economía original.

De la pareja a lo conyugal

A esta afectividad juvenil le ha ofrecido una superestructura una corriente filosófica. El modelo de la pareja Jean-Paul Sartre-Simone de Beauvoir influyó en las mentalidades y tuvo su momento de gloria durante el período cincuenta-setenta. El matrimonio causaba vergüenza, y la lealtad consistía fundamentalmente en decirse todo y con todo detalle.

Este modelo a muchos les ha servido para expresar la omnipotencia del sentimiento sobre la relación. También ha sido soporte de los conflictos psíquicos mal identificados de una generación que echaba la culpa de todos sus males fundamentalmente a la familia. El conflicto debía animar la relación más que la cooperación, pero, proyectado en la realidad social, introdujo una disociación casi esquizoide entre afectividad, sexualidad y duración. Ello ha tenido abundantes consecuencias: se ha concebido la relación con el otro como un encuentro imposible, mientras que la libertad sexual y la negativa al compromiso, a falta de futuro, prometían plenitud.

Desde hace treinta años, la mayoría de las representaciones sociales de la pareja no han dejado de preconizar la idea de la relación con múltiples compañeros y de ridiculizar la relación estable. ¿Es aún viable esta inversión del ideal?

La pareja juvenil incapaz de acceder a la vida conyugal y que prolonga un deseo de afectividad «maternante» es uno de

los modelos relacionales de finales de este siglo. Con frecuencia, no alcanza los resultados esperados. El coste humano de esta operación es menos evidente que un coste financiero, pero el desencanto entraña pérdida de confianza e inseguridad que incitan a encerrarse en uno mismo y a la desocialización de la vida afectiva. Por ello, en vez de hablar de vida conyugal, se habla de pareja. Ahora bien, las nociones de «pareja», «conyugalidad» y «paternidad» aluden a significados diferentes.

La noción de «pareja» se refiere al vínculo individual que une a dos personas. Desde hace unos años, este término se utiliza exclusivamente para designar una relación privilegiada entre un hombre y una mujer. Los sentimientos deben apartarse de las influencias externas y mantenerse en su pureza original. No están sometidos ni al tiempo ni a las normas sociales. Se viven como un instante inmediato que perdura. Este aislamiento del sentimiento amoroso es una de las consecuencias de la valorización de la subjetividad amorosa que ignora la intrusión de los demás y de la temporalidad. El compromiso matrimonial, como reconocimiento social de la relación, no se considera necesario, ya que se aman y, con toda razón, sólo los amantes son dueños y señores de su relación. Sin embargo, limitarse a la absoluta magnificencia del sentimiento amoroso refuerza el individualismo.

La noción de «conyugalidad» implica que la relación amorosa se entabla en una doble dirección, que es individual y social y que, para durar, necesita acceder a la institución matrimonial. El matrimonio hace existir a los cónyuges ante los demás como célula de vida microsociedad identificable. Vivir juntos en pareja no es ni psicológica ni socialmente lo mismo que construir una vida común en el matrimonio.

Finalmente, la noción de «paternidad» representa una situación que va a penetrar en la vida conyugal de modo prioritario durante algunos años: la época de la educación y de la autonomía de los hijos. La paternidad va a abrir camino a la vida familiar. Las interacciones familiares comienzan con al menos tres hijos: antes se está dentro de las relaciones duales, ya sea con uno o con dos hijos, pues no hay interacciones suficientes para formar un grupo familiar con sus dos redes de comunicación: la de los padres y la de los hermanos.

A muchos postadolescentes les resulta difícil acceder al sentido simbólico de la paternidad que marca el final de la madurez sexual antes incluso de ser padre o madre. Es frecuente recibir en la consulta a hombres jóvenes aterrados ante la idea de ser padres y que no saben cómo situarse ni respecto al hijo ni respecto a su mujer que va a ser madre. Algunos se viven como un hijo mayor, como una madre por delegación, o sencillamente se excluyen de la relación dejando a solas a madre e hijo. No faltan las compensaciones mediante el trabajo, el deporte o el sueño. El problema es el mismo para las mujeres jóvenes que retrasan la llegada del primer hijo, no únicamente debido a sus actividades profesionales, sino por una incapacidad para asumir la maternidad en su vida psíquica: es una cuestión de maduración que, en el contexto actual, es más larga y más tardía.

Estos tres aspectos de la vida afectiva adulta (la pareja, lo conyugal y la paternidad) plantean muchos problemas. Las representaciones que se han dado de ellos en estos últimos años se han centrado más en torno a la valorización de la vida de pareja y han dejado los otros dos en la sombra. Una vez más, ha servido de base el modelo juvenil, como si los adultos, al situarse en la primera etapa de su afectividad, admitieran que no tienen nada que transmitir.

¿Vuelve el matrimonio?

El sentimiento amoroso contra el matrimonio

La cohabitación juvenil, especie de matrimonio a prueba, ha replanteado la necesidad de casarse en nombre del sentimiento amoroso. La institución matrimonial se ha desvalorizado en una sociedad en que dominaban las ideologías del rechazo.

La idea de partir de cero, como si antes no hubiera existido nada, desdeñaba el pasado familiar y la familia. El matrimonio y la familia se presentaban como obligaciones difíciles de situar en la aventura de los amantes. ¿Hacía falta casarse cuando el fin social del matrimonio era también el mantenimiento y la transmisión de un patrimonio? Dado que las familias ya no tienen la posibilidad de conservar un patrimonio, e incluso ni siquiera lo desean, por las pesadas cargas fiscales que recaen sobre él,

han adquirido la costumbre de reducirlo o de consumirlo, suprimiendo al mismo tiempo a los herederos. Al no tener ya las familias nada que transmitir y, por tanto, al no tener ya los herederos razón de ser, ¿qué nuevo papel social podía representar el matrimonio? Sin duda alguna, la supresión de la herencia por medidas fiscales desposesivas ha tenido importantes repercusiones en la sociedad, que progresivamente ha ido perdiendo el sentido de la historia de las generaciones, del linaje y de los bienes materiales a administrar solidariamente. ¿Qué terrateniente aceptará plantar unos árboles cuyos beneficios, sean cuales sean, quizá no aprovechen a sus familiares hasta la segunda o tercera generación? Usará su bosque como esté, dejando que los demás se las arreglen como puedan con lo que quede...

La urbanización y después la socialización económica han hecho que la familia perdiera su papel central en el orden de la transmisión. Ya no es el lugar en el que se transmite la vida, en un sentido amplio del término, sino en el que se expresa un capital afectivo con la esperanza de lograr la felicidad de todos. Por eso también se entiende mejor que la concepción de los niños se desee sobre todo como la expresión de la felicidad y del amor de la pareja, como el capital afectivo y narcisista que determinará su éxito, y no en principio como la voluntad de asegurar la perennidad de un linaje o de un grupo humano.

El sentimiento amoroso proporciona una ilusión de inmortalidad. Además, la disminución regular de la mortalidad desde 1720 hace aparentemente inútil la fecundidad, que, desde entonces, ya no aparece como una lucha contra la muerte. Por otra parte, es de destacar que cuanto más en peligro está un grupo humano, más fecundo se vuelve si hay razones para vivir, para tener confianza en el futuro. Entonces la fecundidad es resistencia contra la muerte. Estas realidades irracionales raramente se tienen en cuenta en el examen del flujo de la nupcialidad y la fecundidad¹⁵.

En esta transformación social, ¿cómo no comprender que el matrimonio haya perdido sentido para unas generaciones in-

15. Y a la inversa, cuanto más se desarrolla una sociedad, más descende su tasa de natalidad.

fluidas por la masiva llegada del sentimiento amoroso? Sin duda alguna, la concepción del matrimonio por amor no era nueva, aun cuando no impregnara completamente las prácticas hasta el siglo XVIII. A este respecto, conocemos las obras de teatro de Molière, que llevan a escena el sentimiento amoroso contra el matrimonio de conveniencia. La Iglesia defendía el vínculo amoroso en el matrimonio, pues veía en la relación una participación en el amor de Dios. El concilio de Trento (1545), que generalizó la ceremonia en presencia del sacerdote, daba como motivo del matrimonio «el amor, la pasión y el instinto». Antes de recibir el consentimiento de los contrayentes, el sacerdote se aseguraba (y sigue haciéndolo) de su libertad recíproca, de su deseo de amar y, como criterio de la autenticidad del vínculo, de la voluntad de permanecer juntos. A diferencia de otros sacramentos que son administrados por el sacerdote, el sacramento del matrimonio se lo administran el hombre y la mujer, pues ellos son los artífices de la realización de su amor. Un amor concebido como una relación que se construye en el día a día.

En el siglo XIX, la alianza de la Iglesia con el romanticismo acentuó la tendencia a creer en el «flechazo». El sentimiento amoroso, vivido a veces como el amor fatal, hacía de cada enamorado un ser excepcional y le elevaba por encima de todas las leyes. Podía ser consagrado por el sufrimiento y la muerte: del deseo imposible resultaba la separación del ser amado y no, como en los mitos, la muerte del héroe.

¿Qué pasa con los que han vivido un fracaso amoroso? En las parejas románticas fueron mucho más numerosos los suicidios que el sacerdocio elegido por Franz Liszt para trascender su pasión amorosa por Marie d'Agoult. El sentimiento de no servir para nada, de no querer ya una relación amorosa, es otra manera de morir, al menos por un tiempo, el del duelo por una relación o por sus ilusiones. Efectivamente, se puede morir por haber amado, pero es preciso morir a las ilusiones de la pasión para renacer a un amor más auténtico.

Por tanto, la mutación social de la familia ha acelerado la irrupción del sentimiento amoroso en el matrimonio (desde 1850, la fotografía democratizó el retrato del ser amado), conservando, en las mentalidades, el matrimonio civil el aspecto contractual de la unión, al insistir en las responsabilidades de

los miembros de velar sobre los bienes y prestar ayuda al cónyuge, y celebrando y festejando el matrimonio religioso el amor trascendente que ha unido a los cónyuges. Pero, aunque se haya impuesto la fe en el amor recíproco, la ley que debe expresar socialmente esa relación se ha percibido como una coacción. André Roussin, en sus memorias *La Boîte à couleurs*, cita que hacia 1920 uno de sus tíos, desgraciado en su matrimonio, le decía: «Y sobre todo, hijo, ¡no te cases!» En nombre de la fuerza o del fracaso del sentimiento amoroso, se podía pasar del matrimonio.

En los años sesenta se mantenía sobre el matrimonio un discurso (rechazo de los hijos o limitación de su número; relación que admitía la idea de separación en caso de conflicto) diferente del actual. Ante la progresión de los divorcios y la hipocresía callada de unas familias que conservaban unos usos y costumbres sin interioridad, unos ritos vacíos de sentido, se abrió paso la idea de que no había que contar con grandes beneficios de semejante tipo de relación. La literatura de finales del siglo pasado y de principios de éste es rica en descripciones de esas familias agobiantes en las que, en muchas ocasiones, la forma de relación predominante era la prohibición, como *Le Noeud de vipères*, de François Mauriac, o *Vipère au poing*, de Hervé Bazin, en las que reina un orden moral de lo más opresivo. Esta denuncia insinuaba mayores demandas y exigencias en el plano afectivo en el momento en que fundamentalmente se denunciaba el modelo de familia burguesa.

Las coacciones y los fracasos han provocado la duda sobre la utilidad del matrimonio, que es el reconocimiento social del sentimiento amoroso. Las guerras —más de seiscientos mil viudas en 1918—, el inestable equilibrio mundial, la contaminación y el paro servían de argumentos para replantearse la nupcialidad y también la fecundidad.

Muchos, con la excusa de su adhesión incondicional a la ideología dominante de la felicidad, se negaban a traer a la vida unos hijos que podrían ser desdichados. Por otra parte, este discurso de «el temor a hacer pequeños desgraciados» data de 1750. Ello implica que se tomaba a broma la caída de la natalidad, negándose a tomar conciencia de las consecuencias sociales y económicas que entraña la no renovación de la pobla-

ción. Por tanto, el rechazo del matrimonio y de los hijos subyacía al discurso de varias generaciones. Como la palabra con frecuencia precede a los actos, resulta evidente que se ha educado a varias generaciones con una idea de la sexualidad como fuente de creatividad social negada en el único beneficio de la relación individual. Sin duda era una manera de escapar de las dificultades de la época, pero también era otro modo de verse atrapado por el sentimiento amoroso que quería tener en sí mismo su propio fin. Y en ese caso, no se entendía bien qué pintaban ahí la sociedad y el hijo¹⁶.

Cuando los hijos casan a sus padres

Hoy muchos hijos asisten a la boda de sus padres y, como *súmmum* de la omnipotencia que se le concede al niño, con frecuencia son ellos los que anuncian la celebración del matrimonio en la participación de boda.

Es interesante subrayar (para un cierto número de personas) el desplazamiento de las razones para casarse. Esquemáticamente, podemos decir que en el pasado relativamente reciente se casaban por amor y para traer hijos a la vida; actualmente se casan por los hijos. En muchos casos, los hijos preceden y son el origen de la pareja estable. Casi les corresponde ser el elemento fundante de la relación amorosa de sus padres, como si la presencia del hijo sustituyera al sentimiento amoroso. En ese caso, se convierten en el «vínculo» a partir del cual las parejas existen y encuentran su justificación, y también en el instrumento de medida con el que se evalúa la relación de pareja, con lo que se comprende que representen el medio para que, en caso de conflicto, uno de los miembros tome represalias contra el otro. Después del «divorcio por cualquier cosa» de los años setenta, en las parejas de treinta y tantos se aprecia un cambio de ten-

16. Actualmente, el grupo entre quince y veinticuatro años representa en Francia 8,5 millones de habitantes, o sea, el 15,8% de la población total. De 1851 a 1926, la población juvenil oscilaba entre el 16% y el 18%. Según la tasa de fecundidad sea positiva o negativa, el año 2025 será un 13% o un 10%. A una juventud que descienda a un 10% sin duda le será difícil que se le reconozca y comprenda en una sociedad que envejece.

dencia. Después de diez o quince años de vida en común, a pesar de sus problemas de comunicación, no quieren separarse por sus hijos: en su vida de pareja se han instalado el hastío y la incompreensión, sin que puedan identificar las causas. Un buen ejemplo es el siguiente testimonio de un hombre y una mujer de treinta y cuatro años: «Seguimos juntos por los niños. No discutimos, pero ya no encajamos. Por ahora, cada uno hace un poco su vida aparte, pero nos reencontramos en casa para ocuparnos de los niños. Estos (seis y cuatro años) no comprendían por qué teníamos habitaciones separadas, por eso hemos decidido dormir juntos para que no se extrañen. No queremos que nuestras dificultades actuales repercutan en ellos».

El matrimonio, para un cierto número de parejas, no es condición previa para la fecundidad, pero, para la mayoría de la población, sí lo sigue siendo. El nacimiento del hijo será, con algunos matices, motivo de matrimonio para la mayoría de las parejas que cohabitan. Así, el 53% de las mujeres y el 62% de los hombres que desean un hijo quieren casarse. A la inversa, el 20% de las mujeres y el 31% de los hombres que no lo quieren piensan casarse algún día, y el 26% y el 12%, de la misma encuesta del I.N.E.D. entre las parejas que cohabitan, rechazan el matrimonio¹⁷. «El único motivo que podría incitar a casarse a más de la mitad de las parejas es el interés de los hijos. Entre los que quieren un hijo, dos de cada tres afirman que esta razón es decisiva». Los que cohabitan, en un 15% y un 9%, no piensan que sea necesario casarse para «probar al otro que se le ama verdaderamente» o para «proteger el vínculo afectivo»; sin embargo, estas razones fueron determinantes para los que se casaron después de haber cohabitado (50% y 37%). Quienes cohabitan reconocen que viven las mismas exigencias relacionales que quienes están casados. El compromiso de fidelidad le parece importante al 63%, y el 53% acepta asumir un compromiso de larga duración.

De este estudio del I.N.E.D. se pueden extraer dos conclusiones: quienes cohabitan, en principio no piensan en el matri-

17. H. LERIDON / C. VILLENEUVE-GOKALP, «Les Nouveaux Couples», *Population* 2 (1988).

monio, pero muy pocos de ellos lo rechazan. El deseo de tener un hijo se considera un índice del bienestar de la pareja y una manera mejor de vivir, que en la mayoría de los casos se confirmará con el matrimonio. Sin embargo, el 73% de los que cohabitan piensan que no es preciso casarse cuando una pareja no quiere hijos.

Estos resultados lo confirman: la llegada de un hijo incita a la pareja a legitimarse socialmente, ya que entonces le parece necesario dar existencia social a un grupo humano desde el momento en que éste supera el estadio del cara a cara afectivo para entrar en la paternidad.

Lo individual y lo social se asocian para darle también al niño una existencia familiar y social. Ése es el papel simbólico del matrimonio: dar otra dimensión a la relación afectiva del sentimiento amoroso. Sin duda alguna, tanto la conyugalidad como la paternidad modifican la relación, hasta el punto, en algunos casos, de angustiar a los miembros de la pareja, que temen verse privados de las ventajas del sentimiento amoroso al tener que contemporizar con otras realidades simbólicas. Ya no son camaradas o nombres, sino esposos con una identidad social común. Este vínculo institucional los sitúa ante una opción. Igualmente, la educación de los hijos les hace entrar en el orden de la generación como padres y madres y les lleva a encontrarse en el mismo status que sus propios padres. Por tanto, hay que encontrar un equilibrio entre el sentimiento amoroso y el afecto parental para que la pareja, atravesada por la paternidad y comprometida por el matrimonio, no dañe ninguno de esos dos polos afectivos.

El nacimiento de un hijo provoca importantes reajustes afectivos en la pareja. En algunos padres puede desarrollarse la sensación de ser dejados de lado por culpa del bebé; si además asistieron por obligación al nacimiento de su hijo, pueden no tener ya deseos sexuales después de haber visto la vagina de su mujer tan distinta durante el parto. También es verdad que hay algunas mujeres que pueden rehusar las relaciones sexuales durante varias semanas o preferir la sodomía (desplazamiento que es una regresión) a la penetración vaginal. De hecho, el nacimiento de un hijo puede deserotizar el sexo: otro ha pasado por la vagina, y su presencia, inconscientemente, se vive como estorbo o como culminación.

Preparar el matrimonio

Han aparecido algunos datos que muestran un cambio de actitud respecto al concepto de pareja y de matrimonio. El futuro dirá si se confirman tales actitudes o si sólo son efecto de una moda. En todo caso, las estadísticas del I.N.E.D. y las afirmaciones de los individuos sobre el amor, el matrimonio, la familia y el hijo confirman estas nuevas representaciones. Ya no aparecen, como en los años sesenta, imágenes de rechazo, sino la necesidad de sentirse apto para asumir responsabilidades.

La valorización del sentimiento amoroso en el matrimonio ha provocado una notable idealización de la pareja.

La cifra anual de matrimonios estuvo en constante descenso entre 1972 y 1985. A partir de 1986, se estabilizaron las cifras, para aumentar en 1988. Desde entonces continúan su ascenso, sin que tengan, respecto a los índices de cálculo, un auténtico valor predictivo de las conductas futuras.

Número de matrimonios	
Año del matrimonio	Total de matrimonios
1980	334.337
1982	312.405
1984	281.402
1985	269.419
1986	265.678
1987	265.177
1988	271.000
1989	281.000(P.)

Paralelamente, los nacimientos fuera del matrimonio progresan constantemente (de 6,8% en 1970 a 25% en 1988). La cohabitación sin matrimonio se convierte en un sustitutivo social del matrimonio con ventajas sociales suplementarias, y la tasa de fecundidad, aun cuando no iguala la de los casados, es notable.

Francia. Tasa de fecundidad por 1.000 en 1985		
Edad (años)	Tasa de fecundidad	
	en el matrimonio	fuera del matrimonio
Menos de 20	388	7
20-24	263	34
25-29	187	61
30-34	87	52
35-39	29	26
40-44	6	7
45-49	0,4	0,4

Fuente: I.N.S.E.E.

Francia parece seguir con un cierto desfase la evolución de otros países europeos: la cifra de matrimonios vuelve a subir en Dinamarca desde 1983, en Suecia a partir de 1984, en el Reino Unido en 1986. Desde 1973, el indicador de primo-nupcialidad declinaba de año en año. 1988 marca una ruptura: se celebraron 271.000 uniones, 6.000 más que el año anterior, o sea, una progresión del 2,2%. Este ligero aumento, que llega después de una pausa en 1984, contrasta con el neto descenso observado de 1972 a 1986, como subraya el I.N.S.E.E. (menos de un 3,2% de media por año). La previsión de matrimonios en 1989 es de 281.000, 10.000 más que en 1988, o sea, una progresión del 3,6%.

La encuesta del I.N.E.D. es del 1 de enero de 1986. El 66% de las personas encuestadas (de edades entre veintiuno y cuarenta y cuatro años) vivían en pareja casada, y el 10% en pareja no casada. Es interesante destacar que, de acuerdo con otros estudios anteriores, la tasa de cohabitación disminuye con la edad, aun cuando haya aumentado dos puntos en cinco años.

Este movimiento se ha desarrollado de 1975 a 1983 para, a continuación, estabilizarse y estar actualmente en ligero descenso. En 1988, el grupo de entre veinte y veinticuatro años se casaba y cohabitaba mucho menos que en la década anterior. Ahora viven más en el domicilio familiar. Las razones económicas no son ajenas a ello; sin embargo, ese único argumento no es suficiente para explicar esta relativamente nueva situación,

al menos desde 1970. Los jóvenes no dejan su familia tan pronto como en los años setenta, aunque ello no sea un fenómeno mayoritario. Desde comienzos y, sobre todo, desde mediados de los años ochenta, se ha confirmado ese hecho y parece irse generalizando: los jóvenes han reanudado las prácticas familiares en las que se encuentra lógico dejar a los padres una vez acabados los estudios o una vez que se tiene una relación amorosa estable. Actualmente, algunos dejan a sus padres pasados los veinticinco / treinta años para instalarse solos, solteros y sin estar comprometidos en una relación amorosa: es un primer paso hacia la independencia.

Tasa de cohabitación fuera del matrimonio				
Edad (años)	Tasa de cohabitación fuera del matrimonio (%)			
	1982	1983	1984	1985
Hombres de menos de 35	13,0	14,8	16,4	18,3
— Entre ellos, de menos de 25	32,6	37,1	40,9	43,3
25-29	13,7	16,1	19,2	21,5
30-34	7,3	8,0	8,3	9,5
Mujeres de menos de 35	11,6	13,1	14,6	16,0
— entre ellas, de menos de 25	25,0	28,2	31,1	33,0
25-29	9,5	11,1	13,0	15,2
30-34	5,9	6,4	7,2	7,8

Fuente: I.N.S.E.E., censo de población de 1975 y 1982. Encuesta Empleo 1985.

Cuando en las encuestas cualitativas, y no en las cuantitativas, se pregunta a los menores de veinticinco años, se observa que no mantienen sobre el matrimonio y sobre la fecundidad el mismo discurso que los adolescentes de los años sesenta. Están a la expectativa: algunos no tienen proyectos, sino indecisión, sin rechazar esas posibilidades. Otros quieren casarse y tener hijos. No están contra el matrimonio, y los de mayor edad exigen un plazo antes de comprometerse. Si las palabras preceden a los actos, ¿quiere esto decir que los jóvenes de doce a veinticinco años se preparan otra representación más valorizante de la nupcialidad y la fecundidad? El futuro lo dirá. En términos generales, no rechazan la idea de casarse ni de dar vida a unos hijos.

La maduración del deseo es larga y compleja cuando se conoce la importancia del capital subjetivo a invertir en la vida afectiva y sexual. La necesidad de estar seguro de sí y de haber encontrado al compañero ideal para emparejarse precisa tiempo: ambos sienten la necesidad de este tiempo psicológico como preparación para un encuentro fecundo.

La generación anterior, segura de ser de los primeros beneficiarios de la evolución del sentimiento amoroso, creía haber llegado al cénit de la relación de pareja, pero hay que desengañarlos. Muchos jóvenes han sido testigos de las desavenencias conyugales de sus padres, de su separación y después de sus otras relaciones de pareja. En el seno de esos conflictos afectivos, con frecuencia debían representar el papel de árbitro entre sus padres, razonar o defender a uno u otro. Últimamente, algunos nos contaban recuerdos de su infancia, en el curso de la cual habían oído a sus padres ensalzar la libertad sexual con otros compañeros en nombre de la realización personal. Cuando esto se llevaba a la práctica, el que se quedaba solo en casa con los niños, mientras su cónyuge se divertía en otra parte, se deprimía, se volvía agresivo y era objetivamente desdichado. Estos niños, que ahora están en la veintena, rechazan esta vida para sí mismos y para sus propios hijos. «Es una locura vivir con una concepción tan contraria al amor —dice uno de ellos en el grupo de encuesta—. Si yo amo de verdad un día y me caso, no soportaré que mi mujer tenga relaciones sexuales con otro. Cuando era un chaval, nunca comprendí por qué los adultos se complicaban así la vida. Yo quiero algo distinto».

En efecto, si la generación anterior se ocupaba de la liberación sexual, en las generaciones actuales predomina otra tendencia: la de una mayor exigencia de calidad relacional y, sobre todo, la de sentirse preparado para implicarse en una relación amorosa.

Como ya hemos dicho, los jóvenes se hacen a menudo esta pregunta: «¿Cómo se puede saber que se está enamorado?» Al factor-tiempo de la maduración psicológica se añade un doble factor: por una parte, el de la prolongación de la vida, que provoca un reajuste de todas las edades de la misma (la maduración y la preparación para la vida exigen más tiempo que antaño); y, por otra parte, la esperanza de vida de la pareja se

ha modificado considerablemente. Ha pasado de diecisiete años en el siglo XVIII a treinta años en 1940 y a cincuenta en 1988. Respecto a esta constatación, es muy comprensible que los jóvenes, que tienen una relación con el tiempo ligada más a lo inmediato que a lo duradero, sientan el vértigo de una existencia conyugal tan larga. Si la relación amorosa es sólida y profunda, mejor que mejor; pero, si sucede lo contrario, qué drama... La generación anterior incluía en el matrimonio la posible separación en caso de que la relación no fuera viable. Los jóvenes entre dieciséis y veinticinco años que hemos encontrado en numerosos grupos no la incluyen ni tampoco necesitan de esta representación, que es un signo de fracaso. Algunos de ellos ya han vivido separaciones. Las decepciones, los sufrimientos y la autodesvalorización que producen les incitan a querer encontrar, para comprometerse, una relación sólida y duradera. Esta nueva actitud explica en parte la tardía edad de los matrimonios actuales: en 1973 era veinticuatro años para los hombres y veintidós para las mujeres, y en 1987 era, respectivamente, veintisiete y veinticinco años.

Edad media del primer matrimonio		
Año del matrimonio	Hombres	Mujeres
1980	25,2	23,0
1982	25,5	23,4
1984	26,0	23,9
1985	26,4	24,3
1986	26,6	24,4
1987	27,0	24,9

No se cuestionan ni la nupcialidad ni la fecundidad; únicamente, para la gran mayoría, se difieren los plazos de realización. En cuanto a las celebraciones nupciales, se hacen más festivas y a veces adquieren aspectos principescos. En la región parisina, hay que hacer la reserva al menos con un año de adelanto si se quiere organizar una recepción en un castillo o en una residencia señorial. La clientela de estos sitios tan solicitados es gente de toda condición, y algunos no dudan en pedir préstamos a organismos especializados para financiar su fiesta de bodas. «Uno sólo se casa una vez», dicen a los que lo hacen con más dis-

creción. Hoy se quiere que los matrimonios expresen a los demás lo que se está viviendo. Son actos sociales, mientras aún ayer (y para algunos todavía actualmente) eran tan poco llamativos como fuera posible, como para excusarse ante los demás de tener la audacia de asumir tal compromiso. En nombre del sentimiento amoroso, el matrimonio sólo debía concernir a los contrayentes y excluir el entorno familiar y social.

Si nos atenemos a las estadísticas, hay muchas probabilidades de que la nupcialidad, la fecundidad y, por tanto, la familia sigan aún sometidas a los azares del sentimiento amoroso¹⁸. Las cifras son elocuentes: hacen a la familia «relativamente insegura». Tampoco hay ninguna certeza respecto a la tasa de fecundidad, que, sin embargo, manifiesta ligeros indicios de nuevas representaciones.

Por eso, con un enfoque distinto del estadístico, hemos querido conocer lo que dicen sobre estos temas algunos miembros de las actuales generaciones. No manifiestan ni negativa ni rechazo. Se conceden tiempo y ponen en primer término valores como la comunicación, la calidad relacional, la duración y la fecundidad. Para algunos, el hecho de casarse es una manera de entrar socialmente en la vida adulta y concluir su adolescencia.

Una vez más, el futuro nos dirá si estos ingredientes favorecerán la nupcialidad y el «baby-boom».

De los amores deprimentes a la reconquista amorosa

Los autores de novelas de éxito van al unísono de los sentimientos y las emociones dominantes de la época. Las novelas merecen este rodeo para discernir las imágenes-guía de la vida amorosa de los años sesenta de las actuales. Hemos limitado voluntariamente la elección a dos autores de la historia inmediata. Sería difícil ser exhaustivo sobre un tema literariamente tan esencial como el sentimiento amoroso. Por ello, básicamente nos hemos quedado con dos novelas representativas del cambio.

18. L. ROUSSEL, *La Famille incertaine*, Ed. Odile Jacob, Paris 1989.

Bonjour tristesse

Una importante novela marcó el itinerario afectivo de la generación de los «ye-yés» y, sin ninguna duda, mostró la orientación de las representaciones ulteriores. *Bonjour tristesse*, la novela de Françoise Sagan, obtuvo un éxito excepcional desde su aparición: su calidad literaria dio a esta joven autora de dieciocho años una reputación de novelista de talento que su posterior trayectoria no ha desmentido. Poseía el genio de ser capaz de describir las múltiples facetas de las gentes de su generación.

Cécile, de diecisiete años, es la protagonista de la novela. Internada en un colegio a la muerte de su madre, comparte desde hace dos años la vida de su padre, Raymond, un hombre de cuarenta años que es «superficial, hábil para los negocios... y que gusta a las mujeres». Cécile acepta la vida amorosa, por lo menos tumultuosa, de su padre, ya que, en medio de sus cambios de amantes, ella es quien, de hecho, parece ser la única persona que cuenta a sus ojos.

Esta novela recoge, entre otros, uno de los más importantes temas de la época: el del amor imposible a pesar de una relativa voluntad de lograrlo. A medida que la relación amorosa progresa, se provocan situaciones como para situarla en un «impasse»: se inicia la relación con el otro para, a continuación, destruirla. Este juego perverso de amor y muerte, de necesidad relacional y de su rechazo, se desarrolla como si a través de él se buscara a otra persona. El drama es que es inencontrable. La sucesión de amantes no cambia nada. Estos amores depresivos se han convertido en modelos en las representaciones, valorizando sobre todo la afectividad juvenil, que no logra liberarse de sus primeros afectos.

La reconquista de Le Zèbre

A finales de los años ochenta, y en particular entre los jóvenes, se pone de manifiesto la voluntad de salir de estos amores morbosos y sin futuro.

Le Zèbre, impertinente novela de Alexandre Jardin, rica en aguda sutileza y humor, marca un notable cambio en las representaciones. Su éxito entre los jóvenes indica a su vez cómo

sabe escenificar a unos personajes que son los catalizadores de las expectativas actuales.

El personaje principal es un hombre de cuarenta años, notario de provincias, que al cabo de quince años de matrimonio se cuestiona su relación conyugal. Quiere hacer una pausa para volver a partir a la aventura amorosa. ¿Debe separarse de su mujer y rehacer su vida en otro lugar con alguna otra o, apoyándose en su experiencia, irá aún más lejos? Adopta esta segunda solución: va a intentar seducir de nuevo a su mujer, sorprenderla, asombrarla y darle pruebas de su amor. Se desarrollan escenas divertidas alternándose con episodios dramáticos, tanto más cuanto que terminará merodeando la muerte, pero no para desgracia de los protagonistas: forma parte de la vida y llega al final de la novela para manifestarse en un sentido inesperado. Después de su muerte, el hombre invita a su mujer a dirigirse a un claro para recibir «la prueba de su amor». Cuando llega al lugar, encuentra a sus hijos reunidos.

La reconquista amorosa es el tema principal y aparentemente iconoclasta de *Le Zèbre*: simultáneamente se inscribe en la oposición a los modelos dominantes y coincide con un profundo movimiento afectivo actual que valoriza el hecho de vivir la relación amorosa de un modo distinto a la rivalidad en una relación sexual privada de afecto o centrada sobre el propio narcisismo.

Le Zèbre no duda en poner de manifiesto su desconcierto:

«Te has preguntado por qué, a los cuarenta años, todas las parejas se han deteriorado. Mira a nuestro alrededor. Sólo unos procedimientos excepcionales pueden posibilitarnos tener éxito donde todo el mundo fracasa... He hecho lo que he podido para que nuestra vida sea tan intensa como las de los personajes del teatro, de la novela o del cine. No sé amarte de otro modo. Perdona mis titubeos. No tengo ningún modelo que imitar. ¿Tengo yo la culpa de que nuestra cultura no ofrezca ningún ejemplo de marido que reconquista a su mujer?»

Este personaje introduce un nuevo tono. En lugar de deshacerse de la relación amorosa cuando llega la dificultad, o de aceptar cambiar según va pasando el tiempo, él no se da por vencido y parte a la reconquista de su mujer despertando su

deseo de seducción. Sin embargo, detrás de su voluntad de reconquista amorosa, actúa como alguien obsesionado por el envejecimiento. Por supuesto que quiere renovar su amor por Camille, pero manteniéndolo en sus comienzos. Prefiere reencontrar los primeros días de su deseo a hacerlo evolucionar. *Le Zèbre* aún no va más allá de un amor juvenil, siguiendo la moda de los amores adolescentes de este fin de siglo. Sin duda, esto es lo que les sucede a un cierto número de parejas que, al no aceptar pasar a otra etapa de su historia, se separan pensando, más o menos sin razón, que ya no tienen nada que hacer juntos. Es verdad que puede haber errores de elección o relaciones que no nacen para durar; pero ése es otro problema. El que aquí nos ocupa es inherente a las mutaciones de los afectos según las edades de la vida y a la historia de una pareja que crece resolviendo sus crisis. Si la reconquista amorosa consiste en conservar la relación como «el primer día», se la mantendrá en las ansiedades afectivas de la ternura. Ahora bien, la ternura ha de transformarse en amor para que el sentimiento amoroso llegue a ser relacional y modifique, con el curso del tiempo, la relación con el otro.

El hombre y la mujer de cuarenta años viven la angustia del abandono de sus emociones juveniles. Están inmersos en un proceso de pérdida. Al tener que prescindir de un determinado tipo de vida afectiva, pueden perderlo todo o progresar en calidad y en otra intensidad relacional. La repetición en la edad adulta de los movimientos afectivos adolescentes es mortal. Es condenarse a no dejar que se desarrollen las nuevas capacidades. Éstos son los estados de conciencia amorosa de una época en que los adultos juegan a ser jóvenes viejos cuya vida afectiva no debe cambiar¹⁹.

Esta novela ha tenido un gran éxito, pues expresa la necesidad de no vivir con cualquiera y de cualquier manera en nombre de unas pseudo-relaciones amorosas, pero también es perfectamente sintomática de una transición, al poner de manifiesto a la vez los intereses antiguos y las nuevas aspiraciones.

19. El matrimonio de un hombre de cincuenta años con una adolescente de diecinueve resultaría, en relación a esto, algo incestuoso.

Por tanto, hoy se percibe una exigencia de calidad relacional como reacción ante las relaciones fáciles, superficiales y simplistas de la liberación sexual. La voluntad de profundizar, de renovar, de desarrollar y de tener éxito en su relación amorosa con el transcurso del tiempo son otras tantas actitudes que desde ahora priman para muchas personas. Se las encuentra en los adultos, pero son todavía más evidentes en las jóvenes generaciones. Una vez que la relación se considera una asociación viable, los miembros de la pareja no quieren darse por vencidos a la menor dificultad o a la menor emoción que no se sabe cómo interpretar. Recientemente, una joven de veinticinco años se preguntaba si seguía amando a su novio cuando no tenía ganas de tener relaciones sexuales con él. Le disgustaba mucho tener que replantearse la relación, tanto más cuanto que iban a casarse unos meses más tarde. Estaba dispuesta a resignarse a ello, pero se tranquilizó hablando con su madre, que le contó que su padre y ella habían pasado por la situación de no tener deseo simultáneamente, sin que ese desfase significase alejamiento o falta de amor. A veces, ella aceptaba la relación por amor a su marido, sin desearla verdaderamente, pero sin sentirse vejada por entre-garse de ese modo a él.

Tanto la creación de una relación amorosa como su reconquista son cuestiones que interesan cada vez a más gente. Los amores depresivos de los personajes de Sagan han expresado (y expresan aún para algunos) la excesiva dependencia de los sentimientos amorosos respecto de la prehistoria afectiva. El fantasma afectivo es más fuerte que el amor presente. En estas condiciones, ¿cómo encontrar a alguien distinto del representante de unas expectativas imposibles? El amor de reconquista de Jardin es más creativo, aunque pone el acento sobre los movimientos afectivos pasados o primarios. Sin embargo, sus personajes dependen mucho de la afectividad juvenil, aunque con la esperanza de recuperar al otro, de hacer cualquier cosa para vivir una historia de amor. Este amor quiere hacerse realidad, como el sexo hace reales sus posibilidades reconociendo sus límites. No es cuestión de reducirse a un sombrío realismo para sacar lecciones de amores mortíferos y contentarse con el mínimo vital. El amor es una aventura. Y la fidelidad es su exigencia para construirse.

La sexualidad amorosa

La sexualidad infantil no es capaz de inscribir una relación en el tiempo, y aún menos de hacerla duradera. Para la pulsión sexual, en este proceso sólo cuenta el instante. Será necesario un largo aprendizaje para que el niño, y después el adolescente, sepan diferir la realización de su deseo. El «Todo e inmediatamente» o el «Lo quiero todo» son para un joven los mejores medios de convertirse en un frustrado que, consecuentemente, no sabrá conseguir, a través de sus actividades y relaciones, el placer que le corresponda.

El antiguo propósito de la pulsión sexual era la búsqueda del placer inmediato y sin mediaciones. El nuevo propósito se le parece y se distingue de él en que el placer se obtendrá como consecuencia de un auténtico encuentro con el otro. Desde ese momento, el otro encuentra un lugar en uno mismo que no implica «actuación», y la relación con el otro adquiere más valor que una satisfacción sexual inmediata.

Dicho de otro modo, una vez llegada a la madurez, la sexualidad del adulto joven tratará de unificarse en su personalidad volviéndose fiel a un solo compañero. Y por ello, con mucha frecuencia, el fracaso de una relación amorosa se vive no sólo como un fallo propio acompañado de sufrimientos morales, sino que también toma el aspecto de un peligro de fragmentación personal en el que afectividad y sexualidad se remiten codo a codo a una vana unificación en el Yo. Algunos adultos jóvenes, después de varios fracasos, no siempre logran recomponer su unidad y van proyectando su división interna de un amante a otro, incapaces de vivir una relación altruista. De nuevo se ha disociado la sexualidad de la afectividad.

Hay que decir y repetir que la precocidad sexual no es signo de maduración afectiva y que tampoco la favorece. Los jóvenes corren el riesgo de malograr una etapa de su adolescencia: la de la socialización de su afectividad. Pasan demasiado deprisa de la afectividad parental a la elección pseudoamorosa. Estas experiencias de relaciones transitorias que raramente tienen futuro hacen inseguros a sus protagonistas y los dejan con la impresión de que no es posible una relación duradera. Por tanto, las experiencias precoces pueden retardar o incluso bloquear el

crecimiento afectivo: en muchos casos, el desarrollo afectivo y sexual se detendrá donde se encontró el primer placer. Desde este punto de vista, hay una gran diferencia entre la psicología afectiva de los jóvenes entre dieciséis y diecinueve años y la de los postadolescentes de veinticinco / treinta años.

«Habitarse a vivir la sexualidad únicamente como placer genital hace incapaz de vivirla como expresión de un compromiso. La sexualidad infantil no se consume en la búsqueda del otro, sino en la del placer egocéntrico. Viviendo así, también se llega a ser incapaz de aceptar al otro. Finalmente, habituándose precozmente a vivir actividades sexuales impulsivas, el individuo se vuelve incapaz de integrar su sexualidad y su afectividad en un proyecto amoroso y fiel. Se acusa injustamente al matrimonio de ser la causa de las dificultades relacionales de los cónyuges, cuando lo que plantea el problema es la manera de situar y de vivir la pareja»²⁰.

La adolescencia es un período difícil, pues en él tiene lugar una doble maduración: la de la afectividad y la de la sexualidad, maduración más larga actualmente que en el pasado, pues las psicologías se han vuelto más complejas. La pareja no es la solución de los problemas afectivos de los adolescentes. Ya que, en muchos casos, estas parejas adolescentes —estas parejas de bebés— tienen una conducta aditiva en la que el otro se introduce en uno para compensar los propios defectos, y, por otro lado, establecen una relación de cobijo en la que el otro representa el papel de Yo auxiliar para evitar la angustia de la soledad.

Por lo demás, para una gran mayoría de jóvenes, la precocidad sexual, que fue un hecho minoritario transformado en mito, dista mucho de ser evidente. La dificultad no radica ahí. Para muchos de ellos, que no están reprimidos, la sexualidad no constituye un problema; lo que no quiere decir que no se planteen preguntas, sino que no se las plantean en términos de «actuación», aun cuando el entorno les incite a ello. Ahora bien, en nuestra época la situación es diferente, ya no se trata de liberar la pulsión sexual, pues eso ya está hecho, sino de jerarquizarla en el campo de la consciencia.

20. Tony ANATRELLA, *op. cit.*

La postura de espera en que se sitúa un cierto número de jóvenes ya adultos no es sistemáticamente sinónimo de rechazo del compromiso, sino, principalmente, signo de que se conceden un plazo para llegar a él. Con frecuencia formulan dos exigencias:

1.— Tomarse tiempo: «Soy demasiado joven», «Necesito madurar». De aquí procede la decisión de diferirlo.

2.— Encontrar al elegido de su corazón y serle fiel.

En este caso, se pone en primer plano la calidad global de la relación, y el sexo es secundario. No obstante, hay ambivalencias entre esta actitud y las normas sociales que aparecen en varias encuestas periodísticas o televisivas sobre la sexualidad de los franceses.

A la angustia del pecado le ha sustituido la obligación del placer, que de nuevo ha creado sentimientos de angustia y de inadaptación a quienes no son bastante potentes sexualmente, a quienes no experimentan el orgasmo, a todos los que no se identifican con los nuevos cánones de la normalidad. Todo ello incide sobre los adultos, y especialmente sobre los adolescentes, que están sometidos a presiones contradictorias: en muchas familias se continúa reprimiendo la sexualidad, mientras que la publicidad incita frecuentemente al sobreconsumo sexual²¹.

La dichosa educación sexual

Con frecuencia los jóvenes se sienten incómodos frente a los discursos sobre su sexualidad que les dirigen los adultos. Tienen la sensación de que se les reduce a lo que no son, cuando ellos están esperando algo más. Se les habla de sexo (lo que no les resulta indiferente) y ellos querrían oír hablar de afectividad y amor. Se les reduce a una sexualidad infantil, mecánica, preocupada por la técnica, en el momento en que su economía libidinal se modifica en relación objetal con la necesidad de aprender globalmente a estar en relación con otro. El desfase es enorme y corresponde a una diferencia de naturaleza. Se les expone extensamente la técnica de la relación sexual y de sus

21. G. LUTTE, *Libérer l'adolescence*, Mardaga, Liège 1988.

adyuvantes protectores (contracepción y medidas contra las E.T.S.), cuando no tienen más que una vaga idea de lo que representan la comunicación con el otro y la naturaleza de la relación amorosa. De nuevo es quedarse en un sexo mecánico, sin preguntarse sobre la afectividad sexual.

Los adultos hablan a menudo de sexualidad con los jóvenes, pero lo hacen en el estadio en que éstos están en plena maduración. No basta con ser médico, enseñante, psicólogo, asistente social, y menos aún miembro voluntario de una asociación de educación sexual o de prevención del sida, para estar seguro de sostener un discurso oportuno afectiva y sexualmente.

No es justo decir que hay carencia de educación sexual. Desde hace veinte años, nunca se ha publicado tanto a este respecto y organizado tantas reuniones y cursos con jóvenes y adultos. No hay carencia, sino desconocimiento, más o menos voluntario, del funcionamiento psicológico de la información sexual. La educación sexual comienza con la manera de vivir la relación afectiva con el niño en el seno de la familia, en el entorno y no en los libros de anatomía. Si no se reflexiona sobre este aspecto fundamental, de nada servirá multiplicar los cursos, la mayoría de las veces dirigidos por personas faltas de formación.

*Lo educativo es la manera
en que el adulto vive su sexualidad*

Vivimos en una confusión entre educación sexual y educación afectiva. Al explicar cómo se presenta la sexualidad humana, no se realiza una educación afectiva. El paso de lo uno a lo otro no es evidente. Sin ninguna duda, es importante decir a los niños la verdad sexual en respuesta a sus preguntas, pero sin adelantarse a ellas. En efecto, es preferible hablarles partiendo de sus propios interrogantes que exhibir ante ellos una sexualidad de adulto. Al querer explicarle todo a un niño, se alimenta su «voyeurismo», y él recordará sobre todo la valorización, de la que se aprovechará exhibiendo ante los adultos su pulsión parcial.

Un paciente de veinticinco años expone así las palabras de su madre cuando él era pequeño: ella insistía mucho para que

él comprendiera que «la sexualidad era buena y proporcionaba placer». Quería ayudarle a descubrir su cuerpo y habituarle, bañándose con él, al cuerpo de la mujer. En esa época, él no comprendía muy bien y, al observar a sus padres discutir con frecuencia, deducía que sin duda el placer no era lo que ellos compartían mejor. Se divorciaron cuando él tenía quince años. Como recuerdo (o como recuerdo-pantalla) ha conservado fundamentalmente la impresión de que su madre intentaba compensar con él lo que no vivía con su marido. Ha memorizado más la relación y las problemáticas demandas de su madre que sus informaciones sexuales.

Querer decirle a un niño todo es un error, y hablarle de su sexualidad a partir de la del adulto es inútil. La mayoría de las informaciones que se dan, se olvidan inmediatamente después, o las deforman las teorías infantiles construidas en función de los descubrimientos corporales y del desarrollo de los fantasmas. La calidad relacional y la coherencia afectiva de los educadores cuentan más que las demostraciones científicas. Esto no quiere decir que haya que abstenerse de dar cualquier información sobre la materia. Desde luego que no; pero la educación sexual no es tan eficaz como se cree, y no importa con cuánta buena voluntad se sea capaz de proporcionarla: todo depende, repitémoslo, de la madurez sexual y afectiva del adulto, pues se educa más con lo que se es que con lo que se dice.

Por otra parte, tanto más se recurrirá a técnicas y argumentos estimulantes cuantas más dificultades se tengan para vivir una relación con el otro auténtica y rica. Iniciar a los jóvenes en los aspectos estrictamente técnicos equivale a limitar su crecimiento afectivo.

El niño se pregunta sobre su origen

Es importante que la reproducción humana se explique en el marco de los programas escolares. Pero, evidentemente, no se debe dar a entender que, al describir la biología y la física sexual, como consecuencia se favorecerá el ejercicio de una sexualidad plenificante.

La pulsión sexual lleva aparejado un cierto número de cuestiones respecto al cuerpo sexuado, a la reproducción, a la iden-

tividad y a la relación con el otro. Se acentúa la inquietud al presentar, por ejemplo, la fecundidad como un riesgo mitigable mediante la contracepción o eliminable mediante el aborto. No podemos por menos de encontrar sorprendente esta manera de presentar la procreación (es decir, lo que está en el origen de su existencia) a los jóvenes. Pasado el tiempo de las «descripciones mecánicas», de las que la mayoría ya se hace, al menos, una cierta idea, la que se lleva el gato al agua es la información contraceptiva. Así, parece que lo único que hay que recordar, puesto que está al final de los libros y de todos los cursos, es sobre todo cómo protegerse bien del accidente, del nacimiento de un hijo. ¡Y nos preguntamos de dónde proviene su angustia!

¿No podríamos plantearnos, por ejemplo, hablar a los jóvenes de lo maravillosa que puede ser la aventura de la llamada a la vida: sus alegrías y también sus exigencias hechas de responsabilidades? ¿Por qué no confortarles con la idea de que ellos son producto de la relación entre un hombre y una mujer que, convertidos en padre y madre, asumieron el compromiso de acompañar en su crecimiento a un hijo? Esto supondría proporcionarles una imagen positiva de sus propios padres y quizá, por encima de todo, empezar a afianzar en ellos la idea digna y dichosa de que un día ellos, a su vez, podrán asumir esta responsabilidad.

En tanto que los colegios y los demás centros educativos no proporcionen información sobre la dignidad de la concepción, la información que en último término sea únicamente anticonceptiva sólo podrá ser ambigua. En lugar de reconocer y valorizar la sexualidad del adolescente, se introducen la duda y la negación en su posibilidad de ser fecundo y dar vida. Una de las angustias del adolescente es saber si él algún día podrá «hacer hijos». Pues bien, los modelos sociales han desplazado los peligros que ahora, en materia sexual, tienen por objeto el nacimiento de los hijos, del que habría que prevenirse «con una vacuna» como de las enfermedades de transmisión sexual. Estéticamente se puede apreciar el humor negro que hace de «la vida una enfermedad de transmisión sexual», pero es dudoso que los adolescentes lo consideren un mensaje eufórico.

Lo más conveniente es dar una información sexual adecuada a la edad del niño sin adelantarse a sus preguntas. Sin embargo,

el niño no siempre integrará inmediatamente este discurso, ni tampoco le impedirá hacerse sus propias ideas, alimentadas por sus construcciones imaginarias. En efecto, el niño sólo puede entender un discurso sobre la sexualidad a partir de lo que él conoce de su cuerpo y de sus propias sensaciones.

Una madre de familia, psicóloga de profesión, describió a su hijo de cinco años, con ayuda de un libro, el desarrollo del bebé que ella estaba gestando. Él, para desconcierto de su madre, concluyo así la lección: «Sí, pero a los niños los traen las cigüeñas...» La información que su madre le había dado no era completamente inútil; sin embargo, al ser demasiado ajena al niño, era también demasiado complicada para que él pudiera asimilarla. A esa edad, proporcionar respuestas biologizantes no es de gran interés. El niño necesita saber sobre todo que su padre y su madre le concibieron porque se amaban; encuentra su seguridad en esa relación. Espera, ante todo, una respuesta relacional y no un curso de ginecología.

Al contrario del silencio púdico y represivo de otro tiempo, algunos creen hacer bien al iniciar sexualmente a sus hijos de manera precoz. Tanto el hecho de no hablar a los niños de su origen como el de explicarles la fertilidad al detalle son dos actitudes anti-educativas. Adelantarse a la curiosidad del niño, la mayoría de las veces es una tentativa de seducción y de incitación sexuales en la que los padres o los adultos están demasiado implicados.

La sexualidad del niño preocupa a los adultos

El creciente interés de los adultos por la sexualidad infantil no es neutro. Ésta fascina a unos adultos cuya sexualidad infantil, marcada por la represión, se despierta, al mismo tiempo que sus tendencias inmaduras, al contacto con los niños. Los adultos rehacen el recorrido inverso, con las emociones, los sentimientos y las angustias de su infancia.

Por eso, en muchos casos, la utilización precoz de libros considerados de información sexual sirve a los adultos sobre todo para defenderse de los temores que les inspiran las preguntas y la sexualidad infantil. *La Vie, l'amour racontés aux*

*enfants*²² es un buen ejemplo del trabajo de un adulto que cree que describiendo la biología de la reproducción y de las relaciones sexuales se favorece un buen desarrollo de la sexualidad. La inflación de biología y de fisiología termina por reducir el amor al coito y, sobre todo, por normalizar las psicologías en el estadio fálico.

Las preguntas que los niños se hacen mediante el descubrimiento del «¿cómo se hacen los niños?» se articulan en torno a dos temas: «¿Por qué estáis juntos?» y «¿Por qué me habéis hecho?» Estas cuestiones obsesivas reaparecen de muchas maneras; por ejemplo, cuando se preguntan si sus padres los han deseado realmente o si son el resultado de un accidente. Deben oír una respuesta auténtica y sentirse verdaderamente aceptados, sean cuales fueren las condiciones de su nacimiento. Las preguntas que hacen tienen que ver con la curiosidad sexual, pero también con la necesidad de situarse en la filiación y en un linaje. Como ya hemos mencionado, oyen hablar de la contracepción y del aborto como de un peligro de muerte sobre su nacimiento. Reencontraremos esta preocupación en sus interrogantes acerca del deseo de sus padres respecto a ellos: «¿Tú tomabas la píldora o la dejaste para hacerme nacer?» Y otros añaden: «¿Quisiste abortar cuando yo estaba en tu vientre?» Estas preguntas muestran la importancia de lo que afectivamente está en juego a través del sexo.

Los adultos exponen su sexualidad a los niños

Con frecuencia, estas cuestiones se marginan. El modelo deducible de la mayoría de las obras de información sexual es el de la reducción del despertar sexual de los niños a una psicología exhibicionista. Al querer decirles todo y mostrarles todo, se les hace partícipes de la sexualidad de sus padres, cuando no se les erotiza además precozmente. Los niños no piden tanto y olvidan rápidamente las respuestas técnicas: más de veinte años de experiencia entre los estudiantes me han confirmado ampliamente esta observación.

22. D. ELIA, *La Vie, l'amour racontés aux enfants*, Ed. I-Parents, Paris 1988.

La maduración afectiva y sexual exige un trabajo psicológico distinto, vinculado a la imagen corporal que se tiene, trabajo que no depende únicamente de una acumulación de conocimientos. Que los padres puedan hablar con sus hijos está muy bien, pero no hay que culpabilizarlos si no se sienten a gusto para abordar este tema en nombre de una ideología del diálogo que también tiene sus límites. Todos necesitan proteger su intimidad y su interioridad: en una relación amorosa o familiar, no se puede decir todo, ni es conveniente hacerlo. Los padres no son los mejor situados para iniciar un diálogo tan íntimo. El niño en crecimiento se lo hará notar poniendo a sus padres a distancia con un definitivo «¡Déjame en paz!».

La desinformación sexual, lo mismo que el exceso de información, puede ser traumatizante. La psicología de la comunicación ha demostrado que demasiada información desinforma y perjudica al conocimiento.

El profesor Serge Lebovici escribe muy acertadamente: «Debe respetarse el pudor de los niños. La educación sexual debe ser informativa y disculpabilizante, lo que no quiere decir que deba conducir a una proximidad ansiógena [...]. La educación sexual no debe llevar a la mojigatería, felizmente caduca; lo que no quiere decir que deba incitar al acto, sino a la posibilidad de hablar de ello».

Françoise Dolto, en su libro *La Cause des enfants*, completa estas afirmaciones: «Por ejemplo, mediante el lenguaje es como los padres asumen la educación de sus hijos y su acceso a la autonomía comportamental, a la libertad ajena, al dominio y a la renuncia al instinto agresivo y gregario sin juicio crítico y a la responsabilidad de sus actos [...] Por medio del dominio de su sensualidad frente a la seducción, mediante la cual el deseo del niño pretende hacer de su padre y de su madre sus objetos de placer, los adultos ponen de manifiesto su capacidad educativa, y no mediante su debilidad permisiva o su violencia represiva de la libertad de expresión del deseo de su hijo».

El verdadero problema de la educación sexual del niño edípico de tres a siete años es el de enseñarle el lenguaje de la relación con los padres. No se ayudará a los niños a situarse en la filiación y en esa relación limitándose a una simple descripción genital.

La actitud responsable del adulto consiste en ser capaz de oír con honestidad las preguntas del niño y darle una respuesta verbal clara y conveniente que le respete.

Cambiar la orientación de la información sexual

En el curso de estos últimos cuarenta años, hemos pasado por varios períodos en materia de educación sexual. El primero estuvo marcado por la planificación familiar, con la búsqueda de métodos de control de la natalidad. Después vino la época de la información sobre los métodos contraceptivos, acompañados de la idea de la liberación sexual y distinguiéndose muy claramente el placer sexual del placer de la procreación. Entonces se desarrolló la educación sexual con el propósito de evitar dificultades a los jóvenes e insistiendo en las descripciones anatómicas y en el cómo de las relaciones sexuales.

Actualmente nos encontramos en otro período, el de la educación para la relación afectiva. Cada vez más jóvenes se preguntan lo que quiere decir amar y ser amado para siempre. La mayoría de los sondeos muestran su necesidad de situarse en esta perspectiva. Una tarea importante para los adolescentes es la de aprender a identificar sus sentimientos y sus emociones y a distinguir las relaciones desexualizadas de la relación sexual: al estar sometidos al desarrollo de la pulsión sexual, no siempre saben captar este matiz de naturaleza, pues tienen la sensación de que toda relación puede ser sexual. Por eso se pierden jubilosamente en discusiones sobre la diferencia entre camaradería, amistad y amor.

Es imprescindible recordar que la sexualidad se inscribe en una relación afectiva. Aún más: que sólo es plenificante y fecunda en el amor.

Conclusión

Nos encontramos en un «impasse» dentro de un modelo que ha separado la sexualidad de la afectividad. Si, en un período aún reciente, lo prohibido ocupaba el lugar de la pulsión sexual, hoy lo que cuenta es la pulsión por sí misma. Ahora bien, como todas las pulsiones, la pulsión sexual no puede ser su propio objeto, y únicamente la sexualidad infantil se vive de manera narcisista. Cuando, al final de la adolescencia, el trabajo psíquico acaba su tarea, la sexualidad sale de las construcciones del imaginario y del placer buscado por sí mismo; se vuelve altruista y encuentra su finalidad en el amor al otro. El problema contemporáneo radica en que el medio sociocultural en que nos encontramos no favorece este crecimiento. Peor aún: no siempre comunica los elementos capaces de alimentar la estructura psíquica establecida.

La toma de conciencia iniciada ya antes de la aparición del sida se va confirmando. La evolución del sentimiento amoroso franquea una nueva etapa. La novedad de estos últimos treinta años, al menos en las representaciones colectivas, ha sido querer sustituir el ideal del amor, y del amor fiel, por el del primado del compañero ocasional o del sexo por sí mismo. Lo perverso y lo sádico resultaba más atrayente que lo verdadero y lo bello; el sinvergüenza, más simpático que el hombre bueno y justo, considerado un pobre diablo. Tal cambio de ideal era preocupante. ¿Quería decir que las mentalidades contemporáneas se inclinaban más a valorizar la transgresión que la búsqueda del respeto a la ley de las realidades humanas que fundamentan su existencia?

Para muchas personas, la consecuencia fue una vida amorosa bloqueada, pues se valorizaron sobre todo las conductas impulsivas; conductas que se quedaron en lo narcisista y arcaico,

a la búsqueda del objeto incestuoso perdido. Entonces, la transgresión y el fantasma, dejados sin cultivar psíquicamente, se convirtieron en fundamentales, en detrimento de la resolución edípica, que, por sí misma, abre a la elaboración amorosa objetual, mientras que la actitud demagógica de algunos adultos dificultaba el paso de la sexualidad infantil a la sexualidad objetual.

Por tanto, son los adolescente quienes deben recordar a sus mayores, demasiado implicados en las relaciones con sus hijos, la ley que fundamenta el amor humano. Ley que invita a reconocer y aceptar al otro en su diferencia y a renunciar progresivamente a abordarle en la inmadurez de su prehistoria afectiva.

Es necesaria la educación en el sentido del otro, en el sentido del amor, y debe ser prioritaria para un ideal colectivo, aun cuando sepamos que hay una inmensa distancia entre el ideal y su puesta en práctica. Pero ¿es una razón para negar un ideal y vivir lo más cerca posible de las pulsiones no elaboradas en nombre de una neomoral de normas sin normas? El hombre, viviendo así, se destruye, y la sociedad pierde su futuro.

Rainer Maria Rilke dijo: «El amor de un ser humano por otro es quizá la más difícil prueba para cada uno de nosotros; es el más alto testimonio respecto a nosotros mismos; la obra suprema, para la cual todas las demás no son sino preparaciones».